
Selecta
Marian Arpa
Cautivo de tu mirada
Bilogía Los Cherry 1

Cautivo de tu mirada

Serie los Cherry

Marian Arpa

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleer
@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Esta novela la dedico a mi marido,
que es quien me acompaña en nuestra historia de amor.

Capítulo 1

El carruaje llegaba tarde y Sebastián Cherry se paseaba de un lado a otro de su nuevo estudio. La persona más importante de su vida, por la que luchaba día tras día, se estaba retrasando; su hija no era de aquellas muchachas que se hacían esperar: era puntual como un reloj. A veces, sin siquiera mirar, sabía la hora que era, algo que tenía a Sebastián perplejo. Un día, le preguntó cómo era posible y la muy pícara le había apostado un vestido nuevo si no se equivocaba. Por supuesto, ganó. Entonces le dijo su secreto: mirando la sombra del edificio de enfrente de su casa lo sabía o simplemente observando a los criados que acostumbraban a hacer las cosas siempre a la misma hora. Beth era una muchacha muy observadora, inteligente y tenaz. Y su padre estaba orgulloso de ella. ¡Cómo le habría gustado que su madre estuviera con ellos para verla convertirse en la preciosa jovencita que era!

Pero Rebeca había muerto hacía siete años y lo había dejado con una niña a la que criar y que se había convertido en todo su universo. Sabía que la consentía demasiado, pero no le importaba porque Beth era muy juiciosa. Quizás también se debía a Alice, la nana que cuidó de la chiquilla desde el día que había nacido.

Por eso mismo, había accedido a la última petición que le hizo Beth. Cuando él le había comunicado que tendría que ir pensando en su presentación en sociedad y en el mercado matrimonial, ella le dijo que no se sentía preparada, que aún no quería casarse. Él lo entendía;

le había dado la misma educación que a los muchachos de su misma edad, y ella temía que un marido le quisiera cortar las alas y suprimir la libertad de la que siempre había gozado.

Beth era una mujercita que, a sus diecisiete años, llevaba las cuentas de la casa mejor que él, visitaba museos y paseaba por el parque, siempre con Alice. Se dejaba aconsejar por su nana, y charlaba con su padre de cualquier cosa. Incluso, en algunas ocasiones, su opinión le había servido a Sebastián para hacer buenos negocios o para dejar pasar otros, que al fin le habrían hecho perder dinero.

Con esa inteligencia que la caracterizaba, le pidió que retrasara un año su presentación en sociedad, que se fueran a vivir unos meses lejos de Londres para poder disfrutar de su mutua compañía. Ya que una vez que entrara en el mercado matrimonial, se temía no poder estar con su padre todo lo que le habría gustado.

La muchacha adoraba a su progenitor y él a ella.

Por eso mismo, se hallaba en ese momento en una casa que pertenecía a su familia en las afueras de Newcastle, esperándola, inquieto por su tardanza. Él había ido antes para controlar que todo estuviera en orden, pues su hermano nunca hacía uso de aquella propiedad tan al norte.

Sebastián era el segundo hijo del vizconde de Sheffield; su hermano Joseph era el mayor y heredero del título y de las posesiones de su padre. Entre ellos siempre había tenido muy buenas relaciones. De pequeños, donde estaba uno, estaba el otro. Al crecer, habían recibido la misma educación y el vínculo que los unía se había fortalecido.

Fue así como, en lugar de ingresar en el ejército, como había sugerido su padre, Sebastián se había dedicado al negocio marítimo. Su hermano le regaló un barco para que viajara y, en lugar de eso, él lo dedicó al transporte de mercancías. En ese momento, tenía una flota que cubría la ruta de Inglaterra a América y se había convertido en un hombre para tener en cuenta por la fortuna que había acumulado.

Eso lo tenía intranquilo, porque quería que quien se casara con su hija lo hiciera por amor, no por su dinero.

Beth estaba ansiosa. El incidente con la rueda del carruaje los estaba retrasando y sabía muy bien cómo se preocupaba su padre cuando no llegaba a la hora que él ordenaba. Su nana, Alice, se hallaba dormida frente a ella.

Thomas, el cochero, había ido al pueblo más cercano para arreglar la rueda que se había roto y las había dejado al cuidado de los dos lacayos que viajaban con ellas.

Beth era una muchacha vivaz e inquieta, que siempre tenía algo entre manos; era incapaz de soportar las horas ociosas como lo hacían sus amistades. Por eso mismo, se había llevado un libro para leer durante el viaje; sin embargo, la espera le estaba crispando los nervios. Miró a su nana y oyó un suave ronquido. Sonrió y saltó del carruaje.

—Señorita…

—Necesito estirar las piernas, Josh; no me alejaré mucho.

—Preferiría que se quedara. Estos caminos no son nada seguros —replicó el lacayo y se quedó mortificado al ver que ella no le hacía ningún caso.

La sombra que ofrecía el bosque junto al que estaban parados era una tentación para una joven como Beth, que en sus diecisiete años había salido de Londres en contadas ocasiones. Solo había acompañado a su padre en alguno de sus viajes a Nueva Orleans, donde poseía una mansión. Se internó entre los árboles, cuidando de no engancharse el vestido con las ramas y raíces que sobresalían del húmedo suelo.

Mortificado, Josh le dijo a Ben, el otro lacayo, que la siguiera, pero que no la molestara. Solo quería velar por la seguridad de la muchacha.

Mientras paseaba, Beth oyó el ruido del agua, como si un riachuelo pasara cerca de allí. Siguió el sonido y unos minutos más tarde estaba maravillada, a la orilla de unas aguas tan transparentes que la cegaban con el reflejo del sol. Lo que daría ella por quitarse los zapatos y las medias, y pasear por el borde del agua, pensó arrugando la nariz; pero era consciente de que no podía hacerlo. Si la descubría su nana, no dejaría de sermonearla hasta haber llegado a su nueva casa, donde la esperaba su padre.

Se sentía feliz de que su progenitor le prometiera un año de

libertad en el campo antes de ser presentada en sociedad.

Pensando en su nueva vida, vio que algo se deslizaba por la superficie del agua. Parecía un cesto andrajoso, y eso era. No obstante, le pareció oír algo como el maullido de un gatito. Pensó que era imposible; debía ser el aire que movía las ramas de los árboles. Cuando volvió a oírlo, supo que alguien había tirado al río a una mascota molesta. Su enfado la sofocó. ¿Cómo podían existir personas tan insensibles? No lo pensó y corrió hacía el cesto antes de que la corriente se lo llevara, y cuando fue a cogerlo, se le atascó el aire en los pulmones. No era ningún gato… ¡era un bebé!

Ben se había asustado al verla correr hacía el agua y se quedó mirando a su señora con la boca abierta mientras ella cargaba el cesto y se dirigía a la orilla. Al llegar a tierra, Beth notó que su falda pesaba y chorreaba tanto que se le hacía difícil andar. Con su bello rostro congestionado por la furia que sentía, se encaminó a paso ligero hacia el carruaje. ¡Ni los animales abandonaban a sus crías! Y mucho menos para que muriera ahogado, pues el cesto estaba tan destartalado que las ropas que cubrían al bebé estaban empapadas.

—Vamos, Ben, necesitamos ropa seca antes de que la pobre criatura muera de frío.

Corrió entre los árboles con el cesto en sus brazos, sin importarle que su vestido mojado se enganchara en los zarzales.

Llegó al carruaje al mismo tiempo que el cochero volvía del pueblo con la rueda nueva y, mientras este, ayudado por los dos lacayos, la cambiaban, en el interior del carruaje, Beth y Alice se ocupaban de secar al bebé, que no paraba de llorar.

—Debe tener hambre —advirtió la nana al ponerle el dedo en la boca y notar como chupaba.

—Rápido, Thomas, tenemos que llegar a casa antes de que esta criatura muera de hambre.

Cuando Sebastián vio el carruaje que se acercaba al galope desde la ventana de su nueva biblioteca, pensó que algo malo había ocurrido. Salió de la casa a la carrera y el espectáculo que vio lo dejó petrificado donde estaba. Su hija con un bebé en brazos y su traje de viaje mojado

saltaba del carruaje y le ordenaba a su vieja nana que atendiera las necesidades de la criatura. Alice cogió el bulto de manos de su protegida y desapareció en el interior de la casa.

—¿Qué representa todo este alboroto? ¿Y de quién es ese bebé?

Al oír el vozarrón de su padre, Beth se lanzó a sus brazos. Habían estado separados poco más de una semana, pero a ella se le había hecho eterno; no estaba acostumbrada a que pasaran días sin verse, sin que su padre le diera las buenas noches y un beso en la frente.

Hacía ya mucho que Sebastián había dejado sus barcos en las competentes manos de sus capitanes; en esos tiempos, ya no se ausentaba de su casa como en el pasado para pasarse varios meses en el mar.

Beth le contó lo ocurrido en el camino y cómo se había encontrado con el bebé. Él mismo pudo ver en el interior del carruaje los restos de las ropas que habían cubierto al pequeño junto con la cesta. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en lo que habría sido de la criatura si su hija no hubiese estado allí.

Mientras los criados se encargaban del equipaje, llevó a su hija a su habitación y le dijo que, cuando se hubiera refrescado, le enseñaría su nueva casa.

Beth recorría sus aposentos maravillada. Su casa en Londres era mucho más modesta. No era pequeña, pero en comparación con aquella mansión… Había visitado con frecuencia a su tío en Londres y conocía el refinamiento de su tía Charlotte en cuanto a decoración. Esta que en ese momento observaba no tenía la finura de la mano de una mujer, a pesar de la colcha rosa y las cortinas a juego. Parecía la habitación de un hombre. Al pie de la enorme, robusta y oscura cama había dos baúles llenos de libros y el tocador parecía fuera de lugar. El sillón que estaba frente a la ventana para leer era demasiado grande. Una sonrisa le asomó a la cara al caer en la cuenta de que su padre habría mandado a la tripulación de uno de sus barcos que estaba en reparación para que tuvieran la casa lista cuando ella llegara. Era evidente que esos hombres no estaban acostumbrados a esa tarea. Sin embargo, le gustaba; se veía original y era diferente de su alcoba en Londres.

Corrió las cortinas para mirar al exterior y el aliento se le atascó en la garganta. A su derecha se levantaban unas montañas con las

cumbres salpicadas por la nieve, a pesar de que el invierno ya dejaba paso a la primavera, y a su izquierda veía Newcastle y el mar a lo lejos. La casa estaba rodeada por una considerable extensión de césped, salpicado aquí y allá por árboles centenarios y parterres con flores. Era una panorámica estupenda que cuando tuviera tiempo la pintaría con sus acuarelas. Estaba tan absorta en la visual que no oyó llegar a la doncella.

—Señorita… —Beth se sobresaltó—. Lo siento, no era mi intención asustarla. Soy Mary, su doncella. Me envía la señora Alice.

Beth sonrió a la muchacha, que se veía acongojada.

—No te preocupes, Mary, estaba admirando el paisaje y no te oí.

La chica era algo mayor que Beth, quizás un año o dos a lo sumo. Era algo rechoncha, con unos bellos ojos color miel y el cabello de un desvaído zanahoria. Tenía unos mofletes sonrojados, que se iban coloreando más cuando Beth le hablaba.

—Por favor, serías tan amable de prepararme un baño.

—Sí, señorita, se está calentando el agua. Mientras, encenderé el fuego.

La eficiencia de la muchacha la impresionó, a pesar de que le daba la impresión de que nunca había realizado ese trabajo.

Varios lacayos llegaron trayendo agua caliente, que depositaron en una tina que estaba tras una cortina a la derecha de la amplia chimenea. Cuando quedaron a solas, Mary la ayudo a desnudarse y mientras se bañaba…

—¿Hace mucho que eres doncella?

—Es mi primer trabajo señorita; hasta ahora he ayudado a mi padre en el campo, mi madre es la cocinera y, cuando supo que necesitaban una doncella, me propuso para el puesto. —La miró con aprensión—. Espero no defraudarla, señorita, aprenderé pronto.

Beth quiso tranquilizar aquella mirada recelosa.

—Claro que sí.

Al poco rato Mary demostró su talento al peinar la melena ondulada de su nueva ama, le secó el cabello con esmero y se le recogió con un rodete en lo alto de la cabeza, dejando unos mechones que le caían desde las sienes.

Beth se miró en el espejo de cuerpo entero, que también parecía fuera de lugar, y se sorprendió de la destreza de la muchacha. Con

aquel vestido de color aguamarina con un gran lazo en la cintura de un verde oscuro, que ella misma había escogido, y aquel peinado, parecía más adulta.

—Perfecto, Mary, buen trabajo.

Y con esas palabras salió de su alcoba en busca de su padre; quería recorrer aquella mansión, pero se temía que necesitaría más de un día para hacerlo.

Sebastián, mientras su hija se refrescaba, mandó a llamar al alguacil para que averiguara de quién era ese bebé. Había interrogado a sus hombres y le dio todo lujo de detalles de dónde lo habían encontrado. El hombre refunfuñó, pues aquello quedaba muy lejos de sus dominios, pero, con la promesa de una recompensa, se avino a buscar a los padres de la criatura.

Acababa de despedirlo en el vestíbulo cuando Beth bajó las escaleras.

—Estás preciosa, cariño.

Beth estaba acostumbrada a que su padre la elogiara y le sonrió con cariño. Le dio un beso en la mejilla.

—Estoy preparada para que me enseñes esta mansión. Imagino que hace siglos que nadie vive aquí. —Le dirigió una sonrisa en la que se le marcaban unos encantadores hoyuelos en las mejillas.

Sebastián soltó una carcajada.

—¿Por qué dices eso cielo? —preguntó al cogerla por el brazo—. ¿No te gusta tu habitación?

—Me encanta…, pero parece salida del siglo pasado.

—Si la señora Gordon se entera de lo que piensas con el trabajo que se ha tomado con ella, te servirá las comidas frías. —Le susurró su padre en el oído.

Los dos rieron mientras el padre la guiaba hacía las escaleras.

—¿Quién es la señora Gordon?

—El ama de llaves.

Sebastián se había percatado de que aquella mujer ya no era la misma que cuando él y su hermano habían residido allí. En aquellos tiempos, siendo unos jovenzuelos, bromeaban con ella y le contaban

sus secretos. La confianza que habían depositado en ella fue absoluta. Sin embargo, el día que llegó allí con la noticia de que pasaría una larga temporada con su hija, había visto en sus ojos una severidad que nunca antes habían tenido. Sabía que, en los años que llevaba sin verla, había perdido a su marido y a su hijo de unas fiebres, y supuso que los palos que le había dado la vida habían influido en su carácter.

Beth parecía una niña pequeña, en cada estancia que le enseñaba su padre, se mostraba más entusiasmada. Había dicho en broma lo del siglo pasado, pero realmente parecía muy antiguo todo, aunque en perfecto estado de conservación. Tal vez, si la señora Gordon no resultaba ser el ogro que su padre le había pintado, le podría dar algún consejo de decoración más actual, pensó.

Le sorprendió que, después de enseñarle todas las habitaciones, la llevara a la que le habían asignado.

—Esta ya la he visto papá.

—Lo sé. —Le guiñó un ojo—. Aquí es donde crecí.

Beth abrió la boca sorprendida.

—Siempre pensé que habías nacido en Londres.

—No, vivimos aquí mientras fuimos niños. Al abuelo le encantaba este lugar. Era el hogar de sus antepasados. Pero la abuela echaba de menos la vida social de la ciudad. Ella estaba acostumbrada a los bailes y a las veladas con sus amistades. Cuando tu tío Joseph se fue a Londres, ella convenció a nuestro padre.

Beth rio. Sabía que su abuelo había tenido un fuerte carácter. Ella no los había conocido, pues habían muerto cuando aún era un bebé, pero su padre le hablaba muy a menudo de ellos y le contaba unas historias francamente divertidas de cuando él y su tío Joseph eran jóvenes.

—Si adoraba tanto esta tierra, ¿cómo se había dejado convencer?

—Tu abuela podía ser muy persuasiva cuando se lo proponía. —Una sonrisa se dibujó en el rostro de Sebastián al recordar aquellos días en que su madre apenas se hablaba con su padre. Incluso llegó a echarlo de su propio dormitorio.

—No me lo puedo imaginar.

—Con los años aprenderás el poder de las mujeres sobre los hombres.

Su padre le guiñó un ojo al tiempo que daba por zanjada la

cuestión. No estaba preparado para contarle a su hija la manera como algunas mujeres trataban a sus maridos para obtener cualquier cosa que se propusieran.

Pasaron el resto de la tarde en aquella habitación, mientras su padre le contaba vivencias de su juventud en aquel lugar y le enseñaba los primeros libros que había leído y que guardaba como un tesoro.

Cuando Sebastián guio a su hija hacia el comedor para la cena, la muchacha estaba excitada por todas las historias de aquel lugar en el que había crecido su padre. Quería saber más y él le prometió que antes de volver a la ciudad sabría todos los secretos que aquellas paredes guardaban.

La planta principal era sobrecogedora por la amplitud de las estancias. El comedor la tomó por sorpresa por la larguísima mesa y la fina decoración. Los grandes ventanales estaban cubiertos con finas cortinas de color champan y otras más recias de tonos burdeos que se recogían a los lados por borlas doradas. Las paredes eran de un amarillo claro a tono con la tapicería de las sillas.

—Debo suponer que está como lo dejó la abuela. —Se burló con aquella sonrisa hechicera al recordar el mobiliario de su habitación.

—Sí.

—Ya me parecía. —Al tiempo que lo decía, reparó en la finísima porcelana que adornaba una punta de la mesa. Su mirada fue rápidamente a la otra punta.

—Imagino que no esperaras que cenemos tan lejos el uno del otro; tendremos que hablar a gritos.

En ese momento, una señora vestida de negro y con un inmaculado delantal blanco entró en el comedor. La mujer tenía los ojos muy abiertos, y parecía que lo estuviera inspeccionando todo de una sola mirada. Llevaba el pelo entrecano recogido en un apretado moño y un rictus de severidad en el rostro.

—Señora Gordon, mi hija cenará a mi lado si no le molesta.

La mujer pareció presta a decir algo, pero lo pensó mejor.

—Como el señor mande.

Hablaba mirando a Beth con el ceño fruncido.

¿Qué habría hecho ella para ofender a la estirada mujer? Quiso saber. Sin embargo, se olvidó de preguntarle a su padre, pues en

cuanto quedaron solos, él empezó a contarle las veladas divertidas que pasaban allí, con vecinos y amigos.

Capítulo 2

En Escocia, el clan Ferguson era uno de los más temidos. El joven laird, que había visto morir a su padre bajo la espada enemiga, se había convertido en el hombre más temido de Escocia. Defendía a los suyos sin importarle su propia vida. En más de una ocasión, el comandante de sus tropas, Douglas, le había advertido que debía tener la mente fría si no quería recibir un golpe fatal, pues en la batalla, la furia lo cegaba. Solo con recordar a su progenitor agonizando por la traición de un clan que había creído amigo lo llevaba a enfrentarse con sus enemigos con una fiereza enajenada.

A todo esto, se sumó la muerte de su madre unos meses después. La mujer amaba tanto a su padre que, cuando dieron sepultura a su amado, había perdido todo el ánimo para seguir viviendo y se había ido apagando como la llama de una vela hasta reunirse con su marido.

A partir de entonces, Collen Ferguson había pasado a ser el laird y se había convertido en un jefe severo. No toleraba la ociosidad en sus hombres; él mismo se entrenaba a espada durante horas y solo su comandante era capaz de aguantar la fuerza de sus combates. Bajo la guía de este, se había transformado. Sus músculos y su mente se habían desarrollado; ya no era el joven que se dejaba llevar por la ira. Era un hombre que impartía justicia y nadie que atacara a ninguno de sus familiares se quedaba sin recibir su castigo. Eso llevó a que, en poco tiempo, todo el mundo lo apodara «Ferguson, el vengativo».

Toda su gente lo respetaba y sabían que podían contar con él si

tenían algún problema. Era un buen jefe. Dirigía a sus hombres con mano de hierro, pero era justo.

Su hermana, Brenda, era tres años mayor que él, pero, al perder a sus padres, él se había convertido en su protector. Y debido a su celo, ninguno de sus hombres se atrevía a cortejarla.

Los hermanos tenían una tía, hermana de su madre en Londres, que insistía en que mandara a Brenda a su casa. Que la presentaría en sociedad y podría encontrar un buen partido, a alguien con título nobiliario que la hiciera feliz, a la vez que viviría sin el peligro que la rodeaba en Escocia.

Cada vez que salía el tema, terminaban discutiendo. Brenda no quería dejar sus amadas tierras. Era feliz allí. Era lo que había conocido toda su vida. Tenía grandes amigos y la perspectiva de irse a Londres a buscar marido le hacía salir urticaria. Siempre le decía a su hermano que la necesitaba: ella se encargaba de su casa, de que los criados hicieran sus funciones; dirigía a los que trabajaban dentro del castillo igual que su hermano con sus hombres. Se encargaba también del bienestar de su gente: si alguien caía enfermo, ella lo cuidaba y le daba los remedios que había aprendido de su madre. Y, cuando alguien demasiado anciano necesitaba ayuda, ella se encargaba de buscar quién se la diera o lo hacía ella misma.

Para terminar con las discusiones, siempre le decía a su hermano que, cuando él se casara, lo haría ella también, o se iría a Londres, a casa de su tía y buscaría marido. Sabía que no podía haber dos señoras en el mismo castillo. No pretendía ser una carga para nadie.

Ese razonamiento enfurecía a Collen, pues él se había convencido de que no se casaría jamás. No quería amar a nadie y ser amado hasta el punto de que, si a él le ocurría algo y moría, se repitiera la historia de sus padres. Tenía a las mozas que quería en su cama. Varias sirvientas no se le negaban cuando él buscaba compañía; no necesitaba una esposa.

Lo que Brenda no le contaba a su hermano era que tenía un pretendiente de un clan vecino, con el cual se encontraba al otro lado del lago de vez en cuando. Con él paseaba y la hacía reír. Eran unos

momentos robados de los que disfrutaba mucho. Él le robaba algunos besos y, cuando ella refrenaba sus avances diciéndole que tenía que hablar con su hermano para que le permitiera cortejarla, él ponía mala cara y le decía que Ferguson, el vengativo, nunca lo aceptaría en su familia.

Ella sabía que eso era muy posible, dado que su hermano no se fiaba de nadie que no perteneciera a su clan. Y nunca se había parado a pensar que Ian podía no tener buenas intenciones con ella. Cada vez que él le ponía cara de cordero degollado por no poder tenerla, ella volvía a su casa con humor sombrío.

Una noche, después de haber pasado la tarde paseando con Ian, cuando Collen le preguntó a qué venía su extraño humor, ella le dijo que quizás no hacía falta que se fuera a Londres a buscar marido, que también lo podía encontrar allí. La cara de sorpresa de su hermano la hizo reír, lo que le relajó los ánimos. Y la impulsó a decirle…

—Supongamos que me enamoro de alguien de otro clan…

Collen negaba con la cabeza antes de que ella terminara de hablar.

—¿Estás enamorada?

—No —se apresuró a decir ella—. Solo supongamos que…

Los ojos color whisky de Collen se oscurecieron y frunció el ceño.

—Sabes que no puedo hacer eso… No puedo entregarte a nadie que pueda utilizarte como un arma contra mí.

Brenda no sabía de qué le estaba hablando; frunció el ceño.

—¿De qué me hablas?

—Cualquiera sabe que daría la vida por ti, que nunca levantaría la espada contra alguien teniéndote en medio, y mis enemigos no dudarían en usarte para atacar nuestras tierras. Hay muchas vidas que dependen de mí. No puedo poner en peligro a nuestros parientes.

—¿No crees que deberías empezar a confiar en alguien? —argumentó Brenda—. No todo el mundo es un desalmado.

—Tal vez no, pero no te pondré en peligro para comprobarlo.

Collen suponía que detrás de aquella discusión había algo más. ¿Sería posible que su hermana se hubiese enamorado de alguien de otro clan? Lo dudaba, nunca se recibía a extraños. Además, le había dicho que no estaba enamorada. Sin embargo, también sabía que Brenda de vez en cuando salía a cabalgar. Tendría que tenerla más

vigilada.

—No todo el mundo es igual.

—Lo sé, pero no me arriesgaré.

—Antes confiabas en los McClaud. Recuerdo que tenías algunos amigos entre ellos. ¿No sería bueno enterrar los malos recuerdos? —expuso ella.

—¿Para qué? ¿Para qué me puedan traicionar como a papá? No, gracias.

—Ellos no lo traicionaron.

Collen se estaba cansando de aquella conversación que no lo haría cambiar de parecer.

—Ya sabes por qué soy así.

—Lo que sé es que te has convertido en un hombre amargado por algo que ocurrió hace años.

Collen estaba perdiendo la paciencia.

—¿Ya lo has olvidado? ¿Ya no recuerdas a mamá consumiéndose de pena? —Él sabía que el recordatorio dolería.

Brenda sintió un puño que le apretaba el corazón al recordar aquellos tiempos. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Yo solo pienso que a mamá no le hubiera gustado ver el hombre sombrío que tienes dentro de ti —gritó antes de correr hacia su alcoba ahogándose con los sollozos que se le escapaban y no quería que nadie viera.

Collen miró malhumorado a su hermana mientras desaparecía corriendo. No estaba dispuesto a poner su vida en peligro y si para eso tenía que cargarla en su caballo y llevarla a Londres con su tía, eso haría.

Capítulo 3

Después del trasiego del viaje, Alice acompañó a Beth para ayudarla a acostarse y le contó varios chismes que había escuchado en la cocina y las dependencias de la servidumbre. Que el mayordomo era un sujeto estirado que parecía que se había tragado un palo, que había un lacayo que rondaba a la sirvienta del piso principal, que la ayudante de cocina era una chica a la que todo el mundo le daba órdenes que ella ignoraba. Mientras escuchaba, pensó que tendría que poner remedio a unas cuantas cosas en aquella casa; iba a estar allí un año y no pensaba tolerar que el ama de llaves la mirara por encima del hombro, como si ella no tuviera ni voz ni voto.

—¿Dónde está el bebé?

—En las dependencias del servicio.

—¿Quién se encarga de él?

—La sirvienta del primer piso.

—¿Sabe algo de bebés?

—No creo. Cuando la cara de búho se lo ha ordenado, ha puesto cara de terror.

—¿Cara de búho?

—¿No te has fijado en el ama de llaves?

Aquello le sacó una carcajada. Alice tenía razón.

—Que duermas bien, mi niña.

La nana la arropó y echó otro leño al fuego antes de salir de la habitación. Allí hacía mucho más frío que en Londres.

Beth pensó que dormiría como un tronco, pero no fue así. En el silencio de la mansión, se oyó el gritó acongojado de un bebé y ella se levantó asustada. Salió de su cuarto y siguió el llanto del pequeño. Una vez en el vestíbulo, no sabía hacia dónde ir. Se paró un momento y al siguiente estaba internándose en un corredor que la llevó a la cocina.

Allí se encontró con una escena dantesca. La señora Gordon estaba amenazando a la muchacha que se encargaba del bebé. Le decía entre susurros que, si no lograba que se callara, ya podía preparar su maleta.

Las dos repararon en la figura de Beth al mismo tiempo.

—Señorita, no debería estar aquí —la amonestó el ama de llaves.

—Este niño tiene hambre; usted está amenazando a la doncella… ¿y yo no debería estar aquí? —La miró con severidad—. ¿Sabe alguna de ustedes algo sobre bebés?

Las sirvientas se miraron y exclamaron al unísono.

—No.

Beth cogió el bebé en brazos y notó que iba mojado. Casi se le escapa una de aquellas maldiciones tan floridas que había escuchado en labios de Alice cuando esta pensaba que no estaba cerca.

—Usted… —Miró a la doncella que no sabía su nombre—, caliente un poco de leche.

Y luego dirigió su mirada a la engreída ama de llaves.

—Y usted traiga algo para cambiar a este niño. —La mujer iba a replicar, aquel no era su trabajo, pero cayó en la cuenta de la hora que era y pensó que al señor no le gustaría ser despertado por las voces cuando su adorada hija estaba de por medio. Ya encontraría la manera de poner a aquella mocosa en su lugar.

Un rato más tarde, con el bebé calmado y limpio, Beth se dirigió a su cuarto, con él en brazos. No lo dejaría en las manos de aquellas dos inútiles.

A la mañana siguiente, cuando Alice fue a despertar a su pupila, se horrorizó de encontrar al niño durmiendo en la cama con ella.

—¿Qué estás haciendo con el pequeño aquí?

—¿No oíste el alboroto de anoche?

—Toda la casa lo oyó.

Beth sabía algo de críos porque había estado a menudo con sus

primos y su tía Charlotte. Y aquella mañana se propuso arreglar el desaguisado de aquella casa. Dejó al pequeño al cuidado de Alice mientras ella iba a ver a la señora Gordon.

Iba caminando por un corredor de la planta principal cuando oyó la voz de la mujer. Estaba despotricando sobre ella.

—Señor, no es correcto que su hija se inmiscuya con los cuidados del bebé, ni que se encariñe con él. ¿Sabe usted que se lo llevó a su habitación? —Sebastián no sabía nada de eso. Había oído el rugido del niño y, al cabo de un rato, el silencio—. Por lo que me dijo anoche, bien puede ser de cualquier campesino que no lo podía mantener y quiso terminar con la vida del crío antes de verlo morirse de hambre.

—Señora Gordon, ¿no estará usted sugiriendo que no deberíamos hacer nada para salvar la vida de esta pobre criatura?

La mujer se dio cuenta de que ese hombre ya no era el crío que había visto crecer. El que escuchaba todos sus consejos, en su madurez tenía criterio propio, y era el que mandaba allí. Apretó los dientes, para no decir lo que ella pensaba del asunto. Nunca se hubiera imaginado que, siendo hermano de un vizconde, se dejara llevar por los caprichos de una niña malcriada.

—No, señor, claro que no. —Se apresuró a darle la razón.

Beth entró en el estudio de su progenitor en el momento que hablaba la mujer.

—Buenos días, papá. —Se le acercó y le dio un beso en la mejilla —. Me alegro de encontrarla aquí, señora Gordon. —No era así en absoluto; no obstante, iba a aprovechar el momento—. Creo que debería usted contratar a un ama de cría para que cuide del bebé. Me dio la impresión de que la muchacha que lo atiende sabe muy poco sobre los cuidados que necesitan los niños.

Sebastián supo al instante que su hija había escuchado la conversación que acababa de tener con el ama de llaves y sintió deseos de reír. Logró contenerse a duras penas mientras la mujer miraba a su hija con el ceño fruncido.

Beth sentía los ojos de aquella mujer como si quisieran chamuscarla allí mismo, pero no apartó la vista.

—¿Señor?

La sirvienta quiso interrogar para ver hasta dónde podía hacer

valer su autoridad.

—Es lo más sensato que he oído esta mañana.

Beth no había terminado con aquella mujer.

—Y otra cosa, ayer cuando mi padre me enseñó este gran mausoleo, vi que arriba hay unas habitaciones para niños. Quiero que instale allí al bebé. Mi nana y una de las doncellas con menos trabajo pueden encargarse de coser la ropita que le sea necesaria.

La mujer se puso tiesa. Aquella mocosa le estaba dando órdenes como si fuera la dueña de la casa. Se envaró.

—¿No cree, señor, que es un trabajo innecesario? Después de todo, mandó al alguacil para que encontrara a los padres del pequeño.

—Ese hombre puede tardar días en encontrarlos; mientras tanto, hará lo que mi hija ha sugerido.

—Sí, señor.

La mujer, muy tiesa, salió del estudio.

Sebastián miró a su hija, ¿cuándo había desarrollado estas dotes de mando? Se preguntó.

—Beth no te encariñes con ese bebé, puede llegar el alguacil con noticias en cualquier momento.

—No creo.

—¿Por qué dices eso, hija?

—¿Tú viste la ropa que envolvía al niño? La mantilla…

—No, solo me fije en el cesto arruinado.

—Pues déjame decirte una cosa, la ropita era de calidad, no la de unos campesinos. Me temo que ese niño es hijo de alguien pudiente.

Sebastián la miraba perplejo.

—Bueno, pues entonces seguro que de quien sea lo estará buscando —dijo él, sabiendo que era muy improbable. Había oído hablar de mujeres y queridas de hombres ricos que tenían a sus bastardos y que luego los entregaban a la servidumbre. Muchos de ellos morían de hambre porque esas familias ya tenían demasiadas bocas que alimentar. Suponía que quién se había deshecho del niño en el río era alguien a quién le había sido entregado por esos motivos.

—Espero que sea así, papá; no me entusiasma la idea de que el bebé vaya a parar al hospicio. —Solo de pensar en ello un escalofrío le recorrió la espalda.

Por mucho que ella tratara de ocultarlo, Sebastián se dio cuenta y

se prometió que, si él podía remediarlo, ese niño no terminaría en ningún sitio de esos.

—Te estaba esperando para salir a montar un rato y así recorremos los alrededores. —Sabía que a su hija le encantaría la idea, y así quería borrar la tristeza que vio en su mirada—. Ve a desayunar y luego salimos.

Beth se apresuró y en media hora se reunía con su padre en el establo, que la noche anterior no había visto. Al ver allí aquellos preciosos caballos, se entusiasmó. Fue recorriendo las casillas hasta que llegó a una ocupada por una yegua blanca, bellísima. El encargado de las caballerizas le dijo que era un animal muy dócil y que se llamaba, Luna, por su color.

Sebastián y Beth estuvieron cabalgando casi toda la mañana. A él le encantaba mostrarle a su hija aquellas preciosas tierras donde había crecido.

Al cabo de una semana, el alguacil volvió y le comunicó a Sebastián que nadie reclamaba al bebé. Había mandado a sus hombres a hacer averiguaciones y nadie sabía nada sobre la madre ni el niño. Le dijo que el mismo podía ocuparse de llevarse al pequeño y que las autoridades se hicieran cargo de él.

—¿Al hospicio?

—Sí, señor.

Después de pensarlo unos segundos, tomó una decisión. Siempre le habían gustado los niños. A su hija la haría feliz tener un «hermano», pues que así fuera. A partir de ese momento, en la familia eran uno más.

Beth era una muchacha voluntariosa y amable, pero terca como una mula. Su nana solía decírselo a menudo. Desde el momento que había rescatado al bebé de las aguas, había querido quedárselo. Siempre había querido un hermano. Por desgracia, su madre había muerto

hacía siete años. Esto había dejado a Sebastián con una niña que adoraba y que con el tiempo le había consentido todo. A pesar de que la mimaba en exceso, la contribución de su nana en la crianza de la pequeña hizo que la niña creciera y fuera muy responsable, pese a su juventud.

Alice era una mujer de edad indeterminada que había estado al lado de Beth desde el día de su nacimiento. Y al quedarse la niña sin madre a tan tierna edad, había asumido su papel con más ahínco, convirtiéndose en madre, amiga y confidente. Y eso le permitía decirle todo lo que pensaba, de ciertas ideas que a la muchacha se le metían en la cabeza.

—No puedes quedarte con el niño. No es ningún muñeco.

—No permitiré que Edward vaya a un hospicio —replicó indignada.

—¿Edward? —Alice pareció perpleja un segundo.

—¿Te gusta el nombre que le he puesto?

—Eres imposible.

Beth sonrió. Se lo había dicho mil veces y las dos sabían que era cierto. Dejó al bebé en el centro de su cama y se acercó a abrazar a Alice. La quería mucho y no deseaba que se enfadara con ella.

—No quiero que sufras cuando vengan a llevarse al bebé —dijo la nana.

—Eso no sucederá. Ayer vino el alguacil y le dijo a papá que nadie reclamaba a ningún niño.

—¿Y qué piensa hacer con él?

—Digamos que a partir de ahora tengo un hermano.

Alice la miró con los ojos como platos. Tenía que hablar con su patrón. Seguro que su hija lo había convencido para que se quedara con el crío, pero aquello era una cosa muy seria.

Unas horas más tarde, Sebastián en persona hablaba con la nana de su hija para que se encargara de que el pequeño Edward fuera tratado como uno más de la familia.

—Pero… no puede hacer eso, señor. —Hacía tantos años que trabajaba para aquella familia que se permitía opinar sobre ciertas

cuestiones—. La gente bien hablará. Cuando el niño crezca, no lo aceptaran. Siempre llevará el estigma de su procedencia.

—No pretendo ocultarle sus orígenes. Lo educaremos como un caballero. Estoy seguro de que mi apellido le abrirá más puertas de las que cerrará.

—¿Y el vizconde?

—Mi hermano tiene sus hijos, no debe preocuparse por los míos.

Lo dijo en un tono que daba por zanjada la cuestión. Alice no era tonta; sabía que cuando había que guardarse las opiniones para sí misma y esa era una de las veces.

Sebastián se proponía ir a ver al juez de Newcastle al día siguiente para comunicarle que él se quedaba con aquel niño. Sabía que a pesar de que el alguacil no había encontrado a sus padres, ellos podrían estar buscándolo. Y aunque fuera un disgusto para su hija, si iban a buscar al niño, no pensaba retenerlos.

Capítulo 4

Beth estaba sentada en una manta dibujando, le encantaba hacerlo. Cada tarde solía pasar unas horas en la parte de atrás de la casa, a la sombra de un frondoso roble, lápiz y cuaderno en mano, dejando volar su imaginación. A veces la acompañaban Alice y Edy, como llamaba al bebé, y mientras este echaba una siesta, ellas dos hablaban en voz baja para no molestarlo. Su nana aprovechaba para hacer ropita para el pequeño, que en las pocas semanas que llevaba con ellos había crecido mucho.

Aquel día, sin embargo, estaba sola. Alice había insistido en que no saliera, pues el aire que venía del norte era bastante fresco, pero ella no se había dejado convencer. Le encantaba la brisa. En Londres nunca había disfrutado del aire fresco; en la ciudad era húmedo y viciado. Allí, en cambio, era muy agradable el calor del sol junto la suave brisa.

Levantó la cara para recibir la caricia de sol. Aquella tarde se había alejado un poco más, para extender la manta al cobijo de unos altos setos.

Gideon hacía unos días que espiaba a la muchacha. La había visto un día por casualidad mientras se ocultaba en el bosque para traspasar la

frontera y llegar hasta las tierras de su clan. Se había quedado prendado de la belleza de la mujer y volvía a verla cada vez que podía. La rutina que ella seguía le permitía observarla sin que se diera cuenta. Aquel día había salido sola y se había alejado más de lo prudente, a su punto de vista. Se lo estaba poniendo muy fácil. Ocultó una sonrisa al ocurrírsele la idea.

De repente, Beth sintió una mano que le cubría la boca y la nariz que no la dejaba respirar y un brazo le atravesaba la cintura con fuerza. Gritar le era imposible; notaba a su espalda algo muy duro, pero era cálido. Imaginó que era el pecho de un hombre y le entró el pánico. Quien fuera, la levantó y empezó a caminar. De pronto, se sintió como una muñeca de trapo. Sin embargo, la falta de aire pareció sacudirla y empezó a forcejear. Se le nublaba la vista. Si no lograba soltarse pronto del amarre, perdería el sentido. Movió sus brazos hacia atrás para arañar y darle golpes a quien la sujetaba. Oyó un soplido y supo que había conseguido su objetivo, pero no sirvió de nada. La mano que la amordazaba apretó con más fuerza. Notó que le rodaba la cabeza y cayó en la inconsciencia.

Cuando volvió en sí, estaba amordazada, con los brazos atados alrededor del cuerpo con un pestilente saco que le habían pasado por la cabeza y asegurado a la altura de las rodillas por una cuerda. Se removió antes de darse cuenta de que estaba a lomos de un caballo. El jinete le apretó más fuerte en la cintura dejándola sin aliento, pero ella no paró. Entonces se sintió alzada y la cruzaron sobre el animal. En ese momento sí que la había hecho buena, pensó. En esa posición, con el estómago apretado contra el lomo del caballo, le estaban entrando náuseas y ni siquiera podría gritar o rogar que la cambiasen de posición. Podría morir y ni siquiera se enteraría nadie hasta que le sacaran el saco por la cabeza. La invadió el pánico, y se obligó a serenarse, no lograría nada si no pensaba con claridad; pero en aquella posición se le hacía casi imposible. Trató de controlar su respiración, pero quedarse quieta para ver lo que le tenían preparado le estaba costando la vida misma. La galopada en aquella posición fue infernal. Perdió el sentido en varias ocasiones y cuando lo recuperaba su mareo era monumental.

Sintió cómo el caballo aminoraba la marcha, se acercaba la hora de darle a aquel tipo su merecido, pensó envalentonada.

Gideon no podía creer su mala suerte cuando su mirada se cruzó con la del laird. Este estaba justo al lado del camino hablando con el comandante de las tropas. Trató de pasar desapercibido; les hizo un gesto de respeto con la cabeza a los hombres y pasó a su lado. Esperó que no hubiesen reparado en los pies de la muchacha que sobresalían del saco.

A pesar de su juventud, Collen trataba a sus hombres con mano de hierro, y por eso era respetado por todos ellos, pues los había adiestrado para ser invencibles en el fragor de la batalla.

Ferguson era muy observador y se había dado cuenta de que Gideon desaparecía cada día a través del valle por donde se llegaba a sus dominios. ¿Dónde iría, que se pasaba la mayor parte de la tarde fuera de sus tierras? ¿Acaso estaría cortejando a alguna moza del clan vecino? Tenía que saberlo; no confiaba en nadie que no fuera de su familia. Por eso, esa tarde estaba con su comandante, Douglas, esperando a que su soldado volviera. Al verlo ponerse tenso sobre su montura, supo que alguna tropelía se llevaba entre manos.

Gideon era un joven atolondrado que perseguía todo lo que llevara faldas y las mujeres de su clan huían de él como de la peste. No les gustaba que entre bromas tuviera las manos largas, por eso había recibido más de un mamporro por parte de ellas. Lo llamaban despectivamente «el bufón», cosa que a él lo molestaba a rabiar.

Las mujeres del clan eran tan capaces de defenderse como cualquiera de sus hombres, habían sufrido los suficientes ataques por parte de los clanes del norte para saber usar un cuchillo o lo que tuvieran más a mano para alejar a sus enemigos de ellas.

Ferguson lo siguió con la vista mientras seguía hablando con su comandante. Lo vio detener el caballo en la puerta de su cabaña y descargar el saco por donde salían unos pequeños pies.

Douglas siguió su mirada, y vio lo mismo que su jefe. En cuanto Gideon, cogió el saco; este se removió con violencia, haciéndole perder el equilibrio. El soldado estuvo a punto de terminar con sus posaderas en el suelo y, en cuanto aquellos pies tocaron tierra firme, salió corriendo como una gallina sin cabeza.

Beth solo veía sombras a través de la tela del saco. Pero eso no la detuvo; tenía que escapar. Echó a correr, chocó con un árbol y cayó de espaldas aturdida.

Gideon miró alrededor para ver si alguien había visto lo ocurrido y se encontró con la ceja levantada de su jefe, y pensó que se había metido en buen lío. Él tenía pensado encerrar a la muchacha en su choza. El miedo la volvería sumisa; no como las mujeres del clan, que, si las ofendía de alguna forma, le daban un puñetazo o sacaban su puñal y tenía que huir de ellas. Aquella que había traído no. Era inglesa, de aquellas criadas entre algodones, que seguro se pondría a temblar tan pronto como le viera la cara y se diera cuenta de que la había sacado de su país.

—Veo que has salido de caza y que no has dado muerte a tu pieza. —La mirada de Ferguson sobre su soldado hizo que este tragara saliva con dificultad.

Miró a su comandante y, al ver el enfurecido ceño fruncido, las tripas se le encogieron.

—Es que…

Los dos superiores esperaban una explicación y a Gideon no se le ocurría ninguna excusa que darles. Lo que había hecho, podía acarrearles muchos problemas. Esa familia inglesa no se quedaría de brazos cruzados al descubrir que esa mujer había desaparecido. Claro que si, como tenía pensado, él la tuviera escondida y nadie de su clan supiera de su existencia, pasarían de largo y buscarían más al norte. Pero nada estaba ocurriendo como él había planeado. Para empezar, la mujer tenía que estar atemorizada, y no luchar contra él, cosa que no ocurrió y se vio obligado a llevarla como si fuera un saco de patatas sobre el caballo. Luego su jefe no debería estar allí en el camino con el comandante. A esas horas solían ir al estanque a darse un baño antes de la cena.

¡Qué mala suerte la suya!

Beth estaba tratando de levantarse, pero con las rodillas atadas se le hacía imposible. Douglas fue hacía el bulto que se revolvía en el suelo, pero antes de que llegara hasta él…

—No, es mía —gritó Gideon, corriendo hacía el árbol que la había detenido.

El laird apoyó las manos en sus caderas al ver la escena, su paciencia se estaba acabando. En su apresuramiento para desatar a la mujer; Gideon no pensó que ella no entendería el gaélico y le susurró:

—No causes problemas; mi jefe tiene muy mal genio. —Quería

atemorizarla, sin embargo, ella no comprendió nada.

En cuanto le retiró el saco que le cubría la cabeza, a ella la deslumbro por unos segundos la intensa luz del atardecer, pero se repuso pronto y con todas las fuerzas que pudo reunir le pegó una patada donde le doliera de verdad. Esto dejó a Gideon tendido en el suelo y gruñendo de dolor.

Mirando a su alrededor vio a dos hombres que la miraban, uno con una sonrisa de oreja a oreja. Douglas se hubiera reído a carcajadas si no hubiese visto el ardoroso ceño fruncido de su jefe.

Beth estaba punto de pegarle también a ese bruto que osaba burlarse de su apuro y no la ayudaba. Estaba amordazada y no podía despotricar contra ellos. Las cuerdas que le amarraban los brazos al cuerpo la habían lastimado hacía rato y sentía las manos y la mitad de los brazos dormidos por la falta de circulación de la sangre.

Collen se quedó congelado al ver la belleza de aquella mujer. Esos increíbles ojos violetas parecían lanzar dardos contra su comandante. Y, cuando recayeron en él, sintió como si un rayo lo hubiese fulminado. Se sacudió para sacarse el hechizo de encima y se le acercó, sacó su daga y vio que la mujer perdía el color que momentos antes le cubría el rostro. La palidez hacía que las pecas que tenía difuminadas sobre la nariz se hicieran más visibles y le encantaron.

—No voy a hacerte daño —dijo en inglés, con su voz profunda. Le cortó la mordaza y las cuerdas que le rodeaban el estómago.

Al volver de repente la circulación a sus miembros, ella estuvo a punto de gritar; sin embargo, se mordió el labio y aguantó el dolor estoicamente. Ferguson se dio cuenta y le masajeó los brazos con vigor.

—¿Mejor?

Ella asintió con un seco movimiento de cabeza. Aún no se atrevía a decir nada.

Douglas había levantado a Gideon y lo tenía cogido por el cogote para que no volviera al suelo.

—Será mejor que tengas una buena explicación para todo este enredo.

Entonces se desató el caos. Ferguson exigía saber qué estaba pasando y Gideon no paraba de darles excusas. La acalorada discusión estaba siendo observada por Beth que no entendía una palabra. Sabía

que hablaban de ella porque de vez en cuando tres pares de ojos se giraban hacia ella. Al tiempo que estaba pendiente de los gritos; se fijó en las vestimentas de los tres hombres y supo que estaba en Escocia. Había leído sobre las costumbres de aquellos pueblos y empezó a temblar. Una cosa llevó a otra y pensó en lo lejos que debía estar de su casa y de su padre. Los ojos se le llenaron de lágrimas y giró la cabeza para que los hombres no se dieran cuenta. Calculó la hora que debía ser y pensó que ya se habrían dado cuenta de su desaparición… o no. ¿Qué haría su padre cuando lo supiera?

Había estado cabalgando buena parte de la tarde. Debía estar muy lejos de casa. ¿La encontrarían? Si seguía con esos pensamientos se pondría a llorar como una tonta, y ella no lo era, ya encontraría la manera de escapar de aquellos bárbaros.

Estaba tan absorta que no se dio cuenta de que los hombres habían terminado de discutir, el que la había raptado era llevado por el otro hacia un enorme castillo de piedra gris. El único que quedaba era el que la había desatado y en ese momento la miraba con detenimiento.

—Lamento lo ocurrido. Soy Collen Ferguson, el laird de este clan.

¿Se disculpaba? Lo miró incrédula. Unos ojos violetas contra otros del color del brandi. Se estaban midiendo con las miradas. Ella se preguntaba qué haría ese hombre si dejaba salir todo el enojo que llevaba dentro. Lo veía alerta, parecía un animal a punto de devorar a su presa. Sus fuertes músculos tensos como las cuerdas de un violín.

Beth se decidió, iba a probar hasta qué punto lo lamentaba.

—¿Quiere decir que ahora mismo me llevara de vuelta a mi casa? —Su voz le pareció a Collen como música celestial. Modulaba las palabras con tanto refinamiento como el mejor de los laúdes. Él vio el desafío violeta en su mirada.

—No.

Collen vio cómo le cambiaba la expresión, la furia y el miedo mezclados en aquel pequeño cuerpo escultural. Le extrañó que no le saliera humo por las orejas.

—A esta hora no es seguro; mañana la llevaré de vuelta.

—Imposible. En mi casa deben estar muy preocupados por mí. No quiero ser la causa de tanta zozobra. Si no puede, déjeme un caballo y me voy; ya me encargaré de que se lo devuelvan.

—He dicho que es peligroso. Mañana a primera hora yo mismo la llevaré.

Beth, con los nervios a flor de piel y un enfado que la ahogaba, empezó a pasearse de un lado a otro frente a aquel hombre. Tenía que lograr que la devolviera a su casa lo antes posible. Se negaba a que su padre se preocupara por ella. Además, mucho se temía que, aunque la llevara a casa en ese mismo instante, su reputación ya estaría arruinada si alguien llegaba a enterarse de lo ocurrido. Al caer en la cuenta de las repercusiones que aquello podía tener, se enfureció. Tan pronto como llegara a Newcastle harían las maletas y volverían a Londres. Su padre se negaría a seguir en un lugar donde había el peligro de que volvieran a raptarla. Adiós a su libertad, a los estupendos días que pasaba en aquella tierra que le encantaba, a los paseos a caballo, a las tardes al aire libre. Soltó un gruñido nada femenino.

Collen, se cruzó de brazos y con las piernas separadas, observaba a aquella mujer que cada segundo que pasaba parecía más furiosa. Sus violentos pasos hacían que su vestido se arremolinara en torno a sus tobillos cada vez que se daba la vuelta. En uno de esos giros impetuosos, la falda se lio en sus piernas, tropezó con una piedra al tratar de desenredar sus miembros de la molesta tela y terminó con el trasero en el suelo.

Aquello ya era demasiado. Beth quería matar a alguien, a ese hombre por negarse a devolverla a su casa, y al otro por habérsela llevado. Cerró los puños con fuerza y golpeó el suelo donde estaba despatarrada, lanzando un improperio que haría ruborizarse a su nana.

A Collen se le levantaba la comisura de la boca. De buena gana habría soltado unas carcajadas, pero se contuvo con todas sus fuerzas. Sabía que, si en aquel momento se reía, la mujer lo odiaría.

—Déjeme ayudarla. —Le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Solo puede ayudarme de una manera…: llevándome a casa.

El laird estaba perdiendo la paciencia. ¿No le había dicho que la llevaría al día siguiente? ¿Qué quería aquella mujer, que se partieran el cuello cabalgando de noche por aquellas tierras? Le pareció que era una de esas inglesitas malcriadas que siempre se tenía que hacer su

voluntad.

—Escúcheme, porque solo lo repetiré una vez. —Habló desde las alturas, porque ella seguía sentada en el suelo—. Ni usted ni yo vamos a ir a ninguna parte hasta mañana. No tengo ningunas ganas de tener que matar a mi caballo porque se haya roto una pata al cabalgar en plena noche. Y lo que es peor: nosotros también podemos resultar heridos o algo más. He dicho mañana y no hay nada más que hablar.

Beth lo miró lanzándole dardos por los ojos, a pesar de que sabía que él tenía razón. Pero necesitaba culpar a alguien de su desdicha, que sabía pronta en cuando se supiera que había pasado una noche fuera de casa con extraños al otro lado de la frontera.

—¿Se da cuenta de lo que me ha hecho ese hombre? —Al oír aquello, Ferguson pensó que su atolondrado soldado se habría propasado con ella.

Su expresión se tornó dura como el granito. Gideon le había dicho que la había raptado para casarse con ella, que al verla varios días atrás se había enamorado y que la quería para él. Había negado cualquier acto indecoroso.

—¿Qué le ha hecho? —rugió. Si le decía que la había mancillado, ya podía darse por muerto. No toleraba ese tipo de comportamiento en ninguno de sus hombres.

Ella lo miró como si fuera corto de entendederas. ¿Es que no se daba cuenta de las repercusiones que tendría para ella lo ocurrido?

—¿La ha tocado?

A Beth se le puso el rostro del color de las amapolas y sus encantadoras pecas parecían brillar en aquel rostro angelical.

—No —se apresuró a decir.

La confusión de Collen fue evidente. Aquella muchacha caprichosa lo estaba sacando de sus casillas. La cogió por debajo de los brazos como si fuera una criatura y la levantó, dedicándole una mirada de exasperación.

Al ver su expresión, ella pensó que ese hombre era tonto. Con todo el alboroto que estaban armando en el patio del castillo, se habían reunido allí bastantes miembros del clan, que miraban asombrados lo que ocurría, preguntándose quién sería esa mujer que se atrevía a hablarle a su jefe con ese tono.

Por el rabillo del ojo, Beth vio acercarse a una mujer. Al mirarla,

se dio cuenta del espectáculo que estaba dando. Y quiso que se la tragara la tierra, aunque ella no tenía ninguna culpa de lo que pasaba. Miró alrededor dispuesta a esconderse en el primer rincón que encontrara.

El laird habló un momento con la mujer en gaélico, cosa que molestó a Beth, pero enseguida se dio cuenta de que posiblemente ella no hablaba inglés. Los miró con el disgusto pintado en el rostro.

—Esta es mi hermana Brenda. Vaya con ella. Se ocupará de su comodidad. —Le habló esperando que ella le replicara, pero en cambio la vio apretar los dientes y lanzarle una mirada incendiaria.

Cuando Beth siguió a Brenda, él se permitió sonreír. «¡Cuánto genio en un recipiente tan pequeño!», pensó.

Capítulo 5

En aquel momento, Beth acató que él tenía razón. No podía exponerse a matarse por esos caminos en la oscuridad. Mejor sería que la llevara de vuelta por la mañana, pero menuda la gracia que le hacía. Su mundo se había girado patas arriba sin remedio. Solo le cabía esperar que nadie se enterara de aquel inesperado viaje.

Entonces se permitió admirar lo que la rodeaba. Estaba en un valle rodeado de bosques que ascendían hacia las cumbres cubiertas por las nieves perpetuas. Las cabañas de los Ferguson se extendían a lo largo del valle y en lo alto de una pequeña colina se levantaba un castillo de piedra gris, que impresionaba por su tamaño.

Brenda la dirigía hacia ese descomunal edificio. Su curiosidad por ver el interior, por saber cómo vivirían aquellas gentes la hizo olvidar sus problemas. El salón la sorprendió gratamente. Las paredes estaban adornadas con estandartes coloridos, en dos laterales había unas gigantescas chimeneas y, delante de ellas, mesas y bancos en los que supuso se servirían las comidas. Brenda no dejó que se entretuviera mirando, la guio hacia las escaleras que conducían al piso superior y abrió una puerta que conducía a una recamara. Una vez dentro, se paró y la miró de arriba abajo.

—No tardaran en prepararte el baño, te traeré un tartán para que lo uses mientras lavan tu ropa. —Beth se sorprendió de que hablara su idioma.

—Supuse que no hablabas inglés.

—Mi hermano me obligó a aprenderlo. Tiene la esperanza de que me case con un aristócrata de tu tierra. —Por el tono de voz empleado por la mujer, Beth pensó que aquella idea no le gustaba.

Los ojos violetas se abrieron asombrados.

—¿No te quiere aquí?

—No me malinterpretes, me quiere, y desea lo mejor para mí.

La mujer parecía a la defensiva y Beth supo que quizás su tono no había sido el adecuado.

—Perdona, me estás ayudando y yo me he comportado como si tú tuvieras la culpa de lo ocurrido. Soy Beth Cherry.

—Yo… Brenda Ferguson.

Lo dijo con timidez, temerosa, como si le tuviera miedo; Beth se preguntó por qué. La veía tensa, como si esperara la mínima oportunidad para escapar de aquella habitación.

—Si te incomoda estar aquí, puedes irte; me apañaré sola.

—Mi hermano me ha ordenado que cuide de ti.

—¿Y tú siempre haces lo que él desea?

A Beth le pareció ver que los labios de la muchacha se elevaban, pero bajó la cabeza para evitar que ella se diera cuenta.

—No disimules, he visto tu sonrisa. —La picardía en su mirada hizo sonreír a Brenda.

—Guárdame el secreto, por favor. —En ese momento parecía compungida.

Beth se sentó en el borde de la gran cama que presidía la estancia y palmeó a su lado para que Brenda se sentara.

—¿De qué me estás hablando?

—Somos unas desconocidas; no sé si debiera hablarte de ello.

—Como quieras.

Brenda no se decidía a confiar en una extraña. Se quedó callada. Beth aprovechó para explicarle el lío en el que estaba metida a causa de uno de sus parientes. Su padre se negaría a seguir en Newcastle y, si volvían a Londres, adiós a la libertad de la que disfrutaba allí. La presentarían en sociedad y, si lograban ocultar lo ocurrido, bien. Si no, el escándalo de su desaparición podría acarrearle la ruina social. A ella era algo que no le importaba; nunca había soñado con casarse con uno de esos esnobs de vida regalada. Para ella quería un hombre como su padre.

Pero tenía que pensar en el resto de su familia; su tío Joseph era vizconde de Sheffield y Charlotte, su esposa, era muy tiquismiquis en cuanto a escándalos se tratara.

¡Qué diferente era la vida de los hombres! A ellos se les permitía un viaje por Europa antes de hacer frente a las obligaciones de sus títulos y para con sus familias. Incluso su edad no era problema a la hora de casarse y procurarse un heredero; en cambio, para las mujeres todo era tan injusto. Si pasaban varias temporadas sin encontrar marido se las tachaba de solteronas, agr… ¡En esos momentos le habría encantado ser un hombre!

—No te preocupes, mi hermano hablará con tu padre —se aventuró a decir Brenda.

—El daño ya está hecho.

—Entonces cruzaré los dedos para que nadie se entere de esto. —Brenda se había relajado en compañía de esa forastera y se decidió a contarle sus propios problemas—. Mi hermano se ha dejado convencer por una tía que tengo en Londres y quiere que me case con un aristócrata. A mí la idea no me gusta, y ahora que me has contado las restricciones de las mujeres, menos. Aquí siempre tengo algo que hacer, y puedo permitirme salir a cabalgar o a visitar a mis amigas sin tener que pedir permiso.

—Pero… ¿No es peligroso?

Beth había oído historias sobre los clanes escoceses y las enemistades entre ellos.

—No, nadie se atreve a molestarnos. Saben que mi hermano es implacable. No en vano le llaman «Ferguson, el vengativo».

Entonces le contó la historia de sus padres, cómo él había muerto en una escaramuza contra un clan que los traicionó, y cómo su madre se había ido apagando como la llama de una vela al faltarle su marido; los habían perdido a los dos en pocos meses.

—¡Debió ser horrible! —exclamó Beth. A ella le faltaba su madre, pero su padre hacía lo imposible para que ella fuera feliz.

—Se amaban mucho. Yo quiero un matrimonio cómo el que ellos tenían.

—¿Y hay algún hombre…?

Fueron interrumpidas por unas criadas que traían agua caliente para el baño de Beth. Las chiquillas llenaron una bañera hasta la

mitad y dejaron varios cubos de agua humeante para que se enjuagara. Brenda la ayudó a desnudarse y, cuando estuvo dentro del agua, cerró los ojos soltando un suspiro.

—No me has contestado —susurró Beth mientras se relajaba.

—Sí y no.

Las pupilas violetas se clavaron en la mirada de su nueva amiga.

—No entiendo.

—Hay un hombre, pero como sabe que mi hermano se opondría, ni siquiera lo intenta.

—¿Cómo es eso?

—No es de nuestro clan y Collen no se fía de nadie.

Beth rememoró al hombre al que había gritado en el patio. No parecía ningún ogro. Que era un bruto no había la menor duda: tenía las espaldas tan anchas que parecía imposible. Sus brazos musculosos mostraban una fuerza contenida que asustaba, sus piernas cubiertas solo parcialmente por el kilt eran tan gruesas como troncos de árbol. Reconocía que era guapo. Su mandíbula cuadrada y su pelo castaño hasta los hombros encerraban un rostro atractivo. Sus ojos marrones brillante la miraron sin ofuscación. Podía no fiarse de ella, por no ser pariente suyo, pero no lo había demostrado. Claro que… ¿cómo le iba a temer un hombre que era cuatro veces más corpulento que ella? Cuando la había levantado del suelo, no había parecido hacer el más mínimo esfuerzo.

—¿Puedo serte sincera? —Beth no quería ofenderla.

—Sí, desde luego.

—Yo creo que, si te quisiera de verdad, ese hombre se enfrentaría a tu hermano.

Brenda, que estaba enjabonándole el pelo, dejó de masajear su cabeza pensando la verdad que aquellas palabras encerraban. Se había encontrado con Ian al otro lado del lago en contadas ocasiones. Él le robaba besos, alababa su belleza, le decía que la amaba, la engatusaba para acariciarla… Pero cuando ella se escabullía de sus avances porque eran indecorosos y le decía que tenía que hablar con su hermano, se enfurruñaba con la excusa de que Collen no aceptaría jamás que se casaran. Sin embargo, lo cierto era que nunca había hecho ningún intento de acercamiento.

Poco a poco, los dedos de Brenda se pusieron en movimiento entre

los sedosos cabellos. Esa muchacha más joven que ella tenía razón en lo que decía. ¡Solo era un pasatiempo para Ian! Al percatarse de lo ingenua que había sido al creer en el amor de ese hombre, se enfureció.

—¿Pretendes dejarme calva? —La voz de Beth fue un suave susurro. Se dio cuenta de cómo le habían afectado sus palabras a Brenda. Esta, al instante, apartó las manos de su pelo y las apoyó en su regazo.

—Me siento tan…

—¿Dolida? —aventuró Beth.

El silencio las envolvió un instante en el que Brenda analizaba lo que sentía.

—No, desilusionada, tal vez.

—No será que no lo quieres, que solo se trataba de la excusa para quedarte aquí.

—¡Qué perceptiva eres!

—Lo que pasa es que te asusta como el demonio ir a Londres a encontrar marido.

Brenda sonrió.

—Tienes toda la razón.

—No debe ser tan malo; tengo amigas que se lo pasan muy bien de baile en baile.

—Si es tan maravilloso, ¿qué estás haciendo en Newcastle?

Beth hizo una mueca que sacó una sonrisa de su nueva amiga.

—Mi padre siempre me dice que cuando me presente en sociedad, tendrá que sacarme los pretendientes de encima. Que no cree que pase mucho tiempo antes de que alguien me pida en matrimonio… Yo solo le pedí algo más de tiempo; no me siento preparada para casarme.

Brenda soltó una carcajada.

—Veo que no soy sola la que teme a los esponsales.

—¡Vaya par, estamos hechas!

Brenda era una mujer muy bella, alta y esbelta, con unos luminosos ojos más oscuros que los del hermano y un pelo recogido en dos gruesas trenzas, castaño con reflejos rojos.

Beth no dudaba de que la mitad de los hombres de Londres quedarían prendados por la belleza de la escocesa.

Aquella noche cuando las mujeres bajaron a cenar, se hizo tal silencio en el salón que Beth se sintió incómoda. Todos los hombres reunidos se quedaron devorándola con la mirada.

Ferguson y su comandante entraron en ese momento. Venían de bañarse y charlaban animadamente. Al no oír el barullo que siempre reinaba en la estancia, buscaron con la mirada el motivo de ello. El laird, al ver a aquella muchacha luciendo el tartán con sus colores y lo bien que le sentaban, sintió que algo se removía en su interior. La chica era muy bella, su pelo pelirrojo, que lucía suelto, parecía tener vida propia al acariciar su espalda. Ese cuerpo menudo lo había cautivado desde el momento que la había visto y esos ojos… ¡Nunca había visto unos ojos tan preciosos!

Carraspeó ruidosamente para llamar la atención de sus hombres y se dirigió a su asiento. Brenda se sentó en su asiento habitual y Beth a su lado. Hubiese preferido hacerlo en otra mesa que no fuera aquella, donde cenaría el laird acompañado de sus hombres. Su mirada se cruzó con la de Ferguson y por unos instantes ninguno de los dos la apartó. Ella notaba que le iba subiendo el color en las mejillas y él no pudo evitar sonreír.

¡Qué guapo que era ese hombre! ¡Qué sonrisa!, pensó ella y, sin ser consciente de ello, se la devolvió y sus encantadores hoyuelos aparecieron. Cuando se dio cuenta de que estaba coqueteando con él, bajó la mirada a la superficie rugosa de la mesa, avergonzada. Por suerte, Brenda no se había dado cuenta de nada. Los sirvientes habían empezado a servir fuentes humeantes de cordero asado y su amiga la animó a que se sirviera.

Las muchachas eran ajenas a todas las miradas de admiración de los hombres que poblaban el salón. Estaban tan absortas en su conversación que ellos pudieron mirar y admirar.

El humor del laird se agrió al darse cuenta de la atención que estaba recibiendo la muchacha. Su comandante se percató del cambio en su jefe. Douglas, que era muy observador. Vio las miradas que Collen dirigía hacia el final de la mesa donde estaba su hermana y la forastera.

—¿Está ranció el cordero? —dijo mientras servía vino para ambos.

—¿Qué?

—La carne ya está muerta, no hace falta que la mires como si

quisieras estrangular al animal.

Recibió una mirada furiosa y soltó una carcajada.

—Si no te controlas un poco, los demás se darán cuentas de que te atrae esa mujer.

Collen frunció el ceño.

—A mí no… —Supo que era inútil negar la verdad a su comandante, lo conocía demasiado bien—. Dejemos el tema.

—¿Quieres que me encargue yo de llevarla a su casa?

—No.

Aquella simple palabra despertó todas las alarmas en el cerebro del comandante. Sin embargo, no replicó. Había crecido con Collen y sabía que por mucho que le atrajera la muchacha, no le pondría una mano encima. Era inglesa y eso era un obstáculo difícil de salvar. Su jefe no confiaba en ninguno de sus compatriotas y mucho menos en los del país vecino. Que ella fuera un bocadito muy apetecible, no cambiaba las cosas.

Collen no podía apartar la mirada de aquella chiquilla que charlaba con su hermana. Las veía cuchichearse algo al oído y acto seguido estallar en carcajadas. La fea cara de los celos se apoderó de él al desear estar en el lugar de Brenda. ¿De qué estarían hablando? Sin proponérselo, dejó la copa de vino con más ímpetu sobre la mesa, acción que llamó la atención de las mujeres.

Beth lo miró y vio que él lucía un ardoroso ceño fruncido. Se giró hacia su nueva amiga y se dio cuenta de que los hermanos cruzaban unas extrañas miradas.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Creo que le gustas —le respondió en voz baja.

Ante lo absurdo de aquel comentario, ella soltó una risita. Creía que Brenda le estaba tomando el pelo.

—Lo digo en serio. Nunca lo he visto comportarse como hoy. Te ha permitido cosas que ninguna mujer ha conseguido nunca.

—No digas tonterías; no me conoce.

—Eres muy guapa.

Beth no prestó atención al piropo.

—Conozco verdaderas arpías con cara de ángel.

Aquel comentario arrancó unas nuevas risas.

Collen luchaba consigo mismo. Estaba de un humor de mil

demonios porque todos sus hombres parecían pendientes de las mujeres que no paraban de reír. Se levantó de repente y salió de la sala, antes de dejar libre su frustración, haciendo alguna tontería para llamar la atención y ponerse en ridículo. Salió del castillo; necesitaba aire fresco que le templara la sangre.

Su comandante, se quedó dónde estaba; imaginaba lo que le estaba pasando a su jefe, y sabía que tratar de razonar con él en esos momentos sería impensable.

Beth estaba inquieta, por lo que se le hacía imposible dormir. Se levantó y se acercó a la ventana de su alcoba. El aire que se filtraba era muy frío; se envolvió en el tartán que le había prestado Brenda y encendió una vela. Se sentó en el lecho; sin embargo, no podía quedarse quieta y volvió a levantarse. Atusó los leños de la chimenea que aún conservaban lumbre hasta que el fuego ardió con furor. Se quedó unos minutos observando las llamas, pensando en cómo podía salir del lío en el que la habían metido. Al no ocurrírsele nada, se acercó a la ventana otra vez mirando la luna que iluminaba todo como un resplandeciente manto de plata. «¿Qué voy a hacer?», murmuró como si le estuviera preguntando a aquella bola suspendida en un cielo tachonado de estrellas. Se maravilló del bello entorno, las luces y sombras que proyectaba la luna la tuvieron allí como hechizada durante largo rato.

Ferguson había ido hasta el lago y volvía caminado despacio, sintiéndose en paz por primera vez desde que había visto a aquella muchacha, que le había revuelto algo muy dentro de él. Sin embargo, era consciente de que entre ambos no podía surgir nada. A él no le gustaban los ingleses y ella lo era.

En un arranque de sinceridad consigo mismo, pensó en su hermana, a la que estaba convenciendo para que aceptara la invitación de su tía para presentarla en sociedad en Londres, donde

según ella le podía surgir un buen partido. Había meditado mucho sobre el asunto y al fin había llegado a la conclusión de que eso sería lo mejor para Brenda. En su clan, los hombres la evitaban para no tener que enfrentarse a la furia de Ferguson, el vengativo, a pesar de que nunca se había comportado como un energúmeno como solían asegurar sus enemigos. Sus parientes sabían que era un hombre justo, pero ninguno de ellos hacía el menor intento para cortejar a su bella hermana.

Un movimiento en una de las alcobas del piso superior llamó su atención. Se paró un segundo y entonces la vio. La inglesa parecía un pequeño fantasma, una aparición… La luz a su espalda hacía que ella fuera solo una silueta borrosa. Por lo visto tenía el mismo problema que él. No estaría mal ayudarla a dormir. Soltó una maldición y entró en el castillo camino a su propia alcoba.

Aquella noche, Beth casi no pudo pegar ojo. Solo de pensar la angustia que estaría viviendo su padre, le entraban unas terribles ganas de llorar. Las horas se le hicieron eternas y, cuando al fin cayó en el esperado sueño, unos golpes en la puerta la despertaron.

Era Brenda, que le traía su vestido limpio y le decía que se apresurara si quería comer algo antes de emprender el camino a casa. Se vistió con rapidez, ayudada por su nueva amiga y bajó las escaleras hacia el salón. Sin el descanso reparador, tenía el estómago cerrado. Bebió un poco de agua y salió al exterior. Allí la esperaban Collen y dos hombres más. El cielo aún estaba estrellado, pero en lo alto de las montañas que los rodeaban empezaban a pintarse pinceladas de púrpura, lo que anunciaba el nuevo día.

—Me ha encantado conocerte Beth. —Brenda la cogió por las manos—. Espero que no tengas los problemas de los que me hablaste.

Mientras hablaba, la escocesa le dio un saco a su hermano. Este supuso que era de la joven.

—Eso me gustaría a mí también. Sé feliz y no dejes que nadie influya en tu fututo.

Su amiga le entendió y asintió con la cabeza. Se abrazaron y, cuando se dio la vuelta…

—¿No hay un caballo para mí? —dijo con los ojos clavados en los de Ferguson.

—Cabalgará conmigo.

—Pero…

Su protesta murió en su garganta cuando el hombre se agachó desde lo alto de su montura, la cogió por la cintura y la acomodó en su regazo.

—Esto es indecente —murmuró.

—¿Quiere que sigamos discutiendo o nos ponemos en marcha?

Beth apretó la mandíbula para no decirle a aquel patán lo que pensaba de su despotismo. Pero recordó lo que Brenda le había contado sobre los clanes vecinos y supuso que él se preocupaba por si se encontraban con alguno de ellos. Ferguson no podía saber que ella era una perfecta amazona, que podía seguir el ritmo de los hombres. Velaba por su seguridad, aunque maldita la gracia que le hacía tener que viajar de aquella forma.

Brenda le dijo adiós con la mano y esperó que se perdieran de vista.

En cuanto llegaron a las afueras del poblado, Collen espoleó su caballo y con un brazo atravesado sobre su cintura empezó la cabalgata infernal. Por lo visto, tenía prisa por realizar aquella misión que él mismo se había impuesto. De los dos hombres que los acompañaban, uno iba delante y otro detrás. Beth no sabía por qué y no tenía ganas de preguntar.

Ella trataba de cogerse a la perilla y mantenerse alejada de aquel cuerpo medio desnudo, pero él no se lo permitía. Cada vez que ella trataba de poner distancia, él la apretaba un poco más contra sí. Beth dejó de intentarlo y se quedó quieta contra él.

Collen notó que ella temblaba, supuso que el fino vestido no era suficiente para la fría temperatura de primera hora. Aminoró la marcha y la envolvió con su tartán. Al sentir la calidez de la prenda, ella se arrebujó y soltó un suspiro.

¡Qué considerado era ese hombre! Cuando este pensamiento pasó por su cabeza, se riñó mentalmente. No debía dejar que la impresionara con ese pequeño detalle, a fin de cuentas, ella se encontraba en un buen lío por culpa de uno de sus parientes. Sin embargo, no pudo dejar de notar el aroma que desprendía la prenda

con la que la había abrigado: una mezcla de limpio, de espacios abiertos y de hombre. Y que bien olía.

Collen se percató que ella se relajaba entre sus brazos. Notó lo bien que se adaptaba a ellos y algo dentro de él se envaró. No permitiría que esa inglesa malcriada ocupara sus pensamientos más de lo debido. Se había comprometido a llevarla a su casa y eso haría.

Pasaban las horas y Collen notó que ella no paraba de revolverse entre sus brazos.

—¿Qué le pasa?

Beth no pensaba decirle que le dolía el trasero, debido a la cabalgata a la que la estaba sometiendo. Quería llegar a Newcastle lo antes posible, pero a ese paso, cuando llegara, estaría tan extenuada que nadie se creería que se había extraviado en el bosque. Durante la noche, pensó que era una buena idea decirle a su padre que se había perdido y que la noche se le había echado encima. Que se había cobijado en una cabaña que usaban los cazadores, la cual él le había mostrado y que se encontraba bastante lejos de la casa.

—¿Me va a contestar? —insistió Collen tras otro movimiento de ella.

Él inclinó la cabeza para mirarla y vio el rojo subido de su rostro. Debió de haber pensado en ello. Se reprendió mentalmente al suponer lo que le ocurría a la muchacha.

Silbó y el soldado que cabalga delante se detuvo.

—Nos detendremos un momento.

Sus hombres lo miraron con extrañeza, pero ninguno dijo nada. Puso su montura delante y los guio fuera del camino. Sabía que no muy lejos de allí corría un riachuelo. Cuando se detuvo, sus hombres llevaron a sus caballos a la orilla.

Collen bajó y ayudó a Beth, la cogió por la cintura y la depositó en el suelo atento a que las piernas de la muchacha la sostuvieran. No fue así, las rodillas de Beth eran de gelatina y se doblaron. Con sus grandes manos en la estrecha cintura la sujetó.

Ella se sentía avergonzada, la tarde anterior había insistido en volver a casa, a saber, cómo habría llegado si él hubiese accedido. Bajó la mirada al suelo para no ver si él se reía de su debilidad.

—No nos queda más de una hora para llegar a su casa —murmuró Collen y vio la mueca que ella hacía. Aquello sí que le sacó una

sonrisa.

—Debe pensar que soy…

Él la interrumpió.

—Lo que pienso es que cualquier mujer se habría quejado desde el primer momento, en cambio, usted ha soportado el dolor sin abrir la boca.

—Su hermana me contó que no tiene muchos amigos.

—¿Qué tiene eso que ver con el dolor de su trasero? —exclamó Ferguson sin pensar en lo que decía.

El bochorno de Beth era completo. Una cosa era que lo hubiera intuido y la otra era que se lo dijera así, sin pensar, que sus hombres en ese momento se volvieron para mirarla divertidos. Le entraron ganas de darle una patada en la espinilla para que se diera cuenta de lo inapropiado de su comentario en voz alta.

Las mejillas de Beth ardían, pero se negó a callar.

—Es usted un grosero.

—Muy bien, lo soy… —declaró sin ninguna vergüenza—. Ahora dígame qué tiene que ver una cosa con la otra.

—He callado mi malestar porque no quiero verme envuelta en una escaramuza si nos encontramos con sus simpáticos vecinos. —El sarcasmo de su voz lo hizo sonreír.

—Veo que no le falta inteligencia.

—¿Acaso pensaba que era tonta? —La mirada violeta lo podía chamuscar.

Esa mujer tenía más carácter que ninguna que hubiese conocido con anterioridad. Le gustaba ese genio. No se mordía la lengua cuando le hablaba. Era agradable que no se echara a temblar ante su presencia como ocurría a menudo con las mujeres.

—De ninguna manera, no ponga palabras en mi boca que yo no he dicho.

—Ya puede soltarme. Si no le importa iré a refrescarme un poco.

Le dio la espalda y no vio la sonrisa que se dibujaba en los labios de Ferguson. ¡Qué distinta era esa mujer a todas las que trataba!

Uno de sus hombres se acercó para llevar al caballo a la orilla. Al ver la extraña expresión de su jefe le dijo:

—Recuerda que es solo una cara bonita… de la que te librarás muy pronto.

Por un segundo, pensó: «Quizás demasiado pronto». Le gustaba la forma de hablar de esa mujer, sus curvas pegadas a su cuerpo, el suave peso de sus pechos contra su brazo, el aroma de los mechones de su cabello que le acariciaba la cara… ¡Qué diablos! Era seductora de la punta de los pies hasta la cabeza.

La observó cómo se lavaba las manos y el cuello, y cómo bebía agua del río. Otra cosa que no había pensado, se reprochó. Debía estar hambrienta y sedienta, y él con sus prisas no había reparado en ello. Entonces recordó el paquete que su hermana le había dado antes de salir. No podían ser pertenencias de ella, pues el día anterior había llegado dentro de un saco. Fue a ver y se encontró con un trozo de pan del día anterior y uno de queso, además de fruta.

Levantó la mirada y la vio apretándose los riñones a la orilla del río. Caminó hacia ella.

—¿Le apetece un trozo de pan con queso?

Beth estaba hambrienta y pensó que, si se entretenía comiendo un poco, retrasaría el momento de volver a subir al caballo. La idea le pareció estupenda. No volvería a montar durante unos días, le dolían partes de su cuerpo que nunca lo habían hecho.

—Sí, estoy famélica.

Collen dejó el saco sobre una roca y esperó que ella se sirviera. Luego les hizo una señal a sus hombres y él cogió una manzana. Se la comió lentamente, observando como ella hacía lo mismo con el queso y el pan.

Ella paseaba mientras comía, lo hacía para relajar sus músculos acalambrados. No iba a quejarse cuando él la llevaba a su casa. Terminó de comer y volvió al río para lavarse las manos.

—Será mejor que nos pongamos en camino. —Ferguson estaba justo detrás de ella y la sobresaltó.

—Sí. —Hizo una mueca al pensar en sus doloridas posaderas.

Los hombres lo vieron y disimularon su diversión, ocultando sus sonrisas.

Collen montó sobre el animal y se inclinó para auparla. La colocó con suavidad sobre sus muslos y ella, al notarlo, trató de apartarse.

—Quieta.

La oyó murmurar, pero no entendió lo que decía. Supuso que alguna diatriba contra él por la intimidad de la postura. Sus labios se

curvaron hacia arriba. ¡Cómo se divertía importunándola! Lástima que el viaje estaba llegando a su fin.

El resto del trayecto lo hicieron con un trote más ligero. Collen sabía que tendría que aguantar las burlas de sus hombres por sus miramientos con aquella muchacha, pero no le importó. Ella valía la pena.

Beth empezó a reconocer las montañas y supo que estaban cerca de su casa.

—¿Puedo pedirle un favor?

Collen supo por el tono empleado que ella trataba de manipularlo de alguna manera. Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza sin apartar la vista del camino.

—No me lleve hasta la puerta de mi casa. Déjeme al límite de la propiedad. —El comentario le chocó y la miró. Ella tenía las mejillas sonrosadas—. Le diré a mi padre que anoche me perdí y que me refugié en la cabaña de los leñadores.

—¿Por qué?

Beth había planeado no decirle a su padre nada de lo ocurrido, pero no quería confesarle a ese hombre que pensaba mentir descaradamente para seguir disfrutando de aquellos meses de libertad.

—Porque no quiero que usted tenga problemas por lo que hizo su pariente. Podrían mandar patrullas y no quiero ser responsable de lo que pueda pasar si se enfrenta con usted.

—¿Por quién teme, por él o por mí?

Ella lo miró a los ojos y vio el atisbo de sonrisa que coronaba su boca. Sabía que su padre no se enfrentaría a él, sino que mandaría a soldados entrenados. Pero eso no se lo diría. Tenía que lograr que él colaborara en aquella mentira.

—Por él, por supuesto —dijo, sabiendo que el orgullo de ese hombre era más grande que toda Inglaterra.

A Collen le gustó la respuesta, aunque vio que ella alababa su destreza sin saber nada de él. La muchacha creía que lo estaba manipulando a su antojo. Sonrió al pensarlo. Nunca se había dejado ningunear por ninguna mujer.

—La llevaré hasta donde crea conveniente. —Ella frunció el ceño al ver que su estratagema no funcionó—. No pienso dejarla en medio del bosque para que algún otro se la lleve.

El gruñido de Beth le hizo reír a carcajadas.

—No volverá a ocurrir.

—¿Cómo piensa impedirlo? ¿Se mantendrá dentro de la casa?

Ella apretó los dientes para no soltar un improperio, lanzándole dardos con aquella mirada violeta. Estaba tan enojada que no se dio cuenta de que él había detenido su caballo.

—¿Le parece bien aquí?

Beth se dio la vuelta sobresaltada y, a través de las ramas de los árboles, pudo distinguir la gran mansión de su tío a lo lejos. Después de todo, ese hombre dejaría que ella le dijera a su padre lo que le pareciera oportuno. Lo miró con una de aquellas enloquecedoras sonrisas pintada en la cara. Y Collen reaccionó ante ella, ¡Qué hermosa que era esa jovencita!

Bajó del caballo, les ordenó a sus hombres que lo esperaran, la cogió por la cintura y la acompañó, amparados en la espesa vegetación.

¿Por qué le estaba costando tanto dejarla ir?, se preguntó sin apartar la mano de su talle.

—Muchas gracias. —Se la veía nerviosa, y la voz le tembló un poco.

—Era mi obligación.

Ella se dio la vuelta para irse, pero él la retuvo agarrándola por la mano. Se miraron unos segundos, ella preguntándose qué querría en ese momento. Él tenía la vista clavada en sus labios. Aquello la perturbó.

Collen nunca supo qué lo había impulsado a besarla, pero la envolvió entre sus brazos y le recorrió los labios con los propios con una suavidad que la hechizó. Beth soltó un jadeo y lo empujó con sus pequeñas manos en el firme pecho, pero aquella resistencia duró un segundo, pues sus brazos se deslizaron alrededor del musculoso cuello. La boca del hombre tomó posesión de la dulzura de sus labios, pero no le bastaba, su lengua fue empujando para que ella abriera la boca y, cuando lo hizo, un gemido reverberó en su pecho. ¡Qué bien sabía esa muchacha! Recorrió la dulce gruta sin prisa, saboreando los suaves sonidos que escapaban de la boca femenina.

Beth estaba conmocionada por lo que estaba ocurriendo. No podía ser que estuviera mal lo que la hacía sentir tan bien. Parecía que

tuviera un millar de mariposas danzando por su cuerpo, era como si estuviera girando en una espiral de sensaciones maravillosas. Las yemas de sus dedos vibraban al acariciar, sin ser consciente de ello, la piel de ese hombre.

Trató de imitar los movimientos que sentía en su boca y cuando tentativamente movió la lengua contra la intrusa de ese hombre, él se separó de ella.

Lo miró con las mejillas ardiendo pensando que había hecho algo mal.

—Lo siento —susurró avergonzada.

Collen se detuvo porque al sentir que ella respondía, su cuerpo había reaccionado con furia. El deseo que despertó en él lo dejó al borde de caer de rodillas a los pies de aquella chica, demasiado joven e inocente para él.

Al ver la vergüenza en aquel hermoso rostro se sintió culpable. Le enmarcó la cara con sus grandes manos.

—¿Qué es lo que sientes? —Nunca habría pensado que un rostro pudiera enrojecer más—. Ha sido un interludio sublime, pequeña. —Los ojos violetas se pusieron redondos de sorpresa. Beth era incapaz de decir palabra—. Volveremos a vernos —prometió Collen—. Ahora vete.

Ella salió disparada hacia la casa en el momento que él la soltó. Se la quedó mirando como corría sujetándose las faldas. Esperando que su cuerpo se tranquilizaba. ¿Cómo conseguirlo con el sabor de ella en los labios? ¿Con la visión de sus tobillos y pantorrillas? Cuando desapareció de su vista, se dio la vuelta y se reunió con sus hombres.

Capítulo 6

El ama de llaves gritó cuando vio aparecer a Beth. Todos en la casa se reunieron en el vestíbulo. Habían pasado la noche en vela, esperando tener noticias de la joven señorita. Sebastián salió de su estudio. No llevaba chaqueta y, por su aspecto, Beth supo que no había dormido en toda la noche. Se lanzó a los brazos de su padre con lágrimas en los ojos.

—Papá…

Él la envolvió contra su cuerpo con fuerza, oyendo los sollozos que se le escapaban.

—¿Dónde has estado, cariño? ¿Qué ocurrió? —Sebastián trató de moderar su voz al ver a su hija tan alterada—. Nos has tenido a todos en vela durante toda la noche.

—Lo siento, papá, pero salí a dar un paseo y perdí la noción del tiempo. Oscureció y me perdí… No sé el rato que estuve dando vueltas. Al fin encontré la cabaña aquella que me enseñaste…, la de los cazadores.

Su padre sabía que estaba mintiendo; él mismo había estado en aquella cabaña la noche anterior, buscándola. Frunció el ceño. Su hija nunca le había mentido, pero se dio cuenta de que estaban siendo observados por los sirvientes y supo que aquello lo tenía que solucionar a solas con ella.

—¡Qué suerte que encontraras la cabaña!

—Sí, papá —susurró ocultando la cara en el pecho de su

progenitor, oliendo su aroma característico. Sin darse cuenta, lo estuvo comparando con el de la manta de Ferguson. Se reprochó a sí misma por hacer tal cosa, pero es que le parecía que estaba sintiendo aquella esencia. ¿Sería posible que, al haberse envuelto en aquella manta, se le hubiese quedado el olor impregnado en sus ropas?

Su nana apareció corriendo hacia Beth con el pequeño Edy en sus brazos y sus cabellos encanecidos como si ese día no se hubiese peinado. Las profundas ojeras de la mujer le indicaban que no había dormido, y la preocupación que les había causado.

—Mi niña…, ¿qué ocurrió? —A la mujer las lágrimas le corrían por las mejillas sin control.

—Me perdí.

El ama de llaves miraba la escena con una mezcla de incredulidad y altanería. No se creía nada de lo que decía la muchacha.

—Pasé tanto miedo —exclamó para convencer a su padre. Veía en su mirada que no acababa de creérsela.

—Me lo imagino, cariño, ahora ve a tu habitación; te subirán un baño y un té para que te relajes y puedas descansar. Yo mandaré un mensaje al alguacil para decirle que ya has aparecido. Nos veremos a la hora de comer.

¡Dios Santo! Seguro que su padre había mandado a todo el mundo en su busca. ¿Y si habían llegado hasta la cabaña en la que ella no había estado? Un escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza. Vio en el brillo especulativo de la mirada de su padre que no se había tragado la historia que le había contado. Tendría que poner más dramatismo. Se soltó de los brazos de su padre para cumplir sus órdenes y fingió que se mareaba. Se puso una mano en la frente y fingió un desvanecimiento. ¡Diablos, cómo le dolía el cuerpo de la apresurada cabalgata! Se lamentó en silencio mientras su padre la levantaba y la subía a su alcoba.

Sebastián sabía que su hija estaba fingiendo. Allí había gato encerrado. La dejó en el centro de la cama y le dio unas palmaditas en las mejillas.

—Cariño, cariño…, Beth…

Alice entró como un vendaval. Había dejado al pequeño Edy en manos del ama de cría que habían contratado y que había mostrado más cariño y maña con el niño que todos los sirvientes de aquella

mansión.

—Beth, Beth…, despierta pequeña. —Sabía que la muchacha estaba haciendo cuento, no se había desmayado en su vida. Era fuerte, testaruda y por muy afectada que estuviera por lo que pasara a su alrededor, nunca había perdido el sentido. Se enfrentaba a todo con una valentía que era envidiable.

Beth empezó a agitar las pestañas, oía a su padre y a Alice y le remordía la conciencia por toda aquella charada que aún los preocuparía más de lo que ya estaban. Abrió los ojos y miró a su padre con una extraña expresión que él no pudo definir.

—Descansa, cielo, más tarde pasaré a verte.

Sebastián salió de la alcoba de su hija con el ceño fruncido. ¿La habría consentido demasiado? Tanto como para que se tomara el libertinaje de pasar una noche fuera de casa. ¿Dónde habría estado?

Se propuso averiguarlo, pero debía tener en cuenta que las paredes oían, que los criados de Sheffield Manor no le serían fieles a él. Que, siendo su hermano el vizconde, le irían con todos los cuentos que quisieran. Además, la señora Gordon ya no era la mujer de antaño que se guardaba sus secretos e imponía su voluntad a sus subordinados; le daba la impresión de que, si oía algún chisme sobre su hija, ella no amonestaría a nadie por difundirlo. Había visto cómo la mujer miraba a su hija. No le caía bien. Beth la había ofendido al hacer prevalecer su opinión respecto a Edy y, sin duda, no lo olvidaría.

Alice, ordenó un baño para su ama y la dejó descansando en la cama sin decir nada. Cuando las criadas terminaron de llenar la tina frente al fuego avivado de su alcoba, ayudó a Beth a desnudarse y meterse en el agua caliente.

Beth soltó un gemido cuando el agua caliente acarició sus músculos acalambrados por la dura cabalgata. Recordó cómo Ferguson la había apoyado contra sus muslos para aligerar la dureza de la marcha. El solo recuerdo hizo que se sintiera acalorada. Alice no se perdía ni una de sus expresiones mientras recogía la ropa.

—¿Me dirás ahora lo que pasó?

Beth sabía que podía confiar en su nana y le remordía la conciencia mentirle.

—¿No le dirás nada a papá?

Alice la miró frunciendo el ceño. Si su patrón le preguntaba, tendría que contárselo; no le podía prometer a la muchacha que le guardaría el secreto.

—Si no me pregunta, no.

Ella sabía que no podía pedirle que le mintiera a su padre; sin embargo, decidió confiar en ella. En esos momentos, su padre tenía la mosca detrás de la oreja y no sería de extrañar que decidiera que volvieran a Londres. Le contó a Alice lo ocurrido la tarde anterior y cómo la habían devuelto lo antes posible. Se guardó para sí el beso en el bosque y la promesa de Ferguson de que volverían a verse.

Alice la escuchó sin decir nada y le creyó.

—Deberías decírselo a tu padre.

—Si lo hago, volveremos a casa y…

—Sería lo más sensato.

—No, no estoy preparada para ser presentada en sociedad.

—¿Pero no te das cuenta de que podría volver a ocurrir?

—Prometo que no saldré de la casa sola, por favor, no se lo digas a papá.

—No lo haré si no me pregunta —repitió Alice.

Beth sabía que su padre no se había creído su historia. Lo había visto en su mirada y suponía que se había abstenido de preguntar por todos los sirvientes que tenían alrededor. Debería encontrar la forma de contárselo sin que lo denunciara al alguacil. No quería que los Ferguson tuvieran problemas cuando la habían tratado tan bien.

A la hora de la comida, Beth bajó con un vestido mañanero rosa con flores bordadas de un tono amarillo pálido que la hacía parecer más joven de lo que era. Alice le recogió el pelo con una cinta del mismo tono. Se sentó con su padre en el comedor y, salvo por las preguntas que se interesaban por su estado de salud, su padre no le dijo nada más; comieron en el más absoluto silencio.

Sebastián miraba a su hija y veía como jugaba con la comida, señal inequívoca de que estaba nerviosa. Cuando terminaron, él le dijo si le apetecía dar un paseo o salir a cabalgar. Solo de pensar en montarse a un caballo la recorrió un estremecimiento, el trasero aún

le dolía.

—Podemos dar un paseo —dijo pensando que tenía que hablar con él, antes de que se liara a investigar por su propia cuenta y sacara sus propias conclusiones.

Salieron de la mansión, en completo silencio. Sebastián esperó paciente a que su hija reuniera el valor para contarle lo ocurrido. Caminaba con ella de su brazo. Cuando estuvieron bastante alejados de la casa, ella se decidió.

—Papá…, debes prometerme que no volveremos a Londres antes de lo que acordamos.

—¿Debo? —la mirada de Sebastián era de advertencia. Había estado devanándose los sesos, preguntándose qué le habría ocurrido, y tenía muy claro que no iba a consentir que lo manipulara como solía hacerlo.

—No volveré a salir sola de la casa, papá. No volverá a ocurrir.

—Empieza por el principio y luego seré yo quien decida.

Mientras Sebastián escuchaba todo lo que su hija le contaba, iba tragándose una maldición tras otra. No pensaba seguir en un lugar donde su adorada hija corriera peligro. Esta vez las cosas no habían ido a mayores, pero… ¿por cuánto tiempo?

Se sentía impotente para proteger a Beth.

—Volvamos, ordenaré que preparen nuestros baúles y mañana nos vamos.

—No, papá —exclamó ella.

—¿Cómo? —Estaba tan furioso que tenía ganas de pegarle a alguien: al que se le había llevado y al que la había devuelto por no dar la cara y asumir su responsabilidad.

Beth lo miró desolada. Eso era lo que pretendía impedir: que volvieran a casa.

—No te das cuenta de que, si ahora volvemos a Londres, la gente se preguntará por qué. No tardaran en inventar alguna estupidez y la bola se hará grande hasta convertirse en la comidilla de toda la alta sociedad. —Sebastián se daba cuenta de la validez de la razón que le daba su hija, igual que sabía que intentaba manipularlo para hacer lo que ella quería. Se la quedó mirando unos segundos, que a ella se le hicieron larguísimos. Al fin Beth rompió el silencio que ya no soportaba—. Sabes que tengo razón, nuestra vuelta puede

desencadenar el escándalo que podemos evitar quedándonos.

Sebastián no dijo nada, solo la cogió por el codo y la guio hacia la mansión mientras cavilaba la mejor opción. Su hija lo miraba esperando que dijera algo.

—Lo pensaré.

Al llegar a la casa, Beth le dijo a su padre que iba a acostarse, que estaba muy cansada, pero antes de retirarse, le suplicó que tuviera en cuenta lo que habían estado hablando. Al dirigirse a su alcoba se cruzó con la señora Gordon y vio la mirada de desprecio que le dedicó. Aquella vieja bruja le iba a causar problemas, pensó.

Sebastián se encerró en su estudio y se sirvió una generosa copa de whisky. Se sentó frente al fuego como si esperara que las llamas le aclararan lo mejor que podía hacer con el problema que tenía entre manos. Era cierto que, si volvían a Londres después de haber dicho a conocidos y amigos que pensaban pasar una larga temporada en su propiedad del norte, se harían preguntas. También las malas lenguas —a las que él no hacía el más mínimo caso—, pero la alta sociedad londinense se alimentaba día sí y día también de los chismorreos mal intencionados. Quizás era mejor quedarse dónde estaban, y que mantuviera a su hija bajo estrecha vigilancia. Esa noche cenó solo; su hija había tomado un ligero tentempié a media tarde y se había acostado. No le extrañaba después de la experiencia vivida.

Cuando Collen y sus hombres regresaron a sus tierras, Brenda estaba preocupada. Su hermano lo notó y la interrogó.

—Beth me dijo que, a causa de lo ocurrido, podía encontrarse con problemas serios. Si alguien se entera de lo ocurrido, se la va a considerar una mercancía usada.

—Los ingleses son una panda de pomposos hipócritas.

—Con los que ella tiene que convivir —dijo con la intención de que su hermano se diera cuenta de que quería para ella esa misma vida que él despreciaba sin ningún miramiento.

—Cuando vuelvan a Londres, se ocuparán de que nadie se entere de lo ocurrido.

—Es posible que su padre decida volver inmediatamente. Después

de todo, no es seguro vivir donde están. Además, la servidumbre habla, quizás no puedan mantener en secreto lo acaecido.

Brenda hablaba en un tono como si lo estuviera acusando a él de lo ocurrido. Y Collen pudo ver el resentimiento en su mirada. No pensaba volver a la discusión de siempre.

A Collen se le anudó el estómago. Era cierto lo que su hermana decía: Beth Cherry era demasiado hermosa. Algún otro desaprensivo podía hacer lo mismo que Gideon. Tendría que ocuparse del asunto.

De mal humor, se dirigió a los calabozos del castillo, donde Gideon estaba desde la tarde anterior.

—Debería matarte por los problemas que me has ocasionado.

El hombre palideció al oír aquellas palabras dichas con furia.

—Yo…

—Nadie te ha dicho que hables —rugió furioso.

Douglas, que lo había visto llegar desde el campo de entrenamiento y había visto sus ojos furiosos cuando había dejado a su hermana en el patio, lo siguió hasta las entrañas del castillo. Se mantuvo en la oscuridad oyendo a Ferguson.

—¿Cómo se te ocurrió raptar a esa mujer? ¿Qué pretendías hacer con ella? ¿Es que pensabas que no nos enteraríamos de que estaba aquí? ¿Qué ibas a hacer cuando se presentaran aquí los ingleses a buscarla?

Demasiadas preguntas para la mente atribulada de Gideon.

—No me respondas; no pensaste.

Estaba de pie ante el hombre con las piernas separadas y los brazos caídos a sus costados, abriendo y cerrando los puños.

Douglas admiraba que se contuviera de darle la paliza que se merecía aquel atolondrado.

—Para que no tengas otra vez la tentación de ponernos a todos en peligro, te quedaras haciendo guardias en la muralla exterior hasta nueva orden.

—No puedes hacer eso —se quejó con cara pálida como si lo hubiera condenado a la horca.

—Lo estoy haciendo, y no vuelvas a tentar tu suerte; todavía no sé si me satisface este insignificante castigo.

El comandante se mantuvo en su escondite, sin delatar su posición hasta que el laird se hubo alejado y oyó sus pasos en la escalera de

piedra. Entonces, dio un paso al frente revelando su presencia.

—Has tenido suerte, despojo, yo te habría dejado aquí hasta que te pudrieras.

Gideon se dejó caer sobre el jergón de paja lleno de pulgas que era el único lugar donde apoyarse.

—Piensa que aún puedo conseguir esa sentencia si no te comportas.

El preso gimió.

Cuando horas más tarde se sentó para la cena, Ferguson había tomado una decisión. Mandaría a uno de sus hombres, para proteger a Beth, a que se empleara en la mansión como mozo de cuadra y que la tuviera vigilada. Para ello, consultaría con Douglas, él conocía mejor a sus hombres y le recomendaría el adecuado. Después de la cena, mientras se tomaban un whisky, le contó su plan. Su comandante lo miró con los ojos entrecerrados, que la mujer era una belleza era indiscutible, pero que su jefe se tomara aquellas molestias lo tenía desconcertado. Nunca había mostrado apreció por las féminas inglesas, decía que eran malcriadas, débiles e ignorantes. No obstante, tampoco hablaba jamás de formar una familia. En el castillo, había suficientes sirvientas que no se negaban a pasar una noche con él cuando necesitaba compañía femenina. Tal vez porque lo tenía tan fácil, no había pensado ninguna vez en buscar una esposa. Además, su hermana cuidaba de que todo funcionara a la perfección en el castillo. En fin, Collen no necesitaba una mujer al lado que lo pusiera en vereda, que no parara de quejarse por la dura vida en las tierras de los Ferguson.

—¿Tienes un interés especial por esa mujer?

La mirada acerada que recibió decía mucho más que las palabras y, ante la negativa de su jefe, ocultó una sonrisa que le tiraba de los labios.

—La persona indicada para lo que deseas es el viejo Cameron; es astuto como un zorro, sabe hablar inglés y su constitución no les supondrá ninguna amenaza. Además, sabe defenderse y, si debe luchar por la chica, no lo dudará.

—Está bien, mañana por la mañana hablaré con él —dijo Collen

pensando en el viejo soldado.

Capítulo 7

Un año más tarde.

Sebastián y Beth Cherry volvieron a Londres. Los últimos meses en Sheffield Manor habían sido estupendos: padre e hija habían disfrutado de su mutua compañía. Habían compartido cabalgatas, paseos y pícnics en el campo, algunas veces acompañados por Alice y el pequeño Edy, que había crecido mucho. La familia estaba muy unida y acogieron al pequeño con una naturalidad exquisita.

En cuanto Sebastián fue a ver a su hermano y a su cuñada y les comunicó que se había hecho cargo de un bebé, estos se sorprendieron. Les contó las circunstancias que habían llevado al niño a su casa, y Joseph, que adoraba a su sobrina, estuvo orgulloso de que la muchacha se hubiese hecho cargo de la situación. De todo el mundo era sabido que la mayoría de los muchachos que se criaban en los hospicios terminaban en las calles, robando y malviviendo.

Además, admiraba a su hermano por haber dado el paso de ocuparse del pequeño. Sabía que a Sebastián le gustaban mucho los niños y que, si su esposa no hubiera fallecido tan joven, habrían llenado la casa de pequeños. Por ese motivo, a veces se extrañaba de que no se hubiese vuelto a casar, pero sabía del amor que había unido a su hermano y a su cuñada. No era igual que el que unía a la mayoría de los matrimonios; el suyo había sido muy profundo, tanto que él había quedado devastado tras la pérdida. Así que, si había decidido

salvar a ese muchachito de un futuro nada prometedor, tenía todo su apoyo.

—Me alegro mucho de que la familia haya crecido, ¿cuándo conoceremos al pequeño? —A Sebastián, una gran sonrisa le coronó los labios.

Charlotte adoraba a su cuñado, había vivido la desolación que había sufrido cuando había perdido a su esposa y deseaba su felicidad. Sabía que él y Beth estaban muy unidos y que, en cuanto su hija se casara, él la añoraría mucho; sin embargo, con un pequeño en la casa… Sebastián no era como la mayoría de los hombres, que nunca se ocupaban de sus vástagos, él se había involucrado personalmente en la educación de su hija. Claro que la muchacha había tenido a una institutriz y había acudido a la escuela, pero él compartía muchos ratos con ella y se preocupaba de sus avances intelectuales y de su mente despierta. Por ese motivo, en esos momentos, Beth tenía que fingir que no era tan inteligente como era en realidad. A los hombres no les gustaban las marisabidillas.

Charlotte sabía que la decisión de Sebastián de quedarse con el pequeño levantaría algunas ampollas. A todo el mundo le gustaba meter las narices en los asuntos ajenos. Ya podía oír a sus amistades hablando a sus espaldas sobre la procedencia del muchachito. Ella misma se lo preguntaba. Pero eso era un mal menor, comparado con la felicidad de su cuñado y de su sobrina. Ya se encargaría ella de cerrar a boca a las matronas cotorras.

Como le había prometido a su padre, Beth se dejó llevar por la vorágine de actividades que su tía tenía planeadas para ella. Se pasaban tardes enteras en la modista eligiendo telas, vestidos y escarpines cuando no estaban en la sombrerería, o eligiendo complementos y cintas. Su tía no paraba de corregirla cuando ella decía algo que no debía, o mostraba su inteligencia ante los extraños. Charlotte se había propuesto casar a su sobrina muy pronto; era una muchacha muy bella, y estaba segura de que desde el primer baile no le faltarían pretendientes. Por las noches, era el único momento divertido para la muchacha, pues su tía insistía en que perfeccionara

el arte de bailar. El encargado de las prácticas era su padre y, como ya habían estado experimentando en Newcastle, eran unos momentos muy agradables. A los pocos días empezaron a llegar a su casa cajas de la modista y de la sombrerera.

Ya llevaba dos semanas en Londres, cuando su tía le permitió salir a pasear por Hyde Park en compañía de su doncella. Allí se encontró con sus amigas Bridgit y Penny. Las muchachas la miraron de arriba abajo cuando la vieron con su nuevo vestido de paseo.

—Estás muy guapa —dijo Penny admirando el sencillo vestido de muselina de color melocotón y su sombrero a juego con cintas de diferentes tonos, que le sentaba de maravilla.

—¿Me guardas un secreto? —Su sonrisa conspiradora hizo reír a su amiga—. Me siento como una fruta a la que cualquiera le va a pegar un mordisco; me gustan los colores más vibrantes, pero mi tía ha sido muy estricta.

Bridgit disimuló el desprecio en sus ojos azules. Estaba viendo a una niña rica y consentida vestida de tarta.

—Pues, si sigues vistiendo colores tan acaramelados, tardarás en conseguir algún marido decente.

—No lo creo —dijo Penny mirando a Beth con ojo crítico—. Ella se casará antes que nosotras, ya verás. Querida, esta temporada en el campo te ha sentado de maravilla; estás radiante.

Bridgit soltó una carcajada falta de humor.

—Sí, le ha resaltado todas las pecas de la nariz.

La lengua viperina de su amiga hizo que soltara una carcajada.

—No me importa, han sido unos meses maravillosos.

—Ya veremos si tus futuros pretendientes les gustan tanto como a ti las pecas.

—Si no les gustan, yo tampoco les gustaré; por suerte, no tengo ninguna prisa en llegar al altar.

—Eso dicen todas las debutantes, pero, como tu padre encuentre algún candidato de su agrado y que lleve un título colgado de su culo, te encontrarás de camino hacia el matrimonio sin tener nada que decir.

Con aquel comentario grosero le recordaba que su padre no era aristócrata, que no tenía título.

—Mi padre se preocupa por mi felicidad; no me venderá como les

ocurre a muchas.

La flecha dio directo a frente de Bridgit, quien enrojeció con violencia, pues era lo que pretendía su progenitor sin conseguirlo. Llevaba dos años en el mercado matrimonial y tenía mucho éxito entre los hombres; su carné de baile se llenaba rápidamente cuando llegaba a los eventos. Pero, por desgracia, los que le gustaban a ella, no le gustaban a su progenitor; entonces sacaba su carácter más huraño y espantaba a los elegidos por su padre. Muchos hombres ya habían soportado sus salidas de tono, su lengua mordaz y su mirada de odio. Pero la belleza de la muchacha hacía que volvieran a escribir sus nombres en su carné de baile, aunque no intentaban cortejarla.

Lord Somerville estaba perdiendo la paciencia con su hija. La chica parecía no estar por la labor de casarse. Solía ver que en los bailes tenía mucho éxito, los hombres siempre pululaban a su alrededor, y a ella le encantaba. Lo veía en sus ojos; aquella mirada tan parecida a la de su madre cuando coqueteaba con todo lo que llevara pantalones. Su matrimonio había sido fruto de un escándalo. Él se había dejado llevar por la zalamería de Margaret; lo había seducido en el jardín de uno de los numerosos bailes donde asistían, y los había sorprendido una de las matronas más chismosas, que se había puesto a gritar atrayendo a todos los asistentes a la velada. Una semana más tarde, se encontraba casado con una mujer a la que le traía al fresco el buen nombre de su familia y que nada había hecho para granjearse la simpatía de la alta sociedad después del escándalo que había protagonizado. Con su esposa nunca había existido ni el más mínimo afecto. Cuando se acostaban, lo hacían por el solo hecho de proporcionarse un heredero, pero, en cuanto había dado a luz a Bridgit, se había negado a seguir acostándose con él.

Lord Somerville tenía amigos que se habían casado como él, bajo la sombra de un escándalo, pero que con el tiempo esos matrimonios funcionaron, al contrario que él suyo. Sabía que su esposa se comportaba como una cualquiera, y por desgracia todos sus conocidos también. Fue el cornudo más célebre de Londres hasta mucho después de que ella muriera de una enfermedad de rameras.

La experiencia hizo que se jurara a sí mismo que jamás volvería a casarse y así lo hizo. Como era normal en su círculo, mantenía a una amante y esta le exigía que le comprara alguna fruslería de vez en

cuando, cosa que él no le negaba, pues era ella la que lo consolaba cuando llegaba ebrio a su casa y se desahogaba. La verdad era que lo poco que era capaz de sentir después de un matrimonio tan desastroso se lo debía a ella.

Muchas veces dudaba de que Bridgit fuera hija suya; la muchacha era el fiel reflejo de su madre muerta, tanto en lo físico como en el carácter. A veces se comportaba como una bruja, sobre todo cuando él le señalaba algún buen partido para casarse. Ella lo espantaba en un abrir y cerrar de ojos. Parecía que la historia se repetía. Estuviera donde estuviera, Margaret podía estar orgullosa de su hija.

La chica no paraba de despilfarrar dinero en vestidos y fruslerías. ¡Cómo deseaba que se casara para perderla de vista! Su vida había sido un infierno y estaba pensando que a su edad ya era hora de que se librara de Bridgit, de las batallas verbales que tenían día sí, día también. Del poco respeto que esta le tenía a él y a los sirvientes. Demasiado a menudo los criados no aguantaban el mal carácter de la chica y se despedían. Él, sabiendo lo que ocurría en su casa y lo que costaba encontrar un trabajo, les escribía unas buenas referencias y así se aseguraba de que podrían vivir sin tener que echarse a la calle.

Estaba tan harto del asunto, que pensaba seriamente en concertar él mismo la boda de su hija. Si en esa temporada la muchacha no mostraba preferencia por ninguno de sus pretendientes, tomaría cartas en el asunto y concertaría él mismo la boda. Aunque tuviera que comprarle un marido, y casarla bajo amenazas. Ya no le importaba lo que ella pensara de él, ya lo sabía, lo odiaba. Lo peor era que no sabía por qué; nunca se comportó como un padre amoroso, pero siempre había satisfecho todas las necesidades de la muchacha. Sobre todo, después de que perdiera a su madre, al sentirse aliviado por la perdida, y verla a ella tan desgraciada, le había consentido todo y en esos momentos se arrepentía y estaba pagando por ello.

Bridgit se convirtió en la persona más egocéntrica, vanidosa y envidiosa que conoció en su vida y estaba harto de la mala vida de él y de todos los que lo rodeaban.

Beth ignoró la torva mirada de su amiga.

—Tenemos suerte de que este no es nuestro caso —dijo Beth cogiendo a las chicas del brazo para seguir paseando, ignorando la mirada asesina que le dirigió Bridgit.

Beth sonrió con inocencia. Sabía que el padre de Bridgit estaba furioso con ella por el poco interés que mostraba por el matrimonio. Era evidente que deseaba perder de vista a su hija. Sabía ese secreto de la familia de su amiga porque su padre se lo había comentado y no porque fuera del dominio público. Lo que pasó, fue que, en una de sus timbas de póker, el hombre se había emborrachado al perder una pequeña fortuna, y Sebastián lo había llevado a su casa. En el sopor del alcohol, el tipo habló más de la cuenta.

Como hacía mucho tiempo que las muchachas no se veían, se entretuvieron en el parque más tiempo del que pretendían en un principio. Cuando quisieron darse cuenta, Penny y Bridgit tuvieron que irse para prepararse para la velada en casa de los Bradley.

Su tía Charlotte le había dicho que la presentarían en el baile que una semana después organizaría en su casa. La mansión que poseían en la ciudad era el lugar idóneo para que se congregara toda la flor y nata de la sociedad londinense. Lady Sheffield era conocida por organizar los mejores bailes, en los cuales acudían los mejores partidos. Las invitaciones a sus eventos eran muy valoradas y todo el mundo que las recibía se jactaba de ello. Ella se vanagloriaba de haber presentado a muchas de las parejas que habían terminado casadas en la misma temporada, desde condes, marqueses y algún que otro duque.

Con la perspectiva de presentar en sociedad a su sobrina, ese año estaba organizando un baile del cual se hablaría durante toda la temporada. Tenía a todos los sirvientes engalanando la casa, como si fuera a celebrarse el matrimonio de un rey.

Todas las matronas de la alta sociedad pretendían imitarla; invitaban a todos los solteros cotizados, a todas las familias que tuvieran alguna joven casadera. Los títulos eran de lo más valorado; sin embargo, nunca conseguían igualar a la vizcondesa de Sheffield. Ella lograba la asistencia de todo el mundo que quería ser visto en su velada, cosa que no conseguían las demás. Quizás lo que les faltaba a

las otras era el encanto de Charlotte. No era como las demás, que se jactaban y presumían de todas sus posesiones. Ella era sencilla; era muy dulce con todos y se había granjeado la simpatía de todo el mundo. Nunca había tenido que reprender a nadie en las fiestas que organizaba, en eso contribuía su marido. Todos sabían que, a pesar del título que ostentaba, no dudaría en patear el culo de quien osara estropear una de las fiestas que organizaba su esposa, a la que adoraba.

Capítulo 8

Joseph, el vizconde de Sheffield, se presentó en casa de su hermano sin avisar y la estampa que se presentó ante sus ojos lo sorprendió. Sebastián estaba sentado en el jardín trasero de su casa, que a esas horas de la tarde estaba bañado por los suaves rayos de sol. No perdía de vista a su hija y la doncella de esta que estaban enseñando a caminar a Edy. Las risas de las mujeres y del bebé le dibujaron una sonrisa en los labios, ¡qué afortunado era su hermano!

Carraspeó para llamar la atención y todas las miradas se giraron hacia él.

—Qué sorpresa, Joseph —dijo Sebastián.

—Sobrina, ¿vas a presentar a tu hermano a su tío?

La doncella, que había tomado al niño en brazos para llevárselo, se paró.

—Claro que sí, tío —Beth que ya se dirigía hacia Joseph. Lo besó en la mejilla y fue a coger al niño de los brazos de Alice.

El niño, al acercarse a aquel desconocido, se agarró con fuerza al cuello de la muchacha, como si pretendiera esconderse.

—Edy, este es tío Joseph.

Al escuchar la voz suave de Beth, el pequeño se giró hacia el extraño y lo miró con curiosidad, ladeó la cabeza y alargó la mano para coger la barba bien arreglada.

Joseph sonrió cuando los regordetes deditos del niño lo tocaron. Edy le devolvió la sonrisa mostrando unos cuantos dientes que le

estaban saliendo y alargó los bracitos para ir con su tío. Lo que lo sorprendió sobremanera y lo hizo sentir torpe. Como era costumbre entre la aristocracia, él nunca había tenido contacto con bebés, ni con sus propios hijos. De los niños se encargaban las criadas; tenían sus aposentos a los que sus padres rara vez visitaban.

Edy hacía unos ruiditos encantadores mientras se estiraba para cogerse a la barba de su tío, Sebastián soltó una carcajada al ver el apuro pintado en la cara de su hermano.

—Puedes cogerlo; no se va a romper, pero cuidado que muerde.

—Papá —exclamó Beth—. Es normal, le están saliendo los dientes.

Joseph miró cómo lo tenía cogido su sobrina y le tendió los brazos al niño. Al instante, los pequeños deditos le tocaron la barba bien cuidada y rio, haciendo gorgoritos. Todos supusieron que le hacía cosquillas. En ese momento, se maldijo mentalmente por haberse perdido esa etapa de sus propios hijos.

Su hermano estaba viendo la amalgama de emociones que pasaba por el rostro de Joseph y, como lo conocía mejor que nadie, supo lo que estaba pensando.

La verdad era que él se había encariñado mucho con el pequeño, y este alegraba la vida de su hija y la suya. Alice se ocupaba del chiquitín como antes lo había hecho de Beth. Y el muchachito llevaba de cabeza a todo su personal doméstico.

Supo que no lo alejaría de su lado desde que su hija lo había adoptado como hermano; sin embargo, cuando el pequeño la imitó a ella y lo llamó «papá», le tocó el alma con aquella simple palabra.

—No te hagas mala sangre; tus hijos han salido bien. Se han criado según los cánones de la alta sociedad. No podía ser de otra manera.

—¿Sabes que a veces te envidio? —Sebastián le lanzó una mirada cargada de humor—. Tú haces lo que te da la gana y a nadie le importa.

—Te equivocas. Sí les importa… a quien le trae al fresco las habladurías es a mí. Siempre hay quien trata de endosarme alguna amante o de chismorrear sobre mi forma de ganarme la vida. Más de uno se ha llevado un buen chasco cuando ha querido invertir en mis negocios y le he dicho que no hay lugar para hipócritas entre mis socios.

Una de las criadas salió al jardín y dejó una bandeja con el servicio del té. Beth cogió al niño de brazos de su tío y se lo entregó a Alice para que se lo llevara arriba y se apresuró a servir el té.

—Si has hecho eso, es que sí te molesta lo que digan —dijo Joseph.

—¿Me tomas por tonto? Una cosa es que haga oídos sordos y la otra es que les haga ganar dinero a esas sabandijas que no dudan en destripar verbalmente a quien se les antoje.

—Siempre he sabido que de los dos eres el más listo.

—No lo creo —lo rectificó Sebastián—. Tú has hecho un buen trabajo administrando y aumentando las propiedades que acompañan al título.

Los dos sonrieron al darse cuenta de que se complementaban. Joseph le dijo a su hermano que se había detenido en su casa para que lo acompañara al club. Sebastián asintió y los dos hombres se fueron.

Ya dentro del carruaje y como cabeza de familia, Joseph le hablaba de sus deberes como padre de una debutante que no tenía madre y Sebastián lo escuchaba con una sonrisa en el rostro.

—¿Te crees que no sé cuáles son mis deberes? Que yo no tenga un título no quiere decir que no sepa comportarme entre todos esos pomposos de culo estirado.

—No te lo tomes a broma. Mi mujer es capaz de cortarme las pelotas si la presentación de tu hija no es todo un éxito.

Sebastián soltó una carcajada y su hermano sonrió.

—No te rías. Si las mías peligran, ten por seguro que las tuyas también.

—No creas, mi cuñada me adora. Además, sé comportarme mejor que tú entre tus pares. Tengo muchos amigos entre ellos y sus esposas me adoran.

—Ve con cuidado con las esposas ajenas.

Una ceja de Sebastián se alzó con picardía.

—¿Has oído algún chismorreo sobre mí?

Joseph sabía que su hermano era adorado por el bello sexo, que muchas le hacían ojitos y que más de una le habría encantado que se fijara en ella. Pero él se cuidaba mucho de esas damas con ganas de coronar a sus esposos con el «viudo de oro», como ellas le llamaban.

Sebastián huía de las damas como de la peste. Tenía varios amigos

que se habían visto envueltos en serios problemas por seguir la corriente a ciertas damas ligeras de cascos, que no habían dudado en calumniarlos, haciéndose las víctimas de sus avances amorosos cuando la realidad era a la inversa. Muchas mujeres escapaban del dominio de sus padres para caer en el de los maridos; y, una vez que el afortunado tenía al heredero deseado, volvía a frecuentar —eso sí había dejado de hacerlo— a sus amantes. Y ellas al haber cumplido con su obligación, hacían lo mismo. Algunas eran discretas; muchas habían endosado al marido un vástago que no era suyo, y la gran mayoría si eran descubiertas en una posición comprometida, no dudaban en culpar a los hombres de haberse aprovechado de ellas. Con lo que el asunto se resolvía en el campo del honor al amanecer.

Suerte tenían muchos hombres de Londres, que habían contraído matrimonio sin amor, y los duelos se acababan a la primera gota de sangre derramada. Había muy pocos dispuestos a perder la vida por esposas promiscuas a las que no amaban.

Ese era uno de los motivos por los que Sebastián no había vuelto a casarse, el primero era que había adorado a Rebecca, su única esposa, y el segundo, que había vivido muy de cerca los problemas que las mujeres ocasionaban a sus amigos.

Se había mantenido alejado de los salones de baile por el alboroto que se ocasionaba cuando acudía a alguna velada. Y en ese momento no le quedaba más remedio que acompañar a su hija; la perspectiva de pasarse horas alternando con lo más granado de la sociedad, sonriendo por estupideces ajenas, alabando a damas que solo lo eran de nombre —pues él sabía bien que se podían calificar de lo opuesto— lo hacía estremecer. Suerte tenía del especial interés que su cuñada había puesto en la presentación en sociedad de su hija, las veladas serían más entretenidas si contaba con su hermano. Además, en todas las fiestas había salas habilitadas para que los caballeros jugaran a naipes, bebieran y fumaran sus puros.

Capítulo 9

En el castillo Ferguson se respiraba un ambiente enrarecido, hacía unos días que Brenda estaba de un humor de mil demonios y lo pagaba con todo el que se cruzara en su camino. Por ese motivo, todo el mundo parecía caminar de puntillas, y hablar en susurros para no llamar su atención. Todos sabían el motivo de su disgusto: su hermano había decidido que ya era hora de viajar a Londres para encontrarle un marido.

La discusión que mantuvieron los hermanos fue monumental y él hizo prevalecer su decisión y se estaban preparando los baúles para marchar en unos días.

Collen Ferguson se pasaba muchas horas con su comandante, dándole instrucciones para que durante su ausencia todo funcionara como siempre. También eligió a una de las sirvientas que llevaban más años trabajando en el castillo para que se hiciera cargo de las tareas de Brenda.

No era necesario que acompañara personalmente a Brenda, pero ella, en el fragor de la discusión que habían mantenido, amenazó con fugarse y Collen ya había perdido demasiados seres queridos, así que se aseguraría de que su hermana llegara sana y salva a Londres.

La última tarde antes de viajar, Brenda, que estaba más nerviosa que nunca, salió a cabalgar. Necesitaba estar sola para aclararse las ideas. Detuvo el caballo en la orilla del lago, donde ella y Collen habían jugado de niños en numerosas ocasiones, donde él le había

enseñado a nadar y a pescar. ¡Cómo añoraba esos felices días! Se sacó las botas y las medias, y se sentó en una roca poniendo los pies en el agua helada. Iba a echar de menos esas tierras, donde había sido muy feliz, donde gozaba de una libertad que seguro no tendría en Londres.

Sabía que su hermano había tomado la decisión pensando en su felicidad, pero eso no quería decir que le gustara. Era cierto que allí no había encontrado a ningún hombre que le hiciera tambalear sus cimientos. Tiempo atrás había creído estar enamorada de Ian, pero sin conocerlo. Una joven inglesa le había abierto los ojos, y se había dado cuenta de que él no la quería lo suficiente para dar el paso y hablar con su hermano para poder cortejarla. Había jugado con ella. En ese momento se había sentido dolida, pero se le había pasado tan pronto había sabido que no había estado realmente enamorada, que había sido una simple ilusión. Él era muy zalamero, la hacía reír, y la trataba como si fuera la mujer más bella del mundo; habían compartido muy buenos momentos, pero eso no había sido amor.

En esos momentos estaba aterrada; sabía que había muchos ingleses que no toleraban a los escoceses y tenía miedo de las situaciones embarazosas que pudiese ocasionar a su tía o del menosprecio al que se vería expuesta si se topaba con esos estúpidos, cortos de miras que se creían el ombligo del mundo. No estaba segura de poder contenerse si se encontraba con ese tipo de personas. Nunca se le había dado mal defenderse, ni física, ni verbalmente. Además, contaba con la ventaja de que hablaba inglés perfectamente. Cuando se dieran cuenta de que era escocesa, ella ya los habría puesto en su sitio.

De todas formas, siempre tenía la opción de volver a casa. Si en una temporada en Londres no encontraba marido, no dudaría en regresar a su tierra. Más tranquila, convencida de que solo se trataría de unos meses, volvió al castillo.

El viaje fue largo y tedioso. Cuando llegó a su fin, Brenda estaba exhausta. El bamboleo del carruaje le había dejado los huesos molidos. Le había pedido a su hermano que la dejara cabalgar, pero este se había empecinado en que era más seguro no hacerlo. Estaba en

tierras inglesas y se sentía tenso. No iba a exponerla a ningún peligro.

Lady Regina Aldrich los recibió con una gran alegría. Desde la muerte de su hermana, el contacto con sus sobrinos se había basado en correspondencia muy de vez en cuando. Entonces no era de extrañar que a la mujer los ojos se le hubiesen cuajado de lágrimas al verlos. Como anteriormente habían mandado el mensaje de su próximo viaje, ya tenía sus alcobas preparadas y el ama de llaves se ocupó de que los criados descargaran el equipaje. Los guio hacia una salita muy femenina, decorada con tonos lavanda y mobiliario delicado. Collen se sentó con cuidado, temiendo que la silla fuera a desintegrarse bajo su peso, cosa que no ocurrió y se sintió más relajado. Mientras tomaban el té, lady Regina no paró de hacerles preguntas sobre sus vidas. De vez en cuando, la mujer no podía evitar acariciar el rostro de uno y otro hermano. Era como si quisiera asegurarse de que de veras estaban allí.

A Collen la reacción de su tía le parecía muy graciosa, a la vez que le removía algo que había encerrado muy dentro de sus entrañas cuando su madre había muerto. Ella había sido muy dada a las demostraciones de amor hacia sus hijos y era algo que no se había percatado que echaba de menos hasta que su tía le recordó los gestos de su madre.

Cuando la mujer se dio cuenta del agotamiento reflejado en la cara de sus sobrinos, los mandó a su habitación, donde ya tenían un baño preparado y les hizo subir un refrigerio para que comieran y se acostaran a descansar. Collen iba a protestar, pero su tía era como una fuerza de la naturaleza. No se dejó engañar y los despachó asegurándoles que al día siguiente continuarían con la charla.

Lady Aldrich tenía dos hijos varones que, en ese momento, estaban viajando por el continente, y los añoraba terriblemente. Se alegraba de que sus sobrinos estuvieran allí, se le presentaban unas semanas de lo más ajetreadas. Antes de retirarse a dormir, estuvo haciendo planes sobre todo lo que debía hacer antes de presentar su sobrina en sociedad.

Capítulo 10

Beth estaba eufórica; esa noche sería su primer baile, su presentación en sociedad. Deseaba vivir de primera mano lo que sus amigas Bridgit y Penny le contaban cuando se reunían para tomar el té. Ellas tenían un año más y era su segunda temporada; en la primera, habían sido cortejadas por varios caballeros que, al notar el escaso interés de las muchachas en el matrimonio, se habían retirado elegantemente antes de sufrir la humillación del rechazo de las chicas.

Bridgit era una muchacha muy bella; ella lo sabía y disfrutaba torturando a los hombres que querían desposarla. Sus bellos cabellos rubios, sus ojos azules claros y su piel sin mácula, de porcelana, junto con su fresco rostro en forma de corazón, hacían de ella la candidata perfecta para cualquier hombre que posara los ojos sobre su cuerpo pequeño y perfecto. Sin embargo, tenía un ego tan grande como Londres y tenía que ser el centro de atención allí donde fuera. Lo ocultaba muy bien, pues sabía que eso no gustaba a los caballeros. No obstante, cuando estaba con las damas, no retenía su lengua y no dudaba en calumniar a quien osara hacerle sombra. Ella era la más bella de los bailes y pobre del alma que le llevara la contraria. No dudaba ni un segundo en usar su lengua viperina para menospreciar a las demás muchachas; y si para ello se tenía que inventar algún defecto, no lo dudaba.

Por otro lado, Penny era todo lo contrario; tenía el cuerpo lleno de curvas, que siempre intentaba disimular con un corsé. Su pelo era de

un tono castaño, bastante común y, al contrario que su amiga, lo tenía lacio, y cada noche terminaba con las orejas doloridas por las tenacillas de rizar que utilizaba su doncella. Siempre había envidiado los rizos de Bridgit. Sus ojos eran oscuros pozos marrones y su piel no se veía de porcelana como la de su amiga. Sin embargo, atraía a sus pretendientes con su buen y divertido carácter. Era muy sensata y siempre había sospechado que los hombres se le acercaban más para que les presentara a su amiga que por ella misma. Además, aún no quería casarse y, cuando lo hiciera, sería por amor. Su madre siempre le había aconsejado que no se dejara engañar por los halagos de los hombres, que estos eran muy superficiales.

—Quiero un matrimonio para ti como el que yo he vivido con tu padre. —Su madre se había casado por amor y las muestras de cariño entre ella y marido eran algo que Penny quería tener en su vida. No era extraño ver a sus padres bailando más de una pieza en todos los bailes a los que acudían, por muy mal visto que estuviera que un hombre se enamorara de su propia esposa, ellos nunca trataron de ocultar su amor.

Penny siempre había sospechado que, si Bridgit era amiga suya, era precisamente porque a su lado se llevaba todos los elogios, cosa que a ella no le importaba, pues sabía distinguir la falsedad que había tras ellos.

Alice terminó de trenzarle el pelo en lo alto de la cabeza y le puso los pendientes y la gargantilla de su madre. Cuando Beth se miró en el espejo, se quedó sin aliento. No parecía la misma. Aquel vestido blanco bordado con hilos de plata le sentaba a la perfección, y los zafiros que le rodeaban el cuello y pendían de sus orejas hacían resaltar el color de sus ojos. Su melena pelirroja recogida, hacía que su cuello pareciera más largo y las pecas que salpicaban su nariz, de las cuales estaba muy orgullosa, pues su padre siempre le decía que eran idénticas a las de su madre, le daban un aire muy mundano, pícaro. Rodó delante del espejo, imaginándose en los brazos de un hombre bailando y su nana rio de satisfacción.

—Vamos querida, tu padre hace un rato que te espera. —La

apremió.

De camino hacia la escalera, pudo apreciar el suave roce de sus medias con la ropa interior y le gustó la sensación. Se sentía más femenina que nunca. Vio a su padre en la parte baja y tosió para llamar su atención. Cuando Sebastián la vio, se quedó con la boca abierta; tenía muy asumido que se parecía mucho a su difunta madre, pero en aquel momento le pareció ver a su esposa bajando lentamente la escalera.

—Estás preciosa, hija mía —susurró con un hilo de voz—. Ojalá ella estuviera aquí para verte. Se sentiría tan orgullosa como yo.

Beth supo de quién le hablaba. En sus conversaciones la nombraban muy a menudo. Su padre quería que siempre la tuviera presente, pues había sido el amor de ambos lo que la había traído a este mundo.

—Tú también estás muy guapo —lo alabó mientras miraba su traje negro de etiqueta, su blanquísima camisa y el intrincado nudo de su pañuelo.

En el corto trayecto que los llevaba a casa de su hermano, Sebastián le dijo a su hija que había echado a perder sus planes de pasarse la noche jugando a las cartas, pues con lo bella que estaba tendría que vigilarla sin descanso, pues iba a causar un verdadero alboroto.

—Suerte tendré si no termino la noche con varias citas al amanecer —le guiñó un ojo para que supiera que estaba bromeando; no obstante, a Beth no le gustó el comentario y frunció el ceño.

—La tía Charlotte te despellejará vivo si armas algún alboroto en el baile.

Sebastián soltó una carcajada.

Llegaron a la mansión que su hermano tenía en Picadilly. Un lacayo les abrió la portezuela, bajó Sebastián y le tendió la mano a su hija. Se la envolvió en el codo y empezaron a andar hacia las escaleras. La calle estaba atestada de carruajes; los mozos se los quedaron mirando al ver la belleza de aquella muchacha que acababa de llegar.

Los invitados que estaban haciendo cola para ser presentados a sus anfitriones, se dieron la vuelta cuando oyeron a un caballero con vozarrón de barítono que alababa a la belleza de una dama. Hombres

y mujeres se quedaron con la boca abierta y dejaron paso libre para que padre e hija hicieran su entrada.

A Sebastián le entraron unas enormes ganas de reír. Los conocía a todos ellos y ver cómo se desencajaban sus mandíbulas ante la visión de su hija lo satisfizo. Joseph sonrió y Charlotte asintió con la cabeza y le guiñó un ojo al ver a su sobrina deslizarse como si estuviera acostumbrada a asistir a bailes.

Al llegar ante sus tíos, Beth hizo una perfecta reverencia y su tía le dio un beso en cada mejilla mientras le susurraba al oído que estaba orgullosa de ella. Joseph le cogió la mano y besó sus nudillos con satisfacción en los ojos.

—Sobrina, estás soberbia esta noche.

—Gracias.

—Quédate a mi lado, Beth —dijo Charlotte—; te presentaré a algunos conocidos.

Su tía se estaba asegurando de que todo el mundo supiera que ella amadrinaba a Beth. Todos los que le habían cedido el paso, le besaron los nudillos y la miraron con aprobación.

Un rato más tarde, Charlotte paseaba por la sala de baile con Beth a su lado. Señalándole confidencialmente los buenos partidos, también a los mequetrefes de los que se tenía que alejar y a los libertinos de los que se tenía que guardar. Se paraban aquí y allá saludando a las amistades de Charlotte, y se ganaba a todos los asistentes con su encantadora sonrisa.

Sebastián y Joseph miraban desde lo alto de la escalera, y el primero se dio cuenta de que su hija sonreía con amabilidad a todo el mundo mientras su tía le hacía confidencias. Intuyendo lo que su cuñada le estaría diciendo a su hija, aguantó unos minutos y se dirigió a salvar a su hija de los cuchicheos de Charlotte.

Beth no vio a su padre acercarse a ellas; lo oyó a sus espaldas cuando su tía se detuvo en otro grupo de matronas presumiendo de ella.

—Señoras…, les voy a robar a mi hija… Creo que ya es hora de que tenga el honor de bailar con la damita más bella de la fiesta. —Habló con su encanto natural, que embelesaba a más de una. Se oyeron risitas de las damas y Sebastián correspondiendo con una de sus sonrisas devastadoras. Cogió la mano de Beth y la puso en su

brazo mientras se dirigía a la pista de baile.

Padre e hija rodaron por la pista con una armonía perfecta. Muchos fueron los ojos que los siguieron, entre ellos los de Bridgit y de Penny. Una con cara de satisfacción al ver a su amiga tan bella y la otra con la frente crispada por la envidia.

—Gracias por salvarme de tía Charlotte —susurró Beth.

Su padre sonrió.

—Sé lo agobiante que puede ser saberte observada por cientos de ojos, créeme. Es hora de que empieces a divertirte…, pero no dejes que nadie te saque a tomar el aire, ya me conozco yo esos trucos.

A Beth se le escapaba la risa.

—Tendrás que contarme esos trucos.

—Ah, no, solo hazme caso y no dejes que ningún mequetrefe te aleje del salón. Quiero verte cada vez que levante la cabeza.

—Eso será casi imposible. Por si no te has dado cuenta, soy muy bajita. Puedo estar a tres metros de ti y, con la aglomeración que hay, no me verías —dijo con una sonrisa que dejó al descubierto sus hoyuelos.

Sebastián sabía que su hija no tenía complejo por su altura o falta de ella; solo lo decía para tomarle el pelo.

—Ya sabes que tengo un sexto sentido. No podrás escapar de mi vigilancia o de la de tu tía.

Beth hizo una mueca, al oír nombrar a Charlotte. Le agradecía todo lo que había estado haciendo por ella, pero tenía la impresión de que quería introducirla en su círculo de amistades, y, aunque lo agradecía, le apetecía más encontrarse con sus amigas y conocer a otras debutantes.

Cuando la música cesó, oyó una voz profunda que conocía muy bien.

—Sobrina, ¿hacemos esperar a todos los pimpollos que están aguardando y bailas contigo? —Su tío Joseph indicó a unos jóvenes que no le quitaban la vista de encima y le lanzó un guiño.

—Claro que sí. —La risa cristalina de Beth hizo que varias personas a su lado se giraran hacia ella.

Mucho rato después, Beth empezaba a sentir el cansancio. No había parado ni un baile y quería hablar con sus amigas. Le dijo al próximo de su lista que necesitaba sentarse un momento y este le

insinuó que en el jardín había bancos para que pudiera descansar. No lo pensó dos veces. Le dio la espalda y se alejó hacia las mesas dispuestas con limonada, champan y pastelitos.

Su tía Charlotte, que la estaba vigilando como un halcón, se acercó a ella.

—Has dejado plantado al futuro marqués de Riversey.

Joseph, que había visto la cara de contrariedad de su esposa cuando seguía a su sobrina, estuvo a su lado en el acto.

—Siempre me has dicho que me aleje de los hombres con malas intenciones.

—¿Te ha ofendido ese pilluelo, querida? —Quiso saber su tío mirándola con el ceño fruncido—. Puedo mandarlo a la calle de una patada en el culo.

La imagen que se formó en su mente la hizo sonreír.

—Joseph —exclamó su tía.

—No me importa quién sea su padre ni lo que sea él, si ofenden a mi sobrina bajo mi techo, sentirán la punta de mi bota en su aristocrático trasero.

Beth puso la mano en el brazo de tío.

—No hará falta; ha sido solo un comentario desafortunado. Yo le he dicho que necesitaba sentarme y, en lugar de ofrecerse a traerme limonada, ha dicho que podría recuperar el resuello en uno de los bancos del jardín.

Los dos adultos intercambiaron miradas especulativas.

Beth vio a Penny que se acercaba y le sonrió para que se uniera a ella, y sus tíos las dejaron solas. Mientras se tomaban una limonada y un pastelito de fresas que se derretía en la boca, su amiga estuvo alabando el éxito de la velada, los buenos comentarios que había escuchado sobre su belleza y su deliciosa conversación.

—¿Te cuento un secreto? —susurró Beth a su amiga con una sonrisa pícara en los ojos—. No te creas todo lo que oyes: ¿deliciosa conversación? Me he mordido la lengua tantas veces por no poder decir lo que pensaba que se habrán pensado que soy tonta.

Penny soltó una risita.

—De eso se trata, querida, por uno que te topes que aprecie un comentario de una mujer, te encontrarás a cien que solo son capaces de hablar del tiempo.

Las dos se habían sentado en unas sillas cerca de los refrigerios. Bridgit las localizó y se acercó del brazo de un hombre muy guapo que ellas no conocían. Las ignoró a propósito mientras se reía tontamente de todo lo que el extraño decía.

Dos hombres se acercaron y sacaron a bailar a Penny y Beth. Ellas pasaron al lado de Bridgit cogidas al brazo de sus respectivas parejas. Se perdieron entre la multitud y no volvieron a verse hasta que la noche estaba a punto de tocar su fin.

Bridgit estaba que echaba humo por las orejas, la envidia que sentía de Beth le hacía hervir la sangre. La pequeña pelirroja se llevaba todos los elogios y piropos que tendrían que regalar sus oídos. Todos los hombres de la fiesta la miraban babeando. No la perdían de vista y esperaban turno para bailar con ella.

Hasta el momento, ella había sido la destinataria de la mayoría de las miradas embelesadas del sexo opuesto. No podía permitir que se la dejara de lado por una pequeñaja pelirroja con la nariz llena de pecas.

En ese mismo momento, la reina del baile era Beth. Tenía que encontrar la forma de volver las tornas y recuperar la popularidad de la que disfrutaba antes de que la mocosa se interpusiera entre ella y sus pretendientes.

Y la traidora de Penny… ya encontraría la manera de hacerla caer al mismo pozo de donde había salido Beth.

Cuando Sebastián y Beth dejaron la casa del vizconde, ella soltó un suspiro que hizo reír a su padre.

—¿No te lo has pasado bien, cariño? —dijo con la risa pintada en la mirada.

—Muy bien, pero tengo los pies hechos polvo. Estoy deseando ponerme en la cama.

Su padre soltó una potente carcajada.

—Creía que tenías ganas de disfrutar de la temporada social. De

los bailes, veladas…

—Si todo el mundo bailara como tú…

La risa de su padre se hizo más potente.

—Te has encontrado con algún patán.

—¿Algún? Si solo hubiese sido alguno, mis dedos de los pies aún estarían vivos.

Al llegar a casa, ella se retiró a descansar mientras Sebastián se encerraba en la biblioteca y se tomaba un whisky. Se sentó en su sillón favorito frente a la chimenea y rememoró el éxito que había tenido su hija en su presentación. Se alegraba por ella; sin embargo, no sabía si estaba preparado para dejar que su pequeña volara. Ojalá tardara en encontrar al hombre de su vida.

Al despertar al día siguiente, Alice le preparó un baño y la acribilló a preguntas sobre el baile. La noche anterior, la muchacha había estado demasiado cansada para contarle nada. La había ayudado a ponerse el camisón, le había cepillado el pelo y, cuando había visto que los párpados se le cerraban, la había puesto en la cama. No había terminado de apagar las luces cuando Beth ya se había abandonado a los brazos de Morfeo.

Antes de bajar a desayunar, Alice ya había satisfecho toda su curiosidad; su niña no escatimó detalles de la velada de la noche anterior. Se alegraba de que hubiese disfrutado de su presentación en sociedad. Siempre había sabido que la belleza de Beth deslumbraría a los buitres de la aristocracia. Solo esperaba que fuera juiciosa y no se dejara embaucar por el primer desaprensivo que intentara camelarla.

Capítulo 11

Cada mañana, a la hora del desayuno, Sebastián y Beth abrían la correspondencia y escogían la velada a la que asistirían. Luego empezaban a llegar los recaderos con ramos de flores. Alice disfrutaba con los arreglos florales, aunque muy pronto no tendrían jarrones para ponerlos.

La muchacha solía salir cada tarde a dar un paseo por Hyde Park. Alice la acompañaba. En algunas ocasiones aprovechaba para pasear al pequeño Edy mientras Beth caminaba con Penny y Bridgit.

Bridgit, que había visto descender su popularidad a favor de Beth y que, por si fuera poco, veía que Penny parecía florecer al lado de la nueva belleza de la temporada, estaba iracunda. Incluso las otras debutantes de las que Beth se había hecho amiga parecían disfrutar de la atención de los pretendientes de la pelirroja menuda. Se dijo que tenía que cambiar de táctica y volvió a acercarse a Penny y a Beth. Estas, que la conocían bien, no se opusieron a su compañía, al contrario, se alegraron de que se le hubiesen bajado los humos.

Siempre se encontraban con caballeretes que las acompañaban en su paseo y las hacían reír al disputarse su atención. Bridgit reía sus bufonadas, pero maldita la gracia que le hacía tener que compartir los galanteos con ellas. Aunque lo ocultaba muy bien, ya llegaría la hora de que se arrepintieran de haberla destronado como la belleza de la temporada.

Después de los primeros bailes a los que había asistido, Beth ya conocía a la mayoría de los asistentes y se desenvolvía a la perfección entre conocidos y desconocidos. Su padre, al ver lo bien que se las apañaba y lo juiciosa que era al escoger sus amistades, se relajó, y se pasaba las veladas en la sala de juegos, que todas las anfitrionas acondicionaban para quien quisiera disfrutar de aquella distracción.

Esa noche, se dirigían a la mansión de los marqueses de Sándwich. Un lacayo le abrió la portezuela de su carruaje y le tendió la mano para ayudarla a bajar. Beth, educadamente, le sonrió y le dio las gracias. El mozo se quedó perplejo. Llevaba toda la noche ayudando a las damas y ninguna se lo había agradecido. A ello se sumaba la belleza de aquella joven, que no tenía comparación con ninguna de las presentes. La siguió con la vista mientras subía las escaleras de la casa y una sonrisa se le dibujó en el rostro cuando pensó en el alboroto que podría causar entre los invitados de su ama. Los hombres babearían a su alrededor mientras las mujeres se morirían de envidia.

Lord y lady Sheffield habían descendido de su carruaje y los esperaban para subir juntos la escalera de la mansión Sándwich. Sebastián los dejó pasar delante de ellos con una sonrisa y una reverencia burlona, que le valió por una mirada admonitoria de su cuñada, que él devolvió con un guiño.

Mientras esperaba para saludar a los anfitriones, pensaba en Joseph y Charlotte. Parecían estar hechos el uno para la otra. Su hermano, con su apostura, había sido un bribón de mucho cuidado; en su juventud había llevado a todas las damas de cabeza. Sin embargo, había mantenido sus asuntos con tanta discreción que muy pocos sabían lo que había disfrutado de su soltería.

Charlotte había sido la sensación de la temporada cuando se presentó en sociedad, no obstante, Joseph no quería casarse todavía y se mantenía alejado de ella. Al ver la indiferencia con que la trataba cada vez que se encontraban en algún baile, ella se había dedicado a coquetear, sonreír y bailar con todos sus conocidos para darle celos.

Al principio, él se reía de sus intentos de acabar con su libertad y ella empezó a ignorarlo. Cuando Joseph le pedía un baile, ella se lo negaba. Aquello no le gustó a su hermano. Empezó a mandarle flores, que le eran devueltas. Entonces empezó a visitarla y Charlotte se negaba a recibirlo.

A Joseph aquel desinterés lo molestó y comenzó a obsesionarse por la bella debutante que no le hacía ningún caso. No estaba acostumbrado a que el bello sexo lo mantuviera alejado.

Después de varios meses sin resultados en su persecución de la joya de aquella temporada, ella cedió en bailar con él. Y, a partir de ese día, se precipitaron las cosas y se casaron con una licencia especial al cabo de dos meses. Aquello sí que dejó a los miembros de la alta sociedad con las cejas alzadas, esperando ver crecer el vientre de Charlotte en poco tiempo. Incluso, se hicieron apuestas en los clubes de caballeros, las cuales ganó Sebastián cuando su primer sobrino nació un año y medio después de la boda.

Desde entonces, habían sido una pareja que levantaba envidias donde iba. A él no le importaba bailar con su esposa siempre que se le antojara. Se daba cuenta de las cejas alzadas de las matronas que los seguían con el ceño fruncido, pero las ignoraba. No le importaba lo que la sociedad pensara de él y de su familia. Era feliz con Charlotte y con sus dos hijos.

Los anfitriones estaban recibiendo a sus invitados. Lady Sándwich se quedó con la boca abierta en cuanto vio a Beth del brazo de su padre; la había visto en algún evento musical, pero de eso hacía ya varios años. Y la belleza de la muchacha le pareció extraordinaria. Sería una velada divertida, pensó para sí. Las envidias podían causar estragos entre las mujeres y los hombres… los hombres la perseguirían para conseguir un baile con aquella beldad que tenía frente a ella.

—Sebastián, como me alegro de verte —le dijo al padre con una sonrisa sincera—. Preséntame a esta jovencita tan hermosa.

—Condesa de Sándwich…, esta es mi hija Beth.

Él sabía que ella odiaba que la tratara por el título de su marido cuando eran conocidos de mucho antes de su matrimonio. Y Sebastián lo hacía a propósito, porque sabía que no podía amonestarlo con su casa llena de gente y todos pendientes de quién llegaba.

Beth hizo una graciosa reverencia.

—Señora condesa. —Su voz suave y refinada sonó algo ahogada al ver la mirada que le dirigía a su padre.

Violet Sándwich había vivido en el mismo vecindario que Sebastián; él era amigo de sus hermanos varones y había habido una etapa de sus vidas en la que prácticamente se veían a diario. La

amistad había perdurado a pesar de que cada uno se había casado y seguido con sus vidas.

—Espero que en el transcurso de la velada podamos conocernos, querida —dijo la condesa con una sonrisa mientras le cogía las manos en señal de afecto—. Me alegro mucho de que estés aquí.

Saludaron al conde y entraron a paso lento al salón de baile. Beth se quedó impresionada al ver la exquisita decoración. El marfil y el dorado eran los colores predominantes; sin embargo, lo que le llamó más la atención fueron las palmeras colocadas estratégicamente por toda la sala.

Un conocido saludó a Sebastián y, sin soltar la mano de su hija, fue caminando hacia donde se encontraba.

—¿Quién es esta preciosidad?

—Esta es mi hija, Beth. —La miró con un brillo pícaro en los ojos —. Este es mi viejo amigo, lord Paul Wilson. —La sonrisa que se dibujaba en su cara advirtió a su hija que estaba a punto de soltar una broma—. Aléjate de él todo lo que puedas; ya te he prevenido de tipos como él.

lord Wilson le cogió la mano y le besó los nudillos con galantería.

—Un placer conocerla al fin, señorita Cherry. Espero que me reserve un baile.

Beth le sonrió y Sebastián frunció el ceño.

—Ya me contarás qué le has estado contando a tu hija de mí — dijo Wilson con una sonrisa devastadora en los labios.

Paseando por la sala, su padre la acercó a un grupo de damas y caballeros. Todos la miraron con apreciación mientras las damas le sonreían con falsedad. Uno de los hombres se adelantó con demasiado entusiasmo para el gusto de Beth.

—Soy Matthew Steel, vizconde de Bradford, a sus pies. —Mientras hablaba, le cogía la mano y se la llevaba a los labios. A ella le cayó mal de inmediato. Se sintió sucia y, aunque llevaba guantes, le entraron ganas de lavarse. No era mal parecido, pero la pomposidad y la manera cómo la miraba la hacía sentirse incómoda.

—No pienso bailar con él —susurró ella para que solo su padre la oyera.

—Me parece perfecto; si te molesta, acude a la anfitriona o a mí.

Beth asintió.

Cuando el baile empezó, Sebastián fue el primero en bailar con su hija, y luego se retiró cuando se le acercó un petimetre a solicitar su baile. Y después de este, muchos otros reclamaron una pieza.

Una hora más tarde, Beth deseaba huir de aquel bullicioso salón con el aire viciado. Además, en el carné de baile tenía el nombre del vizconde de Bradford; no iba a bailar con él. Vio a sus amigas Penny y Bridgit detrás de unas palmeras, con un vaso de limonada en las manos. No lo dudo un segundo; cuando aquella pieza terminó, se excusó con el bailarín de turno y se escabulló tras el alto follaje que las ocultaba.

—Estás preciosa. —Penny admiraba el bonito vestido de Beth.

Ese día llevaba una creación vaporosa de color lavanda que resaltaba el color de sus ojos.

—No os había visto —dijo, pues las había buscado con la mirada al llegar.

—Es que me gusta llegar elegantemente tarde —contestó Bridgit —. Así todos mis pretendientes…

—Ya, ya sabemos —la interrumpió Penny—… se lanzan a tus pies para llenar tu carné de baile.

—Pues sí.

Las tres muchachas rieron.

—¿Y qué haces aquí escondida? —Quiso saber Beth.

—El próximo en la lista es el marqués de Poole, y lo estoy castigando por el desplante de la semana pasada.

Penny ocultó una sonrisa detrás de su abanico.

—¿Qué pasó?

—En el baile de lady Eden estuvo muy ocupado persiguiendo a lady Ann.

—¿Quién es lady Ann? No recuerdo que me la hayan presentado —preguntó Beth.

—Ni lo harán; es una viuda alegre. —La voz de Bridgit estaba cargada de desprecio y sus ojos no paraban de seguir al marqués.

Las chicas se quedaron en su improvisado escondite, mirando a hurtadillas a los bailarines. Una voz a sus espaldas les hizo dar un respingo.

—Señoritas, ¿qué hacen aquí? La fiesta está al otro lado de la palmera. —Charlotte las miraba con una sonrisa en los labios. Aún

recordaba como ella misma se había escabullido de bailar con algún pretendiente indeseado escondiéndose como estaban haciendo las chicas en ese momento.

—Lo siento, tía, pero es que ese hombre… —Lo vio mirando por encima de todas las cabezas, buscándola. La mujer miró hacia donde miraba su sobrina.

Charlotte sabía la fama de libertino que tenía Bradford.

—Vamos, cariño, nos tomaremos una limonada. Chicas, ¿nos acompañáis?

Bridgit y Penny la siguieron; la vizcondesa era una mujer con mucho carácter que causaba respeto, además, su marido siempre estaba al acecho y sabían que ningún hombre osaría en contradecirla. Salieron de detrás del arreglo floral, acompañando a tía y sobrina.

Al lado de una mesa donde se servía la limonada, había otras con bandejas de canapés; la vizcondesa cogió uno y les dijo a las muchachas que se sirvieran. No tardaron mucho en verse rodeadas de mequetrefes que elogiaban a las chiquillas. Charlotte miró a más de uno con el ceño fruncido al oír que se sobrepasaba con sus comentarios floridos. Lo que hacía que se retiraran esperando que las muchachas se alejaran de la compañía de aquella mujer.

Un petimetre atolondrado, fue en busca de Beth para la próxima pieza; su tía iba a decirle que bailarían en otra ocasión, cuando sintió un apretón en el brazo, era Beth que asentía con la cabeza con disimulo. Ella entendió y dejó que se alejaran hacia la pista de baile. Sonrió al ver el éxito que estaba teniendo su sobrina.

Beth se sentía sofocada por la atención que estaban recibiendo, allí al lado de los canapés. Veía la cara de Bridgit cada vez que alguien le dedicaba un elogio, estaba celosa de ella, que tontería. Se dejó guiar hasta el salón para alejarse de su amiga.

Bailó todas las piezas, hasta que Charlotte fue en su busca y le dijo que ya era hora de retirarse. Vio a su padre hablando con la anfitriona y se dirigió hacia ellos como si se deslizara, lady Sándwich estaba muy contenta del éxito de Beth, felicitó a su padre por aquella muchacha educada y bella.

Cuando subieron al carruaje, Beth soltó un quejido muy impropio de una dama, Sebastián la miró y sonrió.

—Estoy deseando meterme en la cama.

A su padre se le escapó una carcajada, al tiempo que ella añoraba su estancia en Newcastle, con sus horarios normales, sus días y sus noches.

Como siempre que recordaba aquella temporada, le vino a la mente la escapada a Escocia. ¿Habría conseguido Brenda convencer a su testarudo hermano para quedarse en su tierra? No quería ni pensar en cómo se sentiría su amiga, que estaba acostumbrada a la vida en las montañas, en la libertad que disfrutaba en su casa, encerrada en una mansión de Londres.

Capítulo 12

Brenda no paraba de decirle a su tía que no era necesario que mandara confeccionar tantos vestidos. No entendía a qué venía tanto jaleo a la hora de buscar marido. Desde luego, si los hombres estaban pendientes de si repetía vestido o usaba el mismo sombrero varias veces, no quería a ninguno de ellos. Estaba cansada de pasarse horas enteras en la modista, soportando las pruebas y los pinchazos que la buena mujer le daba cada vez que se movía.

Lo malo era que lady Aldrich disfrutaba como una enana con aquellas sesiones, y ella también se había encargado un guardarropa nuevo para acompañar a su sobrina.

Y cuando Brenda llegaba a casa, cansada y deseando un poco de tranquilidad, la buena señora la mandaba a practicar el baile con Collen, a quien también le había mandado confeccionar trajes nuevos para acompañarla.

En alguna ocasión, lord Aldrich se apiadaba de sus sobrinos y se llevaba a Collen al club, así se aseguraba de que Brenda tuviera un poco de paz y pudiera descansar de su eufórica esposa.

Desde que estaban en Londres, Collen había pensado muy a menudo en aquella muchacha que su hombre había secuestrado. Aún le hervía

la sangre cuando pensaba en el lío que podía haber representado. No sabía lo que la chica le habría contado a su padre. Lo seguro era que no lo había denunciado ante las autoridades. Si así hubiera sido, habría tenido un buen problema entre manos. Desde luego, el estúpido que había cometido la fechoría de llevársela por la fuerza aún estaba haciendo guardias en la muralla de su castillo. No había querido arriesgarse a que hiciera lo mismo con alguno de los clanes vecinos. Aquello habría representado una guerra.

En varias ocasiones, se había dado la vuelta mientras caminaba por las calles de Londres al ver una cabellera rubia rojiza. El color de aquel glorioso pelo se le había quedado grabado en las retinas. Y sus ojos…, eran muchas las noches que se había despertado excitado después de soñar con aquellos maravillosos iris violeta y con la suavidad que había acariciado, durante aquel beso robado en el bosque antes de separarse de ella.

Estando allí era peor, pues era probable que la viera. Por ese motivo, pensaba en ella mucho más a menudo que durante el tiempo que había transcurrido en su tierra. A veces se preguntaba cómo reaccionaría ella si se lo encontraba: ¿fingiría no conocerlo, lo fulminaría con aquellos bellos ojos o… lo señalaría como su secuestrador? Aunque no lo había sido, él se consideraba responsable de sus hombres.

Su tía lo había cazado pensativo y le había preguntado qué le pasaba. Al eludir la pregunta o decirle que no ocurría nada, veía su mirada especulativa y en alguna ocasión la había oído murmurar: «Sería divertido organizar dos bodas». Sabía que era imposible; él era el laird del Clan Ferguson y tenía obligaciones. Beth no se habría casado nunca con él ni habría dejado las comodidades de las que disfrutaba para vivir en Escocia… ¡Qué demonios estaba pensando! Se riñó mentalmente. No conocía a la muchacha; había pasado con ella solo unas pocas horas. Sí que le pareció valiente, con mucho coraje y bella a más no poder. Sin embargo, bien podía ser una bruja cuando se encontraba entre los suyos. Debía olvidar esas quimeras estúpidas. Él no pensaba casarse jamás. Sus padres se habían amado y la trágica muerte de uno había llevado a la del otro. No iba a cometer el mismo error que ellos: no se enamoraría, no se casaría y no tendría hijos. Así nadie sufriría por su causa.

La rutina de los Aldrich sufrió una pequeña crisis el día anterior a que Brenda fuera presentada en sociedad. Esa tarde, su tía había estado más insistente de lo normal en cómo debía y cómo no debía comportarse su sobrina ante los desconocidos: que, si tenía que esperar a ser presentada para entablar conversaciones, que no debía ir sola a ningún lado con nadie que no fuera de su familia, que no se le ocurriera salir a ningún jardín a tomar el aire y, sobre todo, que no mostrara su inteligencia ante hombre alguno. A Brenda la cabeza le iba a estallar; se imaginaba que tendría que medir todo lo que dijera, hacerse la tonta, reír las gracias de sus acompañantes, caminar como si se estuviera deslizando… ¡vaya tonterías!

Tal como lo pensó, se lo dijo a su tía.

—O sea que tengo que hacerme la idiota —exclamó.

—Querida, a los hombres los asusta una mujer inteligente.

—A los de mi tierra no —se empecinó.

—No estás en Escocia, aquí no tienes que trabajar; la mayoría de los hombres quieren una mujer florero que solo luzca cogida de su brazo. Que viva para hacerlos sentir superiores y más afortunados que sus congéneres por la belleza de su dama.

La cara de Brenda se estaba poniendo cada vez más roja.

—Y con las mujeres es peor; si se dan cuenta de tu inteligencia, te darán de lado porque la mayoría solo vive para embellecerse y casarse con el mejor partido posible, muchas veces tan ignorantes como ellas.

Llegados a ese punto, a Brenda estaba a punto de salirle humo de las orejas.

—Pues… ¿sabes qué te digo, tía? Todo este trabajo ha sido una pérdida de tiempo y dinero. No quiero a ningún hombre que no sea capaz de valorar mi inteligencia, y no quiero casarme con ningún estúpido. —A lady Aldrich parecía que iba a darle un vahído; se abanicó con una mano—. Lo siento, tía, me voy a preparar mis baúles; me vuelvo a casa.

Brenda salió del saloncito que hervía de indignación; vaya panda de mamarrachos que estaban hechos los ingleses.

Collen llegó a tiempo para ver salir a su hermana con paso ligero y encaminarse al piso superior. Ella no reparó en él.

—¿Ocurre algo, tía? —preguntó antes de verla mirando hacia la puerta con la boca abierta y blanca como la cera.

El sobrino temió que fuera a desmayarse. La cogió del brazo y la guio hacia uno de los sillones. Ordenó a una de las criadas que les trajera té y, después de que la mujer se tomara la bebida, le preguntó qué había pasado. La mujer le contó la conversación con una mano en el pecho como si se sintiera mal.

Collen supo al momento lo que pasaba: Brenda estaba sufriendo un ataque de pánico ante la presentación del día siguiente.

—Yo hablaré con ella; no te apures.

—Lo he hecho con la mejor intención —dijo Regina.

—Lo sé tía, lo sé. —Le dio un beso en la mejilla—. Brenda está aterrorizada. No quiere defraudaros

—Y no lo hará; ha dicho que se marcha a casa.

Collen frunció el ceño. Desde luego que no iba a permitir que su hermana se fuera; ya habían discutido en suficientes ocasiones la oportunidad que se le ofrecía a Brenda para casarse con un inglés y tener una vida más cómoda de la que disfrutaba en Escocia. Le había prometido a Collen una temporada en Londres, y vaya si la iba a tener. Después de eso si no encontraba a nadie con quien deseara casarse, ya vería lo que hacía.

Subió a la alcoba de Brenda y la encontró con los baúles abiertos en la alfombra Aubusson del centro de la estancia; sin embargó, no había nada dentro. Ella estaba arrodillada en el centro, con las manos entrelazadas y por sus mejillas corrían las lágrimas.

Collen cerró la puerta tras él y se acercó a ella.

—¿Qué ocurre? —habló con un tono suave. Imaginaba lo que Brenda estaba sintiendo. Se agachó a su lado—. Yo creía que tenía la hermana más valiente de toda Escocia y resulta que te has dejado asustar antes de haber conocido al amor de tu vida.

Sabía que aquellas palabras harían saltar el genio de Brenda.

—¿Es que no te das cuenta de lo que esperan de mí todos esos engreídos ingleses?

Una sonrisa tiraba de los labios de Collen al ver que había acertado en su apreciación del problema.

—¿Y te vas a dejar amilanar por eso? Yo creía que tenías más carácter.

La mirada de Brenda podía haberlo fulminado.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que avergüence a tía Regina?

—No lo harás.

La seguridad con que hablaba Collen la tranquilizaba, pero, por otra parte, no estaba segura de poder acordarse de todas las instrucciones que la buena mujer le había dado. Temía ponerse en ridículo.

Él pareció leerle el pensamiento.

—Si cometes algún error de etiqueta, les dices que eres escocesa y que no estás al tanto de todas sus normas.

Brenda pareció pensar en lo que su hermano le estaba diciendo.

—¿Es lo que vas a hacer tú?

—No te quepa duda —lo dijo con aquella sonrisa pícara que siempre se le contagiaba a su hermana, lo que hizo que la tensión la abandonara.

—No quiero fallarle a tía Regina.

—Y no lo harás —repitió.

A Brenda ya se le habían secado los ojos y parecía más tranquila. Lo que Collen aprovechó para bromear. Sabía que era una buena manera de levantarle el ánimo a su hermana.

—Sabes que soy un bruto, ¿tú crees que nuestra tía habría insistido tanto en que te acompañara si pensara que voy a meter la pata al primer momento? —Eso sacó una sonrisa de Brenda—. No, me habría invitado amablemente a que volviera a casa; sin embargo, no lo ha hecho. ¿No te dice nada eso? Si confía en que sabré como proceder, mucho más lo hace en ti. Vamos a demostrarles a esos estirados pomposos que no son los únicos que se saben comportar, ya verás. Tú desenvuélvete como siempre, y en unos días los tendrás a todos comiendo de la palma de tu mano.

Brenda se lanzó a los brazos de su hermano y este supo que habían superado la primera crisis.

Capítulo 13

Pasaban los días y Beth se sentía feliz. Cuando se despertaba, siempre había un arreglo floral diferente encima de su tocador que Alice se encargaba de mostrarle.

Aquella mañana, Alice estaba más callada que de costumbre y eso le extrañó.

—¿Qué te pasa?

—Niña, ¿le contaste a alguien lo que pasó en Newcastle?

Beth se alarmó ante la pregunta de su nana.

—No, ¿por qué?

—Están corriendo rumores.

—Imposible. ¿Qué dicen? ¿Cómo te has enterado? —La miró frunciendo el ceño.

—El servicio, cariño, las malas lenguas no prestan atención de quién hay delante cuando sueltan su veneno.

Beth se impacientó y le hizo un gesto con las manos para que le contara lo que estaba pasando.

—Corre por la ciudad que Edward es tu hijo, que por eso estuvimos todo ese tiempo lejos de Londres.

A Beth se le atascó el aire en los pulmones.

—¿Qué? —gritó levantándose de la cama. El camisón blanco que llevaba abrochado hasta el cuello parecía haber encogido. Tanta era su zozobra que le faltaba el aire.

—Ya te dije que era mala idea quedarse con el pequeño.

—No digas sandeces; Edy es mi hermano.

—Las dos sabemos que tu padre no tenía intención de quedarse con él. Fuiste tú la que lo convenció y ahora tu buena acción se ha vuelto en tu contra.

¿Quién la podía odiar tanto para esparcir semejante atrocidad? Que ella supiera, no tenía enemigos. Siempre se comportaba bien con todo el mundo, incluso si no le caían bien. Simplemente se alejaba de la persona en cuestión o lo evitaba. Nunca había hablado mal de nadie, ni siquiera se inmiscuía en las conversaciones donde se chismorreaba sobre uno u otra. Que ella supiera, no había ofendido a nadie, ni con palabras ni con sus actos. No creía que, por rechazar bailar con alguien, este urdiera esa calumnia.

A pesar de que estuvo todo el día de un humor taciturno, por la noche se arregló para ir al baile de lady Aldrich. Beth no se iba a esconder debajo de las piedras por un rumor infundado. Sería como si le diera la razón a quien hubiese comenzado con las habladurías.

Su padre caminaba de su brazo, ignorante del escándalo que envolvía a su hija. Sonreía a los conocidos y, en más de una ocasión, vio alguna ceja levantada y se extrañó. Sin embargo, no les hizo caso. Sabía que la belleza de su hija hacía aflorar envidias.

Notó que la mano de Beth se tensaba sobre su brazo.

—¿Estás bien?

—Sí, papá —susurró ella levantando la barbilla.

Como en todos los bailes a los que la había acompañado, su padre la dejó con sus amistades y se fue a la sala de juegos a tomarse una copa y a charlar con sus amigos. Al traspasar el umbral, notó muchas miradas puestas en él y que poco a poco se iban silenciando las conversaciones.

Sebastián no era muy dado a prestar atención a los chismorreos de la alta sociedad. Ignoró a los hombres que lo miraban como si no tuviera que estar allí y se dirigió a una mesa donde varios amigos suyos jugaban a los naipes. Los saludó a cada uno por su nombre y se sentó en la única silla que había vacía.

—¿De qué parte está hoy la suerte, caballeros?

—De la mía, no. —La voz era de lord Shepard.

—Entonces, espero que esté conmigo. —Le sonrió a su amigo.

Ninguno de los presentes hizo alusión a lo que corría de boca en boca. Conocían a Sebastián y sabían que nada le importaba menos que las habladurías. En su juventud había sido presa de ellas. La mayoría inducidas por madres casaderas en busca de su fortuna. En la sala se fueron reanudando las conversaciones, y nadie volvió a prestarle atención.

Beth se reunió con sus amigas. Penny la miraba con cara de pena mientras que Bridgit tenía un brillo extraño en los ojos.

—No creí que vinieras —apuntó Penny con sus oscuros ojos marrones llenos de expectación.

—¿Por qué no debía hacerlo?

Bridgit pensó que los rumores no habían llegado a los oídos de su amiga. Cogió a Beth del brazo y la llevó a un rincón donde nadie pudiera oírlas.

—¿Cómo es posible que no te hayas enterado de las habladurías que corren por ahí? Todo el mundo habla de ello. —Habló en un tono acusatorio que sorprendió a las otras dos.

—No soy tan tonta como me crees. Claro que sé lo que se dice por todos los corrillos. Pero como es una falsedad, no voy a quedarme en casa para darle el gusto a quien pretenda hundirme en un escándalo.

—Pues más te valdría hasta que salga otro más jugoso y se olviden del que apunta a tu cabeza.

¿Estaba Bridgit sugiriéndole que se encerrara en casa por un chismorreo? Y, además, falso.

—No pienso hacer tal cosa.

—Pero ¿no te has dado cuenta de cómo te miraban todos tus pretendientes cuando has llegado? Piensan que eres mercancía usada. A partir de ahora se creerán en el derecho de toda clase de libertades contigo.

—Que lo intenten… y sabrán de lo que soy capaz.

Penny admiraba la determinación de Beth. No se había achicado ante un posible escándalo.

—Así me gusta, Beth, que todos esos bobos de la alta sociedad se enteren de que las mujeres no somos simples juguetes.

Bridgit no pareció estar de acuerdo con ellas y las miró a las dos

con dardos en los ojos.

—Bueno, pues yo no puedo permitir que se me relacione contigo mientras la sombra de un escándalo se abalanza sobre ti.

Se dio la vuelta y dejó a las dos con la boca abierta al alejarse con el mentón en alto, como si la ofendida fuera ella. Las muchachas se miraron confundidas por la salida de tono de Bridgit.

El baile estaba en pleno apogeo cuando Sebastián salió de la sala de juegos para estirar un poco las piernas. Vio a su hija bailando y le pareció que su acompañante la sujetaba con demasiado entusiasmo. Su amigo Shepard lo había seguido y le hablaba sobre unas carreras de caballos que se celebraban al día siguiente, pero él dejó de escucharlo cuando notó que Beth trataba de poner espacio entre ella y su pareja de baile.

—Discúlpame un momento.

Shepard lo siguió con la mirada y lo vio rescatando a su hija de las manos de aquel atrevido que pretendía propasarse con ella. En ese momento, supo que tenía que prevenir a su amigo sobre las habladurías que corrían en torno a su hija y que le podían llevar a más momentos embarazosos.

Sebastián se limitó a bailar con Beth.

—¿Te estaba molestando ese mequetrefe? —susurró con una sonrisa forzada para que nadie advirtiera lo ocurrido.

Beth no sabía si el chismorreo habría llegado a oídos de su padre.

—No, papá.

—Sabes que no tienes por qué soportar a quien no te guste, ¿verdad?

—Sí, lo sé. —Le dedicó una sonrisa para que él no se preocupara —. Nuestra anfitriona es un buen escudo; me ha librado de un viejete con el que no me apetecía bailar.

A Sebastián se le escapó una carcajada.

—Sí, lady Aldrich conoce muy bien a todo el mundo.

La pieza terminó y, al ver acercarse a su próxima pareja, Beth le dijo a su padre que le apetecía tomarse un vaso de limonada. Se fueron al bufé donde se servían diferentes pastelitos, champan y

refrescos. Shepard se reunió con ellos y, mientras hablaban de banalidades, a Beth le pareció ver a Brenda bailando, pero no podía ser… ¿o sí? Siguió con la mirada a la que le pareció su amiga, no obstante, entre tantos bailarines, la perdió de vista.

—¿Buscas a alguien, cariño?

—Me ha parecido ver a una conocida.

—¿Solo una? —se burló su padre.

En ese momento, fueron interrumpidos por un hombre al que Sebastián no conocía.

—¿Puedo robarle a su hija, señor…, para un baile? —Aquella interrupción en la pregunta suscitó un estremecimiento en el cuerpo de Beth. Lo tenía a sus espaldas. Había reconocido la voz y se temía que, si se daba la vuelta para mirarlo, se pondría roja como las rosas que adornaban el salón. Los recuerdos se le aparecieron en su mente y sintió un extraño calor por todo su cuerpo.

Notó la mirada de su padre, de Shepard y de Ferguson sobre ella. Estaban esperando una respuesta, pero parecía que la voz la había abandonado. Se giró lentamente y, cuando sus miradas se encontraron, se fundieron como un bello atardecer.

Ferguson no venía solo, junto a él, lady Aldrich les sonreía.

—No hemos sido presentados.

Collen soltó un bufido que su tía trató de disimular con una risita.

—Querida, te presento al señor Collen Ferguson. Es mi sobrino. —Mecánicamente, ella levantó la mano y él besó sus nudillos. El contacto fue como un calambre, como un rayo que pasara del uno al otro.

Luego, la anfitriona hizo lo propio con Sebastián y con Shepard. Los hombres se estrecharon la mano. Al escocés, poco le podían importar los formalismos de la aristocracia. Volvió sus ojos hacia ella.

—Ya que nos han presentado debidamente, no me negará un baile.

Collen le tendió el brazo. Ella posó su mano en él y, sin decir palabra, se encaminaron hacia el centro del salón. Él notaba que la pequeña mano temblaba y, con la otra encima, le dio un suave apretón.

—Señorita Cherry, es un honor que haya aceptado bailar conmigo. —Su voz profunda causó estragos en el estómago de Beth, que parecía

a punto de salírsele por la boca.

—¿Qué está haciendo aquí?

Él la miró con aquella sonrisa de truhan.

—Siempre tan directa, ¿eh?

Esas palabras, junto al saberse observada por todo el mundo, hicieron que el color que le teñía las mejillas subiera varios tonos.

—Le dije que volveríamos a vernos. Mi hermana…

Ella lo interrumpió.

—¿Brenda está aquí?

—Sí.

Por un segundo se le iluminó la mirada, hasta que recordó el motivo por el cual su hermano la había llevado allí.

—¿No ha pensado que Brenda quizás no sea feliz tan lejos de su hogar?

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Nadie le ha enseñado que no debe usted ponerse en los asuntos ajenos?

Por el amor del cielo; ese hombre era de lo más detestable. Iba a replicarle, pero lo pensó mejor y cerró la boca. No le daría otra excusa para que la reprendiera como si fuera una niña. Se concentró en el baile y trató de ignorar la mirada de Collen, que, divertida, no se apartaba de su cara.

Collen veía el esfuerzo que hacía esa mujer para no contradecirlo y le entraron unas tremendas ganas de reír, pero se abstuvo. Ella se ofendería mucho si él se burlaba. La observaba esquivar su mirada. Aquellos preciosos ojos violetas se movían por toda la pista de baile, menos en su persona, y eso le molestó. Esa mujer lo había atraído desde el primer momento que la había visto. Su carácter y valentía lo tenían fascinado y, precisamente, estaba allí, en lugar de en su hogar en Escocia para poder verla. No le era necesario estar allí para escoltar a su hermana. Su tía se había ofrecido a presentarla en sociedad y apadrinarla.

El baile terminó y ella se dispuso a dejarlo plantado en medio de la pista, pero él la alcanzó con un par de largos pasos y la cogió por el codo.

—¿Dónde se cree que va?

Si las miradas matasen, Collen habría perecido allí mismo. Beth

vio el regocijo en sus ojos, pero se negaba a alimentar las habladurías.

—Suélteme ahora mismo.

Él disfrutaba haciéndola rabiar.

—No hasta que la haya dejado a salvo de todos estos pomposos pimpollos al lado de su padre.

—¿Pomposos pimpollos?

En ese momento, se fijó en la indumentaria que él lucía. Había cambiado las típicas ropas escocesas por un elegante atuendo completamente negro. Le sentaba de maravilla y llamaba la atención sobre todos los hombres allí reunidos, vestidos con colores brillantes, que estaban tan a la moda últimamente. Su padre también usaba ese color, pero lo complementaba con una camisa y un pañuelo de un blanco inmaculado.

Collen no vio a Cherry donde lo había dejado; entonces se encaminó al lado de su tía y ella se desprendió del apretón en su brazo con disimulo. Se puso a hablar con lady Aldrich, desentendiéndose de él, lo que le hizo mucha gracia.

Al otro lado del salón, Bridgit estaba hirviendo de furia. ¿Es que ese hombre tan guapo no había oído los rumores? Ya se encargaría ella de abrirle los ojos. Se movió con elegancia entre las personas que bailaban y se acercó a su anfitriona. Sin que nadie la invitara, se inmiscuyó en la conversación.

Lady Aldrich estaba hablando con aquel guapo desconocido y, al ver a Bridgit, hizo las pertinentes presentaciones.

Collen saludó a la damisela con una sonrisa embaucadora. Era muy observador y había visto las miradas envenenadas que aquella mujer le lanzaba a la señorita Cherry. Sabía de la hipocresía y de las malas artes de las muchachas que buscaban marido. Sin pensarlo, le preguntó si quería bailar con él, a lo que ella repuso afirmativamente con una sonrisa demasiado acaramelada.

No hacía ni un minuto que rodaban por la pista cuando ella lo miró con una caída de pestañas que él reconoció como taimada.

—No sabía que lady Aldrich tuviera parientes en Escocia.

—No la voy a aburrir con la historia de mi vida. —Ferguson era

reacio a compartir con nadie sus intimidades—. Estoy aquí y me gustaría saber quién es quién. Para no meter la pata, ya sabe.

A ella se le infló el ego al escucharlo. Sonrió con placer. Sin embargo, a él no le pareció una sonrisa sincera; no se fiaba de esa mujer.

—Desde luego, será un placer poder guiarlo entre esta selva.

A Collen le sorprendió aquella expresión.

—Yo que había creído que esto era de lo más civilizado. Es a nosotros a quienes nos llaman salvajes.

Ella soltó una risita falta de humor.

—Uy, estoy segura de que usted es mucho más cultivado y honesto que muchos de los que hay por aquí.

—Me halaga usted —dijo él, dándose cuenta de que esa mujer no le inspiraba ninguna confianza.

Bridgit lo miraba por debajo de sus pestañas con coquetería.

—Sin ir más lejos, la mujer con la que ha bailado antes…

—¿Sí? —preguntó él con voz arrastrada.

—Yo que usted no me acercaría a ella. —Sus ojos azules parecían de hielo—. Estuvo alrededor de un año fuera de la ciudad y dicen las malas lenguas que se mantuvo alejada para tener un bebé. Ahora se ha presentado en sociedad como si fuera pura como una rosa.

Una ceja de Collen se elevó sorprendida, viendo la maldad en el témpano de su mirada.

—¿Un bebé?

—Oh, sí, cuando volvieron de Newcastle traían un bebé, y su padre se ha hecho cargo de él. Lo trata como si fuera su hermano cuando en realidad es su hijo.

La sonrisa de aquella mujer al terminar la parrafada era tan relamida que él supo que la satisfacía darle aquella noticia.

—¿Qué tiempo tiene ese bebé?

—Qué sé yo, no se me ocurriría acercarme a él; estos chismes salpican a todo el que tengan alrededor.

—Oh, vaya.

Collen pensó que no se acercaba al niño, pero no tenía inconveniente en esparcir unos rumores que él intuía que eran falsos. La señorita Cherry tendría que haber estado redondeada por la maternidad cuando él la había conocido… Además, si hubiese sido

madre, significaba que habría estado con un hombre, que sabría besar… Recordó el beso que le había dado antes de que ella se alejara y cómo había notado que era la primera vez que era besada, los gemidos y los jadeos que lo sorprendieron cuando él la tomó en sus brazos.

La música terminó y Collen la acompañó a un lado de la pista y se despidió de ella. Se tenía que alejar de esa arpía. Bridgit trató de detenerlo con la excusa de que podían tomarse una limonada. Él se excusó diciéndole que en otra ocasión lo harían. Sabía que estaba siendo descortés, pero no le importaba.

Shepard aprovechó que se había quedado solo con Sebastián para decirle que tenía que hablar con él.

—Es importante. Vayamos al estudio de Aldrich; allí tendremos intimidad y no nos interrumpirán.

Sebastián accedió. Era muy amigo del anfitrión y sabía que no se molestaría que usaran sus dependencias privadas. Cuando llegaron a la estancia, Shepard cerró la puerta y se dirigió a la mesita de los licores; sirvió dos copas de brandi y le tendió una.

—Lo que quiero decirte no es agradable, pero creo que deberías saberlo —dijo sentándose en el sillón libre que había dejado Sebastián ante la chimenea.

—¿De qué me estás hablando?

—Alguien está chismorreando sobre tu hija.

Sebastián era consciente de que las envidias corroían a la alta sociedad. Beth era muy bella y alguna joven menos agraciada estaría cotorreando. No era nada nuevo. En sus tiempos mozos él mismo se había visto afectado por las malas lenguas. Por eso mismo, no les prestaba la menor atención.

—¿Y qué dicen sobre ella? —Se lo estaba tomando con tranquilidad.

Su amigo se removió incómodo en su sillón.

—Dicen que es la madre del pequeño Edy, que por eso habéis estado ausentes de Londres todo este tiempo.

—Maldita sea —exclamó con la mirada furibunda.

—Sabes que eso puede ser la ruina social para ella, ¿no?

Sebastián soltó otra maldición, se quedó pensativo un momento y dijo:

—Si algún pretendiente se cree esa patraña, no es digno de mi hija.

Shepard levantó una ceja castaña ante el comentario de su amigo.

—Antes has ido a rescatarla de un bailarín demasiado entusiasmado, ¿no ves que ya la creen mercancía defectuosa?

—Me batiré en duelo con quien ose tratar a mi hija como a una ramera.

Con esas palabras, se levantó y salió del estudio rumbo al salón de baile. Lo recorrió con la mirada, buscando a Beth. Diablos, no la veía por ninguna parte; se abrió paso a codazos hasta las puertas del jardín, no creía que ella se hubiese dejado arrastrar hasta allí por ningún hombre, sin embargo…

Al salir al exterior, se paró de repente al ver a Ferguson de pie al lado de la cristalera. Los dos hombres se midieron con la mirada.

—Si está buscando a su hija, la puede ver hablando con mi hermana en aquel banco.

Le señaló un árbol bajo el cual estaban las muchachas sentadas y charlando animadamente. Se relajó al instante.

—No son de Londres, ¿verdad?

—Somos escoceses.

—Me lo parecía; hemos estado con mi hija una temporada en Newcastle, y allí he conocido a varios, el acento lo delata, amigo.

Le sonrió amigablemente.

—Nunca he negado mi origen.

Fueron interrumpidos por lady Aldrich, que al ver a Sebastián dirigirse hacia el jardín con expresión desencajada, se temió lo peor. Había escuchado los rumores que corrían sobre Beth. Sabía que no eran ciertos, por supuesto, y pensaba hacer algo para limpiar el nombre de aquella niña, aunque aún no sabía qué hacer. Ya se le ocurriría algo. Por el momento debía evitar que las cosas empeorasen. Hacía un rato que su sobrino había bailado con Beth. Sabía que la muchacha estaba fuera con su sobrina y que su hermano estaba pendiente de las chicas. No permitiría que nadie las molestara.

Los dos hombres miraron a lady Regina Aldrich sorprendidos al

verla aparecer casi sin aliento.

—¿Ocurre algo, tía? —Se alarmó Collen.

Regina miró a Sebastián y recuperó la compostura al verlos tan tranquilos.

—No hijo, nada, nada. —Entonces miró a su viejo amigo—. Tenemos que hablar.

—Si se trata de cierto cotilleo, ya lo sé.

—No esperaba menos de ti… Siempre tan bien informado.

—En eso te equivocas; me acabo de enterar. ¿Sabes de dónde puede haber salido?

Hacía años que cuando estaban solos se tuteaban.

—No, pero no dudes que haré lo posible para enterarme. Sabes que tengo los contactos suficientes para hacerlo.

—Mantenme informado; mientras, yo tendré a punto mis pistolas.

—¿No me digas que piensas batirte en duelo por eso?

—¿Por eso? Se trata de mi hija, maldita sea —exclamó lanzando fuego por los ojos.

Collen escuchaba con atención. Si hubiera estado en su casa y alguien hubiera lanzado una calumnia similar sobre su hermana, él lo habría matado con sus propias manos. Entendía la furia de ese hombre.

Brenda y Beth estaban tan inmersas en la conversación que no prestaban atención a lo que ocurría a su alrededor. La escocesa le estaba contando que era sobrina de lady Aldrich, que había llegado a la ciudad dos semanas atrás, pero que su tía le había mandado hacer todo un guardarropa nuevo para la temporada.

—Si te soy sincera, no sé por qué tanto alboroto. Mi tía me dijo que a este baile asistiría la flor y nata de la sociedad, y no he visto a ningún hombre por el que dejaría mi tierra. Me parecen todos una banda de pavos reales.

Beth soltó una carcajada que llamó la atención de Collen. La miró inclinando la cabeza.

—Tienes razón; tengo suerte de que mi padre no me urge a que me case. No hay ninguno de ellos que me haga soñar. Y tú lo tienes

peor; en tu tierra hay hombres de verdad, no estos mequetrefes de vida regalada.

Al recordar su breve estancia en Escocia, le vino a la mente el hermano de Brenda. Podía ser un bruto, pero con ella se había comportado como un perfecto caballero. En ningún momento había visto que la menospreciara por ser inglesa, se había preocupado por ella, y la había devuelto a su casa cuando podía haber encomendado esa misión a cualquiera de sus hombres. Y el beso… cuantas veces había rememorado lo que le había hecho sentir. En lo que llevaba de temporada, varios fueron los bailarines que le había atraído, pero entonces recordaba aquel beso y no se imaginaba abandonándose en los brazos de estos como lo había hecho en los del escocés.

En los momentos menos oportunos, se encontraba comparando a sus admiradores con Ferguson. Trataba de imaginarlo vestido con los colores que lo hacían sus amistades y le entraba la risa. Que afortunadamente, sus pretendientes creían que les reía sus gracias. ¡Si ellos supieran!

No había comparación posible, en ese momento lo sabía. Él vestido de etiqueta era mucho más atractivo que sus pretendientes.

Esa misma noche, mientras bailaba con él, había sentido una extraña conexión, lo que la llevó a alejarse en cuanto la música había terminado. Temía que, si se quedaba a su lado oliendo su aroma especial y recordando el beso, terminaría haciendo el ridículo más grande de su vida.

—He intentado convencer a mi hermano de esto, pero está imposible. Se le ha metido entre ceja y ceja que puedo aspirar a casarme con uno de esos aristócratas con título.

—¿Me guardas un secreto? —Beth sonrió con picardía y su amiga inclinó la cabeza como si le fuera a contar la verdad del universo—. Aunque sé que a mi padre le gustaría que yo me casara con uno de esos dandis con título, no pienso hacerlo. Imagínate a la hora de arreglarme para una fiesta: tendría que estar siempre pendiente de los colores de su vestimenta. ¿Te imaginas que yo vaya de color esmeralda y él de mostaza y verde? Sería el hazmerreír de Londres. —Las muchachas rieron y llamaron la atención de los hombres y de lady Aldrich—. A mí me gustan los hombres que visten con sus trajes negros y sus camisas blancas inmaculadas.

Brenda reparó en que el grupo que estaba frente a la cristalera las miraba.

—No debemos reírnos así; me ha dicho mi tía que no es elegante.

Aquel comentario hizo reír con más fuerza a Beth.

—Oh…, vamos, ¿no me digas que no te sienta bien reírte a carcajadas? —A ella desde luego que sí, sobre todo en esos momentos en que el escándalo se cernía sobre su cabeza.

—Desde luego, en Escocia lo hago a menudo. Las reglas no son tan estrictas como aquí.

—Echas de menos tu tierra, ¿verdad?

La muchacha soltó un suspiro.

—Sí, mucho. Allí tengo más libertad que aquí… Me pone nerviosa tener que ir siempre acompañada a todas partes como si fuera una criatura.

—Te acostumbrarás.

Sin embargo, Beth sabía que dependía de con quién se casara, jamás volvería a gozar de los largos paseos y de las visitas a sus parientes de las que tanto le había hablado cuando se conocieron.

—¿Conoces a aquel hombre que esta con mi tía? Es muy atractivo.

Beth volvió a estallar en carcajadas.

—¿Quieres que te lo presente?

—¿Está bien que tú lo hagas?

—Por supuesto, vamos, —cogió la mano a su amiga y tiró de ella. Vio que sus mejillas se teñían de rojo y le apretó la mano para darle ánimos.

Cuando las chicas llegaron junto a los adultos. Beth lucía una deslumbrante sonrisa.

—Brenda, este es Sebastián Cherry, mi padre.

A la chica se le abrieron mucho los ojos por la sorpresa.

Él le hizo una reverencia.

—Ella es Brenda Ferguson, papá.

Sebastián se llevó la mano de la joven a los labios y le besó los nudillos con galantería, admirando a la bella mujer. ¡Así que esta es la sobrina de Regina! Pensó al mismo tiempo que le retenía la mano de la joven más de lo que era decoroso. Era preciosa, sus ojos luminosos lo miraban con franca diversión. ¿Se habría quedado con la boca abierta? Hacía tanto tiempo que una fémina no le llamaba la atención

que se sintió aturdido unos segundos antes de reaccionar.

—Debe pensar que soy un maleducado, pero es que su belleza…

Por el rabillo del ojo vio que Regina disimulaba una sonrisa.

Su amiga soltó una carcajada al mismo tiempo que el hermano lo fulminaba con la mirada. Definitivamente, estaba comportándose como un idiota delante de todos ellos.

—Sebastián, Collen, están a punto de tocar un vals. No seréis tan poco caballeros como para dejar a estas jovencitas ahí plantadas, ¿no?

Lady Aldrich era una consumada casamentera y no se le pasó por alto la mirada de admiración de su amigo hacia su sobrina.

—Yo ya he bailado con su sobrino una pieza; no quiero… —Beth iba a referirse que no quería alimentar más el escándalo, pero no dijo nada pensando que su padre no la sabría—. No quisiera que las malas lenguas…

Regina se preguntó si sería posible que aquella muchacha no supiera lo que se decía por ahí.

—Tienes razón, querida.

Collen miró a su tía levantando una ceja.

—Si a alguien le molesta, le dices que soy escocés y que no sé nada de las ridículas normas de la etiqueta.

Cogió a Beth por el codo y la guio hacia la pista de baile notando bajo su mano cómo ella se ponía tensa. ¿Qué le pasaría a esa muchacha? Cuando la había conocido no se comportaba de manera tan rara. Precisamente, le había gustado por eso, porque ella no se encogía ante su presencia.

Sebastián acompañaba a Brenda y ella no podía sentirse mejor. El hombre más guapo de la fiesta la sacaba a bailar; más tarde le daría las gracias a su tía por el pequeño empujón que les había dado. Sentía el calor de la mano de ese hombre traspasando la fina seda de su vestido y dio gracias al cielo por haber consentido en el nuevo guardarropa. Se sentía bella y la mirada ardiente que había recibido la hizo estremecer de la cabeza a los pies.

Collen envolvió en sus brazos a Beth en cuanto las primeras notas de la música empezaron a sonar.

—¿Por qué está tan tensa? —murmuró al oído después de dar unas cuantas vueltas.

—No deberíamos estar bailando, ya es bastante grave el escándalo

que cubre mi cabeza como para dar más que hablar. ¿No lo ve? Todos nos están mirando.

Collen miró, y sí, era cierto que varias matronas los observaban con una ceja alzada. Pensó en la hipocresía de todas ellas y de todos los ingleses en particular.

—¿De qué escándalo me habla? —preguntó Ferguson, esperando que ella le dijera lo que estaba pasando, qué había de verdad o mentira en el rumor que le había contado la rubia.

Beth pensó que se estaba comportando como una tonta rematada. Era la segunda vez que veía a ese hombre; no iba a contarle sus problemas. ¡A él no le importaban!

—Nada, olvídelo. —Levantó su graciosa naricita.

—¿Cómo quiere que lo olvide? Está más tensa que las cuerdas de un violín.

Ella soltó un resoplido muy impropio de una dama y miró hacia otro lado para que él se diera cuenta de que no quería hablar del tema. Al borde de la pista de baile vio a Bridgit que la miraba con el ceño fruncido. ¿Qué le pasaría? Seguro que se habría dado cuenta de que era la segunda vez que bailaba con él esa noche como tantas otras que la miraban con reproche.

Collen la hizo girar por la pista de baile como si para él fuera lo más natural del mundo. Si no hubiera sido porque había estado en su casa y había visto con sus propios ojos la clase de vida que llevaba, habría pensado que era otro de los aristócratas londinenses que se pasaban la temporada de baile en baile.

El aroma que él desprendía se le estaba subiendo a la cabeza. Recordó el beso… Como siempre le ocurría cuando estaba nerviosa, se le escaparon las palabras sin poder retenerlas.

—Baila usted muy bien.

Al oír su propia voz, se puso roja.

Él sonrió ante el cumplido y sus miradas se encontraron.

—Es que mi pareja me guía perfectamente.

Beth se dio cuenta de que era verdad; él se dejaba llevar.

—Es usted muy enérgica. Tal como recordaba.

La alusión a su anterior encuentro la hizo sentir más incómoda si cabía. No hacía falta que él se lo recordara. Ella era muy consciente de que volvía a estar entre aquellos brazos y muy cerca de aquella boca

que la había llevado a la locura.

Ese hombre estaba tratando de que perdiera los papeles y le contestara fuera de tono. Se limitó a cerrar la boca con fuerza.

Collen la miraba divertido, pero por su cabeza pasó un pensamiento que lo había atormentado durante meses.

—¿Tuvo usted problemas por lo ocurrido en Escocia?

Los ojos de ella volaron a la mirada color brandi.

—Por favor, alguien puede oírlo; ya tengo bastante con lo que tengo.

Collen frunció el ceño. En las charlas que había mantenido con su tía, sabía que la alta sociedad era como una cueva de víboras que no dudaban en destriparse los unos a otros para obtener lo que querían. Por primera vez en años, pensó en la sensatez de insistir en que su hermana se casara con uno de ellos. Tal vez no era tan buena idea como creía en un principio. Se aseguraría de que Brenda se casara por amor; quería para ella lo mejor, lo que habían tenido sus padres: un amor infinito.

Tendría que hablar con su hermana, no obstante, en ese momento tenía a la mujer más bella entre sus brazos.

—¿Va a contestar mi pregunta? Si lo ocurrido tuvo consecuencias, quiero saberlo.

Inconscientemente, ella le tapó la boca con una mano cubierta por guantes. Al ver lo que había hecho, la retiró mirando alrededor por si alguien la había visto. Él le capturó la mano y siguió danzando con un brillo en los ojos que la hizo estremecer de la cabeza a los pies.

Bridgit vio el extraño movimiento y frunció el ceño, ¿se lo parecía a ella o entre esos dos ocurría algo? Su mirada no se separó de la pareja de bailarines, lo que hizo que le hirviera la sangre; ella le había dicho a él que Beth no era lo que parecía para que él la ignorara; sin embargo, parecía haber surtido el efecto contrario. Una idea le pasó por la cabeza: tal vez el sobrino de lady Aldrich no era tan caballero como pretendía aparentar y pondría a Beth en una posición comprometida, en vista de los rumores que corrían por ahí. Sus labios se apretaron imaginando la situación.

A Beth le estaba cogiendo un terrible dolor de cabeza. Sabía que, si no se alejaba de ese hombre muy pronto, haría algo de lo que se arrepentiría. Ya había cometido el error de tocarlo en la cara como si

tuviera una confianza con él que no debía.

Cuando terminó el baile, él la acompañó junto a su tía y Cherry que seguían hablando con sendas copas de champan en la mano.

—¿Te encuentras bien, cariño? —le preguntó su padre al ver su rostro pálido.

—Tengo una terrible jaqueca.

—Nos vamos a casa.

Ella asintió. Se despidió de su anfitriona y le dijo que había disfrutado mucho de la velada.

Sebastián llevó a su hija directo a casa. No sabía si hablarle de los chismorreos, pero no podía ocultárselo. Si no lo había oído, muy pronto lo haría. De momento, ella parecía muy cansada. Le deseó buenas noches y se encerró en su estudio para tomarse una copa de brandi antes de acostarse.

Capítulo 14

Collen vio partir a padre e hija, y le prestó atención a su hermana, que no había parado de bailar en toda la noche. Brenda parecía pasarlo bien. Su sonrisa así lo indicaba. Nada más lejos de la realidad según se enteró más tarde cuando terminó la velada. Estaba tomándose una copa de whisky con lord Aldrich mientras su tía y su hermana terminaban de despedir a los últimos rezagados de la velada. Al quedarse solos, su hermana se quitó la máscara de felicidad que había llevado toda la noche.

—¿Cómo estás, pequeña?

Brenda soltó un bufido impropio de una dama y le dijo que estaba demasiado cansada, que no entendía cómo los ingleses de la noche hacían día y día de la noche. Él le sonrió comprensivo y le deseo buenas noches. Al desaparecer su hermana en lo alto de la escalera, se dio la vuelta, vio el ceño fruncido de su tía y le preguntó:

—¿Te sientes bien?

—Alguien está esparciendo rumores de que Beth Cherry es la madre del pequeño Edy, su hermano, bueno… en realidad no lo es.

—Ha llegado a mis oídos, sí. Si no es su hermano, ¿de dónde ha salido?

—Sebastián Cherry lo adoptó.

Collen levantó las cejas sorprendido.

—¿Lo adoptó?

Él se extrañó de que un inglés, por voluntad propia y sin haber

lazos de sangre, se hiciera cargo de un pequeño. Tal vez el bebé era fruto de alguna relación de ese hombre con su amante.

Su tía no se había dado cuenta de que él se había quedado pensativo y siguió hablando.

—No creo que ninguno de los invitados ignore ese chismorreo; he tenido que rescatar a la muchacha de un viejo libidinoso y su padre lo ha hecho de un joven demasiado entusiasta. Imagino que aún no sabía lo que se iba diciendo por ahí. Si este hubiese sido el caso, lo habría desafiado a encontrarse en el campo del honor.

Collen pensaba en las extrañas costumbres de los ingleses.

—¡Qué pérdida de tiempo! Se acuestan de madrugada y se levantan al amanecer para sus citas de honor. En mi tierra, si alguien ofende a Brenda, le doy una paliza que lo descuartizo sea la hora que sea.

Al marido de su tía le hizo gracia lo que decía Collen, pero la sonrisa se le congeló en los labios al ver la mirada reprobadora de su esposa. Y se interesó por el cotilleó que no había llegado a sus oídos.

—Dicen por ahí que se ausentó de Londres porque estaba embarazada.

—Mal asunto.

—El crío no es su hijo —aseguró Collen.

Lo dijo con tanto convencimiento que su tía lo miró enarcando una ceja.

—Eso ya lo sé; lo que me pregunto es cómo lo sabes tú.

—Guárdame el secreto, tía, pero no es la primera vez que veo a la muchacha.

Regina se moría de ganas de saber qué habría ocurrido entre ellos.

—¿Me contarás dónde la conociste? Y por qué habéis fingido ser desconocidos.

—Es una larga historia; mañana te la cuento.

Todos se retiraron a sus alcobas.

Collen no podía dejar de pensar en Beth. ¿Se deberían los rumores a lo que le había hecho su pariente? ¿Se habría enterado alguien de lo ocurrido? Se pasó la noche en vela, rememorando la sensación de tener a Beth entre sus brazos mientras bailaban. Su cuerpo había reaccionado igual que cuando la había conocido.

Cansado de dar vueltas en la cama, se levantó al amanecer. Fue al

establo de su tío y ensilló su caballo. Salió a las calles de Londres sorteando a los mercaderes que a esas horas las ocupaban con sus mercancías. A lo lejos vio a otro jinete que reconoció en el acto. Era Cherry.

—Buenos días, pensaba que era yo el único que no podía dormir —saludó con un movimiento de cabeza.

Sebastián había salido esa mañana temprano porque esa noche no había conseguido pegar ojo. Estaba furioso por esas habladurías que podían causar la ruina social de su hija.

—Una cabalgata por la mañana es lo mejor para empezar el día, para aclarar las ideas —dijo Sebastián.

—¿Le importa que lo acompañe? No conozco muy bien la ciudad.

Collen quería ver si aquel hombre le confiaba algo de lo que estaba ocurriendo con su hija.

—Desde luego, me dirigía a Hyde Park.

Cherry asintió y avanzaron esquivando a los carros de reparto. Una vez en el parque, espolearon a sus caballos y cabalgaron por los senderos hacia el Serpentine. No se encontraron con nadie. A Collen no le sorprendió. Los ingleses vivían al revés.

Cuando hicieron un alto en el camino, se bajaron de los caballos y caminaron por las orillas del lago. El graznido de los patos era el único sonido que los envolvía.

Sebastián se devanaba los sesos pensando en quién podría haber inventado una calumnia semejante contra su hija y ¿por qué? En un principio, pensó que eran celos de alguna de las debutantes, pero aquello era demasiado grave para que lo hubiese ideado alguna muchachita.

Collen respetaba el silencio de aquel hombre. Imaginaba por lo que debía estar pasando. Después de un rato caminando al lado de las aguas del lago, se despidió de él y volvió a casa para desayunar con sus parientes.

Beth no estaba dispuesta a encerrarse en casa por aquellos maliciosos chismorreos. Se puso un traje de paseo nuevo y salió con su doncella. Caminaba por la calle cuando vio a Penny.

Su amiga le dijo que iba a Hyde Park, que podían ir juntas. Las doncellas de ambas, que se conocían, se quedaron unos pasos más atrás, vigilando a las niñas. Una vez en el parque, Beth se dio cuenta de las miradas que le dirigían los hombres. Las ignoró. No quería caer tan bajo como para decirles lo imbéciles que eran al creerse esa mentira tan gorda. Las mujeres eran mucho peores. La miraban con cara de superioridad y le giraban la cara, como ofendidas porque ella respirara el mismo aire que ellas.

Penny se dio cuenta y miró a su amiga con pena.

—No quería ser yo quien te lo dijera, pero…

Su amiga parecía abochornada y Beth decidió no hacerla pasar por la vergüenza de decirlo.

—Sé que todo el mundo se ha creído el rumor que corre por ahí; todos me miran como si no tuviera derecho de estar aquí. Entenderé si no quieres acompañarme.

—¿Crees que soy igual que…?

Beth negaba con la cabeza antes de que su amiga terminara la pregunta.

—No, si fueras como ellas, no estaríamos hablando. Créeme, no es verdad y me niego a darle al responsable la satisfacción de hundirme. Me da igual si me llaman ramera. Cuando decida casarme con alguien, él sabrá que no lo soy.

—Bonitas palabras. —Oyeron la voz de Bridgit a sus espaldas—. Solo necesitas que alguien las crea para que se case contigo.

Penny se puso roja, avergonzada por la crueldad de la que había creído su amiga.

—¡Bridgit!

—Solo digo lo que todo el mundo piensa.

Beth observó la cara de suficiencia de la rubia y vio lo que hasta entonces le había pasado desapercibido: una mueca cruel y una mirada despectiva. Era evidente que ella sí que se creía lo que decían sobre ella.

—¿Te estás oyendo? —Salió Penny en su defensa.

—Yo solo pienso que Beth haría bien en marcharse de Londres hasta que la clase bien se olvidara del asunto. —«Y así me quitaría a una rival de en medio», pensó.

Penny tenía los ojos tan abiertos mirando a Bridgit que Beth pensó

que podían salírsele de las órbitas. Nunca la había visto llevarle la contraria y le complació ver que lo hacía defendiéndola a ella.

—Déjalo, Penny. No necesito a Bridgit a mi lado para demostrar que no soy la madre de Edy. Si quieres irte con ella, hazlo, a mí no me importa.

—No voy a ser tan ruin; sé que lo que se dice por ahí no es cierto.

—¿Lo sabes? —la interrumpió Bridgit con una mueca en los labios.

—Claro que sí, ¿cómo puedes pensar que Beth…?

Bridgit estaba furiosa al ver que Penny se inclinaba hacia la otra. No podía permitirlo. Sus amigas se habían casado y la única que le quedaba, la que hacía que fuera halagada en todos los bailes y veladas a las que asistían, la que nunca le haría sombra porque no tenía su belleza, apoyaba a Beth.

La ira de Bridgit no se hizo esperar. Soltó una carcajada falta de humor.

—Te crees que quedándote a su lado te ira mejor que en el mío. Déjame decirte que los pretendientes que has tenido estando junto a mí te darán la espalda porque pensarán que eres una perdida como ella.

Penny sabía que Bridgit era una egocéntrica, vanidosa y envidiosa; si la invitaba a acompañarla, era porque ella era mucho más hermosa. Ella siempre bailaba con los hombres que Bridgit no quería. Al primer vistazo todos se decantaban por la belleza de la rubia; sin embargo, cuando bailaban con ella, se daban cuenta de que era más divertida, dulce y jovial. Y eso la hacía más atractiva que la bella impertinente. Al tratarlas por separado, las virtudes de Penny ensombrecían la bella cara de Bridgit.

Alice, su acompañante, al ver cómo esa envidiosa hablaba de Beth, se enfureció; sin embargo, no podía mostrar sus emociones ante todas las damas que paseaban a aquella hora de la tarde por el parque. Cuando Bridgit se alejó de las muchachas, se acercó a su ama y le dijo que volvieran a casa, cosa a la que Beth se negó. Con la cabeza muy alta, siguió paseando con Penny a su lado y le agradeció que la hubiera defendido. Esta le dijo que ya estaba harta del mal carácter de la otra, que no dudaba en ridiculizar a quien no le siguiera la corriente.

—No sabes de lo que es capaz para salirse con la suya. Es una verdadera arpía cuando se lo propone. En una ocasión, en medio de un salón de baile, le pegó un bofetón a un hombre y dijo que había tratado de propasarse con ella, con lo que consiguió que los anfitriones lo echaran a la calle… y todo porque él había bailado antes conmigo.

—¿Eso hizo?

Beth no se lo podía creer. ¿Desde cuándo se había vuelto Bridgit tan insufrible?

Como si le leyese el pensamiento, Penny dijo:

—Desde que murió su madre que no es la misma. —La chica dudó antes de continuar—. No se lo digas a nadie. Su padre quiere que se case pronto, no le importa si el candidato tiene título o no; creo que está harto de sus malos modos.

Lo que Beth creía que no sabía nadie, por lo visto era un secreto a voces.

—Lord Somerville está deseando que Bridgit se case para perderla de vista. Su casa es un ir y venir de sirvientes que huyen cuando la han tratado durante un par de días. Por lo visto con los criados es más insufrible todavía —dijo Penny con tono confidencial.

Los ojos de Beth se posaron en los de su amiga.

—No me gustaría estar en sus pellejos.

—Ni a mí. Un día que estaba furiosa porque su padre le había dado un ultimátum para que no siguiera espantando a sus pretendientes. Me dijo que lo hacía porque no lo soportaba, porque lo odiaba y lo culpaba de la muerte de su madre.

Beth ahogó una exclamación.

—Pero eso es horrible; su madre murió después de una larga enfermedad.

—Lo sé, y a veces pienso que no está bien de la cabeza desde entonces.

—Por lo que dices, parece que no quisiera casarse.

—Yo también he pensado en eso; mientras tenga a su padre para hacerle la vida imposible… Es como si se quisiera vengar de él por algo que no estaba en su mano remediar.

Estaban tan absortas en el problema de Bridgit que ninguna de las dos vio acercarse a lady Aldrich y a su sobrina.

—Buenas tardes, queridas.

Beth estaba muy contenta de ver a su amiga y se la presentó a Penny.

—Ella es Brenda; es escocesa.

—Lo soy —dijo con una sonrisa, sabiendo que no hacía falta la aclaración. Suponía que después de la noche pasada todo el mundo sabía que ella era la sobrina de lady Aldrich y que provenía de Escocia.

La chica pareció simpática. A Penny le cayó bien al instante. Su mirada marrón era sincera cuando le decía que estaba contenta de conocerla. No era ninguna belleza despampanante, pero la expresión de su cara decía mucho de su carácter dulce y agradable.

—¿No tendrás nada que ver con un hombre escocés que había en la fiesta de tu tía? —preguntó Penny, recordando cómo lo había mirado Bridgit desde el primer momento en que le había puesto la vista encima.

—Es mi hermano. —Brenda sonrió ante la cara de la chica.

—Es guapo, ¿eh? —dijo lady Aldrich con cara de satisfacción.

Todas ellas sonrieron.

—Venid con nosotras… Beth, a ver si convences a mi tía de que no necesito más vestidos.

—Cariño, una dama nunca tiene demasiados.

Beth tenía muy reciente las visitas a la modista a las que la había obligado su tía Charlotte y sonrió.

—No hace mucho que lady Sheffield me decía lo mismo.

Lady Aldrich, que había visto cómo era observada Beth por toda la gente que paseaba a su alrededor, se propuso llevarse a la muchacha de allí. Su padre era un buen amigo suyo y no le habría gustado enterarse de cómo estaban tratando a su hija.

—Querida, estoy segura de que a tu padre no le importará que gastes un poco de su fortuna encargando otro; vamos, será divertido.

Beth le preguntó a Penny si las acompañaba y esta le dijo que se le estaba haciendo tarde, que había quedado para tomar el té con su madre y unos parientes que estaban de visita. Se despidió de ellas prometiendo verse esa noche en la ópera.

Brenda se animó al ver incluida en su salida de compras a su amiga. Se pasaron el resto de la tarde en la modista, eligiendo telas y

modelos. Lady Aldrich mandó un mensaje a Sebastián con la doncella para que supiera que su hija estaba con ella.

Esa misma noche había una velada en la ópera y Brenda estaba un poco intimidada por la ocasión. Beth le dijo que no debía preocuparse que era un lugar más para exhibirse que para escuchar el espectáculo, que seguramente vería a todos los que había conocido la noche anterior.

Esa mañana, Regina había tenido una larga charla con su sobrino y este le había contado dónde y en qué circunstancias había conocido a Beth con todo lujo de detalles. Por la manera de hablar de este, supo que la muchacha no le era indiferente, que le había causado una grata impresión. Como también sabía que él menospreciaba a la aristocracia inglesa, si había llevado a su hermana allí, había sido por su insistencia de que podía encontrar un buen partido entre los ingleses.

Collen también le dijo que tuviera cuidado con lo que le decía a su amigo Cherry, pues él había permitido que ella solucionara el problema como mejor le pareciera y no sabía cómo habría convencido a su padre de quedarse en Newcastle. También le contó que había mandado a uno de sus hombres para que protegiera a Beth de otros posibles malhechores.

«Se había preocupado por ella al punto de ponerle una carabina», aunque fuera uno de «sus brutos», como ella llamaba a sus parientes escoceses.

Por otro lado, Beth no pertenecía a la aristocracia; su tío era vizconde, pero su padre que era el menor de los hermanos. Era un comerciante, uno con éxito desde luego, ya quisieran muchos de los que presumían de tener un título de poder gozar de la fortuna de Sebastián.

Y como era una pertinaz casamentera, se frotó las manos. Cómo se iba a divertir.

Cuando Beth volvió a casa, se encontró a su padre esperándola en el estudio. Se había pasado el día en casa de su hermano. Este se había enterado del rumor y estaba que sacaba fuego por las muelas. No iba a permitir que nadie calumniara a su querida sobrina.

Charlotte también estaba que se la llevaban los demonios; se estrujaba los sesos pensando en qué podía hacer para limpiar el nombre de Beth. Los tres se habían pasado horas tratando de encontrar un motivo por el que alguien se atreviera a esparcir aquellos horribles rumores.

—Desde luego, cuando descubra quién ha sido la embustera que ha levantado la liebre, me aseguraré de que no sea recibida nunca más por la gente bien. —Charlotte era capaz de eso y mucho más. Por las buenas era encantadora, pero cuando alguien se metía con los miembros de su familia se convertía en una digna adversaria.

Su marido, que estaba sentado a su lado, en un sofá de color melocotón de su sala de recibir visitas, la miró asintiendo.

—Antes de pensar en lo que harás, debemos descubrir quién ha sido.

—Tienes toda la razón; voy a ir a tomar el té con lady Wilson. Sabe más de cotilleos que nadie.

Se levantó y, despidiéndose de los hombres, salió de la casa.

Joseph y Sebastián se quedaron mirando el vano por donde había desaparecido la esposa del primero.

—No te preocupes, Charlotte llegará al fondo de este asunto; no me gustaría estar en el pellejo de quién sea.

Joseph fue a servir dos copas de brandi y le tendió una a su hermano.

—¿Hace mucho que has estado en Newcastle? —preguntó Sebastián después de tomar el primer trago. Esa misma mañana, estando en Hyde Park con el escocés, había recordado su estancia allí y el proceder del ama de llaves, aunque no pensaba que ella tuviera nada que ver con el asunto que le había robado el sueño. No podía dejar de pensar que nunca le había caído bien Beth.

Su hermano lo miró extrañado por la pregunta.

—Sabes que a mi esposa no le gusta el campo; accedió a vivir allí una temporada mientras los chicos eran pequeños, pero ahora… —negó con la cabeza—. Contraté a un buen administrador que dirige

aquello con mano de hierro y tengo entendido que la señora Gordon se ha convertido en un sargento de artillería. Hasta Rawson intenta mantenerse alejado de ella cuando va a comprobar las cuentas.

Soltó una carcajada ante la estampa que sus palabras pintaban. Sebastián había conocido al tal Rawson mientras había estado en aquella propiedad, no le extrañaba que se escondiera del ama de llaves. Era un sujeto anodino con unos lentes que hacían que sus ojos parecieran más grandes, en un cuerpo sin músculo que una buena ventolera habría tumbado. Y, sin duda, la señora Gordon lo hacía ir tan recto como al resto del personal de la casa.

—¿Por qué lo preguntas?

—Supongo que en este momento no pienso con claridad, pero…

—¿Qué? —lo apremió Joseph.

—Beth nunca le cayó bien a la señora Gordon.

—¿Crees que ella ha podido tener algo que ver con lo que está pasando? —La incredulidad en el rostro del vizconde era patente—. Pero… cómo…

—No lo sé, es posible que vea fantasmas donde no los hay.

Sebastián siempre había sido muy observador y, durante el tiempo que pasaron él y su hija en la mansión de Newcastle, había visto muchas miradas envenenadas del ama de llaves destinadas a su hija. La misma que le había dirigido cuando había llegado a la casa aquel día después de pasar la noche secuestrada en Escocia. Se había asegurado de que nadie supiera la verdad, pero no estaba seguro de haberlo conseguido.

También estaba el tema de Edy; la mujer había visto llegar a Beth con un bebé en brazos y, a medianoche cuando su hija había oído llorar al pequeño, había puesto a la señora Gordon en su lugar. Aquello no había ayudado a que se llevaran bien.

En ese momento de nerviosismo, le contó a Joseph el rapto de Beth. Al terminar el relato, su hermano lucía un furioso ceño fruncido.

—Deberías habérmelo contado en cuanto volvisteis. Voy a mandar al señor Rawson para que contrate más personal que vigile la propiedad. Si eso mismo pasa con alguna de las sirvientas, me encontraré en serios problemas; nadie querrá trabajar allí.

Joseph se quedó pensativo. ¿Sería posible que la señora Gordon se hubiese puesto en contacto con alguien en Londres y le hubiera ido

con el cuento? Se propuso averiguarlo.

Sebastián estaba tomándose un brandi mirando por la ventana, cuando vio el carruaje de los Aldrich que dejaba a Beth delante de su puerta. Esperó, pues le había dicho a Jenkins, su mayordomo, que le dijera que quería verla.

La puerta del estudio se abrió y la voz de su hija le llegó como siempre que se había divertido.

—Hola, papá, Jenkins me ha dicho que querías verme —dijo acercándose a darle un beso.

—Sí, hija, siéntate —le dijo señalando unos sillones situados frente a la chimenea—. ¿Dónde has estado con Regina?

—He estado con lady Aldrich y su sobrina en la modista. Te va a llegar otra factura.

Sebastián sonrió, sabía que su amiga solucionaba todo yendo de compras.

Cuando su mirada se encontró con la de Beth se puso serio.

—Quería hablar contigo de un asunto muy serio.

Ella supo de lo que quería hablarle su padre y, como siempre, se le adelantó.

—Si te refieres a cierto chismorreo que va circulando por ahí, ya lo sé.

—¿Por eso estabas ayer tan tensa?

—Sí, ya lo sabía antes de salir de casa.

—¿Cómo?

—Los criados, papá; se enteran de todo.

Sebastián soltó una maldición.

—¿Por qué siempre soy el último en enterarme de lo que pasa en esta casa?

A Beth le entró la risa; no se imaginaba a su padre cuchicheando con la servidumbre. Y entonces le mostró su madurez.

—Papá, sea quien sea el que ha lanzado el bulo, no pienso encerrarme en casa, incluso saldré más, me dejaré ver por todas partes. No tengo nada que ocultar.

Él admiraba la valentía de su hija; era igual que madre, si alguien

pretendía que ella se escondiera para no afrontar el escándalo, lo llevaba claro. Ella no dejaría que nadie gobernase su vida.

Sebastián se prometió a sí mismo que estaría más pendiente de ella para que nadie le hiciera pasar un mal rato. Era una buena muchacha que no se merecía lo que estaba ocurriendo.

Beth se levantó para irse a preparar para salir esa noche, pero su padre la retuvo. La mención de su amiga y su sobrina le trajo a la memoria algo que quería preguntarle a su hija.

—Cariño, ¿me lo pareció a mí o ya conocías a la señorita Ferguson? —Ella titubeó, no quería decirle a su padre que el responsable de su secuestro era uno de los parientes de Ferguson. Por otra parte, nunca había mentido a su padre.

—Es encantadora, ¿verdad? Nos hemos hecho muy amigas.

Sebastián no era tonto. Supo que su hija le ocultaba algo. No obstante, pensó que en esos momentos debía mostrarle todo su apoyo. No quería atosigarla, pero se prometió que algún día se enteraría.

Capítulo 15

Esa noche salieron padre e hija de casa con sus mejores galas. Beth llevaba un vestido blanco con ribetes y lazos de color aguamarina que le sentaba de maravilla. Su pelo cobrizo intenso trenzado en lo alto de la cabeza hacía que su cuello pareciera el de un cisne. Las guedejas que Alice le había dejado sueltas le enmarcaban la cara y la hacían parecer más joven.

Cuando llegaron al teatro, había una multitud de coches esperando dejar a los dueños frente a la entrada. Beth miró por la ventana y al verlo, le dijo a su padre que podían bajar e ir paseando hasta la entrada, que si se quedaban podía pasar una hora antes de que bajaran del carruaje y tenía muchas ganas de reunirse con su amiga Brenda.

Como siempre, él la complació. Una vez en el interior del teatro, Beth no paraba de alzar la cabeza en busca de la cabellera de su amiga, pero dada su estatura no la encontraba. Su padre le dijo que estuviera tranquila, que posiblemente Brenda y Regina estarían en la larga cola de carruajes.

Beth pudo ver a Bridgit rodeada de varios mequetrefes. Ella en el centro se pavoneaba de la atención que estaba recibiendo. Sus miradas se encontraron; la de triunfo de la rubia la hizo sentir tonta por haber pensado que era su amiga. Las verdaderas amistades la apoyaban a una en los malos momentos, no te dejaban plantada como había hecho esa misma tarde.

Hubo un revuelo en la entrada. Lady Aldrich, su marido y sus sobrinos habían llegado. La dama era de aquellas en las que era imposible no reparar en su presencia. El grupo se vio rodeado de conocidos y las salutaciones no los dejaban avanzar.

Collen no tenía paciencia para toda aquella hipocresía; la gente se jactaba de apreciarse. Se adulaban en público y luego se clavaban puñaladas por la espalda. Lentamente para no llamar la atención se fue separando de sus parientes; vio a Cherry y se acercó a él. Se saludaron con cortesía y empezaron a hablar de la gran concurrencia de aquel evento. Beth, que había ido a saludar a unos conocidos, se reunió con ellos.

—Señorita Cherry, está usted muy bella esta noche. —Ferguson se inclinó sobre su mano y le besó los nudillos.

Sebastián vio un brillo especial en los ojos de su hija.

—Vaya, está usted diciéndome que anoche no lo estaba —la picardía que Collen vio en su mirada le indicó que le estaba tomando el pelo—. Daré por sentado que al ser escocés no está familiarizado con los cumplidos.

—Y yo que, al ser usted tan joven, no está acostumbrada a recibirlos.

Las mejillas de Beth se encendieron.

Ferguson rio por lo bajo. Le encantaba esa muchacha que con picardía trataba de burlarse de él.

Sebastián no sabía si regañar a su hija allí delante del sobrino de su amiga o hacer como si no la hubiera oído. Optó por lo segundo y llamarla al orden en la intimidad de su casa.

Bridgit estaba que sacaba humo por las orejas. Ver a Beth en compañía de aquel apuesto hombre la sacaba de sus casillas. Y por sus caras sabía que se lo estaban pasando bien. ¿Cómo podía lady Aldrich permitir que su sobrino se codeara con Beth? Había oído por ahí de labios de alguna sabionda matrona que aquel hombre tenía una hermana casadera. ¿No se daba cuenta la condesa de que permitiendo la amistad con Beth la iban a menospreciar? ¿Es que no habían llegado a sus oídos los rumores que corrían en torno a ella?

Fuera como fuera, estaba dispuesta a abrirle los ojos a la condesa y a toda su familia. Mientras tanto, pensaba aprovechar la velada para mostrar sus mejores modales. Esa mañana había tenido una charla con

su padre en la que le había comunicado que, si no se casaba esa misma temporada, se olvidara de las visitas a la modista, a la sombrerera… que se las arreglara para cazar al mejor partido posible porque él se había cansado de sufragar sus gastos cuando veía el poco interés que ella ponía en el matrimonio. Lo odiaba por eso; ella disfrutaba enormemente de la temporada. Le encantaba que los hombres babearan detrás de ella… y desengañar a los elegidos por su padre y los que se le hacían empalagosos era lo que más le gustaba. Algunos no aceptaban su negativa; se volvían más insistentes y ella se regodeaba con su persistencia en acompañarla, bailar y mandándole flores. No tenía verdadero interés en ninguno de ellos, casarse no era una prioridad. Su madre siempre le decía lo infeliz que había sido con su padre. Nunca le había contado nada bueno del matrimonio. Y ella, que en aquel entonces era una muchacha muy impresionable, se había prometido que no cometería el mismo error que su madre. Nunca se casaría. Hacía planes pensando que el día que su padre falleciera, ella era su única heredera; se convertiría de la noche a la mañana en una mujer rica que no tendría que dar cuenta a nadie. Por ese motivo, se encargaba de que su vida estuviera llena de sobresaltos. Esperaba que cualquier día le cogiera una apoplejía y se fuera al otro mundo.

Penny llegó al teatro y se unió al grupo de los Cherry. Vio a Bridgit rodeada de todos esos hombres que los tenía por los más estúpidos de la sociedad. Si no se daban cuenta de la frivolidad de la rubia, se merecían todo lo que el destino les deparara con ella.

A no mucha distancia, Bridgit la observaba conversar con los escoceses, la maldita Penny se había cambiado de bando. Apretó los dientes y se prometió que le haría la vida imposible. No podía consentir que se la dejara de lado de esa manera.

Poco a poco, el vestíbulo se fue despejando. Lady Aldrich invitó a su amigo Sebastián a su palco, pero este declinó la invitación, prometiéndole que la visitaría en el entreacto. Beth invitó a Penny. Sabía que había asistido junto a su hermano y su cuñada.

Collen no perdía de vista a Beth; nunca había visto a una mujer más

bella. Su humor se agrió cuando vio que la mayoría de los hombres se la comía con los ojos. Y los muy cretinos pensaban que era mercancía defectuosa. ¿Cuántos de ellos le harían proposiciones deshonestas en las veladas donde ella asistiría? No iba a consentirlo. Si su padre no hacía nada al respecto, lo haría él.

Ella se sentaba muy tiesa en su palco, cuchicheando algo al oído de su amiga. Deseó estar en el lugar de Penny y ser él el destinatario de sus confidencias.

En el entreacto, varios caballeretes visitaron el palco de Sebastián. Collen los vio desde la distancia y los imitó. No estaba dispuesto a dejar el camino libre a esos hipócritas.

Desde el otro lado de la platea, Bridgit rabiaba al ser ignorada por Beth y por Penny. En ningún momento miraron hacia donde ella estaba, que no las había perdido de vista durante toda la actuación. Y, en ese momento, algunos de sus pretendientes estaban visitándolas y regalándoles los elogios que tenían que alegrar sus oídos. Los que acudieron a su propio palco eran de lo más absurdos y aburridos, alabando la obra como si entendieran algo de la ópera. Su padre la miraba con una ceja alzada al ver que ella se desentendía de los caballeros que iban a su palco.

A Collen le molestaba que el palco de Cherry estuviera lleno de mequetrefes adulando a las chicas. Sobre todo, sabiendo que la mayoría de ellos se creían los chismes que alimentaba la sociedad y presumían que eran un premio para una mujer arruinada. Había unos especialmente entusiastas en sus halagos hacia Beth. El padre de la muchacha estaba alerta a los comentarios de los jóvenes; Collen no dudaba de que ese hombre se batiría en duelo si alguno de ellos se propasaba con ella.

Sebastián vigilaba como un halcón a los hombres que visitaban a las chicas. Desde el lugar que ocupaba veía a Beth y la expresión de su

cara. Ferguson a su lado comentaba la gran asistencia a la ópera y lo que su tía le había contado antes de salir de casa, que la gente iba allí a exhibirse. Al comentar con Sebastián que le parecía la mayor estupidez del mundo, este soltó una carcajada.

Capítulo 16

Ferguson sabía por su hermana que cada día Beth acudía al parque a pasear. Y necesitaba verla antes de marcharse de Londres. Había recibido un mensaje de que había habido incursiones en sus tierras. No dudaba de que su comandante, Douglas, era muy capaz de encargarse del asunto. Sin embargo, no le gustó que, durante su ausencia, sus enemigos hubiesen aprovechado para robar el ganado de sus familiares. Era algo que no iba a permitir bajo ningún concepto.

Ese día acompañó a las damas en su paseo; su tía aprovechó para pasar por la librería con la excusa de comprar la última novela de lord Byron; a Brenda, que en Escocia no disponía de una biblioteca como en la casa de su tía, le encantaba visitar ese establecimiento. Collen le compró a su hermana y a lady Aldrich todos los libros que escogieron.

Al salir de allí, se encaminaron al parque. A pocas calles se encontraron con Penny y la invitaron a ir con ellos. Llegaron al Hyde Park y vieron a Beth que paseaba acompañada de su criada, la que llevaba un cochecito con un bebé.

Las muchachas hablaban entre ellas, y no se daban cuenta de los caballeros que las seguían con la mirada. Lady Aldrich y su sobrino estaban alertas de la atención que las chiquillas despertaban.

Collen notaba que la sangre empezaba a hervirle en las venas. ¿Cómo se atrevían todos esos hipócritas a juzgar a nadie? ¿Y menos a una muchacha inocente que su único delito era ser una belleza? Estaba seguro de que todo lo que ocurría se debía a la envidia de

alguna de ellas, o de cualquier matrona casamentera.

Lady Aldrich vio a una mujer con la cual quería tener unas palabras; le había prometido al padre de Beth que se enteraría de quién había estado esparciendo rumores de su hija, y lady Green era una de las personas que se enteraba de todo. Conocía los chismes de todo el mundo y también quiénes eran los que los divulgaban. Si alguien podía darle alguna idea de dónde había salido aquella falsedad, esa era lady Green.

Les dijo a las chicas que la esperaran en un banco mientras ella hablaba con aquella mujer. No quería tener espectadores cuando pretendía apretarle las clavijas a la vieja chismosa.

Collen a una indicación de su tía fue con las muchachas; saludó a las amigas de su hermana con una de sus deslumbrantes sonrisas.

El grupo despertaba más interés entre los que paseaban a su alrededor. Él veía las miradas envenenadas y las devolvía con toda la furia que le despertaban.

Lady Aldrich se encaró a la chismosa más conocida de Londres.

—Hola, Magui, cuanto tiempo sin vernos.

La mujer la miró con desconfianza con sus anodinos ojos marrones cargados de desprecio. Hacía muchos años que se conocían, pero nunca habían congeniado. Regina huía de las chismosas como de la peste; no le gustaba ver cómo unas palabras por aquí y otras por allá eran capaces de arruinar a cualquier jovencita. Y esa mujer que tenía delante tenía una lengua viperina que había arruinado a más de una. Sabía que ella se creía con todo el derecho de hacerlo, pues una mala lengua había sido lo que la había atado a un marido borracho que le había hecho la vida imposible hasta acabar en la tumba. Lo hacía por rencor a otras personas que la habían vilipendiado, pero eso no era excusa.

—Hola, Regina, buenas tardes. —Levantó la nariz.

—No voy a andarme por las ramas… ¿Qué sabes sobre cierto rumor sobre la señorita Cherry?

La vieja amargada sonrió con malicia.

—Me extraña que, conociéndolo, dejes que se haga amiga de tu sobrina. No vaya a ser que la salpiquen las malas lenguas.

—Nos conocemos desde hace años, Magui; no me provoques y contéstame.

—Y, si no lo hago, ¿qué?

—Su padre es un hombre muy influyente y con una fortuna considerable, ¿qué crees que hará si le digo que has sido tú quien ha difundido el rumor?

—Por mí, ella y su papaíto pueden irse al infierno. —En su boca se dibujó una mueca de desprecio.

—Pero antes de que Cherry visite ese sitio, es muy capaz de comprar la casa donde vives y dejarte en la calle, a ti y a tus hijas.

El terror de aquella amenaza hizo palidecer a la mujer. Su difunto marido, se había ido a la tumba dejándole un montón de deudas y una casa en un barrio mediocre de Londres y, por mucho que odiara donde vivía, por lo menos tenía un techo sobre su cabeza.

—No puede hacer eso —exclamó lady Green con cara de pánico —. No sé quién difundió el rumor.

—Si me entero de que me has mentido, Magui, me aseguraré de que mi amigo Cherry te lo haga pagar.

No dijo nada más. Se dio la vuelta para reunirse con las jóvenes, que estaban sentadas en un banco, ajenas al interés masculino que causaban, mientras Collen escuchaba la algarabía que armaban, pendiente de la señorita Cherry. Si sus miradas se encontraban, Beth la apartaba rápidamente y él se sentía satisfecho de los colores que cubrían sus mejillas cada vez que eso sucedía.

Como no prestaban atención, no se dieron cuenta de dos mequetrefes que se les acercaron.

—Buenas tardes.

Las chicas se giraron hacia los recién llegados y contestaron al saludo casi a la vez, intrigadas por la inesperada atención.

—¿Nos permiten acompañarlas en su paseo? —dijo uno de ellos.

Collen se puso tenso; los había visto observarlas con cara de suficiencia, como las miradas que había visto recientemente dirigidas a Beth.

—Las damas ya tienen compañía. —La voz profunda de Ferguson llamó la atención de los dandis con ganas de diversión.

—¿Se puede saber quién lo dice? —El más gallito se estiró como si pretendiera llegar a la altura de Collen. Este, que estaba indolentemente apoyado en un árbol, se apartó del tronco mostrando su envergadura.

—Lo digo yo, ¿algo que objetar?

—Un tipo solo para tres chicas. Eres un poco acaparador ¿no crees? —El más avispado le guiñó un ojo cómplice, como queriéndole decir que había una para cada uno. Cosa que no le gustó nada.

—Señor, no me gusta lo que está insinuando —dijo Collen con frialdad.

Al ver la tensión que estaba subiendo entre los hombres, Beth iba a intervenir, pero una mano en el hombro la detuvo. Era lady Aldrich, que se había detenido justo detrás de ella. Una mirada a los jóvenes bastó para que, con un saludo y una sonrisa apurada, siguieran su camino.

—¿Por qué has hecho eso, tía?

—¿El qué, querido?

Lady Aldrich había visto en los ojos de su sobrino, que estaba a punto de perder la paciencia; sabía que, si no hubiera espantado a esos mequetrefes, se habrían llevado una buena zurra.

La mirada de Collen lo decía todo. Ella sonrió porque las muchachas estaban pendientes de sus palabras.

—¿Chicas, no os apetece una taza de té?

Beth se daba cuenta de que, si al escándalo le sumaba una bronca en el parque, ya podía volverse a Newcastle. Durante el trayecto a la mansión de lady Aldrich, se sorprendió al darse cuenta de que la perspectiva de volver a marcharse no se le hacía tan cuesta arriba como debía. ¡Cómo añoraba los días tranquilos que pasó allí!

Sin embargo, irse representaba darle la razón a todos los que murmuraban sobre ella; todo el mundo pensaría que los rumores eran ciertos y que por eso huía. No les daría esta satisfacción a los malintencionados chismosos.

Lady Aldrich, sentada con elegancia en el sofá de brocado amarillo del saloncito de su casa, veía cómo Beth servía el té. La jovencita tenía unos modales impecables; se notaba su exquisita crianza. Miró a su sobrino y vio que sus ojos no se apartaban de la muchacha. Una sonrisa misteriosa se dibujó en sus labios cuando Beth le tendió una taza a Collen y, al cruzarse sus miradas, la taza tembló en el platillo.

Los pastelitos de limón que les habían servido junto al té eran unas delicias que se derretían en la boca y Penny se lamentaba en voz baja, solo para los oídos de Brenda, que, si no se iba con cuidado, tendría que apretarse más el corsé.

La escocesa la miró de arriba abajo y frunció el ceño.

—En mi tierra no usamos. A los hombres les gustan las mujeres con curvas.

—Tal vez debería irme a…

Brenda soltó una carcajada interrumpiendo a Penny.

—Estoy segura de que encontrarías marido en menos de lo que canta un gallo, con lo guapa que eres… —Los profundos ojos marrones de Penny se clavaron en Brenda al recibir aquel cumplido. Ella era siempre la fea del baile. Bridgit se llevaba los piropos—. ¿Es que no tienes espejos en tu casa?

Al ser mayor, Brenda se daba cuenta de la inseguridad de su nueva amiga. Y se preguntaba qué les pasaba a los hombres ingleses para no estar cortejando a aquella bella muchacha.

—Tengo espejos y estos me señalan todos mis defectos —lo dijo como si fuera evidente.

Lady Aldrich estaba pendiente de la conversación de las chicas mientras no perdía de vista las miradas que su sobrino le lanzaba a Beth y los colores que cubrían las mejillas de esta.

—Collen, ¿por qué no llevas a la señorita Cherry a dar un paseo por el jardín? Me temo que parece algo acalorada.

Aunque Ferguson permaneciese callado, Beth era muy consciente de su presencia. Nunca le había ocurrido algo igual con nadie. No hacía falta que lo mirara para saber que tenía los ojos de él clavados en ella. Y la mortificaba sentir las mejillas ardiendo. Al oír la sugerencia de la anfitriona, la miró y abrió la boca para protestar, pero las palabras murieron en su garganta cuando escuchó la voz profunda de él.

—Será un placer, tía.

Beth no quería ofender a esa dama que se estaba portando tan bien con ella, además de ser amiga de su padre, era pariente de su amiga. Se levantó y salió por las puertas cristaleras que daban al jardín, escuchando los pasos de Ferguson a sus espaldas. La verdad fue que la brisa refrescó sus mejillas y se sintió mejor.

—No hace falta que me acompañe…

Una ceja de Ferguson se alzó y ella supo exactamente lo que pensaba.

—Aquí estoy segura; son los jardines de su tía, por Dios.

Collen no pudo evitar el sarcástico comentario que se le fue de los labios.

—Según sé… también estaba segura en el jardín de su casa.

Los ojos de Beth echaban chispas ante el recordatorio. Empezaba a estar harta de que todo el mundo se creyera con el derecho de juzgarla. Se dio la vuelta y empezó a caminar a paso ligero entre los macizos de flores de lady Aldrich.

Collen la miraba con una sonrisa en los labios. Empezaba a entender el cambio producido en esa muchacha. Si cuando la había conocido le hubiera hecho el mismo comentario, ella lo habría destripado. Recordó que no se había encogido en ningún momento tras el incidente con su pariente. Sin embargo, en ese momento estaba en Londres. Ya no podía expresar sus opiniones con la misma libertad que lo hiciera entonces. Y, por ese mismo motivo, aguantaba con estoicismo los comentarios maliciosos que circulaban sobre ella sin mandar a la alta sociedad al carajo.

Frunció el ceño al caer en la cuenta de que había empujado a su hermana allí y que las malas lenguas no se detendrían si Brenda cometía un pequeño desliz… De hecho, no hacía falta que hiciera nada malo si algún desaprensivo decidía que no le caía bien o les tenía ojeriza a las gentes de su país, no dudarían en vilipendiarla como estaban haciendo con esa muchacha.

Se puso las manos a la espalda y se fue tras Beth, que se había sentado a la sombra de un roble, en un banco de piedra al lado de una fuente que marcaba el centro del jardín de su tía. Al llegar al pilón vio los pececillos que nadaban junto a los nenúfares y se los quedó mirando.

Beth lo veía de espaldas a ella; su traje de día le sentaba como un guante. Sus anchas espaldas resaltadas por la rica tela. Era tan grande como lo recordaba. ¿Qué tenía ese hombre que la ponía nerviosa? En su primer encuentro no había sido así; no obstante, desde que había vuelto a verlo, en Londres, en mitad de un baile, que no se lo sacaba de la cabeza. No sabía por qué, tal vez fuese por la extraña reacción

de su cuerpo cada vez que su piel se rozaba con la de él. Y luego estaba el beso, que en los últimos días había rememorado en demasiadas ocasiones.

La voz de Ferguson la sacó de sus cavilaciones.

—Tengo que volver a casa; estaré fuera durante unos días.

¿Por qué le decía eso a ella?

Al no obtener respuesta, Collen se giró a mirarla y vio confusión en los preciosos ojos violetas. Apoyó las caderas en la fuente y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Tengo que solucionar algunos asuntos en Escocia. No es un adiós; es un hasta pronto.

—¿Brenda se va con usted? —Tal vez se lo decía porque veía que su amistad la hacía feliz.

—No, ella se queda. Mi tía es tan capaz como yo de mantenerla a salvo.

Beth iba a decirle que su hermana corría más peligro en Escocia que en Londres, pero se lo pensó mejor y cerró la boca. Ella sabía por experiencia propia a qué se refería.

—Me alegro de que se quede. —Una sonrisa coronó sus labios—. Me gusta su hermana.

Por el tono de su voz, Collen supo que no lo decía a la ligera; realmente esa mujer apreciaba a Brenda.

—Y a ella le gusta usted.

—No sabría decirle si eso es bueno en este momento. No quisiera que las malas lenguas se cebaran con su hermana por el hecho de ser amiga mía.

Beth no le sostuvo la mirada, desvió la suya hacia unas flores artísticamente plantadas alrededor de la fuente. Tenía las manos entrelazadas en el regazo y se las retorcía con nerviosismo.

Cuando él había accedido a llevar a Brenda a Londres, no se imaginaba que hubiera personas con el poder de aplastar a una debutante con sus lenguas viperinas. No creyó en la historia que tanto tiempo atrás le había contado su hermana sobre Beth, cuando le decía que, debido a la aventura en Escocia que la habían obligado a vivir, podía acabar con su reputación. Era evidente que así era.

Descruzó los brazos y apoyó las manos en el borde de la fuente.

—Brenda se sentiría muy triste si la alejara de su lado.

Los ojos de Beth volvieron a los dorados.

—Es por su bien; sé que ha venido a buscar marido. No quisiera que se la considerara una mercancía usada como a mí.

Ferguson se puso tenso ante la crueldad de aquellas palabras.

—Usted no es…

—Por desgracia, muchas personas lo piensan.

Collen se acercó a ella. La veía frágil y desamparada, y no le gustó. Cuando la había conocido, había admirado su coraje. ¿En qué momento la había abandonado?

Se sentó junto a ella y, como habría hecho con su hermana, le pasó un brazo por encima de los hombros. Solo que esa mujer no era su hermana. Lo sintió cuando sus dedos se cerraron sobre el brazo delgado y la atrajo hacia él.

Beth se puso tensa al notar el contacto y un estremecimiento la recorrió de la cabeza a los pies, pero solo duró un segundo. Su cuerpo reconoció el tacto de ese hombre y se relajó al instante. No entendía lo que le pasaba, ¿por qué se sentía tan bien, en esa posición que la condenaría al ostracismo si alguien la presenciaba? Sus mejillas debían estar del mismo color que las flores que rodeaban la fuente, pensó ante el acaloramiento que la recorrió. Sin embargo, no tuvo tiempo de analizar lo que le ocurría cuando el roce de unos largos dedos sobre su mejilla la sorprendió y una presión sutil bajo la barbilla la obligó a mirar a los ojos a ese hombre que la sostenía contra su fornido cuerpo.

Los iris violetas se abrieron con desmesura al darse cuenta de lo cerca que estaban el uno del otro. Ferguson le miraba los labios como lo había hecho la vez anterior y ella se sorprendió deseando que la besara como en la otra ocasión. Sin ser consciente de ello, se humedeció los labios y aquello fue lo que inclinó la balanza. Collen supo lo que pensaba y se inclinó sobre ella, capturando los apetitosos labios que tan bien recordaba. Las manos de Beth se abrieron sobre el pecho del hombre; no obstante, no lo empujó. Se sentía bien por primera vez desde hacía días.

La boca masculina acariciaba la de Beth con una ternura que la abrumaba, que la hacía desear no apartarse de aquel nido protector que eran los brazos que la rodeaban. Poco a poco, Collen le abrió la boca con la insistencia de su lengua en la comisura de sus labios y

Beth sintió como le faltaba el aliento. Todo parecía rodar a su alrededor. Detrás de sus parpados cerrados, le pareció ver un firmamento lleno de estrellas luminosas. Y, con tiento, empezó a participar en aquel beso, que le robaba la lucidez y hasta el aire de los pulmones. Pero… ¿a quién le hacía falta respirar? A ella no, desde luego.

Collen, sintió como su cuerpo se tensaba al percibir la disponibilidad de ella. La notaba entregada a las sensaciones. Se estremeció entre sus brazos y él supo que debía detenerse. Sin embargo, el momento era tan perfecto que quiso alargarlo un poco más. Sus manos acariciaban la espalda femenina. Esa mujer era perfecta; se adaptaba a sus brazos como ninguna.

Al separarse, sus miradas se quedaron prendidas y, a pesar de que ninguno de los dos dijo nada, sus ojos lo hicieron por ellos.

Beth vio en los iris color whisky una ternura que la abrumó. Sintió cómo un hilo invisible la unía a ese hombre. Entonces se preguntó qué tenía él que la mantenía en tensión cada vez que sus ojos se cruzaban.

Collen veía una amalgama de emociones que asomaba en aquella mirada violeta, vio la confusión y algo más que no acertó a identificar. ¿Sería posible que ella se sintiera atraída por él? Con esta idea en mente, se le dibujó una sonrisa en los labios.

Capítulo 17

A la mañana siguiente, aún no había amanecido cuando Collen montó en su caballo y salió de Londres. Había dormido poco y mal, pero reconocía que la culpa era solo suya. Se había separado de la señorita Cherry con una dolorosa erección. La había disimulado mientras la sostenía contra él, esperando que recobrara la compostura que lo había abandonado bajo el calor de sus besos. Luego le aconsejó que no se dejara embaucar por ningún hombre, que todos estaban esperando que ella cometiera algún error para propasarse y así arruinar su trastrocada reputación. Como él ya sabía de antemano, ella no era ninguna tontuela.

—¿Se está usted refiriendo a lo que acaba de suceder aquí mismo? —dijo ella con los ojos muy abiertos mirándolo acusadora—. ¿Es eso lo que pretende? ¿Asegurarse de que lo que se dice por ahí es cierto?

Collen iba a responder y no vio la pequeña mano que se estrelló contra su mejilla.

Beth se levantó del banco furiosa. Deseaba estrangular a ese hombre. ¿Cómo se atrevía a estropear esos momentos mágicos con un comentario tan fuera de lugar?, se preguntó ella enrabietada. Lo miró con tanta furia que parecía como si sus ojos lanzaran chispas. Para ella había sido un momento perfecto. Se estaba dando cuenta de que ese hombre le gustaba. No era como todos esos dandis presumidos que poblaban Londres. ¿Cómo se atrevía el muy zoquete a pensar que los rumores eran ciertos?

Se giró para marcharse y él la retuvo cogiéndola de la muñeca.

—No tan rápido jovencita.

—Suélteme.

—No antes de que me escuche.

Ella se quedó quieta, pero no lo miró. Temió que, si lo hacía, él vería la decepción en sus ojos.

—Me está haciendo daño.

Él le apretaba la muñeca de tal forma que estaba segura de que al día siguiente la tendría morada. Collen aflojó el apretón, pero no soltó su presa.

—Sé que todo lo que se dice es una falsedad. —Al oír sus palabras ella se giró y sus faldas se enredaron en sus tobillos, estuvo a punto de caer. Él la sujetó por la cintura para que eso no ocurriera—. Sé que no es la madre de ese niño y, si alguien en mi presencia lo insinúa, probará el tacto de mis puños.

—¿Por qué? —atinó a decir ella casi en un murmullo, ya que se quedó sorprendida por sus palabras.

Collen estaba asombrado por lo que había dicho tanto como ella al escucharlo.

—Yo no doy explicaciones de mis acciones. Baste con que sepa que no tolero los embustes ni las injusticias.

Se miraron el uno al otro tratando de descifrar los pensamientos ajenos.

Beth sintió que el corazón le brincaba: él había dicho que no se creía los rumores que corrían por ahí.

A lomos de su caballo, trataba de encontrar la razón por la que había dicho aquellas palabras. Había pasado la noche rememorando aquel encuentro maravilloso con la señorita Cherry y el modo en que lo había estropeado, cuando lo único que quería, era que se mantuviera alejada de ciertos hombres que querrían tomarse libertades con ella. ¿Desde cuándo se había vuelto tan quisquilloso con lo que hacían los demás? Ella no era ni pariente ni… Aminoró la cabalgata infernal que le estaba exigiendo a su montura. Temía que, si seguía pensando en la señorita Cherry, lo ocurrido la tarde anterior y no ponía atención al

camino, terminaría por romperse el cuello en cualquier recodo. Se obligó a guardar sus quimeras con aquella muchacha en lo más profundo de su cabeza y a prestar el debido interés por donde iba.

Cuando el sol estaba en lo más alto, se detuvo para tomar un bocado y dejar descansar a su montura. Lo hizo al lado de un estanque. Se lavó el polvo del camino y comió un trozo de queso y una rebanada de pan. Su tía le había hecho preparar comida para el viaje, del saco donde la llevaba salía un apetitoso aroma a pastel de carne, lo dejaría para la noche. En ese momento, el pan y el queso le recordaron a otro momento vivido con la señorita Cherry. Se apoyó en el tronco de un árbol y, allí sentado a la sombra, veía a su caballo pastar la borde del agua mientras dejaba que los recuerdos lo invadieran. No tardó mucho en maldecir en voz alta por haber tenido que ausentarse de Londres precisamente en ese momento, pero sus obligaciones para con sus parientes lo hicieron necesario. Lo que en un principio debía ser un viaje de unos pocos días para acompañar a su hermana a Londres, se había convertido en varias semanas. Y a pesar de saber que Douglas era muy capaz de ocuparse de los robos que habían padecido, no quería que se sintieran abandonados. Eran su familia, su responsabilidad.

Volvió a ponerse en camino y no paró hasta que la oscuridad lo envolvió; quería llegar cuanto antes a su hogar. Esa noche, envuelto en el tartán bajo la luz de las estrellas, soñó con la señorita Cherry.

Los dos estaban bailando en el salón de su tía. Ella lo miraba con esos hermosos ojos y le sonreía. Collen la apretaba contra su cuerpo y la hacía girar y girar al son de un vals. El tacto de las suaves manos y la estrechez de su cintura lo hacían pensar en acariciarla como un hombre hace con su mujer.

La cogió en brazos y ella rodeó sus hombros riendo como una chiquilla. La llevó escaleras arriba hacia su dormitorio y, en cuanto la puerta se cerró, empezó a besarla. En pocos pasos la llevó a la cama y cayó con ella entre sus brazos, sin separarse de aquella boca que prometía el paraíso. Ella se removía lanzando pequeños gemidos de placer y él trasladó su boca a la fina columna de su cuello, adorando los sonidos que a ella se le escapaban. Llegó a la espiral del oído y su lengua lo recorrió con lentitud, oyendo como ella contenía el aliento. Sus manos se movieron sobre el vestido y se detuvieron en la cima de un pecho joven que florecía con sus caricias. Ella quiso imitarlo y Collen notó que introducía las manos dentro de su chaqueta y las pasaba por encima de sus pectorales.

Aquel atrevimiento lo hizo enloquecer de pasión y cogió la tela de las faldas de ella a grandes puñados, cuando sus dedos tocaron las piernas bien torneadas, un estremecimiento la recorrió y soltó un jadeo ahogado. Lo miró a los ojos con aquella sonrisa hechicera, como si le diera consentimiento para que la tomara. Sus manos subieron hacia los muslos y más arriba. Ella enloqueció y lo besó con glotonería, como si pretendiera marcarlo como suyo…

Un suave relincho de su caballo hizo que abriera los ojos espada en mano, desorientado. Después de asegurarse de que estaba solo, se preguntó qué tenía aquella muchacha que no se la sacaba de la cabeza.

El cielo empezaba a mostrar pinceladas púrpuras y, con ese sueño muy reciente en la mente, se sumergió en el lago al lado del cual había acampado.

Collen evitaba los caminos más transitados; prefería cabalgar campo a través y rehuía las posadas, pueblos y viajeros entrometidos. No lo hizo así cuando llegó a Newcastle; las vituallas que se llevó de Londres se habían terminado y deseaba dar un descanso a su caballo y, porque no, a su cuerpo. Se detuvo en una posada y, tras pedir una habitación, se acostó en una cama llena de bultos, lo que no le impidió caer dormido en cuanto su cabeza tocó la almohada.

Despertó por la gran algarabía que llegaba desde la primera planta. Sus tripas rugieron y recordó que no había comido nada desde el día anterior. No quiso retrasarse deteniéndose a cazar la cena.

Tenía prisa por llegar a sus tierras, arreglar sus asuntos y volver a Londres; sabía que su tía custodiaría a su hermana como un halcón. Sin embargo, la señorita Cherry… Era consciente de que su padre estaba dispuesto a batirse en duelo por el escándalo que ensombrecía a su hija. Malditos ingleses y sus normas. En cuanto él se enterara de quién había sido, le cortaría la lengua. Esos pensamientos lo sorprendían a la vez que lo alarmaban. Ninguna mujer había despertado en él ese sentimiento protector, de posesión y… Sí, reconocía que sufría celos de todos aquellos petimetres que bailaban con ella día sí, día también.

Cuando bajó al comedor de la posada, estaba bastante lleno, se sentó en una mesa y una muchacha joven se le acercó, le sirvió cerveza y le dijo que esa noche había guiso de cordero para la cena. Él asintió y se dedicó a observar a los parroquianos. Había varios que ya estaban bastante ebrios, a pesar de lo pronto que era. El cielo aún no estaba cubierto del todo por las estrellas.

La chica le trajo su cena y una hogaza de pan. Él se dedicó a calmar sus ruidosas tripas sin prestar atención a quien lo rodeaba. Una conversación en una mesa cercana le llamó la atención.

—¿Aún no has conseguido la información que te pidió la señora?

—No, los criados parecen adorar a esa señorita; no hay ninguno que diga nada malo de ella. Estoy empezando a pensar que no hay nada donde agarrarse. Además, el ama de llaves los vigila como un zorro. No quiso contratarme, porque, al estar la casa vacía, no necesitan de más manos y cuando me ve merodeando por allí me lanza miradas envenenadas.

—Embriaga a algún lacayo o haz lo que sea necesario, pero hazlo pronto, si no, cuando regresemos a Londres, nos encontraremos de patitas en la calle.

La mujer soltó una risa.

—A mí no me echará. Sé demasiado de sus chismes. Si yo hablo, la alta sociedad le dará la espalda. Ha arruinado a más de una debutante para exponerse a que yo diga que fue ella la que se inventó el escándalo que alejó a la muchacha del mercado matrimonial.

Collen se puso tenso y con disimulo se giró a ver a la pareja que hablaba. Iban vestidos como campesinos, pero lo que hablaban no encajaba con sus ropajes.

En un segundo, la mente de Collen hizo un ovillo: estaba en Newcastle, donde había estado la señorita Cherry. Esos dos hablaban de alguien que buscaba rumores para arruinar a alguna debutante de Londres… y precisamente la señorita Cherry estaba siendo víctima de algún malévolo plan para desacreditarla.

¿Casualidad?, no creía en las casualidades.

Los vio dirigirse a las escaleras que llevaban al piso superior y llamó a la camarera, puso su mano en el bolsillo y sacó unas monedas que dejó sobre la mesa cuando la muchacha se acercó.

La chica le contó que habían llegado una semana antes y que

habían preguntado por Sheffield Manor, que le habían dicho a su padre que venían a trabajar y cuando este les había dicho que en la propiedad ya tenían personal, le habían contestado que venían recomendados, que seguro que los contratarían. No obstante, por lo que ella sabía, no habían conseguido el empleo. Le agradeció la información y le dio las monedas.

Collen maldijo, se había detenido allí para descansar, pero su lado caballeresco lo instaba a acorralar a aquellas dos sabandijas, y obligarlos a decirle quién era la persona que les pagaba. Se levantó de la mesa con una idea en mente, se acercó a la muchacha y le preguntó en qué habitación estaban alojados, esperando que tuvieran dos y solo tener que enfrentarse a uno de ellos, no tuvo esa suerte. Por lo visto esa criadilla, era tan ramera como su señora.

La espera se le hacía tediosa, Collen no tenía sueño, había dormido buena parte de la tarde, pero prefería esperar a que la pareja estuviera dormida o puesta en faena, como se imaginaba. Los cogería por sorpresa, y con un poco de suerte no les daría opción a que armaran mucho barullo.

Salió al pasillo, la algarabía que llegaba de abajo amortiguaría el ruido que él pudiera hacer, dos puertas más allá se paró y sacó su puñal que siempre llevaba en la bota. Con el arma en la mano, cogió el picaporte y lo giró. La puerta no estaba cerrada; entró sin hacer ruido. La lamparilla que iluminaba una punta del pasillo no hacía suficiente luz para alarmar a los que ocupaban la habitación. Cerró tras de sí y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Un rayo de luna que entraba por un resquicio de la ventana dejaba ver a la pareja que ocupaba la cama y que estaba en pleno apogeo. Él se quedó parado junto al muro evaluando por dónde actuar. En un segundo, se adelantó, le dio un potente puñetazo al incauto, que lo mandó contra la pared dejándolo inconsciente. No dio tiempo para que la mujer reaccionara. Le tapó la boca con una mano y, cuando la incauta empezó a patalear, le puso el puñal en el cuello y le advirtió que no hiciera el más mínimo ruido. Ella se detuvo al instante al notar el frío acero en la garganta.

—Responda a mis preguntas y no saldrá herida.

Collen sabía que no podía verlo y notó el movimiento afirmativo que ella hacía con la cabeza.

—¿Qué está haciendo en Newcastle?

Lía temblaba como una hoja. Él apartó la mano que le cubría la boca despacio. Si ella se ponía a gritar, tendría que acallarla.

—Mi señora me envió a… a investigar…

—¿A quién? ¿Dónde?

Ella pareció dudar y él apretó un poco con el puñal.

—¿Sabe que me sería muy fácil rebanarle el cuello? Sería una pena, pero, si no me deja otra opción…

Dejó la amenaza en el aire.

—En Sheffield Manor… a la señorita Cherry.

Tal como él había supuesto al escuchar la conversación en el comedor de la posada.

Los segundos se alargaban, estaba ante la cómplice de…

—¿Quién es su señora?

Lía podría haberle mentido, pero aquella hoja afilada apoyada contra su garganta le impedía pensar.

—Señor, si se lo digo, me echara a la calle. —Su voz lastimera no conmovió a Collen.

—Y, si no me lo dice, avisaré al alguacil de que hay aquí dos delincuentes. ¿Quiere pasar una temporada en la cárcel? —La voz dura del hombre la hizo temblar.

Al tiempo que hablaba, Collen dejaba que el peso del puñal hiriera la frágil piel del cuello de aquella mujer. A ella se le abrieron los ojos desmesuradamente cuando sintió que un hilillo de sangre caliente correrle por el cuello.

—Es la señorita Somerville. —Su voz sonó aguda ante el terror de que aquel hombre le rebanara el pescuezo.

Collen lanzó una maldición. Aquella mala víbora había sido la primera en hablarle del escándalo de la señorita Cherry. Debía haberse dado cuenta de la maldad que encerraba aquel rostro angelical. La ira contra sí mismo lo cegó y no dudó en golpear el mentón de aquella mujer y dejarla inconsciente. El fulano aún no había vuelto en sí. Salió de la habitación y volvió a la suya.

Antes de que pasara una hora, oyó ruidos en el pasillo. Abrió la puerta un resquicio y vio a esos dos que cargaban con sus bolsas de viaje. Bien, se marchaban sin ninguna cosa jugosa que contarle a aquella mala pécora. Pero… ya había demostrado que no le hacía falta

la certeza de un hecho. Ella lanzaba una calumnia y la alta sociedad se regodeaba en ella. ¿Dónde diablos había dejado a su hermana? Se preguntó maldiciendo.

En esos momentos, más que nunca, sabía que debía darse prisa en llegar a su casa, arreglar los asuntos y volver a Londres en el mínimo tiempo posible. Se vistió, recogió sus cosas y bajó. El posadero no se mostró muy contento cuando lo vio. Supuso que era por el movimiento inesperado de aquella noche. Le pago de sobra para que le empaquetara algunas vituallas para lo que le quedaba de camino y el tipo pareció más conforme.

Capítulo 18

Bridgit tenía una cómplice para enterarse de los cotilleos. Una de las sirvientas que trabajaba en su casa era algo ligera de cascos. Ella la había cazado en una posición comprometida con varios de los sirvientes. Y, siempre que necesitaba información sobre alguna debutante que se llevaba la atención de sus pretendientes, la mandaba a investigar. Lía, que era como la llamaban, seducía a alguno de los sirvientes de la damita en cuestión y le sacaba algún chismorreo.

Al ver el éxito que estaba teniendo Beth, la había mandado a investigar y se enfureció cuando esta había vuelto con las manos vacías. Solo sabía que, al llegar a Londres, los Cherry traían a un muchachito de meses que era tratado como si fuera de la familia. Sin pensarlo dos veces, mandó a Lía junto con un lacayo a Newcastle. Y, mientras esperaba que la criada volviera con algo jugoso, ella había esparcido los rumores de la maternidad de Beth.

Sin embargo, sus falacias no estaban teniendo los resultados deseados. Había supuesto que, ante un escándalo de tal magnitud, los parientes de Beth se la llevarían al campo hasta que el asunto se olvidara, cosa que le dejaría a ella vía libre con sus pretendientes. Pero la pequeña Beth seguía en Londres y acudía a todos los bailes y veladas más exclusivos.

En ese caso, la alta sociedad se había dividido, unos hacían oídos sordos a los chismorreos y los que sí los creían eran los menos deseables, los que muchas matronas evitaban invitar a sus eventos. Lo

que la dejaba a ella rabiando, pues su padre no paraba en insistir en que eligiera marido esa temporada o él tomaría cartas en el asunto y la casaría quisiera ella o no. Sus discusiones eran cada vez más frecuentes. Bridgit lo provocaba con la malsana intención de enfurecerlo, esperando que en una de esas ocasiones a él le cogiera una apoplejía y abandonara este mundo. Eran muchas las noches que, después de haber tenido una discusión, él había salido de su casa para acudir a la de su amante —Bridgit sabía que su padre pasaba la mayoría de las noches con su querida—. Ella lo maldecía y deseaba que le ocurriera cualquier accidente que la librara de él.

Bridgit estaba rabiosa, y eso se hacía patente cada noche cuando se encontraba con las que habían sido sus amigas y ella las había despreciado. Beth era el alma de la fiesta; sus parientes la vigilaban como halcones para que nadie se propasara con ella. Su padre había dejado muy claro que se batiría en duelo con quien hiciera avances deshonestos con su hija. Desde ese momento, los que se habían mostrado más atrevidos dieron un paso atrás y ella gozaba de la atención de un nutrido grupo de pretendientes. A su lado Penny florecía y la hermana de aquel guapísimo escocés se había ganado la simpatía de todo el mundo.

Bridgit trató de acercarse a Brenda. Quería hacer buenas amistades con ella, pues su hermano le había causado una muy grata impresión. Pero hacía días que no lo encontraba en ninguna de las veladas que asistía.

Al otro lado del salón de lady Brown, Brenda veía las miradas envenenadas que Bridgit le lanzaba a su amiga. ¿Qué tenía aquella muchacha que no le gustaba? No tuvo tiempo de pensar en ello, pues un caballero se le acercó y le reclamó su baile. Lo cierto era que el hombre parecía que se hubiese tragado una escoba. Se movía de una pieza, como si pretendiera destacar sobre todos los demás bailarines. Ella lo miraba y veía que sus ojos la devoraban como si estuviera ante su pastel favorito. Se estremeció de asco, cuando, en una de las vueltas, la giró con demasiado ímpetu. Ella tropezó con sus pies y él la arrimó a su cuerpo con descaro. Brenda trató de separarse, pero la

mano de él en la espalda la sujetaba con demasiada presión. Para no causar un alboroto, ella se dejó llevar, pero… de buena gana le habría pegado una patada en la espinilla, lo que habría terminado con ella de boca en boca.

Sebastián, que en ese momento no desaparecía en las salas de juegos de las anfitrionas, seguía a la escocesa con la vista y vio el atrevimiento de su pareja de baile. No lo pensó y se acercó a ellos.

—Señorita Ferguson, creo recordar que este baile me lo prometió a mí.

Ella, que en los últimos días había visto como el señor Cherry rescataba a su hija de algún bailarín demasiado entusiasta, reconoció la artimaña.

—Es verdad, señor. —Se giró hacía su ceñuda pareja—. Lo siento, otra vez será.

Con esas palabras, se desentendió y dejó que Sebastián la envolviera en sus brazos. Él los alejó del pasmado lord volteando y, cuando iba a hablar, ella le dedicó una radiante sonrisa.

—Gracias por rescatarme; no volveré a bailar con ese hombre.

Él asintió con la cabeza mirándola a los ojos pardos brillantes. Lo cierto, era que no sabía lo que le pasaba con esa mujer, pero no podía quitarle la vista de encima. Se adaptaba tan bien a brazos.

Al terminar la pieza de baile, Sebastián la llevó junto a su tía, que, por supuesto, había observado la acción de su amigo y sonreía con satisfacción.

—¿Os apetece una limonada? —dijo a propósito. Su vena casamentera se agitaba cada vez que los veía juntos.

—Si no les molesta a las damas, yo prefiero una copa de champan.

—Yo también, querido, lo he dicho solo en deferencia de mi sobrina.

A Brenda aquello le parecía ridículo. ¿Por qué no podía tomarse una copa de champán? Porque no estaba casada; ciertamente tenía edad para estarlo.

Lady Aldrich vio la mirada de su sobrina y supo lo que iba a decir. En el tiempo que llevaban juntas se habían conocido muy bien.

—No lo digas —le advirtió.

—¿Por qué no?

Sebastián no sabía de lo que estaban hablando.

—No me voy a asustar, Regina, recuerda que tengo una hija…

Sus palabras fueron interrumpidas por las risitas que Brenda no pudo disimular. A él le encantaba cuando reía; ese sonido le llegaba al alma.

—Te tomarás una limonada —sentenció la tía.

Sebastián entendió y sonrió.

Bridgit iba paseando por el salón y, cuando llegó a la mesa de los refrigerios, se hizo la encontradiza con Brenda. Saludó a lady Aldrich y tendió la mano para que el señor Cherry le besara los nudillos. Mostraba su sonrisa más encantadora y se dedicó a alabar el buen gusto de la anfitriona en la organización de la fiesta.

—Algún día ofreceré una gran velada como esta.

Brenda se preguntaba qué querría esa chica.

Lady Aldrich sabía que las muchachas eran muy superficiales, pero esa que tenía enfrente se estaba haciendo la tonta a propósito. A sus oídos habían llegado los rumores de que lord Somerville había perdido la paciencia con la chica y que la instaba a escoger marido esa temporada. ¡Pobre del desgraciado que se dejara embaucar!

—A mí personalmente, me gustan los salones no tan abigarrados. —Oyó que decía su sobrina—. Claro que estoy segura de que a muchos de los invitados les encanta este estilo recargado.

Sebastián miró hacia otro lado para que no lo vieran sonreír y su amiga Regina ocultó su guasa detrás del abanico.

Bridgit no esperaba que Brenda cuestionara su gusto en decoración. Desde el principio le había parecido una escocesa carente de gracia. A ella tampoco le agradaba la recargada sala de baile ni todos los farolillos que habían esparcidos por el jardín, demasiado atestado de flores y plantas aromáticas, de setos que permitían la intimidad de los hombres y mujeres ligeros de cascos. Lo había dicho para entablar conversación y en ese momento creerían que era una tonta.

—Entiendo que alabes las dotes de nuestra anfitriona; estás acostumbrada a este tipo de veladas. En mi tierra, en cambio, las celebraciones son muy distintas.

—Ah, ¿sí? —dijo Bridgit, esperando sacar algo jugoso de aquella conversación.

—No te voy a aburrir con los detalles. Somos más espontáneos que los ingleses. No tenemos problema en tener listo un festejo en cuestión de horas. Las únicas excepciones son las Navidades, invertimos más tiempo en prepararlas.

«¿¡Espontáneos!?», Bridgit apretó los dientes. ¿Es que le estaba diciendo que sus compatriotas eran aburridos? ¿Qué diablos se había creído la escocesa? Se recordó que había entablado conversación con ella para saber de su hermano. Se tragó la bilis y sonrió con falsedad.

—Me gustaría asistir a una de esas fiestas.

Brenda no pudo reprimir la risa.

—Perdona, no me rio de ti. Es que no te imagino en una de nuestras improvisadas fiestas.

Sebastián vio el fuego que desprendieron los ojos de Bridgit ante la risa de Brenda y, para evitar males mayores, le pidió a Brenda que bailara con él. Esta estuvo encantada. Por la diferencia de edad que había entre ellos y dado que las familias eran muy íntimas, nadie prestaba atención a que Sebastián bailara con la muchacha más de una vez.

Al quedar con lady Aldrich, Bridgit indagó.

—Hace días que no veo a su sobrino. Espero que goce de buena salud. —Sabía que no era adecuado que una joven se interesara por un caballero, pero el fin justificaba los medios.

¿Es que esa muchacha pretendía que su sobrino…? No lo iba a permitir.

—Desde luego, querida, mi sobrino está muy bien.

«Muchacha descarada», pensó lady Aldrich, ¿qué se había creído? Sabía que antes era amiga de Beth, pero a raíz del escándalo, se había separado de ella como si tuviera la peste, menuda tunanta.

Bridgit no lograba la información que buscaba; la tía de aquel apuesto escocés se estaba haciendo la tonta. Se iba a enterar la vieja arpía.

—Me alegro, es solo que me extrañaba no verlo, sobre todo porque me parecía que estaba cortejando a Beth Cherry. Pero entiendo que se habrá enterado de los rumores y se lo estará pensando mejor, sobre todo al tener una hermana en el mercado matrimonial.

La sonrisa petulante de aquella jovencita le daba ganas de arrancársela con un cachete, pero se contuvo.

—Como bien sabrás, Bridgit, los jóvenes no van contando a sus tías sus andanzas… De todos modos, si lo hiciera, no veo por qué tendría que compartirlo contigo. Y tú, jovencita, deberías saber que no está bien visto que te intereses por hombres que no son de tu familia.

La sutil reprimenda hizo que la muchacha cerrara la boca de golpe con una mirada colérica que no auguraba nada bueno. Dicho esto, lady Aldrich se alejó de la mesa de los refrigerios dejando a una Bridgit iracunda. No le dio tiempo a abandonar la sala, cuando oyó el ruido de cristales rotos, miró por encima del hombro y vio que la chica había lanzado el vaso con limonada al suelo. «Menudo genio», pensó.

Capítulo 19

Hacía una semana que Collen estaba en Escocía; había recuperado más de la mitad del ganado robado. Antes de que él llegara, Douglas ya se había encargado de restaurar una pequeña parte.

Por lo visto, los clanes vecinos habían decidido atacar sus tierras al enterarse de que él había viajado. No habían contado con que su comandante tenía su permiso para actuar en su ausencia.

Estaban los dos sentados ante el fuego con sendas jarras de cerveza en las manos. Douglas lo veía nervioso y le preguntó a qué se debía.

—Tengo que marcharme de nuevo, y no me fio de que hayan aprendido la lección.

La risotada de su comandante lo hizo fruncir el ceño.

—¿Tú te crees que después de amenazarlos con quemarles los campos y dejarlos sin alimentos se van a atrever a volver? No creo. Además, lo de llevarte los niños para usarlos de rehenes en caso de nuevos ataques… eso viniendo de Ferguson, el vengativo, es una advertencia que no se tomaran a la ligera.

De su boca salió un gruñido.

—La culpa fue mía —siguió hablando Douglas—, algo que no volverá a ocurrir. Debería haber atacado al primer robo, en el que solo se llevaron un par de ovejas. Al no hacerlo, se creyeron que quedarían inmunes al castigo.

Collen lo miró con furia.

—Pues haz tu trabajo y mantén alejados a todos los intrusos.

—He aprendido la lección; no les dejaré pasar ni lo más mínimo.

—Eso espero.

—Ahora cuéntame cómo le va a Brenda en Londres y a qué viene esa prisa por irte.

El suspiro que lanzó Collen puso en alerta a su amigo.

—¿Hay alguna mujer?

La tardanza en hablar y su cara pensativa hicieron que la respuesta fuera evidente.

—¿Sabías que la alta sociedad inglesa es como un nido de víboras? —Estaba eludiendo contestarle—. Son una banda de pavos reales que no dudan en sonreírte a la cara y clavarte un cuchillo por la espalda cuando te das la vuelta.

—No me has contestado, pero… ¿está bien Brenda?

—Sí, sí…, mi tía es una mujer formidable; no dejará que nada ni nadie le haga daño de ningún modo.

—Recuerdo a lady Aldrich de la última vez que nos visitó hace ya unos cuantos años. Era como un volcán. Era capaz de hacer enrojecer al más curtido de los soldados.

Aquel comentario sacó una carcajada a Collen.

—Sigue igual; Brenda se ha mordido la lengua en más de una ocasión, si no… Empiezo a pensar que mi hermana ha heredado su carácter.

—Si es así, no me gustaría estar entre las dos.

Los dos hombres reían cuando se les acercó una criada para rellenarles las jarras. Douglas supo que su jefe algo le ocultaba.

—Entonces, si todo está bien, a qué viene tanta prisa por volver allí. Que yo sepa nunca te han gustado los ingleses.

—Tengo una información que solventará el problema de una amiga de mi hermana.

Se estaban acercando al fondo del asunto, pensó el comandante.

—Algo que podrías arreglar mandando un mensajero ¿supongo?

—No es tan fácil.

—¿No? —Arrastró la palabra a propósito, entornando los ojos. Ahí había más de lo que su jefe le estaba contando.

Collen miraba las llamas de la chimenea. En ellas podía ver unos impresionantes ojos violetas.

—Si mando un mensajero como sugieres, el padre de la muchacha es posible que se bata en un absurdo duelo. Lo que le causaría a ella un gran pesar y una enorme pena si el tipo no es suficientemente diestro en el manejo de las armas.

—Y a ti te importa… porque…

—Aparte de que se han portado muy bien con mi hermana, es amigo personal de mi tía.

—Una explicación un tanto ambigua. —Douglas veía algunas lagunas en ese comentario—. ¿Y qué pretendes hacer?

—Sabes que los ingleses son muy raros, ¿verdad?

—Son distintos a nosotros, sí.

—Pues yo no sigo sus estúpidas normas y pienso seguir haciéndolo.

—No entiendo, ¿qué vas a hacer?

—Aún no lo sé. Primero hablaré con mi tía. No quiero causarle problemas. Y, depende de lo que me diga, lo solucionaré a mi manera.

—¿Qué es…?

—Si es necesario que se celebre un duelo… Si es eso lo que quieren, lo tendrán, pero no será al amanecer, sino en medio de un baile. No se me ocurre otra manera de darle un escarmiento a cierta damita retorcida.

Douglas pensó que ya había llegado al meollo de la cuestión. Había una dama.

—Ya me imaginaba que en medio de tanto rodeo había una fémina.

Una carcajada se escapó de los labios de Collen.

—Créeme, a esa dama no la quisiera yo ni para limpiar los establos. Es una mala víbora; por lo que he escuchado, ha arruinado a varias debutantes que debían ser más guapas que ella.

—Entonces ¿es una urraca?

—No, es muy bella, pero tiene el corazón negro como una noche sin luna.

Douglas negaba con la cabeza al tiempo que cogía su jarra de cerveza. Había algo más que su amigo no le contaba.

—No será esa dama la que te quita el sueño, ¿no?

La mirada de Collen no tuvo desperdicio. Estuvo en un tris de sacarle una carcajada a su comandante.

—Duermo muy bien, gracias por tu interés.

Collen se levantó de su sillón y, por encima del hombro, le dijo a Douglas que iba a ordenar que le prepararan el equipaje y al lago a darse un baño.

—Te acompaño.

Su jefe había dado por terminada la conversación y él no pensaba insistir.

Unas horas más tarde, después de cenar, mientras los sirvientes estaban recogiendo las mesas, Collen seguía dándole instrucciones a su comandante. No sabía el tiempo que estaría en Londres y no deseaba que sus parientes se vieran afectados por nuevos ataques.

Cuando se fue a acostar, Collen solo pensaba en cómo hacer pagar a esa mujerzuela por lo que había hecho.

Si cerraba los ojos, solo veía otros amatista que lo tenían cautivo. En ese momento, se dio cuenta de que ella estaría mejor allí, en su tierra, que en la hipócrita sociedad de sus compatriotas. Allí podría ser ella misma, decir lo que le viniera en gana sin que nadie la juzgara. Entrar y salir sin necesidad de la sombra de una acompañante. En pocas palabras, allí sería libre.

¿Qué diablos estaba pensando? Para llevarla a Escocia tendría que casarse con ella y él… Siempre había mantenido que no se casaría jamás, ¿por qué en ese momento se le había pasado esa idea por la cabeza? La chica era una belleza, sí, soñaba con ella, también. Sin embargo, se despidieron de mala manera; al recordar el bofetón que ella le había dado, se frotó la mejilla recordando la sensación y una sonrisa le coronó los labios antes de quedarse dormido.

Capítulo 20

Bridgit estaba de un humor de mil demonios; Lía había llegado de Newcastle con las manos vacías, con la mala noticia de que alguien los había descubierto y que habían tenido que salir de allí a medianoche como vulgares rateros. Lo que Lía se había callado era que había dicho su nombre al tipo que la había amenazado. Sabía que si develaba ese detalle estaría en la calle, y por ende sin referencias, cuando ella lo único que había hecho había sido seguir las instrucciones de su señora. Esta, al enterarse de que seguía sin tener nada contra Beth y que la pecosa no había salido perjudicada de su chismorreo anterior, armó un buen revuelo en su casa. Hasta el momento, había roto varios platos de porcelana del desayuno al tirarlos contra los criados, quienes los habían esquivado y, de rebote, dos lámparas se fueron al suelo haciéndose añicos. Los sirvientes parecían haberse esfumado. Caminaban por la casa de puntillas para no caer presos del mal humor de la señora.

Lord Somerville llegó a su casa y le extrañó el silencio que reinaba. No tardó mucho en saber que su hija había tenido una de sus cada vez más notorias rabietas. Se encerró en su estudio y, mientras revisaba los papeles que su administrador le había traído el día anterior, oía las broncas de Bridgit. Por lo visto, no había bicho viviente en la casa que se librara de los berrinches de su hija.

Se sirvió una copa de brandi y, al bajar la bebida por su garganta, se sintió mejor, pero sus antiguos anhelos volvieron a asaltarlo. Qué

vida más desgraciada había tenido. Que distinto hubiera sido todo si se hubiese casado con quien su padre le había aconsejado en su momento, pero él se había dejado obnubilar por la belleza de la madre de Bridgit, que había jugado con él desde el primer momento. Lo había seducido en la oscuridad de un jardín, en una de las veladas donde habían asistido y en la que había pretendido poner celoso a otro caballero. Lo que ella no había previsto era que serían descubiertos por una vieja matrona que se había puesto a chillar al encontrarlos de aquella guisa, llamando a atención de otros invitados, lo que les había deparado una boda apresurada.

Ese desliz había arruinado la vida de ambos. Tras la llegada de Bridgit, él había pensado que la maternidad cambiaría a su esposa y lo había hecho…, pero a peor. La mujer no había dejado que volviera a tocarla y él se había buscado una amante. Ella no había hecho lo mismo. Ella saltaba de cama en cama, lo que al final la llevó a la muerte por una enfermedad de prostitutas.

Anabel, su mantenida, lo había tratado siempre con exquisita ternura. Lo recibía con una sonrisa en los labios y había acabado por pasar la mayoría de las noches con ella; sobre todo últimamente, desde que su hija estaba tan insoportable. Y como deseaba tener una vida más tranquila, estaba urgiendo a su hija a que se casara. Una vez que se librara de las pataletas de Bridgit, no le importaría poner a Anabel como la dueña de su casa. La verdad era que la alta sociedad pondría el grito en el cielo si se enteraban de que Anabel había sido su amante durante años antes de convertirse en su esposa. Cosa que a él lo traía sin cuidado. Una vez que se librara de Bridgit, estaba decidido a recuperar los años perdidos y si, por hacerlo, le cerraban algunas puertas, seguro que estarían mejor así.

De momento, le tocaba vigilar a su hija para que dejara de jugar con los hombres y se decidiera por alguno de ellos. No quería que Bridgit siguiera el ejemplo de su madre. Sabía que su hija necesitaba a alguien con mano dura, que le parara los pies. Y si ella no hacía su elección, la haría él por ella.

Esa noche, lord Somerville, sentado frente a su hija en el carruaje

familiar, la miraba mientras ella no apartaba los ojos de las calles por las que pasaban. Veía un rictus amargo en su boca, tan parecido al de su madre después de que diera a luz que un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en la fallecida.

En lo alto de la escalera de lady Wellesley, el padre miraba dónde estaría la sala de juegos mientras la hija buscaba con la vista a Beth. La halló rodeada de mequetrefes que parecían bufones, todos decían tonterías para hacerla reír y ella parecía estar pasándolo muy bien. Apretó los dientes y, dibujando una sonrisa falsa en los labios, bajó las escaleras. En cuanto llegó al último peldaño, varios de sus incondicionales la rodearon.

La noche avanzaba y Beth, Penny y Brenda no paraban de bailar. Cada día que pasaba, el éxito de las chicas era más evidente. Los vizcondes de Sheffield y los condes de Aldrich se habían convertido en la sensación de la temporada. Una velada no resultaba redonda hasta que ellos no hacían acto de presencia. Todas las anfitrionas se vanagloriaban si contaban con su presencia.

Beth rodaba por el salón con un marqués que no hacía tanto babeaba detrás de ella. Encajó la mandíbula y aceptó bailar con un caballero que le doblaba la edad. Poco a poco se fue acercando a su enemiga y, como si no la hubiera visto, chocó con Beth aparatosamente. Se giró como si se quisiera disculpar por haberla empujado, vio que con quien había chocado era con el marqués y los dos se estaban riendo por el choque. Los miró con odio en sus claros ojos azules y los otros la ignoraron y se alejaron girando.

Un rato más tarde, Bridgit buscaba entre los asistentes al escocés que hacía días no veía. Suponía que esas veladas serían aburridas para él, que no estaba acostumbrado a esos bailes de etiqueta.

Se extrañó de que Beth asistiera a todos los bailes y él no, cuando había visto en sus ojos su interés en la pequeña pecosa que no podía pasar por alto. Pero ella estaba dispuesta a interponerse entre ambos; él era demasiado guapo para conformarse con Beth cuando podía tener a una mujer como ella.

No podía tolerar que Beth se llevara al hombre más guapo que había visto jamás. Estaba dispuesta a arrancarlo de su lado, aunque para ello tuviera que ponerse ella misma en una situación comprometida con el guapo Ferguson solo para apartarlo de su lado,

pues ella no pensaba casarse. Si era necesario, lo plantaría en el altar; quizás eso sería lo que llevaría a su padre a la tumba. Y ella podría disfrutar de su herencia en ese momento que era joven.

—¿Te lo has pasado bien, cariño? —le preguntó Sebastián cuando se dirigían a casa.

—Sí, papá.

—Te has acostumbrado muy pronto a los horarios de Londres —dijo riendo.

—No creas, papá, sigo echando de menos nuestra estancia en Newcastle.

—No creo, al cabo de una semana ya me estarías pidiendo que volviéramos.

—Tal vez, pero habría disfrutado de una semana de libertad, cosa imposible en Londres.

Sebastián se la quedó mirando. La nostalgia que vio en los ojos de su hija lo convenció de que no bromeaba.

—Cuando termine la temporada podemos escaparnos unas semanas.

La mirada de Beth se iluminó.

—¿De verdad? ¿Por qué no ahora?

—Si nos vamos antes, a tu tía le va a dar un ataque, se ha tomado muchas molestias para apadrinarte —dijo Sebastián riendo—. Ella estaba convencida de que te casarías enseguida con todos esos pretendientes que te rodean tan pronto como llegamos a las veladas. ¿Te gusta alguno?

—Todos son muy amables conmigo, ahora, antes me miraban por encima del hombro. —Se quedó pensativa unos segundos—. Si te soy sincera…, no me imagino casada con ninguno de ellos.

Él asintió con la cabeza.

—Tuviste suerte de contar con el apoyo de todos nuestros familiares y amigos; gracias a ellos no te viste abocada al ostracismo.

Beth hizo una mueca.

—Tienes razón, no podemos irnos ahora.

Sebastián sabía que su hija nunca haría nada que lo defraudase a él o a sus seres queridos, y entre ellos estaban la familia de su hermano, a quién adoraba.

Capítulo 21

Beth se dormía cada día rememorando los besos que había compartido con el hermano de Brenda. Habían sido los momentos más excitantes de su vida. Siempre se encontraba pensando en él mientras bailaba con otro. La verdad era que ninguno de sus admiradores la afectaba como lo había hecho él cuando la tenía entre sus brazos. El calor que él le había hecho sentir cada vez que bailaban o se…

Recordó el bofetón que le había dado la última vez que habían estado juntos; unas palabras desafortunadas y su genio había estallado; lo que pasaba era que, cuando estaba con él, no pensaba con claridad. Él le quitaba la capacidad de razonar. Luego se sintió avergonzada de lo que había hecho.

Por suerte, los rumores de que era la madre de Edy nadie los había creído durante demasiado tiempo. El apoyo que le habían demostrado los amigos de sus tíos y los de lady Aldrich había sido inestimable. La habían presentado a las familias con más rancio abolengo de Londres y lo de Edy había pasado al olvido. Le parecía mentira que el apoyo de aquellos a los que hasta el momento no había conocido hubiera inclinado la balanza. Claro que aún había alguna matrona que la miraba con una ceja alzada, pero eran las envidiosas que no podían casar a sus hijas.

En cuanto a los caballeros, ya no le hacían proposiciones indecentes ni trataban de propasarse con ella. A eso había contribuido la amenaza de su padre, de batirse en duelo con quien no la tratara

como una dama.

Sin embargo, a ella aún la tenía intrigada quién podía ser tan ruin para esparcir aquellos rumores que le habrían causado la ruina social si sus familiares y amigos no gozasen del respeto de la aristocracia.

Después de tantas veladas fuera de casa, Beth había conseguido que su padre la dejara organizar una cena para un grupo reducido de familiares y amigos. Asistirían sus tíos, lord y lady Aldrich, lord Sandwich y su esposa, y varios socios de su padre.

Su tía Charlotte había insistido en ayudarla, pero ella se había negado y le había propuesto que la supervisara, con lo que la vizcondesa había estado de acuerdo, así ella podía corregir lo que su sobrina no supiera.

Beth había pedido ayuda al ama de llaves. La señora Wilcock quería mucho a la muchacha. Era tan dulce con todo el personal que era imposible no quererla. Todos en la casa la adoraban y colaboraron en la preparación de la fiesta. Adornaron el comedor con flores frescas del propio jardín, todas las superficies brillaban al resplandor de todas las velas que hacían el ambiente perfecto para una reunión familiar. Beth dio un último vistazo antes de ir a la cocina a asegurarse de que todo estaba en orden, y subir a su habitación a ponerse sus mejores galas. Para la ocasión se había comprado otro vestido; una creación de seda violeta con bordados de un tono más intenso. Alice la peinó recogiendo sus brillantes cabellos en lo alto de la cabeza y dejando varios bucles sueltos que le bajaban por el hombro derecho. Le puso las horquillas de color azul brillante que combinaba con sus ojos y el color del vestido.

Sebastián la vio bajar la escalera y le sonrió satisfecho al mismo tiempo que un sentimiento de pérdida lo invadía. Su hija estaba suficientemente preparada para casarse y llevar una casa. No tardaría mucho en organizar sus propias fiestas y cenas. Beth le sonrió y le dijo que estaba muy guapo.

Los primeros en llegar fueron sus tíos. Charlotte quería estar segura de que Beth lo tenía todo bajo control y se sorprendió mucho al ver que no podía aportar ninguna sugerencia. Todo estaba perfecto.

Poco a poco, fueron llegando los invitados, a los que Beth hacía pasar al salón donde unas doncellas les servían un jerez. Los Aldrich fueron los últimos en llegar, y cual no fue la sorpresa de la muchacha al ver al señor Ferguson. Sintió las mejillas acaloradas y supo que el color las había inundado. Por su mente pasaron aquellos momentos que habían compartido, los excitantes besos que él le había regalado y lo bien que se había sentido en sus brazos.

Collen le besó los nudillos y notó como le temblaba la mano. Miró aquellos ojos que le habían quitado el sueño durante su ausencia y le sonrió. Era más bella de lo que recordaba. El vestido dejaba a la vista unos hombros marfileños que él deseaba acariciar. Los pequeños pechos de la muchacha capturaron su mirada y, cuando cayó en la cuenta de lo indecoroso que estaba siendo, volvió sus ojos pardos a los violetas que lucían una chispa de diversión.

El mayordomo estaba recogiendo los abrigos de los recién llegados cuando Edy hizo su aparición. El niño salió disparado del pasillo que llevaba a la cocina. Era evidente que se había escapado de la doncella que lo cuidaba, pues una joven salió corriendo detrás de él.

—Lo siento —se disculpó la muchacha mientras Beth interceptaba la carrera de Edy y lo cogía en brazos.

—Tranquila, Kate, ya sabemos lo travieso que es este muchachote —dijo Sebastián.

El chiquillo miró a la criada y sonrió, enseñando sus pequeños dientes y una mirada de pillo que hizo que todos rieran…, menos lady Aldrich que se quedó mirando al pequeño con el ceño fruncido. Aquel niño le recordaba a alguien, pero no sabía a quién. Ella era muy buena fisonomista, nunca se le olvidaba una cara.

Beth, que vio la reacción de la dama se extrañó, no esperaba que la aparición de Edy le molestara.

—Lo lamento, lady Aldrich —dijo con seriedad—, no se preocupe, no volverá a molestarnos.

Sebastián también se extrañó de la mirada de su amiga sobre el chiquitín que se cogía con fuerza al cuello de Beth.

Los ojos de ambos se encontraron y la dama se dio cuenta del malentendido.

—Oh, no me molesta, por Dios. Es que estoy segura de he visto a algún bebé que se parecía mucho a este, pero ahora mismo no sé…

—Cuando son pequeños, todos se parecen. —La voz de Sebastián sacó a Regina de su concentración.

—¿Habrías confundido a Beth con cualquier otro bebé cuando tenía el tiempo que tiene el niño?

—Desde luego que no.

—¿Ves? Cuando son recién nacidos todos tienen el mismo aspecto, aunque nunca podrás engañar a la madre. Pero este pequeñuelo con estos cabellos rubios, esos ricitos y esos ojos azules tan claros… Me recuerda a alguien, pero no consigo situarlo.

Brenda, que había empezado a conocer a su tía, supo que esta no dejaría de pensar en ello hasta que no recordara a quien se parecía la criatura.

Collen miraba a Beth con aquel pequeño en brazos. Le pareció maravillosa la estampa que se le presentaba ante sus ojos. Ella le hacía carantoñas y el niño no paraba de reír. Algo que venía revolviéndose en su pecho desde que había vuelto a verla se le anudó en el estómago. Así se vería ella con el hijo de ambos en los brazos. Al percatarse de donde habían terminado sus ensoñaciones, iba a soltar una maldición. Se sentía muy atraído por aquella muchacha, pero no iba a pedirle que se casara con él. No la expondría al peligro que correría en sus tierras. Ella estaba criada entre algodones. No resistiría la vida en Escocia. Además, hacía muchos años que había decido no casarse; no quería que la historia de sus padres se repitiera. Si insistió tanto en llevar a Brenda a Londres fue para que viviera tranquila, sin la preocupación de que si él mismo volvería a casa o no, después de alguna escaramuza con los clanes más pendencieros, los que darían su brazo derecho para vivir en una tierra tan prospera como la suya.

Vio como Beth le decía a la sirvienta que se llevara al pequeño y los precedía hacia la sala de recibo. Ella misma sirvió jerez para su tía y Brenda y le preguntó a su padre qué le apetecía; él le hizo un gesto para que le sirviera lo mismo. Los ojos de la chica lo miraron interrogantes y Collen se halló prendido de aquella mirada violeta.

A Beth la trastornaba la intensidad de aquellos iris pardos clavados en ella. Notó como sus mejillas se coloreaban y él sonrió cuando ella apretó los labios. Supo que había tardado en asentir lo que ella le ofrecía, pero no pudo evitarlo.

Cuando ella le tendió una copa con el líquido ambarino, le rozó

los dedos a propósito y contuvo una risa al notar la reacción de ella, que apartó la mano como si se hubiera quemado.

Charlotte, que hasta el momento había estado atendiendo a los invitados, se acercó a su sobrina y se situó entre ella y el escocés. Las miradas que intercambiaron no le pasaron desapercibidas. Le susurró al oído que lo estaba haciendo muy bien y le guiñó un ojo con complicidad.

Su padre invitó a sus amigos y parientes a pasar al comedor. La mesa estaba dispuesta espléndidamente y, cuando todos estuvieron sentados, los criados empezaron a servir la cena. Sebastián sentado en la cabecera veía a su hija brillar como anfitriona. Tenía una sonrisa para todo el mundo; atendía la conversación a su alrededor en el otro lado de la mesa. Cuando sus miradas se cruzaron, le hizo un gesto de asentimiento con una sonrisa. Sabía que la muchacha se había esforzado mucho para que aquella velada fuera perfecta.

Después de la cena, las damas dejaron a los caballeros con sus cigarros y copas. Beth las guio hacía el saloncito y todas la felicitaron por el éxito de la velada. Charlotte no se movía del lado de su sobrina. Quería que todas supieran que ella no había intervenido en la preparación. Todo el mérito era de Beth y ella debía recibir los elogios.

Collen, que había llegado de Escocia esa misma tarde, se debatía entre hablar con Cherry de lo que se había enterado en Newcastle o… lo tentaba como el demonio poner a esa bruja en su lugar, hacer que todo el mundo se enterara de a quién invitaban a sus bailes, a sus casas, de la víbora que habitaba entre ellos. Sin embargo, reconocía que él no tenía ningún derecho a hacerlo. Por otra parte, ¿qué podía hacer el padre de la muchacha? No la podía retar a duelo, que era la primera reacción que había tenido el hombre. ¡Esos ingleses y sus ridículas normas!

Mientras se tomaba una copa de whisky, miraba por la ventana el jardín bien cuidado de la mansión de los Cherry. Habría dado cualquier cosa por poder pasear con la muchacha entre las bien cuidadas flores; solo de pensarlo le vino a la mente la tarde en casa de

su tía en la que había disfrutado de la compañía de la chica y algo más. Sus dedos se tensaron alrededor de la copa que sostenía deseando poder abrazarla contra él como en la anterior ocasión.

El marido de su tía, lord Aldrich, se acercó a él.

—¿Te aburre la charla, muchacho?

—De ninguna manera, estaba pensando…

Su tío lo interrumpió.

—¿No me digas que ya estás pensando en volver a tus tierras? Tu tía se pondrá como un basilisco si vuelves a marcharte.

—¿Y eso?

—Veo que no conoces a Regina en absoluto. Por si no te has dado cuenta, tiene la esperanza de que encuentres a alguna muchacha.

Aquello sí que sorprendió a Collen y rio.

—No estoy pensando en casarme.

—Algún día tendrás que hacerlo.

—No es algo que entre en mis planes.

Mientras decía estas últimas palabras, la imagen de Beth le pasó por la cabeza. Aquellos ojos que lo tenían hechizado; el suave tacto de sus labios. La entereza, valentía y coraje. Había estado con diferentes mujeres a lo largo de su vida y ninguna le había causado la impresión de aquella pequeña muchacha; no recordaba apenas a esas chicas; no obstante, recordaba cada momento pasado al lado de esa inglesita.

—Por tu mirada, muchacho, yo diría que estás pensando en alguien. No dejes que tu tía se dé cuenta. No parará hasta verte casado.

Su tío lo dejó solo para que pensara en lo que le había dicho.

Collen sonrió a la espalda de lord Aldrich, seguro que su tía le habría estado insistiendo para que tanteara el terreno antes de lanzarse a hacer de casamentera.

Cuando Sebastián y Beth despidieron al último de los invitados, el padre le dijo a su hija que estaba muy orgulloso de ella, lo que le valió por un fuerte abrazo y un beso en la mejilla.

Cada uno se fue a su habitación. A Beth esa noche le costó mucho conciliar el sueño. A pesar de que estaba muy cansada, tardó en caer

en los brazos de Morfeo. El culpable: un escocés grande y fuerte que la miraba como si pretendiera comérsela a besos.

La verdad era que se había sorprendido muy agradablemente al verlo aparecer con sus parientes; había pensado mucho en él mientras él había estado en Escocia. En todas las veladas a las que había asistido durante ese tiempo lo había echado de menos; reconocía que en ocasiones se comportaba como un bruto, riéndose de las normas de la alta sociedad, pero sus brazos, sus caricias y besos la hacían soñar, cosa que no le ocurría con ningún otro hombre. Claro que nadie la había tocado como él y tampoco lo deseaba. Eso la tenía confusa.

Capítulo 22

Esa mañana Collen se levantó temprano y se fue a cabalgar por Hyde Park. Esperaba encontrarse con Cherry. Había pasado la noche en vela pensando en la pequeña pelirroja. Después de dar muchas vueltas, ya amanecía cuando se durmió y soñó con ella. Al abrir los ojos, la idea de cortejar a aquella mujer ya no le parecía tan espantosa. Durante toda su existencia se había negado a sí mismo disfrutar de una vida plena como la que habían tenido sus padres, pero, mientras pasaban las horas y no se la sacaba de la cabeza, se convenció de que no tenía por qué repetirse la historia. Iba a disfrutar de la vida, haría lo que hasta el momento le parecía impensable: cortejaría a la muchacha, y con mucha suerte la convencería para que se casara con él y vivieran felices en sus tierras.

Después de recorrer todo el parque y no encontrarse con Cherry, volvió a casa de su tía. Esta y su hermana aún estaban acostadas. Su tío, sentado a la mesa del desayuno, lo invitó a unirse a él. Se sirvió y se sentó a la mesa.

—¿Las damas aún tardaran en bajar? —preguntó Collen—. Me extraña que mi hermana se haya vuelto perezosa.

Los dos hombres rieron.

Collen quería preguntarle a Brenda si su amiga se había interesado por él, por cuando volvería o si habían hablado de algún pretendiente en particular.

—¿A qué hora es apropiado visitar a una dama?

lord Aldrich dejó de atacar su desayuno y miró a su sobrino con las cejas alzadas.

—Así que ayer estaba en lo cierto, ¿verdad? —Esperó a que Collen confirmara, este asintió con la cabeza—. ¿Se puede saber de quién se trata?

—De la señorita Cherry.

—Buena elección, muchacho, ¿sabe ella…?

—No.

—Tendrías que hablar antes con su padre; eso te allanaría el camino.

—No pretendo cortejar al padre, sino a la hija. —Aquellas palabras sacaron una carcajada de su tío.

Unas horas más tarde, Collen sostenía un ramo de rosas blancas y tocaba la aldaba de la mansión de los Cherry. El mayordomo que le abrió la puerta lo miró desde su baja estatura. Lo hizo pasar a la sala donde la noche anterior le habían servido el jerez y le dijo que avisaría a la señorita.

Beth estaba en la habitación de Edy cuando su doncella le avisó que un caballero esperaba para verla.

—Es muy pronto, ¿seguro que no ha preguntado por mi padre? —dijo esperanzada. Disfrutaba de esos momentos que pasaba con Edy.

—A tu padre no lo visita nadie con un ramo de flores —dijo Alice con una sonrisa en los labios—. Vamos, deja a Edy y no hagas esperar a este caballero.

—Ahora bajo.

—De eso ni hablar; tienes que cambiarte el vestido y peinarte.

—Qué más da; no hay ninguno de ellos que aprecie mi vestimenta. Están más pendientes de sus propios trajes.

—Oh, no, este es distinto.

Alice había visto las miradas que este hombre le dirigía a Beth y los rubores de ella cuando se daba cuenta; estaba segura de que, si se daban la oportunidad, podía surgir algo muy bonito entre ambos.

Beth miró asombrada a su doncella.

—¿No me digas que es un pretendiente nuevo?

Alice afirmaba con la cabeza.

—Y, por cierto, muy guapo. Este te va a gustar.

Cada día, cuando empezaban a llegar las visitas Alice, le decía lo mismo, incluso la sermoneaba sobre que era muy exigente con sus pretendientes. Beth sabía que su doncella lo decía con su mejor intención, pero no acababa de gustarle que la empujara para que alentara a hombres que no la atraían en absoluto.

—Dime quién es, así podré decirte cuando me tiene que surgir una urgencia para que se vaya.

—Créeme cuando te digo que este te gustará; no cierres la puerta del saloncito, yo estaré cerca.

—¡Qué misteriosa!

Beth rio y le siguió el juego.

Mientras Alice la ayudaba a cambiarse de vestido y la peinaba, a su mente acudió la imagen de un escocés que muchas noches le quitaba el sueño. No ayudaba que supiera que estaba de vuelta a la ciudad. Si al menos tuviera un pretendiente que fuera la mitad de guapo, que tuviera una parte de su valentía, que la hiciera suspirar… Pero no, los que se interesaban en ella eran todos los que lo hacían por su belleza. No apreciaban ni su destreza, ni su inteligencia. A los que también llamaba la atención era a todos los libertinos de la ciudad, que, por fortuna, se mantenían a distancia; suerte la suya, pues a ella también le atraían sus picaras miradas, sus impertinentes guiños y la apostura que era un rasgo que compartían.

Cuando Alice le dijo que ya estaba lista, se dio cuenta de que ese día la doncella la había peinado de forma distinta. Estaba tan prendida en sus pensamientos que no se percató hasta que se miró al espejo. Alice hizo un buen trabajo. Su melena estaba trenzada y le caía sobre el hombro derecho. Y le sentaba muy bien; le agradeció el trabajo y se apresuró a salir de su habitación ante lo cual Alice le llamó la atención:

—No corras tanto, jovencita, recuerda que no debes parecer ansiosa por ver a nadie.

Collen miraba por la ventana y veía por primera vez el jardín a la luz

del día. Las flores en plena floración daban un espectáculo de colores impresionante y los setos bien recortados de forma artística dejaban muy poco espacio para la intimidad entre ellos. Adiós a su fantasía de invitar a la damita a dar un paseo y tomar el fresco. Sabía que a ella le gustaba disfrutar del aire libre y él deseaba estar, aunque solo fuera unos minutos, con ella a solas.

Beth abrió la puerta del saloncito donde recibía a sus admiradores y observó a Ferguson. Iba vestido con una levita azul oscura, unos pantalones de montar ocres y unas botas negras brillantes hasta la rodilla. Aquel atuendo sobre su cuerpo lucía de lo más elegante. Debió hacer algún ruido porque el hombre que estaba junto a la ventana se dio la vuelta.

Collen no pudo evitar que sus ojos se pasearan por aquel cuerpo perfecto cubierto con un vestido mañanero azul cielo con bordados de flores blancas, hasta que se posaron en el brillo violeta de sus ojos. El tiempo pareció detenerse, en cada nueva ocasión que la veía le parecía más bella.

Ella, por su parte, notó cómo las mejillas se le coloreaban. Era como si sus deseos se hubiesen hecho realidad. Allí estaba el hombre de sus sueños. Y, por lo visto, le ocurría lo mismo que a ella: no le salían las palabras. Sonrió ante la imposibilidad de hablar. Él se le acercó tendiéndole las flores. La tomó la mano para besarle los nudillos.

—Como siempre, es un placer verla —murmuró con voz ronca—. No sé si ha sido buena idea traerle rosas; tiene un jardín precioso.

—Gracias, me gustan mucho las flores.

Beth dejó la puerta abierta. Él maldijo interiormente esa norma y mucho más cuando apareció una criada con un servicio de té. Lo dejó encima de una mesita al lado de un sillón y se sentó en una silla junto a la ventana cogiendo una labor de un cesto.

—Alice, ¿harías el favor de ir a buscar un jarrón para poner estas flores? —dijo Beth al ver la expresión en los ojos del señor Ferguson.

La criada la miró ocultando una sonrisa, pero salió de la salita.

—Supongo que no conoce las normas… —dijo ella con picardía.

—Sí, las conozco, pero me parecen absurdas.

La mirada de Beth mostró sorpresa y diversión, y él quedó prendido de la mirada violeta.

—Seguro que se enteró de lo que las malas lenguas iban diciendo por ahí de mí no hace mucho.

Collen soltó un resoplido, ¿debía decirle quién había sido la que había esparcido el rumor?

—Llegó a mis oídos, sí, pero sé que no es verdad.

Ella sabía que Alice no los dejaría mucho tiempo solos a pesar de que la puerta estaba abierta.

—¿Cómo sabe que no es cierto?

—¿Lo es? —Los ojos pardos se entrecerraron.

—Claro que no, solo me preguntó cómo lo sabe usted.

Beth supo que le estaba ocultando algo.

—¿Irá esta noche a la velada de los Wimsey? Mi hermana está entusiasmada, no sé por qué.

El cambio de conversación le chocó a Beth; se había dado cuenta de que había algo que ese hombre no le decía.

—¿Irá usted? —No lo pensó; simplemente se oyó a sí misma preguntándolo. Sus mejillas se tiñeron de rojo y su mirada cayó sobre la tetera—. ¿Le apetece una taza de té?

Se encaminó hacia el sillón, se sentó y, antes de que él le contestara, ya estaba sirviendo una taza.

Collen vio los colores que le cubrían las mejillas y disimuló una sonrisa.

—La verdad es que preferiría algo más fuerte, pero me temo que no es de buen gusto beber delante de una dama a estas horas. Para eso están los clubs de caballeros.

Alice entró en la estancia y, al verlo de pie, le hizo un gesto con la cabeza a la muchacha para que lo invitara a sentarse. Ella le señaló el sillón frente al suyo y Collen lo ocupó.

—Me imagino que en su tierra no tiene ese problema —dijo ella —. Brenda me contó que en Escocia tenía mucha más libertad que aquí; para ella tampoco es fácil la vida en Londres.

¿Le estaba reprochando haber traído a su hermana? Le hizo gracia que una mujer le hablara con tanta franqueza; era algo nuevo para él. Por el rabillo del ojo vio a la criada, que, con un gesto de cabeza, trataba de amonestar a su señora. ¿Es que hasta las sirvientas tenían el poder de reprender a sus superiores? En Londres lo hacían todo al revés, pensó.

—Yo creo que se lo está pasando muy bien; si no fuera así, la tendría despotricando sobre mí a todas horas.

Beth sabía que era cierto, su amiga le había confiado que estaba disfrutando de las atenciones que estaba recibiendo. En varias ocasiones en las que había ido a tomar el té en casa de lady Aldrich, habían comentado el éxito que tenía la escocesa. Cada día el salón de su tía se llenaba de pretendientes y Brenda se lo pasaba estupendamente viendo como competían en sus floridos elogios hasta llegar a la ridiculez.

—Me ha recriminado en varias ocasiones el haber traído aquí a hermana, o es que la ve como a una rival o… —Hizo una pausa al hablar para que ella pensara en lo que le había dicho—. O tal vez a usted le gustaría más vivir con menos restricciones.

—No voy a mentirle, a veces, es agobiante. La temporada que pasé en Newcastle tenía mucha libertad, a pesar…

Le estaba recordando el incidente con su pariente.

—Si quiere volver allí, le garantizo que nadie la molestara.

—Nadie de su clan, pero… ¿los otros?

—No se atreverán.

Eso era muy presuntuoso de su parte y ella clavó sus ojos en él.

En ese momento, se oyó a alguien en el vestíbulo y un caballerete fue acompañado por el mayordomo a la salita donde ellos estaban. El recién llegado iba vestido como un dandi, lo que hizo que ella fuera más consciente de la elegancia de Ferguson. En pocos minutos, llegó el padre de Beth y la conversación se volvió menos personal. Los visitantes que llegaron poco después empezaron a elogiar a Beth, lo que hacía mucha gracia a su padre, pues veía los esfuerzos que hacía su hija para no reírse de algunos realmente absurdos.

Collen era consciente de las miradas que la señorita Cherry le lanzaba, a pesar de atender a todos sus admiradores. Se acercó al padre de la muchacha y lo saludó. Se acordó del consejo de su tío, pero se negaba a hablar con él antes de haberlo hecho con ella. Los dos hombres se enfrascaron en una conversación sobre los negocios de Cherry. Este no ocultaba a nadie que se dedicaba a comerciar, que tenía varios barcos recorriendo el océano llevando sedas y encajes a América. Le contó cómo había llegado tener ese negocio:

—Mi hermano y yo siempre estuvimos muy unidos y, al heredar él

el título, creo que se sintió un poco culpable y me regaló un barco para que recorriera el mundo. En mi primer viaje al nuevo mundo me di cuenta del potencial que había allí; cuando volví, ya tenía a varios clientes que esperaban telas y complementos.

Collen lo vio con otros ojos. Ese hombre no era un aristócrata de vida regalada.

—Por lo que veo tiene buen ojo para los negocios.

—No es eso lo que está pensando —los ojos de Cherry brillaban divertidos.

—Ah, ¿no? —Collen sonrió al darse cuenta de la tenacidad de ese hombre—. Me declaro culpable. Creí que era como todos los otros de viven de herencias familiares.

—Podría haberlo hecho; mi hermano Joseph quería darme una asignación y, al negarme, la ha invertido. Es muy hábil ocupándose de las finanzas familiares. Ahora no solo poseo la flota de barcos, sino que tengo varias propiedades que ha comprado en mi nombre.

Sebastián vio cómo se ensombrecía la mirada parda de Ferguson.

—Me habría gustado tener más hermanos; no me malinterprete, quiero mucho a Brenda, pero…

Aquel comentario estaba lleno de sobrentendidos.

—Lo entiendo, a Beth lo ocurre lo mismo, por eso cuando se empeñó en quedarse con Edward hice todos los arreglos.

Los caballeretes que le hacían la corte a la muchacha se fijaban en las miradas que ella dirigía hacia el rincón donde estaba su padre y el escocés. Algunos, al ver que ella no les prestaba suficiente atención, se marchaban; otros estaban tan obsesionados por captar su interés que parecían niños a la zaga de un juguete nuevo. Competían a ver quién era el que le sacaría la sonrisa más luminosa.

Sebastián se daba cuenta de que la mirada del escocés se dirigía a su hija cada vez que ella reía. Si no interpretaba mal las señales, a ese hombre le interesaba Beth. Y no le pasaron desapercibidas las ojeadas que ella les lanzaba. Si no iba equivocado, esos dos…

Capítulo 23

Esa misma noche, en el baile de lady Wimsey, se reunió la flor y la nata de la sociedad londinense. La mujer tenía tres hijas casaderas y se esforzaba por organizar grandes veladas. La verdad era que las chicas eran muy agradables, pero, su madre las había criado a las tres para que fueran los floreros de maridos ricos; por esa razón y como cada una se llevaba un año con la anterior, hacía tres años que la mujer organizaba veladas musicales y bailes a los que invitaba a todo el mundo.

Las muchachas eran conscientes de sus talentos y su falta de ellos; sin embargo, su madre no dudaba en presumir de sus inexistentes aptitudes, lo que las hacía pasar vergüenza cuando alguien les pedía que tocaran el piano o cualquier otra cosa de lo cual presumía lady Wimsey.

Beth se hizo amiga de las chicas y en más de una ocasión las encubrió cuando ellas se escondían de su propia madre.

Penny y Brenda también simpatizaron con las muchachas, lo que hacía que cuando llegaban a alguna fiesta se reunieran e intentaran pasarlo bien alejadas de su madre, quien no dudaba en emparejarlas con caballeros que a las chicas no les gustaban.

Ese día lucían esplendidas y se vieron rodeadas de jóvenes ansiosos por bailar con ellas. Las muchachas se divertían, y su madre como un halcón las vigilaba desde la parte superior de las escaleras que conducían al salón. Cuando se hicieron amigas de Beth, les dijo

que no era bueno para ellas que las vieran en su compañía, pero sus hijas no le hicieron caso. En esos momentos, reconocía que les favorecía esa amistad, pues la muchacha era como un imán para los caballeros y el escándalo había pasado al olvido. Sus hijas nunca habían gozado de tanta popularidad hasta que la señorita Cherry había entrado en sus vidas. Se mostraban mucho más seguras de sí mismas y el ingenio que ella siempre les había dicho que no debían mostrar a los hombres, salía a relucir, y sus risitas atraían a posibles pretendientes como las moscas a la miel.

Emily, Marianne y Theresa no habían parado de bailar, y lady Wimsey estaba satisfecha. El salón no podía estar más lleno. Una conocida llamó su atención y, al dirigirse a las mesas donde se servían las limonadas para reunirse con su amiga, vio que llegaban lord Somerville y su hija Bridgit. Los observó durante un segundo y vio el ceño fruncido del padre y la sonrisita relamida de la hija. Era un secreto a voces que ese hombre estaba desesperado por deshacerse de su presumida e insoportable hija.

En el otro extremo del salón, lady Aldrich le señalaba a su sobrino a los recién llegados; este había estado muy insistente en saber todo lo que pudiera de la señorita Somerville y ella pensó que le interesaba la chica. Que desilusión, a ella para su sobrino le gustaba Beth y, salvo bailar con ella una vez, se había retirado a esperar a esa muchacha.

Collen vio la mirada interesada de Bridgit, los iris de la chica lo recorrieron de arriba abajo y él sintió asco. Nunca una mujer le había causado tanta repulsión como aquella que había clavado sus ojos en él desde lo alto de la escalera. ¿Cómo un ser tan aparentemente angelical podía ser tan mala pécora?, se preguntaba. Un escalofrío le recorrió la espalda al notar el descaro de aquella muchacha; en Escocia ya habría recibido más de una paliza por sus malas artes. Disculpándose con su tía, salió al jardín en busca de aire fresco, para que le atemperara el humor que se le había agriado al verla tan pagada de sí misma. Pero al traspasar las puertas cristaleras se encontró con los Cherry. Al parecer venían de dar un paseo por el jardín; la hija cogida del brazo del padre sonreía sobre algún comentario, imaginó. Ya había bailado con ella. No podía evitarlo, cada vez que la veía le parecía más bella y aquella sonrisa que, aunque no iba dirigida a él le encantó, lo impulsó

a pedirle otro baile.

Beth miró a su padre y este con una sonrisa le dijo que fuera y que se divirtiera. Ya dando vueltas por el salón, le confesó a Collen que su padre la había rescatado de alguien con quien no le apetecía bailar.

—Si vuelve a ocurrirle y su padre no está cerca, no me importaría ayudarla.

—Gracias, es muy amable de su parte.

—Será un placer.

Aquellas palabras hicieron que sus mejillas se colorearan recordando los momentos que habían pasado solos.

Bridgit vio al escocés nada más entrar en el salón. Cómo no verlo: su manera de vestir, su altura y sus anchos hombros lo hacían resaltar sobre todos los presentes. Se regocijó al cruzar su mirada con la de él. Sin embargo, no vio admiración, ni devoción, ni entusiasmo en aquellos ojos pardos. Una chispa brilló en ellos, pero… ¿era desprecio lo que le transmitía? Imposible. No obstante, se parecía mucho a las miradas que le lanzaba su padre cuando estaba furioso con ella.

No se dio cuenta de que estaba frunciendo el ceño hasta que uno de sus pretendientes se le acercó y le preguntó si se sentía bien. Ella cambió la expresión, le sonrió y aceptó bailar con él, pero durante la pieza no se sacó de la cabeza aquella despectiva mirada.

Como no lo conocía y él se había ido al jardín después de mirarla de esa forma pensó que tal vez quería que lo siguiera. No lo haría, desde luego.

Cuando, al cabo de unos minutos, lo vio bailar con Beth en el otro extremo del salón, sus ojos despidieron chispas; tenía que hacer algo. No soportaba que Beth acaparara la atención de ese hombre. Su pareja se dio cuenta de su distracción, y la acercó a él indecorosamente, pero ella estaba tan enfrascada en los otros que no se dio cuenta hasta que oyó como le susurraba al oído:

—¿Le apetece dar un paseo por el jardín? —La insinuación era evidente.

Aquellas palabras la volvieron a la realidad y, enojada porque aquella atrevida invitación, sin pensarlo, levantó la mano, la descargó

sobre la mejilla del hombre y levantando la nariz se dio la vuelta y se alejó.

Collen vio lo ocurrido por encima de las cabezas de los bailarines. Desde que había llegado a Londres que se debatía en cómo desenmascarar a aquella zorra; sin embargo, era consciente de que no le correspondía a él hacerlo. Si hubiera estado en su país, no se lo habría pensado dos veces, pero los ingleses eran tan diferentes que temía ofender a Cherry, el padre de Beth.

Los Cherry y lady Aldrich estaban ante las mesas del refrigerio cuando Charlotte les comunicó que estaba organizando una fiesta de fin de semana en su finca de Essex.

—Será muy divertido, y las muchachas se podrán relajar un poco —dijo Charlotte.

—Ve con cuidado, querida —advirtió su marido—, no podrás estar vigilando a todos…

No terminó la frase, pero lo dicho estaba lleno de sobrentendidos.

—No te preocupes, haremos pícnics, podremos cabalgar y pasear; y hay suficientes criados en la finca para tener a todo el mundo bajo control.

Sebastián y Joseph se miraron; Charlotte había pensado en todo.

—Además, no pienso invitar a todo Londres, será una reunión de amigos.

—Ya me conozco yo tus reuniones de amigos. —Se rio su esposo, lo que le valió por un codazo en el costado.

—Ay —se quejó frotándose las costillas.

Collen se unió a ellos después de que un dandi pidiera un baile a Beth y su tía le explicó lo de la fiesta campestre. A él le gustó la idea, sobre todo, cuando mencionaron que no sería una aglomeración como todas las fiestas a las que había asistido.

Por el rabillo del ojo vio que la rubia se les acercaba. Le dio la espalda. Aún no había decidido cómo desenmascarar a aquella mala víbora. Su tía, sin ser consciente de la aversión que él sentía por la muchacha y despistada porque él había preguntado, por ella le dijo:

—Hijo, ahí está la señorita Somerville, ¿no vas a sacarla a bailar?

Él rechinó los dientes ante el comentario. Debería haber supuesto que su tía sacaría la conclusión equivocada ante sus preguntas.

—No —lo dijo sin siquiera mirarla, estaba seguro de que ella le

estaba perforando la espalda con su envenenada mirada.

Bridgit se sintió humillada por aquel desprecio y, por si fuera poco, en presencia de varios invitados. Lanzando una exclamación, se alejó a paso ligero, muy estirada y ofendida.

Aquella escena provocó que más de una ceja se alzara, Collen vio las miradas de extrañeza que le dedicaban y tomó una decisión.

—Cherry, ¿podemos hablar en privado?

Todos los que oyeron la pregunta, incluido Sebastián, pensaron que iba a pedirle cortejar a su bella hija y más de uno disimuló una sonrisita satisfecha. Lady Aldrich no podía sentirse más feliz. Había observado un cruce de miradas entre su sobrino y Beth, y estaba segura de que ambos se atraían.

—Desde luego, no creo que a nuestro anfitrión le importe que usemos su biblioteca —dijo Sebastián. Imaginando lo que ese joven quería hablar con él, pensó que hubiese sido más correcto que se citaran en su casa y no en medio de un baile. Lo precedió hasta una estancia espaciosa que con las paredes llenas de estanterías con extrañas piezas. Collen pensó que se habían equivocado de puerta, pues él esperaba encontrar libros.

—¿Esto es la biblioteca?

La cara sorprendida del escocés le hizo gracia a Sebastián.

—Wimsey es aficionado a las antigüedades; su esposa no lo soporta, por tanto, hizo trasladar los libros a otra sala y, en esta, que es su territorio particular, atesora su colección.

Collen afirmaba con la cabeza mientras se fijaba en un extraño trozo de piedra con forma de hacha.

Sebastián se sirvió un brandi y le preguntó a Ferguson si le apetecía. Este afirmó y, con sendas copas en la mano, se sentaron en unos sillones dispuestos ante una chimenea apagada.

Después de dar un sorbo, Sebastián interrogó a Ferguson con la mirada.

—¿Y bien? Tú dirás.

—Quería hablarle del problema de su hija.

Sebastián frunció el ceño.

—¿Qué problema? Si se refiere a lo de Edward, ya nadie parece acordarse del asunto.

—Sé quién difundió el rumor.

Al oír aquella afirmación, Sebastián se puso tenso y se incorporó mirándolo fijamente a los ojos.

El escocés sabía que ese hombre había pretendido batirse en duelo a quien fuera que se hubiese inventado semejante calumnia. Sin embargo, era consciente de que, si la pesadilla que había vivido la señorita Cherry estaba olvidada, desenmascarando a la zorra que lo había difundido, volvería a avivarse el chismorreo en los desayunos en todos los hogares.

—Dígame quién fue —dijo Sebastián con un tono helado en la voz.

—¿Qué hará si se lo digo?

El hielo se trasladó a la mirada de Cherry, quien soltó un bufido y se levantó.

—¿Usted qué cree? ¿Qué haría si ese mismo rumor hubiese corrido acerca de su hermana?

—Le habría dado tal paliza que se habría tragado la lengua. Se lo pensaría muy bien antes de calumniar a nadie más. Eso es lo que haría en mi tierra, pero aquí… No quiero que su hija vuelva a estar de boca en boca.

Aquellas últimas palabras distrajeron a Sebastián.

—¿Tiene algún interés especial en mi hija?

Collen no se esperaba una pregunta tan directa, pero reconocía que él mismo se lo había buscado. No iba a engañar al padre de la chica, por algo que tarde o temprano saldría a la luz.

—Sí.

—¿Y ella le corresponde?

«¿Qué decirle a un padre? ¿Su hija se ha derretido en mis brazos?». No creía que le gustara escucharlo, pensó el escocés.

—No lo sé —optó por decir.

Sebastián clavó la mirada en él como evaluándolo; luego asintió ante lo que parecía sinceridad.

—Si lo que me está pidiendo es permiso para cortejarla, lo tiene. Pero sepa que no voy a influir en la decisión de mi hija cuando elija marido. La he educado para que piense por sí misma. No voy a imponerle mi voluntad en lo que respecta al resto de su vida.

Collen asintió, incluso una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios al comprender que ese hombre le había dado vía libre para visitar a la

muchacha.

—Ahora volvamos al tema que nos ocupa: ¿quién fue el que empezó con el chismorreo sobre Beth?

—La señorita Somerville.

La cara de sorpresa de Cherry le decía que le parecía dudoso y le contó cómo había obtenido la información.

—¿Me está diciendo que esa mala víbora mandó a su doncella a Newcastle para…?

Ferguson asentía con la cabeza antes de que el otro terminara de hablar.

—Primero difundió el rumor y, al ver que no le daba el resultado esperado, mandó a una doncella a Newcastle para que encontrase algo con que alimentar su embuste.

—No me extraña que su padre esté tan ansioso por perderla de vista. Por lo visto, es tan egocéntrica como dice.

—¿Qué va a hacer ahora que sabe quién fue?

Sebastián se dirigió a la ventana de la biblioteca y miró el exterior, pero en realidad no veía nada. Su mente estaba cavilando qué podía hacer para que esa mujer no dañara a nadie más.

Unos suaves golpecitos en la puerta hicieron que los dos hombres se miraran. Se giraron al mismo tiempo al oír que se abría y una risita sensual llegaba a sus oídos. La pareja que iba a entrar se dio cuenta de que la estancia estaba ocupada y se disculparon. Pero la sorpresa había sido mayúscula cuando Sebastián reconoció la voz de Bridgit junto con la de un dandi de quien no recordaba el nombre, que se puso rojo al verse descubierto.

Las miradas de ambos hombres se cruzaron y Cherry aprovechó la ocasión.

—Pasen, pasen, nosotros ya nos íbamos.

Bridgit había visto al escocés entrar en aquella estancia junto al padre de Beth. Se temió que la pecosa hubiese conquistado al escocés. No podía permitirlo. Ya le mostraría ella a ese hombre lo que se estaba perdiendo. Le sonrió de forma lasciva cuando sus ojos se posaron en él.

Sebastián le hizo un gesto con la cabeza a Ferguson, que dejó su copa a medio beber encima de una mesita que estaba situada al lado del sillón y salió detrás de Cherry.

Una vez en el pasillo, caminaron hacia el salón. Un lacayo pasó con una bandeja cargada de copas y Sebastián lo paró, le dijo que buscara a lord Somerville y lo trajera hasta allí.

El escocés lo miró extrañado.

—Por lo visto la señorita perfecta no lo es tanto.

—¿Qué va a hacer? —Quiso saber Collen, asqueado por aquella sonrisita que ella le había dedicado.

Sebastián, que sentía un gran respeto por lord Somerville y sabía el infierno por lo que lo hacía pasar su hija, decidió ayudar a su amigo. Estaba seguro de que aquel escarceo de Bridgit no era el primero, pero él se encargaría de que fuera el último.

Mientras estaba en la esquina del pasillo desde donde veía la puerta de la biblioteca y el salón, vio a lady Wimsey y a su cuñada Charlotte dirigirse a hacia la estancia que acababa de abandonar. Con una leve satisfacción, se dio cuenta de que ellas le ahorrarían tener que decirle a Somerville que su hija era una zorrita ligera de cascos.

A Collen le extrañó que Cherry no detuviera a las damas, pero una mirada le bastó para darse cuenta del juego del otro.

Entonces todo ocurrió al mismo tiempo: Somerville llegó hasta ellos preguntando qué era eso tan importante para sacarlo de una partida en la que iba ganando y un grito sofocado salió de la biblioteca.

Ferguson hizo la intención de acudir al grito, pero Sebastián le cogió del brazo al ver que Somerville iba hacia la puerta, haciendo una señal con la cabeza para que esperara un poco.

En ese momento, lady Wimsey y Charlotte entraron en la biblioteca, porque la primera quería enseñarle a la vizcondesa de Sheffield las antigüedades de las que su esposo estaba tan satisfecho, al contrario que ella, que detestaba todas aquellas piedras como ella las definía y quería que Charlotte le diera su opinión. Sobre todo, porque pensaba que la apoyaría frente a su marido y podría desprenderse de todos esos trastos. Sin embargo, lo que encontró cuando entró en la estancia fue a una Bridgit muy ocupada entre los brazos de un caballerete, bien colgada del cuello de ese hombre que la

mantenía apoyada en la mesa de trabajo de lord Wimsey, posicionado tan pegado a ella que las anchas faldas lo envolvían. El grito se le escapó, pues lo último que quería era que su fiesta fuera recordada por un escándalo.

Charlotte, a su lado, miró a los sorprendidos tortolitos con los ojos muy abiertos; conocía a la muchacha, sabía que había sido amiga de Beth y que se había alejado de ella cuando los rumores amenazaron con arruinar la reputación de su sobrina. Por lo visto, a esta no le importaba caer en desgracia ante la alta sociedad por sí misma.

Bridgit, al saberse descubierta, empujó a su compañero, saltó de la mesa y después de alisarse la ropa, levantó la mano y descargó un potente bofetón en la cara del que hasta hacía pocos segundos la estaba besando. Este, aturdido por lo que estaba pasando y viendo a todos los que se estaban reuniendo en la estancia, maldijo en voz alta.

Unos segundos más tarde, y ante la mirada atónita de lady Wimsey, lord Somerville entraba en la estancia y se paraba en seco al ver a su hija de esta guisa. No tardaron en llegar más invitados que habían oído el grito de la anfitriona; las damas empezaron a cuchichear, los caballeros miraban a la pareja con diversión. Sabían muy bien cómo acabaría aquella escena.

Charlotte se giró y vio a su cuñado apoyado contra la jamba de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. Se lo veía satisfecho, ¿qué estaría ocurriendo?

—Todos fuera de aquí —chilló lady Wimsey.

Sus invitados fueron desfilando, los chismorreos estaban servidos.

Charlotte y la anfitriona iban a dejar solos a la pareja y a lord Somerville, pero él las detuvo. Era consciente de que la frivolidad de su hija había llegado a su máxima expresión e interiormente pensaba en la ventaja que iba a sacar de aquel escarceo. Muy serio, se dirigió al caballerete y le dijo:

—¿Hemos sido presentados?

—No, milord, soy el hijo pequeño del conde de Rodhgar —se le acercó con la mano extendida.

Somerville lo miró de arriba abajo. De todos era sabido que los hijos pequeños no tenían los lujos de los que gozaban los herederos. Él conocía a su padre y estaba al tanto de lo estricto que era. Solo tenía que comunicarle lo ocurrido y la boda entre esos dos se celebraría en

pocas semanas.

—Conozco al conde, dígale a su padre que mañana espero su visita.

Bridgit soltó un grito al ver hacia dónde la llevaba su indiscreción.

—¿No estarás insinuando lo que yo creo, padre? —exclamó con voz chillona.

—No insinúo nada, hija. Estoy hablando de una realidad. Muy pronto serás la señora Saxon.

La chica perdió todo el color que segundos antes acaloraba su cara. Charlotte estaba segura de que se iba a desmayar de un momento a otro. Miró a lady Wimsey y por su expresión supo que la mujer pensaba lo mismo

—Nunca —gritó la muchacha antes de desplomarse.

La anfitriona salió en busca de las sales. El baile seguía en pleno apogeo, salvo de los corrillos de matronas cotillas que se habían formado aquí y allá.

Unos minutos más tarde, Somerville y su hija se marchaban de la velada.

Capítulo 24

A la mañana siguiente, Sebastián estaba ojeando el periódico mientras desayunaba, cuando su mayordomo anunció una visita. ¿Somerville? Le extrañó, pues se lo imaginaba preparando la boda de su hija. El hombre lucía unas profundas ojeras, lo que daba a entender que no había pegado ojo en toda la noche. Lo saludó con un apretón de manos y le preguntó si le apetecía acompañarlo.

—No… bueno, sí, que diablos.

Una de las criadas se apresuró a servirle y Somerville se sentó al lado de Sebastián.

—Tienes mal aspecto amigo —observó el dueño de la casa. Hacía algún tiempo que los dos hombres hacían negocios juntos y la confianza era grande entre ellos—. ¿Cómo van las cosas? —se interesó Sebastián.

—¿Qué quieres que te diga? —dijo mientras atacaba los huevos revueltos que le habían servido—. Por una parte, siento que me voy a liberar muy pronto… y, por la otra, no puedo evitar pensar que Bridgit cayó en una trampa. ¿Qué pasó anoche realmente? ¿Por qué me mandaste llamar en ese preciso momento?

Sebastián miró al otro pensativo. Era hora de poner las cartas bocarriba y que supiera de qué era capaz su hija.

—Anoche supe, de buena tinta, quién había sido el responsable de los rumores que casi acaban con la reputación de mi hija.

Somerville sabía que la chica había corrido en boca de todos y que

su padre había jurado batirse en duelo con quien la menospreciara por una calumnia como aquella.

—No te estaba preguntando eso.

—Lo sé, todo a su debido tiempo. Te hice llamar para que pusieras a tu hija en vereda, pues fue ella la que dijo que Edward era hijo de mi hija…

—Maldita sea.

—Cuando salí de la biblioteca de Wimsey, la vi entrar a ella y a ese caballerete. Lo demás ya lo sabes.

Omitió que él no estaba solo, que no fue el único en verla.

Somerville se pasó la servilleta por los labios, tenía el estómago cerrado. Por lo visto Bridgit no estaba satisfecha con amargarle la vida a él, sino que también lo hacía con los demás. Se levantó de la mesa y se acercó a la ventana por la que entraba la brisa fresca de la mañana, respiró varias veces.

—He venido esta mañana porque necesitaba aclarar lo ocurrido, porque, aunque es egocéntrica y manipuladora… debería quererla, ¿verdad? —Se calló, pensativo.

En ese momento, Sebastián sintió pena por ese hombre. Él también había criado a una hija solo, pero, gracias a Dios, Beth era una muchacha muy sensata. Al contrario que Bridgit.

—Si no la quisieras, no estarías aquí.

—Pero es que me siento aliviado de que tenga que casarse.

Entonces Somerville le contó que había pasado gran parte de la noche discutiendo con su hija. Que ella había amenazado con fugarse antes de casarse con aquel mequetrefe, que para ella quería al escocés que estaba causando furor entre las damas.

Sebastián se atragantó con un sorbo de té. ¿Sería posible que Bridgit supiera que Ferguson quería cortejar a Beth? ¿Lo quería solo para seguir amargando la vida de su hija? La creía muy capaz. Frunció el ceño.

—¿La crees capaz de cumplir su amenaza?

Somerville se giró hacia él.

—¿Dónde va a ir? No dispone de dinero propio.

Otra baladronada para extorsionar a su padre, pensó Sebastián.

—No puedo aconsejarte.

—No vine en busca de consejo. Lo que ocurre es que me siento

aliviado, al fin podré tener un poco de paz en mi vida.

—Eres una buena persona, no te sientas culpable por los actos de tu hija.

Eso le recordó la amenaza de batirse en duelo que había hecho en su día Sebastián.

—¿Aún piensas en una cita al amanecer… por lo que hizo mi hija?

—Tú trata de que no mancille a nadie más y me daré por satisfecho.

Somerville se acercó y le estrechó la mano.

—Ten por seguro que advertiré al conde de que le mantenga las riendas cortas. Ahora voy a irme; no vaya a ser que me visiten y yo no esté en casa.

Sebastián no envidiaba el papelón de ese hombre. Lo acompañó hasta el vestíbulo y, cuando el mayordomo iba a darle el abrigo, un griterío proveniente de la cocina llamó la atención a los dos hombres. De pronto el chiquitín de la casa salió corriendo de un pasillo y se lanzó a las piernas de Sebastián, quien lo cogió con una sonrisa en los labios.

—¿Qué pasa, muchachote? ¿Ya te has vuelto a escapar de Kate?

El niño sonrió, enseñando los pequeños dientes que le estaban saliendo. Una criada salió detrás de él y se detuvo al ver que su patrón tenía visita.

—Lo siento, señor.

—No se preocupe, Kate —dijo él haciendo cosquillas al pequeño.

Nadie se dio cuenta de la mirada de Somerville, que se había clavado en el niño, asombrado del gran parecido con su hija cuando era pequeña. Si no fuera porque era imposible habría pensado que…

Somerville salió de aquella casa con la imagen del niño clavada en su mente. ¿Sería posible?

Collen salió por la mañana a cabalgar con la esperanza de encontrarse con Cherry. La noche anterior le había preguntado a su tía qué iba a ocurrir con la señorita Somerville y ella le había dicho que posiblemente acabaría casada con el caballero con el que había sido pillada en una postura muy comprometida.

—Pero eso va directo a un matrimonio infiel —razonó él.

—Con esa chica, no lo dudo ni un segundo —afirmó lady Aldrich.

Él se preguntaba cómo beneficiaba toda esa pantomima a la causa de Beth porque también sabía que estar casada no le impediría seguir chismorreando contra las demás mujeres.

Después de volver de su cabalgada por Hyde Park sin encontrar a quien deseaba ver, supo que tendría que encargarse él de pararle los pies a esa víbora con cara de ángel.

Collen le pidió a su tía que invitara a Beth a tomar el té. Quería hablar con ella. Tenía la necesidad de sentirla a su lado, pasear con ella tomada de su brazo. ¿Desde cuándo se había vuelto tan sensiblero?, pensaba impaciente.

Lady Regina estaba sermoneando a Brenda y a Beth mientras tomaban el té. Su sobrina no paraba de decirle que detrás de todo aquello había gato encerrado, que Bridgit no le gustaba y que se habría dejado pillar por alguna razón. Que la rubia no era tonta, que quizás lo había hecho a propósito para cazar a ese pobre hombre.

—Tal vez, pero lo dudo —dijo su tía—. A mí me daba la impresión de que no estaba muy puesta en la labor de buscar marido. Parecía jugar con todos.

Collen entró en el saloncito donde estaban las damas y sus ojos se clavaron en la mirada violeta de la señorita Cherry. Vio que sus mejillas se coloreaban bajo su intensa mirada y sonrió. Se acercó a saludarlas.

—¿Me habéis guardado esos pastelitos de limón tan ricos que hace la cocinera?

—Sí, cariño —dijo lady Aldrich—, la señora Rifly ha hecho de sobra cuando le he dicho que te reunirías con nosotras.

Brenda le sirvió una taza de té a su hermano, mientras este no apartaba los ojos de aquella damita que lo tenía hechizado.

—¿Le apetece dar un paseo por el jardín? —le preguntó a Beth sin beberse el té.

Lady Aldrich iba a reprender a su sobrino por mostrar tanta impaciencia; sin embargo, no lo hizo. Le gustaba la muchacha. Collen

había escogido bien.

—Tal vez más tarde, ahora me estoy tomando el té.

«Bien por Beth», pensó Brenda. Desde el principio había pensado que aquella muchacha había calado en su hermano. Que le haría olvidar sus tontas convicciones, de que nunca se casaría por no hacerla sufrir como lo había hecho su madre. En ese momento que, por lo visto, Collen se había decidido, no convenía ponerle las cosas demasiado fáciles, si no, no apreciaría la joya que resultaba ser Beth.

Collen se sentó junto a su tía que palmeaba para que lo hiciera allí y, con una sonrisa en los labios, estuvo escuchando la conversación de las damas mientras sus ojos se le iban una y otra vez a aquella damita con pecas en la nariz que participaba en la tertulia.

Cada vez que ella se daba cuenta de que él la miraba, sus mejillas se sonrosaban; él sonreía y ella apartaba sus bellos ojos. Cuando ella estuvo suficientemente sofocada, él decidió que ya había aguantado bastante de tanta charla femenina.

—Veo que le irá bien tomar un poco el aire; parece acalorada. —Collen se levantó y le tendió una mano a Beth. Ella se la cogió y él se la apoyó en el brazo—. Si nos disculpáis, esta señorita necesita respirar un poco de brisa fresca.

Su tía le hizo un gesto con la mano para que fueran al mismo tiempo que Brenda reprimía una sonrisa.

Una vez en el jardín, él la guio hacia el lateral de la casa, donde no pudieran ser vistos.

—Hoy está especialmente bella.

—Gracias, usted también.

Aquello hizo que Collen soltara una carcajada; nunca nadie le había dicho que era bello.

Beth sonreía al ver que lo había dejado pasmado con su comentario; eso hizo que su sentido del humor saliese a relucir en todo su esplendor. Y sus adorables hoyuelos aparecieron en sus mejillas.

—¿Le ha dicho alguna otra vez a un hombre que es bello? —preguntó él, cuando pudo contener las carcajadas.

—¿Y usted?

Él rio.

—Desde luego que no.

Beth lo miraba divertida.

—Yo tampoco, solo estaba expresando lo que piensan todas las mujeres de Londres.

Aquel comentario lo halagó, pero él solo quería ser objeto de deseo de una mujer, la cual iba cogida de su brazo y burlándose de él.

—Me alegro de que no vaya por ahí diciendo a los hombres que son bellos.

—Ah, ¿sí? Y eso… ¿por qué?

Ella estaba coqueteando descaradamente con él, y eso le gustó.

—Porque si lo hace tendrá a todos los dandis de esta ciudad rendidos a sus pies solo para aumentar su vanidad.

—Por eso no lo hago; todos ellos ya son bastante arrogantes.

Collen asentía con la cabeza.

—Me he dado cuenta, sí.

—Suerte que mi padre no me empuja al matrimonio; no hay ninguno de ellos a quien pudiera soportar por mucho tiempo si esperara siempre que le dijera piropos.

—En mi tierra, las galanterías solo son para las mujeres.

—Por lo que me cuenta Brenda, la vida allí es muy distinta.

Él asentía.

—Sí, creo que le gustaría vivir en Escocia —dijo Collen a la espera de la respuesta.

—Yo también lo creo, pero…

—¿Pero?

Habían llegado a la fuente del centro del jardín, un lugar apartado que ofrecía cierta intimidad. Ella se quedó mirando los pececillos de colores que nadaban de forma indolente bajo la superficie del agua.

Beth se apoyó en el borde mirándolos mientras pensaba en qué decirle. De todos los hombres que le habían presentado esa temporada, solo había uno que le atraía, que le hacía sentir mariposas en el estómago, que se sentía flotar cuando la envolvía entre sus brazos para bailar.

—Depende de con quién me casé… La mayoría de los hombres que he conocido solo les atraen las fiestas, sus insulsas vidas indolentes y lo que van a heredar cuando sus padres mueran.

—No parece un futuro muy alentador.

—Y no lo es. Al principio, por lo que decían mis amigas, creía que

la temporada sería algo excitante, pero he descubierto que no. —La voz sensual de Beth lo envolvía—. No me llena pasarme la tarde en la modista…

—Tal vez porque ya tiene muchos vestidos —la interrumpió él.

Ella no hizo caso del comentario.

—Ni pasear por Hyde Park con todos pendientes de que haga algo inapropiado. Le parecerá que soy rara o egocéntrica, pero disfrutaba más de mi vida antes de ser presentada en sociedad. Podía pasarme horas leyendo mientras mi padre trabajaba; pasábamos tiempo hablando, me pedía mi opinión en algunos asuntos… Ahora todo eso ha terminado. Tengo que recibir visitas de caballeros que pretenden impresionarme, dejarme ver por el parque, citas con la sombrerera y tés a los que no me apetece ir, pero que no puedo declinar las invitaciones sin parecer grosera o pretenciosa.

Collen la escuchaba sin perderse ni una de sus palabras. Le agradaba su voz y lo que estaba diciendo aún más; después de todo, le daba esperanzas de que ella sería feliz lejos de Londres.

Se inclinó detrás de ella con un brazo a cada lado apoyando sus manos en la piedra de la fuente, envolviéndola con su cuerpo, pero sin tocarla. Solo acercó su boca al oído de Beth y susurró:

—¿Me está diciendo que sería feliz si su marido la llevara a vivir al campo? Allí no tendría que…

Ella no lo pensó, afirmó con la cabeza y, al hacerlo, sus cabellos desprendieron ese aroma tan característico que a él le encantaba.

—Siempre huele a rosas.

Con esas palabras murmuradas, pareció que ella salía de una especie de trance en el cual se había sumido al tiempo que se daba cuenta de dos cosas: que él estaba demasiado cerca y que no le importaba. ¿Qué le pasaba con ese hombre que se sentía tan cómoda con él? Al punto de confesarle que no disfrutaba tanto de la vida en la ciudad como todos creían. Debía refrenar su lengua si no quería que la creyera una vanidosa.

—¿Le gustaría vivir en Escocia?

Aquella pregunta la sorprendió; se giró para mirarlo, pero él no se movió y ella apoyó las caderas en la fuente, para mantener una distancia que no era nada decorosa. La mirada color miel se perdió en las profundidades violetas como una caricia que ella sintió hasta en el

alma.

Beth tenía la espalda inclinada hacia atrás para poder mirarlo a los ojos; Collen le puso una mano en el centro, atrayéndola. El momento era sublime. A ella se le estaban coloreando las mejillas, cosa que hacía resaltar sus encantadoras pecas. Y, por un segundo fugaz, él vio que se humedecía los labios. Fue tan rápido que él no supo si lo había imaginado. Y entonces, cubrió aquella apetitosa boca con la suya, acariciándola con la propia, degustando el sabor de aquella piel que lo tenía hechizado. Notó como las manos de la muchacha se aferraban a sus brazos y sus finos dedos le apretaban sus músculos en tensión. Empujó con la lengua la comisura de los seductores labios femeninos y, cuando ella cedió abriendo la boca, un suspiro se le escapó, lo cual encantó a Collen. Ella le siguió el ritmo y, en pocos segundos, él se encontró más excitado de lo que hubiera estado en su vida. Aquella inexperta mujer lograba lo que nadie había conseguido nunca: que sus pensamientos se dispersaran, que la deseara en todo momento y que renunciara a la promesa de no casarse jamás.

Sintió que las rodillas de la joven estaban cediendo; la abrazó con fuerza sin abandonar su dulce boca y la alzó contra su pecho.

Ella abandonó sus labios respirando con dificultad, abrió los ojos y se sorprendió al ser consciente de que se agarraba al cuello del escocés como si la vida le fuera en ello. Avergonzada por no haber detenido sus avances, dejó caer la cabeza en el robusto hombro mientras el corazón le latía acelerado dentro del pecho.

—Debe pensar que soy…

Él sintió el apuro en su voz.

—Pienso que es encantadora.

Beth levantó la cabeza de golpe y lo miró; vio que él también tenía la respiración agitada y sus ojos se posaron sobre el pecho que subía y bajaba.

—Bájeme, por favor.

—No hasta que responda mi pregunta.

La confusión que vio en esos maravillosos ojos lo lleno de satisfacción.

—¿Sería feliz en Escocia? —formuló la pregunta de otro modo.

—Supongo que sí; Brenda habla muy bien de su vida allí… Pero

aquí, lo que quieran las mujeres tiene muy poca importancia para los hombres. —Con un gesto de las manos señaló que estaba suspendida en el aire—. Usted mismo…

Collen sonrió por la treta que ella empleó para decirle que se le estaba imponiendo. La bajó lentamente hasta que ella se apoyó sobre sus propios pies.

—Que yo sepa, su padre no piensa influir en su elección de esposo.

Ella lo sabía, pero no era algo que fuera del dominio público; solo los más íntimos lo sabían.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Me lo dijo él.

—¿Ha hablado con mi padre? ¿Sobre qué? ¿Va a hacer negocios con él?

Collen la miró sonriendo.

—Una especie de negocio, sí.

—¡Qué enigmático!

—Hablamos de usted.

La cara de Beth mostró sorpresa.

—¿De mí?

En ese momento, unas voces llamaron la atención de ambos. Lady Aldrich los alertaba de que ya habían estado solos suficiente tiempo. Esta venía con Brenda a la zaga.

A Beth las mejillas se le sofocaron.

—¿Tienes calor, querida? —preguntó la tía cuando llegó junto a ellos mirando significativamente a su sobrino—. Pareces acalorada.

Ella se puso las manos en la cara.

—Estoy muy bien, gracias —dijo con la voz estrangulada; suerte que a la buena señora no le había dado por salir a pasear varios minutos atrás. Entonces sí que habría estado en un lío.

Lady Aldrich le guiñó un ojo a Collen. Estaba muy claro lo que allí había sucedido y se alegraba de que hubiese elegido a Beth. Sabía que él no jugaría con la muchacha si no tuviera intenciones honestas.

Capítulo 25

Esa misma tarde, Somerville recibió la visita del conde de Rodhgar con su hijo menor. Este estaba al corriente de lo ocurrido la noche anterior y sabía que, si quería conservar su respetabilidad, su hijo tendría que casarse con esa zorrita.

Los tres hombres se encerraron en el estudio. Bridgit había estado todo el día encerrada en su habitación planeando la forma de librarse de ese futuro inminente que le auguraba una boda precipitada con ese mequetrefe. Se enfureció al verse fuera de aquella discusión que decidiría su futuro. Con una mueca en los labios, pensó que haría que todos ellos se arrepintieran de lo que le estaban haciendo.

Si había ido a la biblioteca con él, había sido para demostrarle al escocés que ella podía tener a cualquier hombre que se le antojara. Pero todo se había ido al traste cuando ese hombre la había arrinconado contra la mesa y había empezado a besarla. Ella había pensado que un poco de diversión no le haría mal a nadie y se había dejado llevar. Sabía que lady Wimsey nunca entraba en esa habitación; sus hijas se lo habían dicho un rato antes mientras le contaban que su madre odiaba esa afición de su padre a coleccionar objetos antiguos. En ningún momento, se le había pasado por la cabeza que un pequeño escarceo terminaría con aquel desastre.

Una hora más tarde, su doncella había dado unos golpecitos en la puerta y entró sin esperar contestación, siempre actuaba del mismo modo.

—Su padre la espera en el estudio.

—¿Se han ido ya el conde y su hijo?

—No.

Perfecto, pensó Bridgit, seguro que no la querrían en su familia si les mostraba en lo que podía convertir sus vidas.

Bajó las escaleras con lentitud, planeando lo que les diría. Al llegar al estudio, el mayordomo no la dejó llamar. Le abrió la puerta y se apartó para dejarle paso. Ella entró como si fuera la mismísima reina: tiesa como un palo, con la nariz apuntando a los tres hombres allí reunidos y fulminándolos con la mirada.

—El miércoles de la semana que viene te convertirás en la señora Saxon —anunció lord Somerville, antes de que su hija abriera la boca.

Ella ignorando a su padre, fijó la mirada en el conde Rodhgar.

—Milord, si yo fuera usted, me lo pensaría mejor. No quiero casarme con su hijo ni con nadie.

El joven Saxon, que tampoco le hacía ninguna gracia esa boda, apretó los dientes. Esa mañana, su padre había sido contundente en lo que le esperaba si no accedía a cumplir con su deber. El conde estaba dispuesto a obligarlo a enrolarse en el ejército si no hacía lo que se esperaba de él. Tenía muy frescas en la memoria las palabras de su padre.

—Si fuiste tan idiota por dejarte seducir por esa pelandrusca, ahora serás un hombre y cargaras con las consecuencias. Mi familia siempre ha sido respetable y seguirá siéndolo. ¿Te crees que yo no tuve mis líos cuando tenía tu edad? Claro que sí, pero fui suficientemente cauteloso para que nadie me cazara. ¿En qué estabas pensando cuando te metiste en esa habitación con esa zorrita?

—No pensaba, padre; llevaba rato insinuándoseme, me volvía loco y la seguí.

—Pues ahora ya sabes lo que te toca. La preñas lo antes posible y luego la llevas al campo. Tú podrás seguir con tu vida.

La crudeza en las palabras de su padre lo dejó con la boca abierta y no pudo evitar preguntar.

—¿Eso es lo que hiciste con mamá?

—No, tu madre era una buena chica, pero esa…

Robert Saxon sabía que su padre era muy capaz de cumplir su amenaza si no seguía sus órdenes. Así que se aferró a la idea de

abandonar a su mujer en el campo. Era un mero espectador mientras los padres decidían su futuro.

Al ver entrar a Bridgit con aquellos aires de superioridad y habiendo sufrido los desplantes y el mal genio de ella más de una vez, supo que se avecinaba un buen espectáculo.

—Eso te lo tenías que haber pensado antes de dejarte magrear por este joven —dijo lord Somerville frunciendo el ceño.

El conde observaba a la joven y la mirada que había lanzado a su padre. Si hubiese sido su hija, habría probado la palma de su mano en el trasero hasta que abandonara esos aires de grandeza, esa impertinencia que veía en sus ojos. La chica era muy guapa. Era la primera vez que la contemplaba y seguro que todos los hombres de la ciudad la habían querido por esposa. Pero su belleza la eclipsaba la maldad que veía en aquellos ojos tan bonitos. Se levantó y se le acercó; él había tratado con zorras las suficientes veces para saber cómo tratarla, cómo hacerle perder los papeles y que ella misma se pusiera en evidencia.

—Señorita Somerville… —Se le puso delante, entre padre e hija, así ella tendría que prestarle atención—. Supongo que ya sabe en el grave apuro en el que se halla. No se equivoque: usted no nos está haciendo ningún favor; somos nosotros quien se lo hacemos a usted.

—Y ¿quién le ha pedido que me saque del apuro? Ciertamente yo no.

Lord Somerville se envaró.

—Tendría que cruzarte sobre mis rodillas y darte la zurra de tu vida —exclamó.

Ella miró a su padre lanzando dardos por los ojos.

—No te atreverás.

—Ya es tarde para eso Somerville. Deja que mi hijo le dé esa paliza que tanto parece desear.

La voz del conde se había vuelto amenazante; sin embargo, ella no se acobardó.

—Si me pone una mano encima, lo mataré.

Una carcajada rompió el silencio que se instauró en el estudio. Era Rodhgar.

—Hijo, me das envidia; domar a esta fiera será una gran diversión para ti.

Su futuro esposo rompió a reír y el padre de la joven ocultó una sonrisa girándose hacia la ventana.

—¿Cómo se atreve? —gritó Bridgit.

—Por si no te has dado cuenta, jovencita, mi palabra es ley y si digo que mi hijo cumplirá con su deber, lo hará. Somerville, nos vemos el miércoles en la capilla de mi propiedad.

Padre e hijo salieron del estudio y abandonaron la casa sin más explicaciones.

Bridgit salió detrás de ellos, pero ya no pudieron escucharla cuando gritó: «Jamás me casaré». Luego subió a su alcoba y le dio vuelta a la llave. Si su padre se había creído que iría sumisa al altar, que sorpresa se iba a llevar.

Capítulo 26

Esa noche, Beth y su padre tenían una cena familiar con sus tíos y algunos amigos. Ella se preparó con esmero; sabía que su tía la amonestaría si no brillaba, como ella decía, como un diamante puro. Su doncella la ayudó y, cuando bajó las escaleras con aquel vestido celeste con bordados blancos y los zafiros de su madre, su padre le sonrió con aprobación.

—Cada día me sorprendes, cariño. Cuando pienso que no puedes verte más guapa… me asombras y bajas más bella que el día anterior.

—Me parece que no soy yo sola la que se ha esmerado hoy. ¿Esperas ver a alguien que quieras impresionar?

—¿Te importaría? —preguntó con una gran sonrisa en los labios.

Beth miró a su padre con otros ojos. Cuando era más jovencita, temía que se casara y le impusiera una madrastra que le hiciera la vida imposible. Pero eso nunca había ocurrido. ¿Había esperado su padre a que ella estuviera en edad casadera para rehacer su vida? Aquel pensamiento la entristeció. Si ese había sido el caso, habría perdido unos años preciosos para hallar la felicidad.

Sebastián vio una amalgama de emociones que pasaba por los ojos de su hija y se extrañó de que la sonrisa que había exhibido hacía unos segundos se le hubiese borrado de los labios.

—¿Qué pasa, cariño?

—Dime la verdad papá…

—Siempre te la digo —la interrumpió—. ¿Qué ocurre?

Beth no sabía cómo preguntarle lo que realmente quería saber. Lo miró a los ojos.

—Papá, ¿por qué no te has vuelto a casar en todos estos años?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Tenía otras cosas que hacer.

—Como criar a una niña.

Él vio que la mirada de Beth se había ensombrecido y supo dónde quería llegar. Le cogió ambas manos entre las suyas y espero a que lo mirara.

—Sabes muy bien que tenerte junto a mí ha sido mi mayor satisfacción.

—Pero…

Sebastián no dejó que hablara.

—Siempre te he hablado de tu madre. Fuimos muy felices y nunca traté de llenar el hueco que ella dejó en mi corazón. Te tenía a ti y eso era el mejor regalo que pudo hacerme. Le estaré agradecido toda la eternidad.

A Beth le brillaron los ojos por las palabras de su padre, por la emoción.

Evidentemente, él tuvo sus escarceos amorosos, pero había sido muy discreto; y era algo que no pensaba explicarle a su hija.

—Sin embargo, algún día voy a casarme.

—Sí, pero ahora tengo a tu hermano Edward. —Sebastián no veía correcto decirle a su hija que, por primera vez en todos sus años de viudez, una mujer había llamado su atención, hasta el punto de pensar en desposarla—. No te preocupes, cielo; estaré muy entretenido. Además, espero que no te olvides de tu padre una vez que te hayas casado.

—Claro que no, que cosas dices.

Él le pasó un brazo por la espalda y la guio hacia la puerta, donde les estaba esperando su carruaje.

Al llegar a casa de los vizcondes de Sheffield, Beth abrazó a sus tíos. Charlotte la miró de arriba abajo y asintió con la cabeza en señal de aprobación. Le guiñó un ojo y la cogió del brazo.

—Ven, ya conoces a todo el mundo, pero me apetece presumir de

sobrina.

—Eres incorregible. Te gusta exhibirme, ¿eh?

—Lo que me encanta es la cara de envidia que se les queda a más de una cuando te miran.

—Lo dicho, eres perversa y cruel. —La risa de su tía la hizo reír a ella también.

Beth, que no esperaba ver esa noche a lady Aldrich y a sus sobrinos, se sorprendió gratamente. El resto de los invitados eran amigos de sus tíos, a los que su padre también conocía y lo vio charlando con varios de ellos.

La cena fue muy agradable. Beth estaba sentada entre Collen y Brenda; lady Regina al lado de esta, mantenía viva la conversación. Así distraía al resto de invitados, para que no se dieran cuenta de las miradas que su sobrino le lanzaba a Beth.

Una vez que terminaron de cenar, las damas dejaron a los caballeros con sus copas y sus cigarros. Mientras, ellas salieron al jardín, que en esa época del año y con la suave brisa desprendía unas fragancias embriagadoras. A Beth le recordó el paseo de aquella tarde con Ferguson y sintió que las mejillas se le coloreaban.

Sebastián estuvo pendiente toda la velada de Ferguson y Beth; se había sentado frente a su amiga Regina y podía observarlos abiertamente. Las miradas del escocés y los rubores de su hija cuando se daba cuenta decían mucho más que las palabras.

Cuando las damas abandonaron el comedor, vio que a Ferguson le habría gustado acompañarlas en lugar de quedarse allí escuchando las fanfarronadas de los hombres. Dejó pasar un rato prudencial y luego se acercó a él, que estaba mirando por la ventana, y vio que observaba a las mujeres.

«Pobre diablo», pensó Sebastián. Le gustaba ese joven. Se lo veía responsable y embobado con Beth. No dudaba que podría hacerla muy feliz. Propiciaría un encuentro discreto entre ambos. Si su hija no le aceptaba, como más pronto lo supiera, mejor. Por otra parte, también él deseaba tantear el terreno con cierta dama.

—Me apetece tomar un poco el fresco, ¿me acompaña?

—Sí, desde luego.

Charlotte los vio acercarse mientras hablaba con Regina y otras señoras. Los caballeros se pararon a su lado y bromearon con ellas. Al

oír las risitas, Brenda y Beth, que se habían alejado, se dieron la vuelta y los vieron.

Beth pensó que no se había equivocado cuando había creído que su padre se había arreglado para gustarle a alguna dama y, por lo visto, la susodicha estaba allí. Frunció el ceño mientras repasaba mentalmente los invitados de la cena; entonces se dio cuenta de que los únicos que habían acudido sin pareja eran su padre y lady Aldrich. Esa señora y su progenitor eran amigos desde siempre y nunca había notado que los uniera nada que no fuera la relación de buena amistad. Además, la dama tenía marido y se los veía muy unidos. Entonces cayó en la cuenta de que Brenda y ella eran las únicas solteras de la velada. ¿Sería posible que su padre estuviera interesado en la escocesa? Y por otro lado… No lo rumió demasiado antes de decir:

—¿Te cuento un secreto?

Brenda afirmó con una sonrisa cómplice.

—Creo que mi padre está pensando en cortejar a alguna dama. No me extrañaría que hoy estuviera aquí.

La cara de su amiga mostró sorpresa, placer y algo más que Beth no alcanzó a comprender.

La verdad era que a Brenda le gustaba mucho el padre de Beth; él siempre la sacaba a bailar y le hablaba como a una igual, no como todos esos mequetrefes que estaban más interesados en la moda, en caballos y en sus propios placeres en los distintos burdeles de la ciudad. Era consciente de que quizás a él le preocupara o lo frenara la diferencia de edad, cosa que a ella le traía sin cuidado.

Las palabras de su amiga la sobresaltaron, al mismo tiempo que pensó que no tenía ninguna oportunidad ante todas las bellezas que poblaban Londres. Su rostro debió mostrar desanimo, pues vio como Beth la miraba alzando una ceja con cara de extrañeza.

—¿Qué te pasa? Te has puesto pálida.

No podía decirle a Beth que le gustaba su padre. Estaban tan pendientes la una de la otra que no se percataron de que los caballeros se les acercaban hasta que una voz profunda a sus espaldas dijo:

—Aquí tenemos a las damas más bellas de la velada.

Las dos se giraron a la vez para ver a poco más de unos pasos a Sebastián y a Collen.

Beth rio con deleite. Su padre siempre la halagaba y, si no andaba

equivocada, lo hacía también con Brenda. Miró a su amiga y vio que sus mejillas se tornaban de un rosado encantador a la luz de los farolillos.

—Sería un placer que me acompañara a dar un paseo —dijo Sebastián ofreciendo el brazo a Brenda.

Ella se apresuró a apoyar su mano en el codo de Sebastián. Allí bajo las estrellas se quedaron Collen y Beth viéndolos partir.

—¿Le apetece acompañarme? —preguntó Collen, que no había apartado su mirada de ella en ningún momento—. Me gustaría hablar con usted. Esta tarde hemos sido interrumpidos.

Ella asintió con la cabeza.

Él no le ofreció el brazo. Si ella lo tocaba, sabía que no podría contenerse y la besaría hasta que perdiera el sentido.

Empezaron a caminar y Collen, temiendo ser interceptados en cualquier momento, soltó de sopetón:

—Le pedí permiso a su padre para cortejarla.

Beth se detuvo de golpe y los dos se miraron intentando adivinar el pensamiento del otro.

—Su silencio es descorazonador.

—¿Quiere que hable? ¿Quiere que le diga lo que pienso?

Collen asintió con la cabeza; en los ojos de la muchacha veía sorpresa y picardía.

—Ahora veo de dónde sacó que él no pensaba imponerme ningún hombre. Que sería yo quien eligiera marido.

—Eso me dijo, sí.

—No sabía que estaba buscando esposa.

—Y no lo estaba, pero… se me cruzó en mi camino cierta belleza de ojos violetas que me ha hecho replantearme la vida.

No le estaba hablando de amor, la estaba elogiando. Beth necesitaba algo más que palabras bonitas. Quería un hombre que la respetara, que la tuviera en cuenta a la hora de tomar decisiones, que no la tratara como un florero. Además…, ella había vivido de primera mano el amor de sus padres y quería para ella la misma dicha que los había envuelto hasta el día que su madre había muerto.

—¿No dice nada? —La voz de Ferguson era una suave caricia. No se perdía ninguna de las expresiones del bello rostro de Beth.

—Es que, si le digo lo que pienso…, va a creer que soy una

tonta…

—De ninguna manera —la interrumpió—. Si lo creyera no estaríamos hablando aquí. Va a pensar que soy muy exigente, pero no soporto la estupidez, tal vez por eso no he pensado en casarme hasta ahora.

Los ojos violetas se abrieron con absoluta sorpresa.

—¿Eso es una proposición de matrimonio? Porque, si es así, déjeme decirle que todos esos mequetrefes que me piden un baile lo hacen con más pasión.

«Anda, con la chiquilla», pensó Collen con una sonrisa en los labios. Ella lo miró alzando una ceja, gesto que a él le encantó.

—¿Quiere que le pida matrimonio? —dijo arrastrando las palabras.

—Creo que me está tomando el pelo.

La sonrisa de Ferguson hizo que a ella le temblaran las rodillas.

—Nada más lejos de mi intención; yo esperaba que nos conociéramos un poco mejor antes de empezar a hablar del futuro.

A Beth se le ensombreció la mirada y pareció lanzarle chispas con los ojos. Estaba muy seguro de que se casaría con él. Por lo menos, los pretendientes que la asediaban le prometían amor eterno. Ella no les creía, por supuesto, pero ponían más empeño en impresionarla. Este, por otro lado, daba por sentado que se casaría con ella como si le estuviera hablando del tiempo.

—Es muy presuntuoso de su parte creer que terminaré casada con usted.

—No es presunción; es un hecho.

—No.

—¿Por qué?

Él veía cómo Beth trataba de mantener su genio oculto, la estaba aguijoneando para que dijera lo que verdaderamente le pasaba por la cabeza. Se estaba divirtiendo de lo lindo.

Ella le dio la espalda, la mirada de ese hombre la perturbaba; no la dejaba pensar.

—Conmigo puede hablar sin medir las palabras; no soy como todos esos pomposos que se escandalizan porque una mujer expone su opinión.

Por su voz profunda, Beth supo que él se le había acercado y lo

tenía justo detrás de ella, demasiado cerca para su propia tranquilidad. Sus fosas nasales fueron invadidas por su aroma especiado que se le subió a la cabeza, lo que hizo que le faltara el aliento. Sintió el calor de sus grandes manos sobre sus hombros y la recorrió un estremecimiento.

Al notarlo, Collen le dio la vuelta entre sus brazos y clavó su mirada en los bellos ojos violetas. Poco a poco fue bajando la cabeza. Le daba tiempo para que ella lo parara, lo empujara, lo abofeteara o se pusiera a gritar. Pero ella no hizo ninguna de esas cosas; en cambio, se humedeció los labios con la punta de la lengua y él supo que deseaba ser besada con el mismo ímpetu que él deseaba hacerlo. Su boca se posó con suavidad sobre los suculentos labios, acariciándolos, recorriéndolos despacio, como si quisiera grabar en su memoria la forma y delicadeza, la dulzura e inocencia de Beth. Ella no tardó en abrir la boca, lo que él aprovechó para colar su lengua y degustarla a conciencia.

Ferguson sabía que, si eran sorprendidos por cualquiera de los invitados a la velada, no tendría elección y que la boda se celebraría en pocos días. No quería que ella se sintiera atrapada en un matrimonio indeseado; se separó de ella lo justo para poder hablarle y murmuró:

—Quiero que sea mi esposa. —Ella abrió los ojos y la mirada que le dedicó le demostró cómo que la afectaban sus besos. Satisfecho por el aturdimiento que veía, levantó la cabeza buscando un lugar más íntimo, pero no lo halló. Y supo que tenía que parar. Dio un paso atrás y, al notar que ella se tambaleaba ligeramente, la sostuvo unos segundos.

—¿Por qué? —dijo ella con un hilo de voz.

—¿Por qué la he besado? Porque es una mujer con una belleza que me quita el sueño desde que la conocí… Porque la deseo.

A ella no le gustó la respuesta; esa conclusión fue a la que llegó Collen cuando vio su mirada furiosa y como ella se daba la vuelta. Sorprendido por aquella reacción, la tomó del brazo y la retuvo.

—¿Qué he dicho para ofenderla?

—Es usted un grosero —dijo Beth, pero pensó en lo bien que había sonado eso de que le quitaba el sueño—. ¿Señor, no sabe que es muy mal gusto hablar de deseo a…?

Collen la miró incrédulo y frunció el ceño.

—Pensé que usted era diferente de todas esas mocosas que se desmayan cuando un hombre les habla sin tapujos.

—No me he desmayado. ¿Usted me ve inconsciente en el suelo?

Aquella impertinencia le hizo sonreír.

—No la habría dejado que llegara al suelo; estaría entre mis brazos.

Beth pasó por alto el comentario.

—Lo que le preguntaba no era por qué me había besado, sino por qué quiere que sea su esposa. ¿Es que en Escocia no hay mujeres…?

—La quiero a usted —la interrumpió él.

—¿Por qué?

Otra vez la maldita pregunta, pensó Collen acabándosele la paciencia. En ese momento pensó que ella lo hacía a propósito, que se había propuesto hacerle perder la compostura. Si era así, se llevaría una sorpresa.

—Antes de que le conteste, dígame una cosa, ¿sería feliz viviendo en mi país?

Beth lo miró entrecerrando los ojos. Intuía que esa era una pregunta con trampa.

—¿Por qué…?

—Si vuelvo a oír esas dos palabras, me la cargo al hombro y al diablo con las consecuencias —la interrumpió.

Los bellos ojos violetas se abrieron desorbitados.

—No será capaz.

—Póngame a prueba.

Aquel desafío la hizo retroceder, pero él dio un paso adelante, manteniendo la misma distancia. Beth trató de recular otro paso, pero él la cogió por el codo. Entonces, ella pensó en otra forma de formular la pregunta para saber lo que deseaba sin que aquel bruto cumpliera su amenaza. Su mente trabajaba a mil y, por otro lado, pensó que sería terriblemente romántico que un hombre la amara lo suficiente para no temer al escándalo que recorrería Londres si se la cargaba al hombro y se la llevaba a…

—Quiero saber sus razones para querer casarse conmigo.

Ferguson se la quedó mirando durante un largo minuto, sabía que ella no era tonta y que no aceptaría otra cosa que la verdad.

—Nunca pensé en casarme. Mis padres se querían mucho. Sus muestras de cariño, que no ocultaban, nos hacían felices a todos. Mi madre era una mujer de armas tomar. Sin embargo, un guiño, una sonrisa o una caricia de mi padre hacían que ella se volviera el ser más dulce del mundo. Esto hasta que mi padre murió; podría decirle que ese día los perdí a los dos porque ella se consumió de pena y se nos fue unos meses más tarde. Entonces, yo era muy joven y hacerme cargo del clan fue la tarea más difícil que he hecho en mi vida. Mis hombres y familiares estaban tan devastados como mi hermana y yo mismo. Entonces juré que nunca me casaría; no quería que nadie sufriera por mí hasta el punto de que lo hizo mi madre por mi padre. Y mantuve mi juramento hasta que la conocí a usted. Entonces fue cuando me di cuenta de lo que me estaba negando a mí mismo… una familia, hijos… Usted me hizo desear tener eso que nunca me atreví a soñar.

Que él le hablara con aquel sentimiento hizo que a ella se le humedecieran los ojos. En ese momento tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar.

—No voy a decirle que la amo; creo que el amor llega con el tiempo, con la convivencia. Pero me gusta mucho. Desde el primer momento que la vi, que no he podido dejar de pensar en usted ni un solo día. Si acepta mi proposición, no dude que discutiremos, que nos enfadaremos, quizás nos volvamos locos el uno al otro. —Sonrió al ver la expresión del rostro de Beth—. Sin embargo, no le pediría que se lo pensara si no creyera que puedo hacerla feliz. Además, le gusta que la bese; eso es un buen principio.

Las mejillas de la muchacha se tiñeron de color y a él le encantó. Ferguson vio que Cherry y su hermana se acercaban por el sendero del jardín y supo que su tiempo había terminado. No obstante, ella estaba tan ensimismada por lo que aquel hombre le había dicho que no los oyó.

—No se lo voy a negar, pero nunca… —Iba a decirle lo poco caballeroso que era decirle aquello cuando la tos de su padre la interrumpió.

Brenda y Sebastián venían con una sonrisa en los labios.

—Hace una noche estupenda, ¿verdad? —dijo Ferguson para darle tiempo a Beth a que disimulara su reacción.

—Sí —afirmó Brenda con una mirada radiante—. El señor Cherry ha estado enseñándome las constelaciones. Dice que en el mar se ven mucho mejor.

Ferguson cogió con suavidad el brazo de Beth y la empujó para que empezara a andar al mismo tiempo que su hermana hacía la observación. Las profundidades violetas de sus ojos le lanzaron chispas, haciéndole saber que no lo tendría nada fácil conquistarla.

Sebastián estaba pendiente de su hija y del escocés. Casi se le escapa una sonrisa al reconocer el «eso no ha terminado aquí» que prometía su mirada.

En el carruaje de vuelta a casa, le preguntó a Beth si se había divertido en la velada. Ella, ausente y mirando por la ventana, asintió. Si hubiese estado molesta o disgustada, no le cabía duda de que estaría despotricando contra Ferguson. Eso le daba a entender que ese hombre le agradaba, pensó.

Beth estaba rememorando la conversación que había tenido con el escocés. el hombre era muy atractivo. Cuando la besaba, ella se sentía volar y no tenía punto de comparación con todos los dandis que la cortejaban. Él era un hombre de la cabeza a los pies y con un sobresalto se dio cuenta de que sería muy fácil enamorarse de él, pero lo que no le gustaba era la arrogancia que le había mostrado al comunicarle que sería su esposa. Se imaginó viviendo en Escocia. Esa era una de las preguntas que él le había hecho y que ella no había contestado; si le hubiese dicho que sí, el muy truhan habría asumido ese «sí» como una afirmación de que quería ser su mujer y habría sido capaz de cargársela al hombro como la había amenazado. Tenía muy claro que le encantaría vivir en el país vecino, lejos de las aglomeraciones, de las fiestas y de las malas lenguas. Pero, ciertamente, no se lo iba a poner tan fácil como él pensaba.

Una sonrisita presumida se dibujó en sus labios y su padre, que la estaba observando, la vio, la reconoció. Ferguson tendría que esmerarse para conquistar a su terca hija. ¡Pobre diablo!

Capítulo 27

A la mañana siguiente, Beth recibió un gran ramo de rosas rojas con una esquela que rezaba:

> *A las cuatro pasaré a recogerla para dar un paseo.*
> *Tenemos una conversación pendiente.*
> *Suyo.*
> *C. F.*

Cuando ella la leyó, pensó en que estaba dando por hecho que ella no tenía nada más que hacer que estar pendiente de él. Su mente empezó a imaginar formas de hacerle ver que no era ninguno de sus lacayos a los que daba órdenes. Lo haría esperar; también podía irse de compras y dejarlo plantado o irse ella a dar un paseo por el parque. Tal vez se encontraría con Brenda y ella le diría dónde había estado. Sin embargo, desechó todas sus ideas por infantiles; si él quería que hablaran, lo harían y le dejaría muy claro que entre ellos no había nada… por el momento.

A las cuatro en punto, Collen estaba llamando a la puerta de la residencia de los Cherry. El mayordomo lo hizo pasar a la salita y le dijo que la señorita bajaría enseguida. Él fue directo a la ventana por donde se veía el cuidado jardín y le llegaban risas. Era Beth con el pequeño Edward. Una sonrisa se dibujó en la boca del escocés; no tenía duda de que sería una madre magnífica. Vio una doncella que se

le acercaba y le hablaba. Supo que le avisaban de que él estaba allí, pues ella levantó la cabeza hacía donde él se hallaba; al verlo a través de los cristales se miraron durante unos segundos que bien habrían podido ser horas.

Alice, la niñera, al ver el arrobamiento de su niña, la instó a que se diera prisa en arreglarse. Beth apartó los ojos de él y entró en la casa. Subió a cambiarse y diez minutos más tarde entraba en el salón.

Collen se sorprendió de la rapidez con la que se había cambiado de vestido. Era evidente que una doncella la había ayudado y desde luego había hecho un buen trabajo. Beth lucía preciosa; llevaba un vestido amarillo con pequeñas flores rosas bordadas. La estrecha cintura rodeada con una cinta del mismo tono que la que trenzaba sus bellos cabellos en la nuca de manera elegante. Él se moría por enredar sus dedos en las ondas cobrizas libres de moños.

—Siento haberlo hecho esperar; estaba jugando con…

Ferguson se le acercó, le cogió la mano y le besó los nudillos, después de eso, no le soltó los dedos. Le encantaba tocarla, aunque solo fuera aquel leve contacto.

—La he visto —la interrumpió él—; es evidente que se lo estaba pasando muy bien.

—Cierto, es un niño muy vivaz y nos reímos mucho.

Él sonrió.

—Si está lista, podemos irnos.

Una vez en la calle, le tendió el brazo y ella enlazó los dedos en su codo.

—¿Le he dicho que está usted muy bella?

—Gracias.

Ese día, el sol había decido hacer acto de presencia, cosa rara allí en Londres; Collen la guio hacia Hyde Park, que estaba varias manzanas. A esa hora había muchas personas luciéndose allí. Él apenas conocía a unos pocos, pero Beth saludaba a todo el mundo con su bella sonrisa y unas palabras amables. Él se sintió orgulloso de aquella mujer, que, a pesar de haber sido víctima de los cotilleos de toda esa gente, en ese momento los trataba como si no hubiese ocurrido nada. Su generosidad y falta de rencor era algo más que admiraba.

—Por su nota, sé que quiere que hablemos de algo —dijo ella

como de pasada, mientras saludaba a uno de sus admiradores.

—Tiene razón, pero creo que no he escogido bien el lugar. No quiero que nos vuelvan a interrumpir.

Ferguson vio que la señorita Somerville paseaba con otra mujer. Desvió la mirada. No le apetecía saludar a aquella mala víbora. Pero no hubo suerte. Ella los vio y se dirigió hacia ellos tiesa como un palo y con cara de pocos amigos. Él maldijo interiormente. Al llegar a su altura, le espetó, ignorando a Beth:

—Tú tienes la culpa de todo.

El escocés la miró frunciendo el ceño.

—Buenas tardes, señorita Somerville —dijo él, que quería hacerle ver lo maleducada que era.

—¡¿Buenas tardes?! ¡¿Buenas tardes?! —Su tono de voz estaba llamando la atención de otras personas que disfrutaban del parque a aquellas horas—. Es usted un estúpido, ahora mismo podría estar…

Se interrumpió al ver la mirada de lady Rodhgar, la madre de su futuro e indeseado esposo.

—Señorita, creo que deberían atarle la correa más corta —murmuró Ferguson,

—¡Será grosero!

Beth, que veía cómo los miraban, trató de poner algo de sentido común en la cabeza de la que hasta hacía poco había sido su amiga.

—Bridgit, no querrás…

—Tú cállate —gritó la aludida, que se giró hacia Beth señalándola con un dedo acusador—. Todo es culpa tuya.

Ferguson veía como esa malcriada se dirigía a Beth con malos modos. Su paciencia se estaba agotando.

—¿Qué he hecho yo? —Su voz fue un murmullo que a Collen le sentó como la coz de una mula. Él deseaba protegerla de todo lo que pudiera alterarla.

—Tú y tu carita angelical —volvió a la carga con desprecio la rubia—; me robaste al hombre…

—¡Niña! —exclamó lady Rodhgar.

—¿Por qué cree que me deje toquetear por su hijo? —Si las miradas matasen, allí habría varios muertos, pensó Ferguson—. Para darle celos a este… a este…

Todas las miradas recayeron en el escocés. Varias de las personas

que estaban paseando por el parque remoloneaban para enterarse de lo que estaba pasando allí.

Lady Rodhgar estaba escandalizada por el espectáculo que estaba armando Bridgit. Esa muchacha no le gustaba. Por otro lado, la mujer no era ninguna tonta. Sabía que aquella jovencita había manipulado a su hijo; él nunca se le habría acercado sin una invitación por parte de ella. Aquella boda no la entusiasmaba. Al único que parecía satisfecho era Jhon, su hijo, y no sabía por qué. Sabía que padre e hijo se traían algo entre manos, pero como era común entre la sociedad, los hombres mantenían a sus esposas en la más absoluta ignorancia. Esperaba que, con lo que estaba pasando, John se lo pensara mejor y dejara a esa lianta en la estacada. Por lo que estaba escuchando, ella misma se había buscado la ruina social.

Ferguson no tenía por qué aguantar la locura de aquella estúpida. Sabía que su tía no aprobaría que se viera envuelto en un escándalo, que en pocas horas todo Londres hablaría del altercado en el parque, pero no podía permitir que aquella bruja volviera a perjudicar a Beth con sus mentiras.

—Usted y yo nunca…

—Será embustero —lo interrumpió ella—, ¿qué me dice de las promesas que me hacía?

Si Ferguson hubiera estado en su tierra, a esa mujer se la cruzaría sobre las rodillas y le daría una buena paliza para que dejara de mentir. Miró a Beth y esta lo miraba esperando una explicación.

—Usted está chiflada; entre nosotros nunca hubo ninguna promesa. Bailamos un par de veces y nada más… y, si lo hice, fue porque prácticamente se me echó encima.

—Será mentiroso, manipulador, bruto…

—Se está describiendo a sí misma, ¿verdad? —Bridgit lanzó un grito sofocado—. ¿O no fue usted la que esparció aquel rumor de que la señorita Cherry era la madre de su hermano?

El rostro de Bridgit llegó a un tono imposible de rojez.

—Mentira, todo lo que dice es mentira.

—¿Va a negar que mandó a su doncella a Newcastle a averiguar todo lo que pudiera de…?

Beth sintió que se quedaba sin aliento. ¿Sería eso posible? ¿Por qué Bridgit la odiaba tanto?

—¿Bridgit?

—Todo lo que dice es mentira; no dejes que te engañe, Beth —voceó la rubia, desesperada porque se hubiesen descubierto sus malas artes.

El escocés vio como Beth fruncía el ceño; no sabía si era creyendo lo que él decía o lo que gritaba la otra.

—¿Dirá lo mismo su sirvienta Lía si le preguntamos? ¿O le preguntamos al ama de llaves de la casa del vizconde de Sheffield? Ella nos dirá que Lía estuvo allí.

Al verse descubierta, Bridgit perdió todo el color de la cara.

Beth vio el cambio y supo lo engañada que había estado con respecto a esa chica. La maldad de aquella la abrumó, y se cogió con fuerza al codo de Ferguson. Sentía como si todo se hubiese detenido a su alrededor, como una especie de vértigo. Lo que hizo a continuación fue como una especie de acto reflejo: levantó la mano y la descargó sobre la mejilla de la rubia con toda su fuerza.

Bridgit se tambaleó con la fuerza del impacto, pero se recuperó enseguida a pesar del escozor del golpe recibido. Sus ojos azules lanzaron fuego y se arrojó contra Beth con los dedos engarfiados al tiempo que gritaba enloquecida. Ferguson, al verlo, se puso delante y recibió un arañazo en la mejilla. El rugido de la rubia se hizo más intenso cuando él la cogió por los brazos con fuerza, aplastándolos contra el delgado cuerpo.

La levantó del suelo hasta que sus ojos estuvieron a la misma altura que los de ella. Su mirada tormentosa la dejó sin voz.

—Si le tocas uno solo de sus cabellos, te voy a pegar una paliza… y, como soy un bruto y salvaje escocés, no me importará quién esté presente. Aléjate de nosotros y deja de esparcir embustes. Si oigo el mínimo comentario, nada ni nadie me impedirá encontrarte y tu trasero conocerá la palma de mi mano de una manera que no te va a gustar.

Dicho esto, la dejó sobre sus propios pies y, cogiendo a Beth del codo, la alejó de todos los mirones que se habían reunido alrededor. Ninguno de los dos dijo nada hasta que estuvieron cerca del lago Serpentine.

Beth andaba ligera a su lado, la detuvo y sus miradas se encontraron.

—¿Está bien?

Ella asintió; aún se sentía engañada y furiosa para hablar. Miró hacía el agua pensativa. Él se mantuvo junto a ella en silencio. Si ella necesitaba calmarse, lo tendría a su lado. Después de unos minutos, la cogió de la mano y entrelazó los dedos con los finos de ella.

Beth, al sentirlo, lo miró a los ojos y vio una terneza desconocida en la mirada de Ferguson. Sin ser consciente de lo que hacía, sacó un pañuelo bordado y se lo pasó por la mejilla arañada. Si no se hubiese interpuesto entre ellas, la magullada sería ella. Debía agradecerle su rapidez de reacción.

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó confuso.

Ella no contestó. Sus ojos violeta habían vuelto a perderse en las aguas del Serpentine. En su mente no paraba de revivir lo ocurrido y supo que aquella misma noche todo el mundo estaría enterado. Además, no le cabía duda de que las últimas palabras que el escocés le había dicho a Bridgit serían interpretadas literalmente; había hablado como si ella ya le perteneciera.

—¿Se da cuenta de lo que ha hecho?

—¿Poner en su lugar a una bruja?

El recuerdo de lo dicho la hizo fruncir el ceño.

—¿De verdad fue ella la que esparció el rumor de que Edy era mi hijo? —No le dejo que contestara su pregunta—. No digo que no le crea, por su reacción es evidente que fue Bridgit, pero ¿por qué?

Él deseaba darle una respuesta, pero quién sabía cómo funcionaba la mente de una víbora como aquella. Desde luego que, si de él hubiera dependido, la habría mantenido encerrada en casa para que no se pusiera en líos y no lo hiciera con los demás. Claro que la sociedad londinense se alimentaba de los escándalos del resto de los mortales. En esos momentos, se alegró de vivir en el país vecino. En sus tierras, eso no ocurría. Ese pensamiento lo llevó a otro: cuando ella fuera su esposa, se la llevaría y nunca más estaría expuesta a las malas lenguas.

Beth se escandalizaba cada vez que pensaba en el mamporro que le había pegado a Bridgit. Ella nunca había sido violenta, pero en el momento que se había enterado de la mala argucia de la rubia, algo que no sabía que poseía se había apoderado de su persona y lo había

descargado contra la mejilla de aquella mentirosa manipuladora.

—No me puedo creer haberle pegado —dijo avergonzada.

A él se le dibujó una sonrisa en los labios.

—¿Se está riendo de mí? ¿Le hace gracia?

Ferguson soltó una carcajada y ella deseo pegarle por eso. Él lo vio en su mirada y rio con más fuerza; al ver la furia en sus bellos ojos, levantó las manos.

—Tranquila, tranquila, no me burlo de usted.

—Lo disimula muy bien. Quiero irme a casa.

Estaba enfadada y se la veía bellísima. Collen le sonrió de esa manera que a ella tanto le gustaba. Le tendió su codo para que ella se cogiera y la acompañó. Mientras caminaban, vio que muchos ojos se posaban en ellos. Beth sabía lo que pensaban. Lo veía en sus ojos, en sus sonrisas, en la manera de cuchichear.

Ferguson notaba que ella andaba cada vez más deprisa; era evidente que estaba deseosa por perder de vista a todos esos hipócritas.

Se inclinó al oído de Beth.

—Su prisa está llamando mucho la atención —le hizo notar él.

—No creo esa tontería; están pendientes de nosotros, por…

—¿Por…?

—¿No lo sabe? —preguntó ella.

—Claro que lo sé. Por mí, toda esta pandilla de hipócritas puede pensar lo que quiera. Solo me interesa lo que piense usted.

Ella enrojeció y a él le entraron ganas de reír otra vez. Sabía tan bien como ella lo que esos pasmarotes pensaban. Las palabras que había utilizado para amenazar a aquella bruja daban a entender lo que él sentía por ella. Y experimentaba una extraña alegría de haberlo dicho. A partir de ese momento, todos sabrían que ella era suya, por mucho que aún les quedaba por decirse. Debía encontrar el momento y el lugar perfecto para poder hablar con ella sin ser interrumpidos.

La acompañó hasta la puerta de su casa. Durante todo el recorrido las personas se giraban a su paso. Se despidió de ella en la calle. Por mucho que deseara entrar y aclarar todo con ella, no lo haría. Por un día ya habían dado demasiado que hablar. Al día siguiente ya pensaría en la forma de encontrarse con ella a solas.

Cuando Collen llegó a casa de su tía, lady Aldrich lo miró con censura en el momento que entró en el saloncito. Él la miró alzando una ceja y entonces se dio cuenta de que la dama y Brenda no estaban solas. Por lo visto, una amiga la había ido a visitar para contarle lo ocurrido. Le presentaron a la dama. La señora Gallagher no era una aristócrata. Su tía no había incluido el título de lady, pero debía ser alguien influyente, a juzgar por el ambiente tenso del saloncito.

Brenda estaba allí con una taza de té en las manos. Levantó la mirada hacia su hermano y le guiñó un ojo con picardía, asintiendo con la cabeza. Aquel gesto le gustó; le daba a entender que estaba contenta de que hubiese elegido a Beth.

El silencio que se había instalado en el salón desde su entrada le estaba molestando. Seguro que aquella extraña estaba esperando para tener un jugoso cotilleo que esparcir. Él, que pensaba pedirle a su tía que invitara a Beth a tomar el té al día siguiente y hablar claro con ella, no lo hizo. Se excusó con las damas y salió después de informar que iba a reunirse con lord Aldrich en el club.

Capítulo 28

—Hola. —Oyó Sebastián a su espalda mientras trotaba con su caballo al dirigirse al parque a la mañana siguiente. Resultaba evidente que aquel hombre lo había estado esperando, pues apenas había recorrido una manzana desde su casa.

La noche anterior se había enterado por su hermano Joseph de lo ocurrido en Hyde Park por la tarde con Beth y su acompañante; sin embargo, cuando había llegado a casa, su hija se había acostado y no había podido hablar con ella.

Saludó a Ferguson y le dijo que lo siguiera; quería hablar con él sobre lo acaecido en el parque. Los dos jinetes cabalgaron hacia el Serpentine, a esas horas estaría desierto.

Después de que el escocés le contara lo ocurrido, Sebastián ató todos los cabos que quedaban sueltos al escuchar la versión de uno y otro, todos, cotillas de tomo y lomo.

—Lo siento, no quería involucrar a Beth en la discusión. —Al rememorar lo ocurrido, volvió la furia que sintió el día anterior y eso hizo que se olvidara de llamarla, convenientemente, señorita Cherry —. Pero, no podía permitir que esa mujerzuela alimentara a los cotillas de esta ciudad con mentiras. Yo no le hice ninguna promesa; si bailé con ella, fue por no ponerla en su sitio desde el primer momento, pues siempre fue ella la que se acercaba a mí. Por lo que pude entender, nos vio entrar en la biblioteca de lord Wimsey y vino detrás con aquel dandi para exhibirse ante mí… como si yo fuera a ponerme

celoso. Nunca me gustó esa mujer. Y después de saber lo que le hizo a la señorita Cherry, lo único que yo deseaba era cortarle la lengua para que dejara de arruinar la vida de nadie.

Sebastián asentía con la cabeza pensativo.

—Ha llegado a mis oídos que Beth se mostró violenta.

Collen abrió mucho los ojos. ¡Qué idiotas eran los ingleses! ¿qué les pasaba? ¿es que las muchachas no tenían ni derecho a defenderse?

—¿Qué se supone que tendría que haber hecho? Este rasguño que tengo en la mejilla me lo hizo la zorrita cuando me interpuse entre ella y su hija.

—Entiendo…, pero eso no quita que, si antes pudimos acallar el escándalo, podamos volver a hacerlo. La discusión fue a plena luz del día y hubo muchos espectadores. Me temo que será mejor que me la lleve al campo unas semanas hasta que los chismosos encuentren otro objetivo.

Si Sebastián dijo aquello, era para ver la reacción de ese hombre. Collen se enfureció al instante.

—No voy a permitirlo. Ella no hizo nada que yo no estuviera dispuesto a hacer.

Sebastián sonrió con pesar.

—Las cosas lamentablemente aquí no funcionan como en Escocia.

A Ferguson le salían chispas por los ojos.

—¿Qué puedo hacer yo para ayudar?

Cherry solo esperaba no lamentar lo que iba a decir. Sabía que su hija no estaría muy contenta de que él se interpusiera en su vida.

—La única manera que hay de que todo se convierta en una anécdota graciosa es si logramos una licencia especial.

El escocés no sabía de lo que le estaba hablando.

—¿Licencia especial?

—¿Usted quiere a mi hija? Ya sé que me pidió permiso para cortejarla, pero de ahí al matrimonio, hay un gran trecho.

—Claro que quiero casarme con ella —exclamó sin pensar, por lo que Sebastián supo que hablaba en serio—. Y, a pesar de que creo que ella tiene algún sentimiento hacia mí, creo que aún me queda mucho para conquistarla.

Ese comentario y el pesar que Cherry vio en los ojos del joven escocés, le dibujó una sonrisa en los labios.

—Sé lo terca que puede llegar a ser mi hija; no me estoy riendo de usted.

—Eso espero, pero no entiendo dónde quiere ir a parar. Me está sugiriendo que me case con la señorita Cherry.

Una ceja se elevó esperando la respuesta.

—Le dije que no presionaría a Beth para que se casara con nadie, que ella tenía todo el derecho a elegir su futuro, pero creo que en este caso quizás necesite un pequeño empujón.

—¿Quiere decir que le gustaría tenerme como yerno?

—Sí y no.

La confusión tiñó la mirada whisky del escocés.

—Los he visto juntos; no soy tonto. Por otra parte, sé que, si se casa con usted, se la va a llevar a Escocia. ¿Entiende ahora?

Ferguson no pudo evitar que una sonrisa se pintara en sus labios mientras asentía con la cabeza. ¿Es que ese hombre le estaba diciendo que pusiera a su hija en una situación comprometida?

—Y ese pequeño empujón, ¿quién se lo va a dar? No quiero que se case conmigo obligada. La quiero feliz y dispuesta.

Esa respuesta gustó mucho a Cherry.

—No voy a llevármela a Gretna Grenn si es eso lo que está sugiriendo. A no ser que ella lo desee —añadió.

—Nada más lejos de mis intenciones.

La mente de Collen funcionaba a mil por hora.

—Le pediré a mi tía que esta tarde la invite a tomar el té; espero poder convencerla sin que nadie se meta por el medio.

Esas últimas palabras iban dirigidas a Sebastián y lo entendió; frente a él tenía un hombre que sabía lo que quería y cómo lo quería.

A esa misma hora, Beth estaba desayunando. Había dormido mal debido al incidente de la tarde anterior. Sabía que en esos momentos iba de boca en boca en la mayoría de los hogares. Ahí sí que la había hecho buena; no sabía lo que la había poseído la tarde pasada para agredir a Bridgit frente a tantos testigos. Cuando se enterara su padre de lo ocurrido, se la llevaría al campo; estaba segura. Habían capeado el temporal frente al escándalo de que ella era la madre de Edy, pero

este…

No oyó la puerta, por eso se sorprendió cuando su tía Charlotte se paró en el vano. Por la mirada que esta le dirigió, supo que ya estaba enterada de lo ocurrido.

—Buenos días, tía. ¿Me acompañas? Me temo que no tengo nada de hambre y la cocinera se ha esmerado mucho para que coma algo.

—Yo tampoco, pero entre las dos haremos los honores a lo que la buena mujer te ha preparado.

Charlotte se sentó al lado de su sobrina y se sirvió unos huevos revueltos.

—¿Te sirvo té? —preguntó Beth.

—Sí, gracias.

Una vez que hubieron picoteado de sus respectivos platos, Charlotte cogió su taza y se la quedó mirando.

—He venido a regañarte, ¿sabes?

—Me lo imaginaba… Lo siento, tía, no sé qué se apoderó de mí, pero cuando oí que ella había sido quien difundiera el rumor de que Edy era hijo mío…

—¿Así que fue Bridgit? —Charlotte parecía sorprendida—. Es que he escuchado tantas versiones en las últimas horas…

Beth se atragantó con un sorbo de té.

—¿Qué se está diciendo por ahí? —su voz sonó sofocada.

—Mira, cielo, los rumores es lo que tienen; empiezan por un pequeño detalle y al cabo de unas horas cada cual da su opinión como la verídica. Hay quien dice que le robaste a su pretendiente, otros que él se había liado con su criada y otros que son tan absurdos que no vale la pena ni mencionar; nadie dice nada de Edy. Lo que llamó la atención fue que le propinaras una bofetada en pleno parque. A partir de ahí cada cual saca sus propias conclusiones.

La muchacha cerró los ojos deseando poder retroceder en el tiempo para borrar lo que había hecho.

—Por lo visto, el señor Ferguson fue quien la descubrió.

—¿El señor Ferguson? No lo creía dado a los chismorreos.

—Y no lo es, nunca me ha mirado como todos los demás cuando saltó la liebre.

A Charlotte le hizo gracia que ella hiciera ese comentario.

—¿Te gusta ese hombre?

A Beth se le colorearon las mejillas y su tía no necesitó ninguna respuesta; no obstante, ella se la dio.

—Es tan distinto a todos los ingleses…

Una sonrisa curvó los labios de Charlotte.

—Es muy atractivo.

La joven asintió sin atreverse a mirar a su tía a los ojos. Notaba las mejillas ardiendo; seguro que lucía un buen sonrojo.

—No tienes que avergonzarte; he visto cómo te mira. Yo diría que a él también le gustas.

Los ojos de una se encontraron con los de la otra sin que ninguna dijera nada.

Unos pasos en el vestíbulo les llamaron la atención. Sebastián acababa de llegar y, al llegar a la sala de desayuno y ver a su cuñada, se sorprendió.

—¿De visitas tan temprano, Charlotte?

—Tenía que hablar con Beth.

—Comprendo.

Sebastián cogió una taza de té que su hija le tendía.

—Gracias cariño, ¿cómo te sientes hoy? Te acostaste tan temprano que pensé que no te sentías bien.

Beth hizo una mueca con la boca.

—Tenía una terrible jaqueca.

—Espero que ya estés recuperada.

—Sí, sí…

En ese instante, el mayordomo entró con un precioso ramo de rosas blancas.

—Veo que, a pesar de todo, tu popularidad no ha sufrido ningún revés —dijo Charlotte.

Beth cogió las flores y buscó la tarjeta.

Esta tarde la espero a tomar el té en casa de mi tía.
C. F.

—¿De quién son? —Charlotte acompañó la pregunta con una sonrisa.

—Del señor Ferguson.

—Me gusta ese hombre —dijo su tía mirando a su padre como si

esperase que él añadiese algo.

—A mí también —anunció Sebastián.

Les contó que se lo había encontrado en el parque y que habían estado hablando.

—¿De algo en particular? —Charlotte hizo la pregunta que Beth no se atrevía.

—De lo ocurrido ayer. —Entonces se giró de cara a su hija—. Siento que te enteraras así; yo hacía unos días que lo sabía. Me arrepiento de no habértelo dicho; creo que hubiese podido evitar lo ocurrido.

—¿Ya lo sabías?

—Me lo dijo el señor Ferguson el mismo día que descubrieron a la señorita Somerville en posición comprometida.

Charlotte recordó que ese día había visto a Sebastián muy cerca de dónde estaba la chica.

—¿Tuviste algo que ver? —preguntó con esa mirada de «si me mientes, me enteraré».

Su cuñado soltó una carcajada.

—No.

—Pero sabías que estaba allí.

—Sí.

—Por eso no nos detuviste cuando me viste con la señora Wimsey…

Él asentía con la cabeza.

—Pensé que al fin y al cabo habría justicia sin que nadie pudiera decir que yo lo había orquestado para salvar la reputación de mi hija. Además, conozco a Rodhgar, si ella no refrena su lengua, no le temblará la mano a la hora de atarla en corto. Digamos que se arrepentirá de todas sus malvadas calumnias.

Charlotte admiraba a su cuñado. Sabía tirar la piedra y esconder la mano. Asentía con la cabeza mientras se levantaba.

—Bueno, como que ya está todo controlado, me vuelvo a mi casa.

Beth no supo lo que quería decir con eso de que estaba todo bajo control, pero no dijo nada. Miró a su padre y este le cogió la mano y le dio un cariñoso apretón. Ella, que se esperaba una buena reprimenda, lo vio coger el periódico y servirse unos huevos.

Capítulo 29

Beth pidió al ama de llaves que lo arreglara para que prepararan el carruaje familiar para ir a tomar el té en casa de lady Aldrich. No le apetecía ir caminando ignorando las murmuraciones.

Cuando llegó, Brenda la esperaba en el saloncito con una sonrisa radiante en los labios.

—Mi hermano ha acompañado a mi tía a hacer unas compras; están a punto de llegar.

Las dos se sentaron en el sofá y, ante el apuro que veía en los ojos de su amiga, Brenda dijo…

—¿A que te quedaste a gusto?

La risa se le escapaba.

—¿De qué me estás hablando?

La escocesa, que había llegado a conocer muy bien las normas de las que su tía no paraba de hablarle, supo que su amiga se avergonzaba de lo ocurrido la tarde anterior.

—Voy a contarte una historia: hace un par de años, una de mis parientes empezó a decir por ahí que yo no me casaba porque me veía a escondidas con uno de los soldados de mi hermano que se había quedado viudo cuando su mujer daba a luz. Evidentemente, yo lo estaba ayudando con el bebé. Iba mucho a su casa. El pobre hombre había quedado destrozado al encontrarse de pronto con un niño de teta. Quería mucho a su esposa. Yo le llevaba comida del castillo, pues estaba tan deprimido que no quería ni venir al gran salón, donde todo

era barullo, risas y algarabía. Un día que volvía de su casa, esa mujer estaba contando sus calumnias a varias mujeres. Ella no me vio; estaba de espaldas. Me acerqué y las otras que me vieron se fueron raudas a sus tareas. La cogí del brazo y le dije que me contara lo que les estaba diciendo a las otras. Recuerdo que se puso blanca como la leche. Hubiese podido mentirme, pero era tan estúpida que me lo contó todo. No lo pensé dos veces y le di un puñetazo en plena nariz, con lo que cayó desvanecida en medio del patio. Creo que le rompí la nariz. Varios hombres acudieron corriendo, entre ellos mi hermano. Les dije que era una embustera y me fui de allí muy tiesa. Mi hermano trató de sonsacarme qué había ocurrido, pero no se lo dije. Quería demostrarle que sabía defenderme sola. No sé cómo llegó a enterarse, supongo que alguna de las mujeres o el servicio se lo diría porque, cuando se recuperó de las heridas, Collen la llamó a su presencia. Al encontrarse ante el laird, reconoció todo lo que había estado diciendo sobre mí. Mi hermano reunió a sus hombres y les preguntó si alguien la quería como esposa. El único requisito que tendría que cumplir era vigilar que no calumniara a nadie más. Un ayudante del encargado de los establos fue el que la quiso. Es un hombre tosco y malhumorado que vivía en el altillo sobre los pesebres. Desde entonces, viven en una cabaña, pero él se la lleva a las caballerizas y le hace limpiarlas. No la pierde de vista.

—Un triste destino —dijo Beth.

—Mi hermano no soporta la estupidez y ella mostró que de eso le sobraba.

—¿Por qué me has contado todo eso?

—Te he distraído de tus quebraderos de cabeza, ¿verdad?

La sonrisa de Brenda se le contagió a Beth.

—Sí.

—Ahora dime… ¿a qué te quedaste a gusto cuando le soltaste ese mamporro a Bridgit?

A Beth se le escapó una risita.

—Estaba demasiado furiosa para darme cuenta, pero ahora que lo dices…

—Lo sabía.

Las dos chicas soltaron unas carcajadas que fueron interrumpidas por la tos de Collen, que se había apoyado en la jamba de la puerta

con los brazos cruzados y las piernas también a la altura de los tobillos. Escuchando lo que decían las muchachas; se alegró de que Brenda hubiese logrado hacer reír a Beth.

—Collen, ¿escuchando a escondidas?

—A plena vista, hermana —dijo acercándose a ellas. Le dio un beso en la mejilla a Brenda, cogió la mano de la que esperaba que pronto fuera su esposa y le besó los nudillos, sosteniendo su mano junto a sus labios más tiempo del decoroso. Le guiñó un ojo y ella, que ya se había ruborizado, se sintió acalorada de pronto.

Lady Aldrich apareció en ese momento y les dijo que enseguida servirían el té; se sentó en uno de los sillones, pues las muchachas ocupaban el sofá.

—Por las risas que he escuchado al entrar yo diría que Brenda se está convirtiendo en una magnífica anfitriona.

—Tiene toda la razón, lady Aldrich.

—Querida, podrías llamarme Regina.

Beth se sorprendió de la sugerencia de la dama.

—¿Cree que sería correcto?

Collen se estaba hartando de todas aquellas estupideces de las normas y lo que era correcto o no. Así era cómo convertían a muchachas educadas en estúpidas; del mismo modo que al reprimirlas en demasía se volvían en arpías deseosas de perjudicar a las demás. Se estaba cansando de toda aquella hipocresía envenenada. Deseaba volver a su tierra, pero antes tenía que cortejar a cierta damita. Sonrió.

Las mujeres estaban hablando del fin de semana que estaba organizando lady Sheffield en su casa de campo a las afuera de Londres. Parecían entusiasmadas. Él recibió su taza de té de manos de su hermana y se lo tomó apoyado en la repisa de la chimenea, que en esos momentos estaba apagada. Desde esa posición podía mirar y admirar a la señorita Cherry, que ese día lucía un vestido aguamarina con diminutas flores bordadas de un tono más claro. Se veía hermosa con cualquier color que se pusiera.

Lady Aldrich había estado hablando con su sobrino y este le había contado sus intenciones de casarse con Beth. La mujer no cabía en sí de alegría. La muchacha le gustaba mucho para él. Le había preguntado si la amaba y había obtenido una respuesta sorprendente.

Era la única mujer que le había hecho desear dar ese paso. Eso era algo a tener muy en cuenta y, leyendo entre líneas, supo que Collen estaba enamorado, pero que ni él se había dado cuenta. Este se había quejado de que cada vez que trataba de mantener una conversación seria con la señorita Cherry, se veían interrumpidos y que de esa manera era imposible llegar a ninguna parte. Su tía se había propuesto ayudarlo.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta y el ama de llaves asomó la cabeza y le dijo a la dueña de la casa que necesitaba hacerle una consulta. Lady Aldrich asintió y le dijo a Brenda que la acompañara. Esta se extrañó, pero la siguió y no vio el gesto elocuente que le hacía a su hermano.

Collen sonrió y asintió con la cabeza. Su tía era una mujer excepcional. Al cerrarse la puerta con suavidad, supo que había llegado el momento. Se acercó a la mesita, depositó su taza y el platillo en la bandeja y se sentó en un sillón frente a Beth. No lo hizo a su lado en el sofá porque sabía que sucumbiría a sus ansias de tocarla. Eso ya llegaría más tarde, cuando hubiese aclarado su situación.

La veía inquieta, hasta nerviosa.

—Esto no es correcto —dijo ella mirando hacia la puerta.

—¿El qué? Que nos hayan dejado a solas… Es lo mejor que podían hacer. Tenemos una conversación pendiente. Mi tía lo sabe y le estaré eternamente agradecido.

Los ojos violetas se clavaron en el rostro del escocés.

—¿Qué es lo que sabe su tía? —La voz de Beth sonó temblorosa. Desde que la habían presentado en sociedad que todo el mundo sabía mucho más que lo que ella deseaba.

Los iris whisky de Collen mostraron diversión.

—Lo que sabe todo el mundo; creo que usted también, pero se niega a aceptarlo.

—¿De qué me está hablando?

Collen soltó un suspiro que más bien sonó a gruñido.

—Le pregunté si sería feliz en Escocia porque quiero casarme con usted.

Los grandes ojos de Beth buscaron los suyos al oír esas palabras. Buscaba algo en su mirada y lo encontró, una emoción que no había visto nunca antes. Sin embargo, necesitaba una palabra, o dos, o más.

—Así, y ya está… su elocuencia me deja pasmada.

Collen supo a lo que ella se refería; quería bonitas palabras, hasta promesas.

—Soy un guerrero, no un juglar.

—Yo no quiero ningún juglar, solo ansío…

—Le he dicho que hoy está usted muy hermosa —la interrumpió él.

Por los ojos de Beth pasaron distintas emociones y él tomó buena nota; le gustaba que la piropeara.

—Gracias —dijo ella sin pensar.

La sonrisa de Collen era luminosa.

—Le gustará vivir en Escocia. Yo mismo me encargaré de que su felicidad sea plena. Quiero para nosotros el amor que unió a mis padres, quiero ver en sus ojos la alegría que sé que pueden mostrar.

Beth pensó que, para ser un guerrero, como él había dicho, estaba empezando a oír lo que ella necesitaba.

—Quiero que su sonrisa ilumine nuestros días y nuestras noches. Quiero que se sienta libre de decir lo que quiera, que disfrute de su tan ansiada libertad… Junto a mí.

La boca de Beth estaba abierta, sorprendida de lo que él le estaba ofreciendo.

Al no decir nada, Collen pensó que esperaba más.

—Si accede a ser mi esposa, puedo prometerle que no se arrepentirá; ocuparé todas las horas del día a velar por su felicidad.

—Eso son muchas horas. —El lado juguetón de Beth salió a relucir. Después de la impresión que le habían causado sus palabras, se estaba conteniendo de sonreír abiertamente.

—Es posible que en más de una ocasión me dé una patada en el culo para librarse de mí —la pinchó él, sin darse cuenta de lo que dejaban ver sus palabras.

—Esto me está sonando mejor; ¿podré hacerlo?

Una sonrisa acompañó lo dicho.

—¿Me está diciendo que acepta?

—Me lo tengo que pensar.

Collen veía cómo ella se burlaba de él; sin embargo, no le había dado una respuesta y esto le molestó.

—¿Cuándo? Antes o después de pasar una temporada en el campo.

Beth frunció el ceño.

—¿De qué me habla?

—Después de lo de ayer, su padre está pensando en sacarla de Londres.

Ella se levantó de repente y lo encaró sacando chispas por sus maravillosos ojos.

—¿Ha estado hablando con él? —Entonces recordó que su padre le había dicho que se lo había encontrado en el parque.

—Sí, esta mañana.

Beth empezó a pasearse por el salón.

Él la dejó que descargara un poco de tensión, observando como caminaba. De repente, sus pasos se hacían más lentos y luego volvía al mismo ritmo acelerado, como si estuviese resolviendo algo dentro de aquella bella cabecita.

De pronto, se paró y lo encaró.

—¿Por eso me está proponiendo matrimonio? —quiso saber.

Él, que había estado aguantando las ganas de acercarse a ella y estrecharla entre sus brazos, se levantó y en dos largas zancadas estuvo a su lado.

—Haz memoria, Beth, hace unos días que te dije que serías mi esposa. Esto no tiene nada que ver. —Los ojos de ella quisieron taladrarlo para saber qué había de verdad en todo lo que le había dicho. Ni siquiera se dio cuenta de que él la había tuteado—. Te he propuesto matrimonio porque después de conocerte, ya no me imagino la vida sin una mujercita de ojos violetas que tan pronto me sonríen como parece que quieran estrangularme.

Susurró estas palabras al tiempo que alargaba las manos y la atraía hacia su cuerpo, bajaba la cabeza y le capturaba los labios ante la mirada sorprendida de ella. El beso empezó con una ternura abrumadora. Cuando ella se lo devolvió y por voluntad propia, sus brazos se enredaron en el cuello musculoso de Collen, el beso se tornó abrasador. Él la levantó del suelo, con una mano en la estrecha espalda y la otra en la nuca. Beth se sentía volar. ¿Qué tenían los besos de ese hombre que la afectaban de aquella forma?

Cuando él separó los labios, succionando el inferior con suavidad a ella se le escapó un gemido de placer.

—¿Qué me dices ahora?, ¿nos casamos?

Ella respiraba entrecortadamente apoyada la cabeza en el duro hombro. Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, que él no atinó a descifrar si era afirmativo o negativo. La separó un poco de sí y la miró a esos ojos que lo tenían cautivo.

—Cariño, me gustaría oírtelo decir —susurró.

—Sí. —La voz de Beth fue tan baja que no estuvo seguro de haberla oído, pero por su mirada supo que lo aceptaba.

Su boca la besó por todo el rostro y, sin que ella se percatara, la bajó hasta dejarla sobre sus propios pies y la sostuvo unos segundos.

—Te prometo que no te arrepentirás.

Beth se apoyó en su pecho y sus pequeñas manos iban resbalando por el torso duro de Collen. Si los besos lo excitaron, esa caricia iba a enloquecerlo. La tomó de las muñecas y detuvo el avance.

—Cariño, creo que deberíamos darle la feliz noticia a mi tía, ¿no te parece?

—A mí me gustaría decírselo a mi padre.

Cuando le dieron la noticia a lady Aldrich, esta no dudó un segundo en felicitarlos a ambos y, para celebrarlo, le dijo a la cocinera que esa noche tendrían invitados a cenar. Mandó a un lacayo a casa de Sebastián y lo invitó a cenar.

Allí, en la intimidad, festejaron la futura unión de las dos familias e hicieron planes para la boda. Dado los últimos acontecimientos, acordaron que se casarían con una licencia especial una semana más tarde. Sebastián le dijo a su amiga Regina que Charlotte estaría encantada de ayudarla a organizar la boda.

Capítulo 30

Beth estaba espectacular con el traje de novia de su madre. Siempre había soñado en casarse con este: una creación de seda de tono marfil con encaje de Bruselas y pequeños bordados de florecillas plateadas. Alice le había recogido el pelo en un moño flojo, del que se le escapaban varios bucles que descansaban sobre su hombro derecho. Ella se miraba en la pulida superficie del espejo sin poder creer que la imagen reflejada fuera ella.

Unos golpecitos en la puerta la sacaron de su estupor. Alice fue a abrir y Sebastián entró y se quedó sin aliento al verla. Era la viva estampa de su madre el día de su boda. Beth, al ver la rara expresión de su padre, le sonrió y sus hoyuelos se le hicieron visibles en sus mejillas.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. No hacía falta; ambos conocían los pensamientos del otro.

—Estás preciosa… si ella te viera… —Su voz sonó ahogada por la emoción. Se acercó a su hija y le cogió una mano que se llevó a los labios y besó—. ¿Estás lista?

Ella asintió con la cabeza. Estaba tan nerviosa que le temblaban las rodillas. En ese momento era cuando más echaba de menos a su madre. Sabía que, si le hubiese preguntado a su padre o a Alice, los dos le habrían aclarado sus dudas con gusto, pero tuvo miedo de que, si exponía sus inquietudes, ellos lo interpretarían como que no quería casarse con Collen. ¿Deseaba casarse con él? ¿Estaba haciendo lo que

debía escuchando a su corazón? No lo sabía. El escocés le gustaba, le hacía sentir cosas que no entendía. Lo que la tenía más inquieta era que se iría a vivir a Escocia. ¿La aceptarían aquellas gentes? Su mente era un mar de dudas.

Sebastián vio el pánico en los ojos de su hija y supo que había sido negligente. Había esperado que su cuñada Charlotte hablara con ella, pero se temía que nadie, ni siquiera Alice, la nana, lo hubiera hecho.

—¿Estás bien, cariño? —Beth asintió, pero se daba cuenta de que no podía engañar a su padre—. No… estoy muy nerviosa, yo… yo…

Él hizo un gesto para quedarse solo con su hija. Esperó que Alice saliera de la habitación y, una vez se hubo cerrado la puerta, guio a su hija hasta el diván y se sentó a su lado.

—Dime qué te preocupa, cariño.

A Beth las mejillas se le colorearon con furia. Miró hacia su regazo, donde, sin que se diera cuenta, estaba estrujándose las manos.

—No sé si seré una buena esposa para Collen.

—Claro que lo serás.

—No lo sé, ¿y si no le gusto a su gente? No quiero que tenga problemas por mi causa.

—Cielo, eres una mujer inteligente, bondadosa y muy generosa… A los escoceses les vas a encantar. Dales tiempo a que te conozcan y los tendrás a todos a tus pies.

—Yo no los quiero a mis pies.

—Lo sé —la interrumpió con una sonrisa—. Quieres ser una de ellos. —Beth asintió con la cabeza—. Y lo lograrás, pero debes darles tiempo. Deja que te conozcan. Si la mayoría son como la señorita Ferguson, no dudo de que os llevaréis muy bien.

La mención de su amiga en ese momento le recordó que tiempo atrás su padre le había preguntado por su amistad. Sabía que debía decírselo. Sin embargo, no lo había hecho porque no quería que él pensara mal de los Ferguson. En ese momento que iba a convertirse en una de ellos…

—Papá, ¿recuerdas que te daba la impresión de que Brenda y yo nos conocíamos?

Él asintió con la cabeza y su mirada se clavó en los ojos de su hija.

—Quien me secuestró en Newcastle fue uno de los parientes de

Collen. Brenda me trató muy bien y él fue quien me devolvió a casa.

El ceño de Sebastián lucía furioso.

—Creo que me equivoqué al alentarlo a cortejarte. Debí partirle la crisma en cuanto me fue presentado —exclamó.

—No podías saberlo.

—Exacto, no podía saberlo… Entonces, me pregunto, ¿por qué fingiste no conocerlo?

—Porque él no tuvo la culpa. Según me ha contado Brenda, el hombre aún está castigado por lo que me hizo.

Saber que Ferguson había obrado en consecuencia hizo que el peso que acababa de sentir por consentir esa boda lo abandonara.

—Tendrías que habérmelo contado antes.

—Y ahora no estaría aquí —murmuró ella bajando la cabeza.

—Posiblemente.

La congoja que vio el padre en los iris de su hija le decía más que las palabras.

—Lo quieres, ¿verdad?

—Sí —dijo muy bajito; no obstante, él lo escuchó.

Asintió con la cabeza. Ese día tenía muy presente el de su propia boda con la madre de Beth.

—Espero no tener que arrepentirme de haber consentido en que te cases con él.

—Yo también, me siento tan…

Sus dedos seguían moviéndose; su padre sabía lo que eso representaba.

—¿Qué más te preocupa?

—Yo… ah… —No sabía cómo encarar la cuestión con su padre.

Sebastián se sentía incómodo por lo que intuía qué quería saber su hija; como siempre había hablado con ella de todo, lo encaró como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Estás inquieta por lo que sucede entre marido y mujer?

Beth asintió con la boca tan seca que le era imposible hablar.

—Cielo, imagino que Collen y tú os habéis encontrado a solas en alguna ocasión, quizás en alguna de las veladas a las que hemos asistido, un paseo por el jardín, un rincón oscuro.

Ella asintió con las mejillas acaloradas.

Sebastián le cubrió las manos con una de las suyas para

tranquilizarla.

—Doy por sentado que te ha besado. —Ella movió la cabeza afirmativamente—. Y doy por sentado que te ha gustado.

—Sí —contestó con un hijo de voz.

—¿Ha sido tierno contigo?

—Sí.

—Entonces no tienes nada de qué preocuparte; él no espera que tú sepas. Lo que te diré es que no tienes nada que temer. Collen te guiará en todos los pasos del camino.

Beth sabía que aquella conversación debía ser embarazosa para su padre, pero lo que le estaba diciendo no la tranquilizaba en absoluto. Sin embargo, veía el apuro por el que estaba pasando para ayudarla y eso le hizo quererlo más si era posible.

—Te quiero, papá —dijo poniéndose en pie—. Creo que mi novio me espera.

Collen se preguntaba por qué estaba tardando tanto Beth. Su tía y su hermana, que estaban sentadas en el primer banco de la iglesia, le sonreían alegres. Al resto de invitados apenas los conocía de vista de todas las veladas a las que había asistido. Y a pesar de ser un hombre adulto, que se había enfrentado a sus enemigos y salido victorioso, reconocía que se estaba poniendo nervioso. Oyó un revuelo en la entrada de la capilla y sus ojos se clavaron en la que muy pronto sería su esposa. Estaba maravillosa. Parecía que se deslizaba en lugar de andar. Ella también lo miraba y el violeta de sus ojos parecía lanzarle guiños.

Beth se agarraba con fuerza al brazo de su padre y este le susurró que sonriera; cuando lo hizo, Collen la miró con tal brillo en los ojos que se sintió derretir por dentro.

La ceremonia fue como una especie de nebulosa. Cuando quiso darse cuenta, su esposo la estaba besando.

Lady Aldrich ofreció un refrigerio en honor de los recién casados, donde todo el mundo quiso acercarse a ellos para expresarles sus buenos deseos. Beth relucía entre toda aquella gente. Sin embargo, Collen lo que deseaba era irse y empezar a disfrutar de la luna de miel. Pero no quiso apremiar a su pequeña esposa, que parecía disfrutar charlando con unos y con otros.

Joseph y Sebastián estaban observando a Beth con una sonrisa en los labios.

—Es tal cual recuerdo a Rebeca —dijo el hermano mayor.

—Ha sido impresionante cuando la he visto; se me ha cortado el aliento, era como volver veinte años atrás.

—No lo dudo.

Charlotte se acercó a ellos y le dijo a Sebastián que, si quería despedirse de su hija, que lo hiciera pronto porque debían irse. Les quedaba un largo camino hasta Dunne House, donde pasarían su luna de miel. La mansión que pertenecía al vizconde de Sheffield estaba a unas tres horas de Londres, siempre que los caminos estuvieran transitables. Los novios planeaban pasar allí un mes antes de irse a Escocia.

Una vez dentro del carruaje, Collen se aflojó el nudo intrincado de su pañuelo; no estaba acostumbrado a esa moda inglesa y le parecía que tenía una soga al cuello. Beth lo miraba y sonreía de esa forma que a él le encendía la sangre.

—No hagas eso.

—¿Qué no haga qué?

En un segundo, se encontró sentada en el regazo de Collen. El movimiento fue tan rápido que soltó un chillido.

—Cuando me miras de esa forma no puedo evitar las ganas de tocarte, de besarte.

No le dio tiempo a replicar; le capturó los labios y la besó como hacía horas que deseaba. Los brazos de ella subieron solos hacia el musculoso cuello de su marido y sus dedos se enrollaron en el pelo de la nuca.

Collen la besó como a ella le gustaba. Introdujo la lengua en su boca y la reconoció, como si quisiera grabarse su sabor y su textura. Ella le respondía y en el interior del carruaje pareció que la temperatura hubiese subido varios grados de golpe. Por primera vez, sus manos recorrieron las costillas de Beth como si pretendiera contarlas. A ella le gustó la sensación de aquellas grandes manos sobre su cuerpo mientras degustaba aquellos besos que le parecían más

intensos que los que habían compartido con anterioridad.

Al sentir el contacto de la gran mano contra su pecho, se echó atrás y lo miró a los ojos. Él no separó la mano de aquel montículo que estaba despertando bajo su palma.

—Eres más perfecta de lo que esperaba. —La voz de Collen se oía ronca de pasión—. ¿Te gusta?

Beth miró aquella mano que le sostenía le pecho y notó como el pezón se le ponía duro contra la camisola. El calor de aquella mano traspasaba la ropa que llevaba y le hacía sentir una extraña sensación en todo el cuerpo.

Collen notaba la presión en la palma de su mano, además de notar cómo su propio cuerpo reaccionaba. En ese momento, se dio cuenta de que debía detenerse y que sería un viaje muy largo. No obstante, esperaba la respuesta de ella; sus miradas no se separaban. Veía que los ojos violetas adquirían un tono más oscuro y supo la respuesta antes de que ella hablara.

—Es una sensación muy extraña. —Con un movimiento de cabeza él la alentó a seguir—. Siento…

No sabía definir como la afectaban sus caricias.

—¿Sí? —quiso saber Collen, que la miraba con una sonrisa en los labios y movía la palma de su mano arrancándole un jadeo entrecortado.

—Me haces sentir acalorada… y es como si tuviera mil mariposas sobre mi cuerpo —dijo entrecortadamente.

La mirada de él se volvió lobuna; se apoderó de los apetitosos labios de su esposa y la devoró. Tan sumidos estaban en las placenteras sensaciones, en aquella burbuja de felicidad, que si un rayo hubiese caído en esos momentos sobre el carruaje no se habrían enterado.

De pronto, Beth se encontró sentada al lado de su marido, con la respiración acelerada y una extraña sensación de vacío. Había ocurrido todo tan de repente que pensó que había hecho algo mal. Bajo la mirada a su falda donde tenía las manos apretadas con fuerza para que no le temblaran, pues notaba como toda ella era recorrida por unos estremecimientos que la sacudían de arriba abajo.

Collen vio la reacción de Beth y se maldijo en silencio; no tendría que haberse dejado llevar por el deseo que le inspiraba su esposa.

Habría debido saber que empezar a disfrutar de su esposa le acarrearía un viaje incómodo. Reaccionó tarde y en ese momento los dos sufrían las consecuencias.

Posó sus manos sobre las de ella.

—Lo siento, cariño.

Beth cerró los ojos angustiada. ¿Sentía haberla besado? Aquellas palabras la trastornaron y sin ser consciente una lágrima se rodó por la mejilla.

Él la vio y sus dedos iban a enjuagarla cuando ella se apartó. Su ceño se frunció ante aquel gesto.

—¿Sientes haberme besado? —dijo ella con un tono de voz más alto del normal—. Yo creía que…

—No —la interrumpió él—. Nunca me arrepentiré de besarte.

—Entonces ¿qué es lo que sientes?

El genio de Beth estaba saliendo a la luz y Collen se preguntaba cómo explicarle a una inocente como ella lo que ocurría. Veía tanta pena en sus ojos que no lo podía resistir. La cogió por la cintura para volver a ponerla sobre sus rodillas, pero ella se agitó y terminó sentada frente a él.

—Contéstame.

Los ojos amatistas lo miraban lanzando dardos.

—Siento haber encendido una llama en nuestros cuerpos. —Ella lo miró sin entenderlo—. Cariño, te deseo y, si hubiésemos seguido besándonos, habría terminado haciéndote el amor aquí… y no quiero celebrar nuestra noche de bodas dentro de un carruaje.

Beth lo miró con la boca abierta, se había quedado muda con sus palabras. Collen aprovechó la sorpresa para cogerla otra vez entre sus brazos y abrazarla contra su cuerpo.

—Al explicarme como te sentías, has despertado a la bestia.

—No entiendo.

—No te preocupes, amor, cuando lleguemos a Dunne House lo entenderás. Ahora descansa, dudo mucho que lo hagamos más tarde.

La besó en la frente y descansó su cabeza sobre los rizos cobrizos aspirando el aroma único de su esposa.

Si Beth ya estaba nerviosa por lo desconocido, aquellas palabras no contribuyeron a tranquilizarla. Se quedó quieta en el regazo de su marido y cerró los ojos, dejando que los latidos bajo su oreja la

relajaran.

Al llegar a Dunne House, varios lacayos salieron de la casa. Collen bajó del carruaje con su mujer dormida. Le había costado, pero al fin había caído en brazos de Morfeo. El mayordomo que le dio la bienvenida y se presentó como Holder, al ver a Beth dormida, enarcó una ceja.

—Haga el favor de indicarme el dormitorio; como ve, mi esposa… —El hombre asintió y le precedió por la escalinata hasta una puerta, la abrió y Collen dejó a Beth en la cama con cuidado de no despertarla. Luego Holder le indicó la puerta que conectaba con la habitación del señor.

Al ver la alcoba, Collen pensó en la hipocresía de los ingleses; se casaban sin amor para tener un heredero y seguir unas estúpidas reglas. Luego ni siquiera dormían con sus esposas. No era de extrañar que varias damas se le hubiesen insinuado tan descaradamente.

Su matrimonio no iba a funcionar así; él se aseguraría de eso. Le dijo al mayordomo que les sirvieran una cena liviana. Beth apenas había probado bocado al mediodía y cuando despertara estaría famélica.

Holder le explicó que la doncella de la señora subiría enseguida; él negaba con la cabeza.

—Mi esposa no va a necesitar hoy a su doncella.

El hombre asintió con la cabeza y se retiró.

Cuando se quedó solo, se quitó la levita y el chaleco. Se sintió cómodo por primera vez en todo el día y se fue a la alcoba de su esposa a despertarla. Unos segundos más tarde estaba de pie al lado de la cama donde Beth dormía a pierna suelta mirándola embobado. ¡Qué bella era! Tiró de la cinta que sujetaba su pelo, le sacó las horquillas que sujetaban su intrincado peinado y pasó los dedos liberando sus mechones de la incomodidad. Se sentía como un tonto allí sin poder apartar la mirada de aquella beldad que se había convertido en su mujer. Con cuidado, se sentó en la cama y ella rodó hacia él al hundirse el colchón bajo su peso. Le acarició la nuca con las yemas de sus dedos y ella soltó un suspiro.

—Despierta, pequeña, hemos llegado —susurró para no asustarla.

Beth se removió como un gatito, se estiró y despacio abrió los ojos. Al darse cuenta de donde estaba, se agitó.

—Deberías haberme despertado antes de llegar, que vergüenza. —Las mejillas se le tiñeron de un agradable tono rosado que a Collen le encantó.

—¿Vergüenza? ¿Por qué? —preguntó su esposo inclinándose sobre ella.

—¿Qué habrán pensado de mí los criados?

—Al diablo con ellos. ¿Esa es otra de las estúpidas normas?

Beth oyó unos golpecitos y abrirse una puerta. Levantó la cabeza y vio pasar ante la puerta de comunicación de las habitaciones a unas criadas con bandejas. Oyó la voz del mayordomo que las apresuraba para que salieran. Posó sus dedos sobre los labios de Collen para que no dijera nada mientras pudieran escucharlos. Vio que él se había puesto cómodo y admiró su ancho pecho cubierto solo por la camisa de seda blanca. Su esposo era el más apuesto que había visto en su vida.

Él la miró divertido; el contacto de sus finos dedos sobre los labios estaba despertando su lado juguetón y no dudo en abrir la boca y lamer la yema de los dedos de su esposa. Beth iba a retirar la mano cuando su esposo la cogió por la muñeca y se lo impidió. Al mordisquear la tierna carne notó como ella contenía el aliento. Sus ojos mostraban diversión. Sabía que ella no diría nada hasta que la puerta de la otra alcoba no se hubiese cerrado. Se sorprendió cuando la vio apoyarse en la almohada y cerrar los ojos, disfrutando de lo que él estaba haciendo. Su sangre se calentó en un instante y, sin pensar en lo que hacía, llevó su propio dedo a la boca femenina y empujó hasta que pasó la barrera de los dientes y ella le lamió con timidez. La visión de sus labios en torno a su dedo hizo que su cuerpo reaccionara con furia. Deseaba besarla, pero no quería avergonzarla delante de los criados. Sacó el dedo de su boca y le tendió la mano.

—¿Tienes hambre? Nos han subido la cena.

Beth estaba acalorada por aquella intensa mirada. Se cogió a los dedos de él y se puso de pie.

—Quisiera refrescarme antes de cenar.

—Desde luego, te espero en la otra habitación.

Beth dudaba de si debía cambiarse; lo cierto era que para ello necesitaba la ayuda de una doncella. No llegaba a la larga hilera de botones que cerraban su vestido en la espalda. Y pedirle ayuda a su esposo… él lo tomaría como una invitación y ella se moriría de vergüenza. Lo descartó en el mismo momento en que se le ocurrió; no era una descarada. Se lavó la cara y las manos, se arregló la cabellera como pudo —no sabía que su esposo le había acariciado el pelo mientras estaba dormida— y, cogiendo aire, se reunió con su marido.

Nunca había estado en aquella habitación a pesar de haber pasado en aquella mansión algunas temporadas en las que su padre había tenido que viajar y ella se quedaba con sus tíos y primos. La solidez de los muebles claramente masculinos la impresionó y se preguntó extrañada si su tía Charlotte habría dormido allí en alguna ocasión. A ella que le gustaban tanto los finos muebles y los tapizados claros. A pesar de ello, se encontró admirando los postes tallados de la cama, el cabezal con un intrincado relieve, las cortinas de un borgoña oscuro que atrapaban la luz de las velas… ciertamente no se imaginaba a su esposo durmiendo en la habitación donde ella se había despertado. Con su gran altura seguro que no cabría en la cama.

Collen estaba de pie junto a la mesa, al lado de la ventana.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó con una media sonrisa.

—Es extraño, pero en las temporadas que he pasado aquí, nunca había estado en esta habitación. Mira que con mis primos jugábamos por toda la casa, pero no recuerdo que nunca entráramos aquí.

—Este es el santuario de un hombre.

—Yo pensaba que era su estudio.

—¿Entrabáis a jugar en su estudio?

A ella se le escapó una sonrisa.

—Oh, sí.

—Entonces este era su santuario —dijo él convencido; le sonrió y la invitó a que se acercara. Le estaba sosteniendo una silla para que se sentara a cenar.

En cuanto Collen se acomodó al otro lado de la mesa, vio la extraña expresión de su esposa. Ella se acababa de dar cuenta de que pasaría la noche en aquella habitación, donde había entrado como una niña y saldría como una mujer. Vio nerviosismo en la mirada violeta y se dedicó a servirle, a tentarla con los platos que les habían preparado.

Debía reconocer que la cocinera se había esmerado. Todo estaba delicioso; sin embargo, ella no parecía tener hambre.

—¿No te gusta la comida?

—Sí… pero…

Al ver el sonrojo que le cubría la cara supo lo que pensaba. No la atosigó; supuso que era algo inevitable. A él también se le estaba pasando el hambre rápidamente al anhelar lo que a ella la tenía preocupada. Deseaba poder tranquilizarla. Acercó su silla a la de ella y la tentó a que comiera unas cucharaditas de dulce que se deshacía en la boca; él mismo le ponía la cuchara en la boca.

—¿A que está bueno?

A ella la perturbaba la proximidad y la intimidad de aquel gesto. Se acaloró asintiendo con la cabeza.

Collen decidió poner fin a su inquietud; solo había una forma: no hacerla esperar más. Dejó la cuchara sobre la mesa y la cogió de la mano, tirando para que se levantara con él.

En un segundo ella se encontró envuelta entre los brazos de su esposo; él se inclinó y la besó en la frente, en las cejas, en los ojos. No dejó ninguna parte de su rostro por besar al mismo tiempo que le recorría la espalda despacio de arriba abajo. Ella se dejó hacer. Deseaba abrazarse a él y devolverle las caricias, pero no sabía si era lo que su esposo esperaba de ella. No quería que él pensara que era una desvergonzada. Entonces le vino a la mente que en los besos que habían compartido antes de la boda, él no se había molestado porque ella se aferrara a él, lo había abrazado y, por su reacción, eso le gustaba. Con timidez subió los brazos hasta estar acariciando la nuca de Collen, enredando sus dedos en su cabello. Con este movimiento su cuerpo quedó pegado al de él y un suspiro de satisfacción salió de la garganta de su esposo antes de apoderarse de la suave boca de Beth con un ansia que le encantó. La cabeza empezó a darle vueltas mientras él la apretaba a su duro cuerpo.

Collen no paraba de repetirse que tenía que ir despacio, que no debía dejar que su pasión se desbocara, pero en ese momento se le antojaba la tarea más difícil de su vida. Ella estaba respondiendo con timidez; se iba soltando poco a poco y respondía a sus besos con deleite.

Mientras con una mano la mantenía pegada a su cuerpo con la

otra le desprendía los botones del vestido, uno a uno. Cuando llegó al último, justo encima de las femeninas nalgas, las acarició, las apretó y amasó y le encantó el jadeo que reverberó entre ambos.

—Me encanta cómo encajas entre mis brazos —murmuró Collen trasladando su boca al cuello de Beth. La acarició con sus labios, la besó y, por último, mordisqueó la piel con aquel aroma tan característico a rosas que parecía embriagarle.

A ella la recorrió un estremecimiento, señal de que le gustaba, pensó Collen. Sus manos comenzaron a vagar por el cuerpo de Beth y, a juzgar por los suspiros que se le escapaban, se estaba excitando con rapidez. Él la cogió en brazos y la llevo a la cama donde la depositó con suavidad; se tendió a su lado y poniendo una mano en la cadera de su esposa hizo que lo mirara de frente. Los ojos violetas se clavaron en los suyos y se veía preocupación en ellos.

—¿Qué pasa, amor? ¿No te gusta lo que estamos haciendo?

Sabía que sí; tenía suficiente experiencia con las mujeres para percatarse de ello. Beth siempre era sincera; no tenía sentido negar lo que sentía.

—Sí —susurró con un hilo de voz.

—Entonces ¿a qué viene esa preocupación que veo en tus ojos?

Un furioso rubor se extendió por toda su piel.

—No quiero defraudarte; no sé qué esperas que haga yo.

Collen iba a soltar una risita, pero se contuvo. Con ese comentario le estaba diciendo que quería complacerlo, pero no sabía cómo.

La abrazó para que no viera su sonrisa.

—Nunca podrías defraudarme… —Ella iba a replicar, pero él no la dejó, le cogió una mano y se la llevó al pecho—. Te gusta que te acaricie; tú puedes hacerlo también; en la intimidad podemos hacer todo lo que queramos.

—Ese es el problema que no sé…

Se le fue apagando la voz por la vergüenza.

—Tranquila, amor, muy pronto lo sabrás —susurró antes de darle un beso en la punta de la nariz.

La sonrisa tranquilizadora que le dedicó junto a ese gesto cariñoso le gustó. Se miraron durante unos segundos que bien podrían haber sido horas. Él le daba tiempo para que ella hiciera algún movimiento; Beth lo supo por su manera de mirarla; se agarró al musculoso cuello

y lo atrajo para besarlo.

El cuerpo de Collen, que se tranquilizó con la breve charla, volvió a encenderse en cuestión de segundos bajo el asalto de la lengua de su esposa recorriendo su boca. Sus manos empezaron a recorrerla, bajando el vestido que ella ya tenía desabrochado hasta estar acariciando sus pechos a través de la fina camisola. Ella soltó un jadeo y se agitó al sentir como aquellas caricias le hacían sentir placer en otras partes de su cuerpo. Se cogió con furia a los hombros de su marido y se los iba apretando a medida que su excitación iba en aumento. Soltaba unos grititos que a él le encantaban.

El placer que ella estaba sintiendo la hacía removerse contra él con desasosiego, moviendo las caderas sin ser consciente de ello.

Collen supo que se estaba acercando el momento; se puso sobre ella a horcajadas y le fue bajando el vestido sin apartar los ojos de los de ella. Al llegar a las caderas la levantó y tiró de la tela. La visión de Beth con aquella camisola y las medias blancas que no ocultaban nada lo dejó sin respiración. Ella iba a cubrirse y él se lo impidió.

—Eres preciosa —dijo con un murmullo ahogado.

Sus manos empezaron a atacar los botones de su propia camisa. Al final la impaciencia lo pudo y varios de ellos rodaron por el suelo cuando tiró de la ofensiva prenda.

Beth levantó una mano para tocar aquel torso musculoso, pero él se apartó y se terminó de desnudar. Los ojos de ella parecían que se le iban a salir de las órbitas. Su mirada se clavó en la virilidad de Collen y él sintió la rampante necesidad de enterrarse en la suave humedad de ella.

Volvió a la cama con ella y le saco las medias, luego tiró de la camisola. Ella estaba trastornada. La visión de él tan diferente a ella la dejó sin aliento.

—Confía en mí, cariño.

—Quisiera no ser tan ignorante en este asunto —susurró con un hilo de voz.

Collen se tendió encima de ella apoyándose en los codos y el beso que siguió fue abrasador, intenso, tórrido. A ella le empezó a dar vueltas la cabeza cuando notó que él acariciaba su intimidad con los dedos y un extraño cosquilleó placentero la recorría de arriba abajo. Era tan agradable que sus caderas empezaron a moverse al compás de

aquellas caricias. De pronto, aquella mano desapareció y ella se encontró vacía, gimió, pero enseguida algo mucho más duro y caliente se posó contra su suavidad. La sensación era pasmosa. Le faltaba el aliento y no le importó, maravillada como estaba por esa nueva sensibilidad que su marido le estaba mostrando. Sintió cómo él empujaba y empujaba. Se puso tensa.

—Shhhh… —canturreó—. Todo va bien.

Ella negó con la cabeza y él le cogió la cara entre sus grandes manos y la miraba a los ojos, viendo placer y dolor.

Collen se retiró un momento. Ella aspiró con fuerza y aflojó el apretón de sus dedos en la espalda de su esposo; él volvió a empujar. Se adentraba en ella centímetro a centímetro, retirándose cuando veía dolor en los preciosos ojos de su esposa. Cuando estuvo apoyado en el velo de su inocencia, se paró un momento. No quería hacerle daño, pero era evidente que no podía evitarlo. La besó para distraerla del malestar. Puso todo su ardor, toda su pasión y, cuando sintió los dedos de ella acariciando su nuca, se lanzó hacia adelante hasta estar completamente enterrado en ella.

Beth se tensó y dejó escapar un suave gritito. Respiraba con dificultad para recobrar el aliento.

—¿Estás bien, amor?

—No lo sé, es una sensación muy rara.

Collen sonrió con ternura.

—A partir de ahora puede llegar a ser más extraño, pero te prometo que valdrá la pena.

—No entiendo.

—Confía en mí y déjate llevar.

Enseguida le capturó la boca y empezó a moverse en su interior. Ella trató de apartarlo, pero él era mucho más pesado que ella y no lo consiguió. Pero, de repente, se dio cuenta de que no lo quería detener. La sensación se estaba volviendo muy placentera… y más y más. En su interior se acumulaba una presión que iba a estallar y se estaba asustando, pero él no le daba tregua. Hasta que sintió como si fuera lanzada a las estrellas, voló y voló, y gritó su placer tensándose bajo el cuerpo exigente de su esposo.

Collen saboreó el placer de Beth. Ella fue de lo más elocuente al llegar al clímax y entonces de un último empujón se dejó llevar y se

unió a la dicha.

Sabía que debía estar aplastándola, pero era incapaz de apartarse. Nunca antes hacer el amor le había parecido tan maravilloso. Jamás se había sentido como en ese momento. Nunca una mujer lo había afectado como su mujercita.

Beth se removió y supo que estaba incómoda. Se tendió a su lado y la atrajo entre sus brazos saboreando la sensación de posesión que no lo abandonaba.

Capítulo 31

Collen despertó con una extraña sensación. Beth se removía a su lado como si quisiera escapar de su abrazo. Por la tenue luz que se filtraba por la ventana, supo que estaba amaneciendo.

—Duerme, todavía es pronto —susurró junto al oído de su esposa.

Beth pensó que lo había despertado con su movimiento y se quedó quieta, esperando que él volviera a dormirse. Imaginaba que Collen no era un hombre perezoso, pero la noche anterior habían estado… Solo de recordar lo ocurrido, lo nerviosa que había estado y el placer que había sentido… notó que su temperatura corporal subía. ¿Por qué diablos nadie le había contado lo que pasaba en el lecho conyugal? ¿Por qué se mantenía a las jóvenes a ese absurdo nivel de ignorancia, que las hacía parecer idiotas a los ojos de sus maridos? No sabía cómo reaccionaría al mirar a Collen a los ojos; seguro que él pensaría que se había casado con una boba. Se prometió que, si algún día tenía una hija, no llegaría al lecho conyugal con los miedos que la había asaltado a ella, ya se ocuparía de que supiera que no debía temer ese momento.

Collen sabía que ella no dormía. El contacto con la suave piel de su esposa y el aroma de su cuerpo enseguida se convirtió en un deseo avasallador. Pero como nunca antes había estado con una mujer virgen, no sabía si ella estaría demasiado sensible para volver a acogerlo en su interior. Así que se había quedado quieto, tratando de concentrar su mente en otros asuntos y esperando que su virilidad

bajara.

Ella volvió a tratar de apartarse; se movía lentamente y él simuló estar dormido. Tal vez si Beth se alejaba y no olía su fragancia su cuerpo dejaría de reaccionar. A través de sus espesas pestañas, la vio que lo miraba y se iba a su alcoba, pues la noche anterior no se había molestado en cerrar la puerta. Ella tampoco lo había hecho. Supuso que para no hacer ruido. La oía moverse y se preguntó qué estaría haciendo hasta que oyó la puerta que se cerraba. Se levantó de un salto, sin poder creerse que su esposa bajase a desayunar tan pronto y sin él. Los criados, que solían ser los mayores chismosos si no se trataba de sus señores, chismorrearían a gusto. Se vistió en pocos minutos y salió de la estancia.

En la escalera se cruzó con una criada y le preguntó por Beth. Esta le respondió que había salido hacia los establos y a él se le pasó el hambre de golpe. Cuando llegó a las caballerizas, el encargado le dijo que la señora había salido a cabalgar; le ordenó que le ensillara un caballo y le preguntó hacia dónde se había dirigido Beth. El hombre le indicó y salió raudo montando un precioso ejemplar negro como la noche. Dunne House era una propiedad preciosa, pensó al seguir un camino que lo llevó a rodear un precioso bosque. Se encontró con un riachuelo de aguas cristalinas que le recordaron a su amada tierra. Se paró porque le pareció oír el relincho de un caballo, miró a todos lados y la vio.

Beth estaba sentada sobre la hierba, en la orilla del agua, con las piernas bajo el cuerpo y una mano trazando dibujos imaginarios en la superficie translúcida del río. Parecía que su mente estaba muy lejos de allí, con la mirada perdida en el movimiento de sus dedos.

Collen pensó que parecía un hada, con aquel liviano vestido verdeazulado y la cabellera suelta sobre la espalda. Bajó de su montura y se apoyó en el tronco de un árbol; no se cansaba de mirarla. Se mantuvo en silencio un largo momento hasta que la vio ponerse la mano en el estómago como si le doliera. Se incorporó de golpe.

—¿Te sientes bien? —dijo mientras se acercaba a ella.

Ella se puso roja como una amapola al oír la voz de su esposo. Se giró a mirarlo y su apostura la dejó sin aliento.

Collen se acuclilló a su lado y repitió la pregunta.

—Estoy hambrienta.

La carcajada resonó en el bosque.

Que guapo que estaba Collen cuando reía, pensó Beth.

—Esto tiene fácil solución, cariño. ¿Te cuento un secreto? —Una sonrisa pilla coronó los labios de su esposo mientras la levantaba entre sus brazos.

—Puedo caminar sola —se quejó ella, aunque le encantaba que la llevara de esa manera.

—Ayer casi no comimos ni cenamos; estoy que me caigo de debilidad, llegaremos más pronto si yo te llevo.

Ella sabía que se burlaba, sus músculos lo demostraban.

Collen la montó en su montura y subió tras ella. Aquel contacto tan íntimo aún se le hacía incómodo a Beth.

—Relájate, cariño —le pasó su brazo por la cintura y la acercó a su cuerpo—. Enseguida llegaremos.

Puso el caballo al trote y su esposa se recostó contra él.

Beth pensaba que era una tonta; su esposo la había acariciado desde la punta de los pies hasta el cabello la noche anterior. Debía acostumbrarse a su contacto o su marido pensaría que se había casado con una tonta.

Después de desayunar, los dos tomaron un baño y ella le hizo de cicerone por toda la propiedad. Pasearon cogidos de la mano y Collen se dio cuenta de que le gustaba mucho estar casado con aquella pequeña mujercita que le contaba anécdotas de cuando era una criatura y se pasaba allí largas temporadas con sus tíos.

Ella exageraba muchos de los hechos para hacerlo reír, le encantaba aquella risa profunda y esas arruguitas que le salían al lado de los ojos cuando lo hacía.

Los días que pasaron allí los dedicaron a conocerse mejor, a cabalgar, hacían pícnics en los campos, cerca del río, en el bosque. Collen le

enseñaba el gaélico, por insistencia de ella. Lo tendría que aprender antes o después y quería impresionar a sus nuevos parientes.

Cuando se encerraban cada noche en la alcoba del señor —Collen dejó claro el primer día que los esposos debían dormir en la misma cama—, él se dedicaba a enseñarle otro idioma, el de los placeres de los que podían disfrutar marido y mujer.

Capítulo 32

Después del mes que pasaron en Dunne House, Collen y Beth volvieron a Londres antes de dirigirse hacia Escocia. Estuvieron allí un par de días para recoger los baúles con las cosas que ella quería llevarse a su nuevo hogar.

La perspectiva de pasarse meses sin ver a su padre y a Edy entristecía a Beth, pero era una mujer casada y, aunque la intimidaban sus nuevos parientes, sabía cuál era su deber.

Sebastián, su nana y Edy salieron a despedirla, y ella se asomó a la ventanilla del carruaje hasta que los perdió de vista con una sonrisa en los labios. Cuando esto sucedió, se sentó al lado de su marido y trató de que él no viera las lágrimas que le rodaban por las mejillas. Pero él las vio y, pasándole un brazo sobre los hombros, la abrazó contra su cuerpo.

—Cariño, volverás a verlos pronto; eso no ha sido un adiós para siempre.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo.

Collen la levantó y se la puso sobre su regazo, abrazándola.

—Eso es lo que más me gusta de ti; cuando entregas tu amor, lo haces sin restricciones.

—No sé hacerlo de otra forma.

Él le besó la coronilla recordando cuando le había dicho que lo amaba; había sido un momento que no olvidaría en su vida.

Estaban paseando por los jardines de Dunne House cogidos de la mano; ella no paraba de hacerle preguntas sobre sus parientes de Escocia. Él las respondía una detrás de otra. No quería que ella se preocupara por su futuro hogar. Le decía que la recibirían con alegría, pues nadie esperaba que se casara y que cuando se enterasen de que había una señora Ferguson todos la acogerían con los brazos abiertos.

—¿Cómo es un día en tu casa?

—Nuestra casa —la corrigió él—. Verás, no tendrás el lujo con el que vives en Londres, pero te prometo que no te faltará nada.

Luego empezó a preguntarle por los clanes vecinos y él le dijo que no debía preocuparse por ellos, que le tenían demasiado miedo para invadir sus tierras. Lo vio tan seguro de lo que decía que se le enfrentó con los brazos en jarras.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

Collen la miró con una ceja alzada ante el tono de su mujer.

—Claro que sé de qué hablo; nadie se atreverá a entrar en nuestras tierras en cuanto se enteren de que he vuelto.

Que dijera «nuestras tierras», le sonó muy bien, pero no era tan ingenua como para distraerse de lo que le rondaba la cabeza.

—Nunca pensé que fueras tan temerario.

—No soy temerario.

—Te crees invencible, ¿verdad?

Él iba a asentir, pero se daba cuenta de la extraña mirada de su esposa.

—No quiero que te preocupes por los problemas con mis vecinos.

—Entonces, ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Ignorar que cada día, cuanto te alejes de mi lado puede ser la última vez que te veo? Te amo, pedazo de tonto, y no lo voy a consentir.

Toda esa parrafada se la había gritado y aquel «te amo» a él le sonó como a música celestial. Y en ese momento lo supo, él también la amaba. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes? Le entraron unas enormes ganas de reír, de abrazarla y auparla contra su cuerpo, rodar como dos críos…, pero ella seguía mirándolo con enojo.

Collen le puso las manos en la cintura y la atrajo hacia él y se inclinó sobre su oído.

—Yo también te amo.

Ella, al sentir la caricia de su aliento sobre la piel sensible, se envaró.

—No trates de distraerme… —Entonces, lo que su marido había dicho le entró en su atribulada mente—. ¿Lo dices de verdad? No juegues conmigo.

Su voz fue un susurro.

—Si no lo sintiera, no te lo habría dicho.

Los ojos amatistas se abrieron de asombro y Collen se permitió sonreír. Bajó la cabeza y la besó con toda la ternura que anidaba en su

corazón.

El viaje hasta Escocia fue como una especie de aventura para Beth; se detenían de vez en cuando para estirar las piernas y pasaban las noches en posadas del camino.

Collen pensaba en la gran suerte que había tenido al encontrarla; otras mujeres no habrían parado de quejarse por las largas jornadas y por los colchones duros. Al pasar por Newcastle, ella le dijo que aquella noche dormirían en la propiedad familiar. En Sheffield Manor, los recibió la señora Gordon con una ceja alzada, y Beth tuvo el placer de anunciarle que se había casado y que se dirigía a su nueva casa. Su marido pudo ver la mirada de suficiencia de aquella mujer y no le gustó, pero solo por complacer a su esposa, no dijo nada y se dejó llevar por el entusiasmo de Beth. Ese día estuvieron recorriendo toda la propiedad y Collen se dio cuenta de la gran amazona que era.

Capítulo 33

Escocia

Esta vez, Beth pudo disfrutar de los bellos paisajes escoceses. La diferencia con Inglaterra era algo espectacular; ella lo miraba todo con una reverente sonrisa. Su marido, a su lado, no oculta una expresión de satisfacción al verla tan entusiasmada.

Cuando llegaron a las tierras del clan Ferguson, fueron detenidos por el comandante de las tropas, que, al ver aquel carruaje desconocido, desconfió. Douglas, al ver a su sonriente jefe saltar al suelo seguido de la mujer que meses atrás había causado tanto trastorno, se sorprendió. Pero se repuso pronto, pues él ya se había dado cuenta de que el laird se sentía atraído por ella. Debería haber caído en la cuenta cuando él había viajado desde Londres y había tenido tanta prisa para volver a irse.

—Me alegro de verte jefe.

Los dos hombres se dieron sendas palmadas en la espalda y soltaron unas carcajadas.

Beth veía aquellas demostraciones de afecto, un tanto brutales. Esperaba que a ella no la incluyeran en esa efusividad.

—Douglas, te presento a mi esposa —dijo Collen atrayéndola hacía él con la mano en la estrecha cintura.

—Milady —el comandante se inclinó sobre la mano de Beth, galante.

—Lo siento, señor, soy Beth… sin el lady delante. Puede llamarme…

Fue interrumpida por su esposo, que ya esperaba sus palabras y terminó por ella.

—Señora Ferguson.

—Yo iba a decir…

—Sé lo que ibas a decir —dijo él inclinándose y besándola en el cabello.

El comandante, al ver que ella empezaba a fruncir el ceño, ocultó una sonrisa.

—Bienvenida, señora Ferguson.

—Gracias, señor…

—A él puedes llamarle Douglas —dijo Collen con una mirada de advertencia, que ella reconoció al instante.

No debía contradecir o discutir con su marido en presencia de los subalternos. Apretó la mandíbula y oyó algunas toses, como si trataran de encubrir algunas risitas.

—Vamos, estás cansada, aún tenemos cosas que hacer antes de que puedas retirarte a descansar.

Aquellas palabras terminaron de sulfurar a Beth. ¿Qué pensarían los hombres de su esposo si lo primero que hacía al llegar a su nuevo hogar era reposar? Creerían que se había casado con una debilucha. Se dio la vuelta y subió al carruaje sin esperar que él la ayudara. ¡Ya vería de qué pasta estaba hecha!

Collen supo que había metido la pata hasta el fondo al ver la expresión que ella le había dedicado antes de volverse. Subió detrás de ella y la encontró con las manos apretadas sobre el regazo y mirando por la ventanilla, desentendiéndose de él. No lo iba a consentir.

—Cariño, eres la señora de todo lo que ves —dijo tratando de que se le pasara el enfado.

—No me impresiona; soy capaz de hacerme cargo de dos propiedades como esta —fanfarroneó ella sin mirarlo.

Él ocultó una sonrisa.

—Amor, no quería ofenderte.

—Pues lo has hecho. ¿Qué va a pensar tu gente…?

Los ojos de Beth brillaban de rabia.

—Nuestra gente, recuerda que ahora eres una de nosotros.

—Si no cambias de actitud, por poco tiempo.

En lo que dura un parpadeo, estaba en el regazo de Collen y él la miraba con el ceño fruncido. Fue un movimiento tan rápido que ella soltó un jadeo.

—¿Qué has querido decir con eso?

—Que no voy a tolerar que nadie crea que no soy capaz de vivir aquí. Que me crean inferior porque soy inglesa. Antes de eso, me vuelvo a mi casa.

La mirada de Collen podría haberla chamuscado.

—Nadie va a creer eso.

—Tú lo has demostrado hace un instante.

Collen soltó un resoplido.

—Amor, lo siento, reconozco que tengo que aprender a ser un buen marido.

Al escuchar aquellas palabras, ella lo miró de frente.

—Ahora tu casa es esta —dijo Collen.

—¿Sí?

—Ya te he dicho que lo sentía, dame tiempo.

Incluso enfada, ella estaba hermosa, sus ojos lanzaban estrellitas como si quisiera fulminarlo; y eso junto al tenerla en el regazo lo excitó.

Le puso una de sus manos en la nuca y la acercó a su boca poco a poco, para que ella lo detuviera si lo deseaba, ella no se movió, ya había descubierto que, cuando su marido se excitaba, todo él seducía. Y ella no era inmune a sus avances.

La besó larga y tiernamente, haciéndole perder el mundo de vista con cada caricia de su lengua. Ella no fue consciente de lo pasaba hasta que el carruaje se detuvo y alguien abrió la puerta.

—Es cierto, el jefe trae una esposa —gritó un hombre, lo que hizo que los esposos salieran de ese placentero interludio.

Collen iba a salir con ella en brazos, pero Beth no lo permitió; le golpeó las manos para que la soltara. Él sonrió, pero la soltó porque supo que ella no le perdonaría si su gente sacaba conclusiones erróneas. Bajó del carruaje y le tendió la mano, que ella tomó sin pensar. Cuando la tuvo a su lado, vio que muchos de sus parientes se estaban acercando al patio para darle la bienvenida. Esperó a que los

últimos rezagados llegaran hablando con su comandante y, cuando eso pasó, levantó las manos para que se hiciera el silencio y les dijo:

—Sé que muchos de vosotros deseabais que me casara. —Sonrió con aquel encanto que a ella la volvía loca—. Os presento a la señora Beth Ferguson, mi esposa.

Hubo reacciones de todas clases: la gran mayoría aplaudió y vitoreó a la mujer de su jefe; muchas cejas se alzaron, recordando la negativa de Collen de casarse y de pronto volvía de Inglaterra con una esposa, ¿se habría casado obligado?

Beth se sentía observada por todas aquellas caras que la miraban, unos como si fuera capaz de hacer milagros, los otros eran más descarados y sus ojos la recorrían de arriba abajo. Ella supuso que tendría que demostrar a esas gentes que era digna de ser la esposa del jefe. Varios soldados se acercaron a felicitar a su esposo y en pocos minutos alguien sacó un barril de cerveza y otro de vino. Allí mismo se celebró espontáneamente su matrimonio con el jefe.

Eso era a lo que se refería Brenda cuando le había dicho que en su casa eran más sencillos cuando celebraban algo; no se pasaban días ni semanas preparando una fiesta. Pudo comprobar por sí misma la amabilidad de muchas mujeres que se le acercaban a desearle lo mejor, y vio sus caras satisfechas cuando ella les respondió en gaélico. También tuvo la oportunidad de observar a los hombres que saludaban a su esposo; la vestimenta de los cuales le llamaba mucho la atención. Aunque llevaran el kilt, con las rodillas al aire y algunos con el pecho desnudo, se los veía tan masculinos que sintió que se ruborizaba. No estaba acostumbrada a ver a los hombres tan… hombres.

Douglas oyó detrás de él a una mujer que decía: «Seguro que lo han obligado a casarse; él nunca nos hubiera traído a una inglesita malcriada». Por el tono que la mujer había hablado supo que era envidia lo que guiaba su lengua. Se giró y vio que era Nerys, una muchacha muy guapa, pero que en ese momento destilaba desprecio por todos los poros de su piel. Estaba rodeada de varias mujeres que asentían a lo que ella decía.

Nerys estaba que se subía por las paredes, siempre había creído que, cuando el jefe decidiera tomar esposa, la elegiría a ella. Era la más bella del lugar. Todos los hombres babeaban a su alrededor, pero

ella los rechazaba porque aspiraba a ser la señora del lugar. Al ver a la inglesa de nariz pecosa, menuda, que seguro que había cazado a su jefe con sucias tretas, la odió de inmediato. Como siempre, iba rodeada de sus amigas: Iona, Isobel y Vika. Todas ellas trabajaban en los campos; varias veces Nerys se había ofrecido para hacerlo en el castillo, para que Ferguson se diera cuenta de su existencia, pero su madre, que era la cocinera, siempre se había interpuesto para que siguiera cultivando los campos de su familia.

El padre de Nerys era soldado, por lo que las mujeres eran quien se ocupaban de la cabaña y del pequeño terreno que les correspondía cultivar.

La muchacha siempre tuvo aires de grandeza, desde muy temprana edad, cuando empezaron a gustarle los chicos, se propuso cazar a Ferguson. Si se convertía en la señora del lugar, tendría sirvientes que se desvivirían por su bienestar. Como hacían sus amigas, las que en ese momento la rodeaban. Les había prometido que, cuando sus sueños se hicieran realidad, las colocaría de doncellas en el castillo y que su vida no sería tan dura.

Sus planes se habían torcido, pero ella era inteligente, ya encontraría la manera de librarse de aquella mujercita que no le llegaba a ella ni a las suelas de sus botas.

Una mujer mayor se acercó a saludar a Beth para felicitarla y a darle la bienvenida; detrás de ella, una, otra y otra más. Le decían sus nombres y ella trataba de memorizarlos, pero muy pronto se dio cuenta de que le era imposible, ya los iría aprendiendo, pensó. Todas eran muy amables, se les veía su genuina felicidad de que al fin su jefe se hubiera casado.

Nerys, que estaba observando a la nueva señora y las muestras de simpatía que recibía de sus parientes, recordó algo que su padre siempre decía: «A los amigos hay que tenerlos cerca, pero más a tus enemigos».

—Vamos —dijo a sus amigas—, tenemos que presentar nuestros respetos a la esposa del jefe.

Isobel, Iona y Vika la miraron como si hubiera enloquecido, se preguntaban qué estaría tramando, pero la siguieron.

Lo que pretendía la rubia Nerys era introducirse en el castillo. Sabía que no había doncellas y, si se camelaba a la nueva ama, quizás

lograría ocupar ese puesto. Su mente iba planeando lo que haría luego así que se acercaba a la mujer menuda que le había robado el marido.

Las cuatro llegaron a la altura de Beth, todas eran más altas que ella, sin embargo, como ya estaba acostumbrada, las miró con una sonrisa y les agradeció la bienvenida. Beth vio las sonrisas falsas de aquellas muchachas, pero no les hizo caso. Pensó que, a esas alturas, después de haber saludado a tanta gente, se lo había imaginado.

Nerys le hizo saber que estaba a su entera disposición en todo lo que necesitara y se alejó de allí con una mirada envenenada a su laird.

Capítulo 34

Cuando la multitud se fue despejando, Collen cogió a su esposa por la cintura y la llevó al interior del castillo. Ella ya conocía el gran salón de la vez que había estado allí. Él la guio escaleras arriba hacia su recamara. Cuando cerró la puerta, no la soltó se apoyó en ella y recostó a su esposa en su pecho. Su mano le acarició la nuca y el pulgar bajo su barbilla la empujó para que lo mirara.

—¿Estás bien? ¿Qué te han parecido tus nuevos parientes?

Él había estado pendiente de que nadie la menospreciara.

—Han sido todos muy amables. Me ha gustado la celebración; no me lo esperaba.

Collen sonrió encantado con ella.

—Cuando te conozcan, te van a adorar —dijo con sus labios encima de los de su esposa antes de capturarlos en un ardiente beso que hizo que se le doblaran las rodillas.

Al notarlo, Collen la afirmó contra su cuerpo y disfrutó de los pequeños gemidos que a ella se le escapaban.

¿Cuánto tiempo pasó? Un minuto, una hora. Ninguno de los dos lo sabría nunca. Lo que los sacó de ese placentero momento fue unos golpecitos en la puerta. Ella ni se enteró, pero para un hombre preparado para la batalla como era Collen, había oído hasta los pasos que se acercaban por el pasillo. Se separó de aquella boca enloquecedora y la llevó hasta la cama, donde la sentó.

—No estamos solos, amor.

Beth se giró sobresaltada a ver quién había con ellos y solo pudo observar a su esposo que se dirigía hacia la puerta y la abría.

Varios hombres entraron trayendo una gran tina, que colocaron delante del fuego que alguien había encendido en la chimenea; seguidos de otros cargados de cubos de agua humeantes. Hasta ese momento, no se dio había dado del calorcillo que había en la recamara. Había supuesto que el calor provenía de su propio cuerpo. No obstante, alguno de los criados se había encargado de su comodidad, ¿o lo habrían hecho por su esposa? Antes era él mismo quien se encargaba de eso en su alcoba.

Collen se había alejado de su mujer, porque se encontraba muy excitado y, si no ponía distancia, no podría tener las manos quietas y no quería avergonzarla. Pero ella lo parecía de todas maneras; tenía las manos fuertemente apretadas sobre el regazo y no levantaba la vista del suelo.

Una muchacha que trabajaba en las cocinas llegó trayendo una pila de toallas, paño y jabón. Y, a una orden suya, todos los hombres salieron de allí. Collen pensó que había habido cambios en la administración de su casa.

—Los señores querrán cenar aquí; imagino que estarán cansados después del largo viaje.

—Buena idea… —Collen no sabía cómo se llamaba la muchacha.

—Me llamo Mai, señor.

—Gracias, Mai, ya te avisaré.

La chica salió y cerró la puerta en silencio.

Collen se acercó a su mujer y se acuclilló a sus pies. Los colores que inundaban sus mejillas la hacían parecer una preciosa flor.

—Debes tener calor con toda esa ropa puesta. ¿Por qué no te la has quitado? ¿O es que te hace falta una doncella?

Él sabía que no, pero no le gustaba verla indecisa y vergonzosa. Le encantaba cuando era ella misma, la que no se escondía de nadie, la que plantaba cara a los problemas y a todo bicho viviente. Bien sabía él que la vida en Escocia no era como la que ella había llevado anteriormente, sabía que se tendría que acostumbrar, que tendría que ayudarla a adaptarse.

—Llevamos viviendo juntos el tiempo suficiente para que sepas que no me hace falta una doncella para quitarme el abrigo.

Él asintió con la cabeza.

—Señora Ferguson, nuestro baño nos espera.

La cogió de la mano y tiró para que se pusiera en pie. Sus miradas se encontraron y ninguno de los dos hizo nada para apartarla. Collen la ayudó a quitarse el abrigo y no se paró ahí, la desnudó, besando cada trocito de piel que dejaba al descubierto.

Beth quería hacer lo mismo que él, pero su marido no colaboraba. ¿Qué le estaría pasando?

En cuanto se quedó como Dios la había traído al mundo, se encontró suspendida en el aire y con la boca de su esposo devorando la suya. Quería abrazarse a él, pero solo llegaba a los musculosos brazos que la sostenían. Con audacia levantó las piernas y cogiéndolo desprevenido le abrazó la cintura con ellas.

Collen, que le había enseñado que cuando estaban solos podía decirle o hacerle lo que quisiera, se sorprendió y sintió cómo su virilidad pugnaba contra sus pantalones. La llevó en volandas hasta la tina y la deposito con cuidado.

Al separarse, ella se sintió anhelante y vacía. Sus ojos debieron reflejarlo porque la voz ronca de su esposo dijo:

—Enseguida estoy contigo, amor.

Ella lo miró y, al ver las prisas con que se estaba desnudando, supo que estaba tan ansioso como ella. Coqueta, se hundió en el agua caliente con movimientos sensuales sin apartar la mirada de los ojos color whisky que se oscurecían de pasión.

En un segundo, su marido estaba entrando en la tina, la levantó y la acomodó encima de su cuerpo; ella se removió y se puso cara a cara con él. Los dos disfrutaban de sus miradas cuando hacían el amor.

—¿Es una costumbre escocesa hacer el amor al mismo tiempo que os bañáis?

La pregunta arrancó una carcajada a Collen.

—Creo que va a ser la primera vez para los dos.

—Me encanta saberlo.

Beth se incorporó contra su pecho hasta llegar a la boca de su marido y lo besó con todo el amor que sentía por él. Y notó como las manos grandes se movían por su espalda y nalgas encendiéndole la sangre. Se removió contra el duro cuerpo y buscó bajo el agua hasta hallar la masculinidad de su marido que guio hacia el interior de su

cuerpo.

Collen estaba fascinado por la gama de colores cambiantes de los ojos de Beth cuando se excitaba. La cogió por las caderas para enterrarse en ella lentamente. El gemido que inundó la alcoba fue como música celestial para sus oídos.

—¿Te gusta así?

Ella afirmó con la cabeza, respiraba con dificultad.

—Entonces esto te encantará.

Le cogió los pies y se los pasó alrededor de la cintura, quedando de frente con esos pechos que lo volvían loco; los amasó, le excitó los pezones cogiéndolos entre el índice y el pulgar mientras terminaba de entrar en el estrecho canal que lo acogía con glotonería.

Beth jadeó cuando lo sintió tan enterrado en ella; el violeta de su mirada se había vuelto casi negro de lo excitada que estaba. Empezó a moverse sobre las caderas de Collen. Las caricias de las manos de él, las del agua al removerse contra su cuerpo y el movimiento de ese miembro en lo más profundo de su cuerpo la estaban enloqueciendo.

Collen disfrutaba de la visión de su esposa, tan pequeña, tan suave, tan apretada, gozando y gozando, dándole tanto placer como él a ella. Puso una mano bajo el agua, buscó el pequeño botón hinchado en el sexo de su mujer y lo acarició con garbo haciendo que ella volara hacia las estrellas y, acompañándola, se unió a ella en el goce.

Con su pequeña esposa desmadejada sobre su pecho, Collen suspiró con placer. Nunca había conocido tal éxtasis con una mujer. Cogió el paño y empezó a lavarla con ternura; ella se revolvió cuando él le lavó entre las piernas.

—¿Qué haces?

—Bañarte, amor.

El suspiro que ella soltó le dijo que le gustaba. Cuando terminó salió de la tina y se sentó en la mullida alfombra con ella en brazos y la secó a conciencia.

Con los amorosos cuidados de su esposo, Beth se estaba adormilando. Al darse cuenta, él la llevó a la cama y la arropó. Su respiración acompasada le dijo a Collen que se había quedado dormida. Se vistió y salió de la alcoba.

Cenó en el salón con Douglas y se puso al tanto de cómo iban las cosas por sus tierras. Cuando volvió a la alcoba, su mujer no se había

movido.

Capítulo 35

A la mañana siguiente, Collen se vistió con el kilt azul, verde y amarillo, que eran los colores de clan. A Beth aquella vestimenta le trajo recuerdos de cuando se habían conocido, pero en esa ocasión se recreó en el aspecto de su esposo. Al ver su mirada, él dejó que ella lo recorriera con esos ojos violeta que apreciaban lo que veían. Le hizo gracia que diera una vuelta completa a su alrededor.

Beth sentía como si mil mariposas revolotearan por su estómago. Esta manera de vestir mostraba sus fuertes brazos y sus gruesas piernas. Pensó en sus conocidos de Londres. Estos pensarían que era escandaloso e indecente, pero a ella le parecía que estaba más guapo que con la ropa de etiqueta que había usado en su país. Sonrió al imaginar las caras que pondrían las tontuelas que habían coqueteado con él si lo hubieran visto vestido así y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Te gusta lo que ves, esposa?

Al darse cuenta de que su marido había estado observándola, sonrió con picardía.

—Mucho.

Aquella respuesta hizo que él salvara el espacio que los separaba y la encerrara entre sus fuertes brazos, levantándole la barbilla para capturar sus jugosos labios. El beso lo rompió un extraño ruido. Collen levantó la cabeza y la miró al mismo tiempo que ella se ponía una mano sobre el estómago.

Al identificar lo que había oído, Collen soltó una carcajada que abochornó a Beth.

—Lo siento —susurró avergonzada.

—No tienes por qué, amor. Soy yo el que tendría que haber recordado que llevas muchas horas sin comer.

Las tripas volvieron a sonar y él, con una gran sonrisa, la cogió de la mano y la llevó al salón. Allí desayunaron solos; los soldados ya estaban en el patio practicando con las armas. Podían oír el ruido de metal contra metal.

Cuando terminaron, Collen recorrió el castillo con Beth, presentándole a todo el mundo, pues ella insistía en conocer a todos para poder hacerse cargo de la tarea de la señora del lugar. La cocinera, la señora Elsie, le contó que para esa noche estaba preparando un banquete para celebrar sus nupcias como era debido. Era una mujer rechoncha con un moño entrecano, unos mofletes rosados y unos pálidos ojos azules. Su sonrisa bondadosa le gustó al primer vistazo.

Beth pensó que era lógico que todos quisieran gozar de un festejo. Sus familiares de Londres así lo habían hecho el día que se casaron.

Collen, que había estado escuchando; se sintió satisfecho cuando Beth se lo agradeció a la cocinera. Miró en derredor y vio que varias mujeres se afanaban en los fogones. Sabía que Brenda antes de irse había instruido a una de las mujeres para que ocupara su lugar y se encargara de que todo en el castillo funcionara a la perfección; pero, para su sorpresa, ni el día anterior ni ese la había visto por ningún lado.

—Elsie, ¿dónde está Ailsa? Creo que mi hermana la puso en su lugar.

La cocinera soltó una risita que sorprendió tanto a Beth como a Collen, aquella expresión en su rostro la hacía parecer más joven y el sonido hizo que ellos sonrieran a su vez.

—Creo que se está escondiendo de usted, señor —dijo la mujer—. Tiene miedo de que ahora que tiene esposa, le vaya a ordenar que vuelva a cultivar las tierras de su padre.

—¿Quién es Ailsa? —preguntó Beth.

—Una especie de ama de llaves.

Ella asintió; había visto lo suficiente para saber que necesitaría

ayuda si quería tener un hogar en condiciones.

—No veo por qué debería hacer eso cuando se ha ocupado de que todo funcionara en mi ausencia; además, la señora va a precisar de algunas manos más. —Al ver la ceja alzada de su mujer, añadió—. Creo yo.

Beth pensó en los cambios que mentalmente se había propuesto hacer y asintió a las palabras de su marido.

—Sí. ¿Te importaría si hago algunos cambios? Quisiera acondicionar algunas habitaciones que me has dicho que no se usan del piso de arriba para cuando vengan de visita mis familiares.

—Es tu casa, haz lo que creas conveniente —consintió Collen; sabía que ella echaría de menos a su padre y al pequeño Edy, además de a sus tíos.

Ella, que no se esperaba una claudicación tan pronta de su esposo, le sonrió y se aupó a su lado para darle un beso en la mejilla.

Elsie, que estaba pendiente de ellos mientras revolvía un estofado que olía de maravilla, asintió con cara de satisfacción. Esa nueva señora haría muy feliz al jefe, estaba segura de ello.

—Bien, pues cuando veas a Ailsa, dile que deje de esconderse —dijo Collen dirigiéndose a la cocinera—. Ahora mi esposa y yo nos iremos a cabalgar; quiero enseñarle nuestras tierras.

Con Beth de la mano, se dirigió hacia los establos y ella se entusiasmó al ver los animales en sus pesebres. Les salió al paso un viejete con una barba castaño rojizo muy poblada y unos cabellos que parecía que no se hubiese peinado en semanas.

—Jefe, ayer no pude felicitarlo por sus recientes nupcias; me alegro mucho de que haya cambiado de opinión y nos haya traído a una mujer tan preciosa. Nos alegrará la vista a todos.

Beth se sorprendió de las palabras del anciano; en cambio, Collen soltó una carcajada al oírlas.

—Evan, ¿vas a asustarla antes de que se instale?

El hombre pareció escandalizado.

—No era esa mi intención, señora, siéntase bienvenida. Siempre que me necesite, me tiene a su entera disposición. Aquí el viejo Evan se desvivirá para cumplir todos sus deseos.

—Muchas gracias, señor…

Él la interrumpió.

—Llámeme Evan, por favor, ya estoy demasiado mayor para que me llamen señor.

Beth le dedicó una de sus hechizantes sonrisas.

—Está bien, Evan, ¿qué caballo me recomienda para salir a cabalgar con mi esposo?

Collen vio como el viejo zorro se quedaba embobado al ver la sonrisa de su mujer.

—Ven, creo que por aquí está el caballo que usaba mi hermana cuando salía a dar una vuelta.

Llegaron a un pesebre donde había una preciosa yegua castaña. Beth se enamoró de ella al primer vistazo. Alargó la mano y le acarició el hocico. El animal resopló y le empujó la mano para que siguiera haciéndolo.

—Es preciosa. ¿No le molestará a Brenda que yo la monte?

—De ninguna manera, señora, este animal necesita ejercicio —dijo Evan, antes de que Collen pudiera intervenir.

Después de una cabalgata que los llevó a la cima del monte desde donde se veía gran parte de las tierras de Ferguson, dejaron que los caballos pastaran a su antojo y pasearon cogidos de la mano. Él le iba señalando cabañas de parientes, terrenos de cultivo y bosques; le advirtió que nunca se internara sola en los bosques porque era muy fácil perderse en ellos.

—De todas maneras, siempre que te apetezca salir a cabalgar, llévate a alguien que conozca el terreno. No quisiera que te ocurriera nada.

Le dio un apretón en la mano para que supiera que solo se preocupaba por su seguridad.

—Estoy seguro de que, si se lo pides a Evan, te acompañará gustoso. Le has gustado. Nunca lo he visto tan embobado por una mujer. Es un viejo gruñón y, sin embargo, hoy…

—Ha sido encantador.

—Por eso te digo que le has gustado; si no, habrían oído sus gruñidos desde el patio de armas.

Beth rio pensando que su marido le tomaba el pelo.

—Seguro que estás exagerando.

—Pregúntale a quien quieras.

Volvieron hacia los caballos y él la guio hacia un lago de aguas

cristalinas. Ella se quedó embobada mirando el reflejo de las montañas.

—Es precioso.

Ella no paraba de alabar todo lo que veía y él se sentía satisfecho de que le gustaran sus tierras. Bajó del caballo y la cogió por la cintura, la abrazó contra su cuerpo y la dejó resbalar lentamente por su torso hasta que sus pies tocaron tierra, pero no la soltó. Se sentó en el suelo y la arrastró a tumbarse encima de él. El aroma a hierba y flores que aplastaban sus cuerpos los envolvió y Collen buscó la boca de su esposa, la besó con ternura y amor. Como siempre que se besaban, la pasión subió y subió hasta llegar al punto sin retorno; él le subió las faldas y la acarició. El calor de ella lo envolvió y no pudo contenerse, la hizo suya allí, a las orillas del lago.

Aquella noche el clan entero se reunió en el salón para celebrar la boda del jefe. Las mujeres se habían esmerado para tenerlo todo a punto; habían llenado el salón de mesas con caballetes y el cordero podía ser degustado de todas las maneras posibles. Las verduras que lo acompañaban estaban para chuparse los dedos y el vino y la cerveza corrían por doquier. Todos brindaban por la felicidad de los recién casados y ellos agradecieron todas las muestras de respeto y cariño.

Al terminar la velada, más de uno estaba roncando la borrachera sobre las mismas mesas. Ellos se retiraron y los dejaron dormir la mona.

Capítulo 36

Beth se adaptó rápidamente a sus tareas. Varias muchachas se habían ofrecido a ayudarla en los cambios que quería hacer en el castillo; no fueron otras que Nerys y sus amigas. Ella se pasaba la mañana organizando los menús con la cocinera, disponiendo lo que quería que se limpiara ese día con Ailsa, el ama de llaves, que una vez que había dejado de esconderse de su marido, había resultado ser una mujer muy capaz. Debía tener la misma edad que Brenda y el mismo sentido del humor. Beth y ella se cayeron bien de inmediato. Cuando Ailsa le preguntó a su nueva ama por la hermana del jefe, esta le dijo que estaba teniendo mucho éxito en Londres. La joven pareció entristecerse y Beth le dijo que eso no quería decir que no volverían a verla; seguro que iría de visitas más pronto que tarde.

Beth también buscaba muebles adecuados para las alcobas que deseaba reformar para cuando tuvieran visitas. Rebuscando en los sótanos del castillo, encontró baúles llenos de telas, muebles que había que restaurar, sillones que había que arreglar, a los que les faltaba alguna pata o brazo, cambiar la tela del tapizado. Preguntó a las chicas si había alguien que supiera hacer esos pequeños arreglos. Vika le dijo que su padre sabría hacerlo, que en una escaramuza se había quedado cojo y que desde entonces hacía esas tareas para los miembros del clan. Beth le pidió que le dijera a su padre si podría acudir al castillo a la mañana siguiente, unos ojos expertos le irían bien para saber lo que se podía reparar y lo que serviría para

alimentar las chimeneas. Iona y Nerys mientras, quitaban el polvo de unas viejas cajas que contenían viejos vestidos.

Isobel, que se había unido al grupo, ese día se excusó porque tenía que ayudar a su madre a recoger las verduras de su huerto.

Beth se daba cuenta de la dura vida de las mujeres en aquellas tierras y deseaba ayudar a todo el mundo, pero sabía que no podía. De momento, empezaría por esas chicas que se estaban portando tan bien con ella; las colocaría en el castillo.

Su esposo la buscaba varias veces al día para asegurarse de que estaba bien. En ocasiones la volvía loca con sus constantes atenciones, pero le gustaba que la tuviera en mente en todo momento.

Nerys los miraba, loca de envidia. Pero disimulaba muy bien. Ya llegaría el momento de poner a cada cual en su lugar.

Las reformas en las alcobas iban más rápido de lo que todos creían en un primer momento. Collen le insistía a su esposa de que no se agotara tanto; sabía que había posibilidades de que estuviera embarazada, ya llevaban tres meses casados y pasaban unas maravillosas noches. No tardaría mucho en concebir un bebé. Estaba seguro. Aunque sospechaba que ella no había pensado en el asunto.

Una tarde la tentó para que salieran a cabalgar. Le había dicho a la cocinera que les preparara una cesta para hacer un pequeño picnic. Se internaron en un bosquecillo donde pasaba un río de aguas tranquilas. Collen extendió su plaid en el suelo a la orilla y la invitó a sentarse con él. Al ver su pícara mirada, ella sonrió y lo hizo. Le encantaba el lado juguetón de su marido, que siempre salía a la superficie cuando estaban fuera del castillo. Parecía como si, rodeado de sus parientes, no fuera capaz de dejar aflorar su buen humor. Ella entendía que era el jefe, pero no creía que nadie le perdiera el respeto si veía su lado humano, alegre y divertido. Al contrario, verían que era como todos ellos, que reían en voz alta y se gastaban bromas mientras comían en el gran salón.

Collen empezó a sacar las vituallas que Elsie había puesto en la cesta; un odre de vino, pollo frío y queso, unos higos secos completaban la merienda.

Beth atacó con ganas lo que su marido había dejado sobre el plaid, él la veía comer y se la quedó mirando con una sonrisa de oreja a oreja.

Al darse cuenta de que él la observaba, a ella se le colorearon las mejillas como siempre que él la contemplaba con esa expresión.

—¿Qué pasa? ¿No tienes hambre?

—Veo que tú tienes más que yo —dijo, soltando una carcajada.

Las mejillas de Beth ardieron.

—Es muy poco caballeroso que me digas eso.

Collen rio con más ganas y ella hizo una mueca. Pero lo cierto era que se le estaba contagiando la risa de su marido; la comisura de los labios se le elevaron.

—No estamos en Londres, cielo. Aquí no tenemos normas.

—En eso te doy la razón; si por burlarte de mí te pego un puñetazo, nadie me va a juzgar.

—Cuando quieras, pequeña —la provocó él.

Beth cerró el puño y lo descargó sobre el hombro de Collen; él le echó mucho cuento y se derrumbó sobre el plaid, y ella le propinó varios más mientras los dos se reían.

De pronto, Beth se halló sobre el cuerpo musculoso de su esposo; el movimiento fue tan rápido que la cogió desprevenida. El momento de sorpresa lo aprovechó Collen para capturar sus labios, y explorar su boca con ardor y desenfreno. Ella se puso mimosa en el acto. Le encantaban esas muestras de pasión que su esposo le regalaba. Las manos de ella se movían por el torso que ese día su esposo llevaba al descubierto, acariciando y disfrutando de la cálida piel. La excitación subió y subió; sus corazones parecían tambores dentro de sus pechos. El aire salía de sus pulmones en forma de gemidos.

Beth sentía la mano de su marido que subía con lentitud por su pierna, arrastrando la falda con ella. Cuando llegó a las rodillas le hizo cosquillas y fue recorrida por un estremecimiento que la hizo temblar. Se separó de la boca voraz de Collen y soltó un jadeo.

—¿Te gusta, amor?

—Estamos a la intemperie —advirtió.

Sus miradas fusionadas.

—Nadie nos molestará.

Mientras hablaba, sus manos siguieron el recorrido y llegaron a su

destino: el vértice de los muslos femeninos, donde se dedicó a pellizcarla con suavidad. Collen notaba la humedad de su esposa y, por sus rápidas inspiraciones, supo que estaba a punto de llegar al éxtasis. La levantó por las caderas y la puso a horcajadas sobre él, sentirlo justo donde ella lo necesitaba hizo que se lanzara en busca de su boca para apagar los pequeños sonidos de placer que se le escapaban.

Collen entró en la húmeda gruta de su mujer, poco a poco, gozando del calor que lo envolvía. Cerró los ojos dejándose invadir por el placer que lo recorría en oleadas. Su mujer había aprendido muy pronto lo que a él le gustaba y eso lo enloquecía. Empezó a moverse en su interior y muy pronto ella se emparejó con él. Rodó en el plaid y terminó de penetrar en la suave cavidad que lo acogía, haciendo que Beth se arqueara de gozo. Empujó una, dos, tres veces y ella se tensó en sus brazos, llegando al éxtasis. Él se dejó ir en cuanto ella hubo agotado todas sus sensaciones.

Cuando Beth se recuperó, su marido la estaba acariciando delicadamente en la espalda. Se incorporó y se sentó frente a su caliente escocés.

—¿Tienes hambre?

—Si no recuerdo mal, yo estaba comiendo antes de… —dijo ella con picardía.

—Tienes razón, cariño.

Collen cogió un higo y se lo puso delante; ella hizo el intento de cogerlo con la boca y él lo retiró.

—¿Quieres jugar, señor mío?

—Contigo, siempre.

Pasaron más de una hora tentándose con la comida el uno al otro. Cuando terminaron, ella fue al agua a lavarse las manos y Collen la miraba recostado. ¡Qué suerte había tenido al encontrar a su mujer! Era algo que nunca se había permitido soñar, y en ese momento se sentía feliz de dedicarse unas horas a bromear, comer y gozar con su esposa.

No todo el mundo estaba contento con los cambios que se estaban

operando en el clan. La nueva señora no les gustaba a todos. Los planes de Nerys estaban funcionando; de momento, ya había logrado su puesto dentro del castillo junto con sus amigas. En un principio, lo único que deseaba era ganarse la confianza de la señora. No había contado con que Isobel, Iona y Vika también estuvieran todo el día revoloteando por allí. Les había prometido que, cuando ella fuera la esposa de Collen, ella las ayudaría. De esa forma, podría pedirles que hicieran ciertas cosas y ellas no se negarían; en ese momento, en cambio, ellas eran un obstáculo en su camino, pues adoraban a la nueva ama del lugar. Tendría que ir con mucho cuidado, que ellas no se enteraran de sus planes.

Capítulo 37

Cuando volvieron al castillo les esperaba una sorpresa, Sebastián estaba allí, y con él había traído al pequeño Edy.

Los miembros del clan miraban a ese hombre que hablaba con el comandante de las tropas ante la chimenea con curiosidad; no sabían quién era. Douglas, que lo había interceptado en el límite de sus tierras, le preguntaba por el viaje y, cuando se hizo evidente que nadie iba a ofrecerle nada, llamó a una de las criadas y le ordenó que les sirvieran una copa de vino.

Edy y la doncella que lo cuidaba estaban en un banco junto a la ventana; el pequeño miraba a todos esos desconocidos con una sonrisa en la boquita, pero nadie parecía hacerle caso a pesar de que no perdían de vista a aquellos intrusos.

En el momento en que Beth entró en el gran salón y vio a su padre, corrió hacia él y lo abrazó. Su hermano, al verla, saltó del regazo de su niñera y fue a su encuentro lo más deprisa que sus inseguros pasos le permitían.

—¡Papá! —exclamó ella emocionada, cuando los brazos de su padre la rodearon.

—Beth. —La vocecita del niño la sorprendió y, al girarse, el vuelo de su falda hizo que cayera de culo.

—¡Mi amor!

Beth se agachó y cogió a su hermano en brazos, lo besó y se dio cuenta de lo mucho que había crecido en esos pocos meses que llevaba

sin verlo.

—Y Alice ¿no ha venido?

—No ha podido, cariño, tiene a su hermana enferma y fue a cuidarla.

—Oh, espero que no sea nada grave.

Collen, que iba detrás de su mujer, llegó hasta su suegro y le estrechó la mano; los dos hombres compartieron una sonrisa al ver a Beth tan contenta.

—Señores, yo vuelvo a mis obligaciones —dijo Douglas no queriendo ser un intruso en el encuentro familiar.

El laird vio las extrañas miradas que los sirvientes lanzaban a su suegro. Llamó a Ailsa y le dijo que era su suegro, que prepararan las alcobas para sus invitados. Luego invitó a Sebastián a sentarse con él; lo hicieron en uno de los bancos que usaban los guerreros mientras Beth corría con su hermano, lo que sacaba carcajadas infantiles que les hicieron sonreír.

Collen se interesó por el viaje; no quería que ninguno de sus vecinos molestara a sus huéspedes porque sabía que su suegro iba a ir allí siempre que quisiera. Tras asegurarse que todo había ido bien, le preguntó por su hermana. Y este le dijo que se lo estaba pasando de fábula haciendo sufrir a unos cuantos caballeros. Lo que no le contó era que uno de ellos era él mismo.

A algunos escoceses no les gustó tener a aquel inglés entre ellos; desde que su jefe se había casado con aquella mujer, lo miraban como si no lo reconocieran. Ya no era tan disciplinado como antes. El matrimonio lo había cambiado. Desde que había llevado a sus tierras a esa esposa extranjera ya no era el mismo. Antes siempre estaba pendiente de sus parientes, protegiéndolos de sus vecinos y adiestrando a sus hombres para que nadie los molestara.

Su primo Duncan había sido el primero en quejarse del cambio de Collen una mañana mientras estaban practicando con las espadas. Lo estaba venciendo porque él se distrajo cuando su esposa salió al patio de armas cuando antes nunca había sido capaz de ver a su laird con el trasero por los suelos.

Se rio con ganas.

—Si nuestros vecinos se enteran de que estás tan embobado por tu mujer, no tardarán en venir con ganas de bronca. Nos robarán el ganado y tendremos problemas.

Collen lo miró frunciendo el ceño.

—¿Estás tratando de decirme algo?

—Que Ferguson, el vengativo, ya no es el mismo, que está obsesionado en lo que encuentra bajo las faldas de su esposa.

El laird que se había levantado mientras su primo le hacía el reproche, levantó la espada y le arreó una buena sucesión de mandobles que lo mandó de espaldas al suelo. Le puso la punta de su claymore en el cuello…

—Y esto es lo que se van a encontrar —gruñó, atravesando a su primo con la mirada. —Duncan tragó grueso. El peso de la espada en su cuello y la fiereza en los ojos de su primo le dieron a entender que se había pasado de la raya. Con los dedos apartó la afilada hoja de su piel y se levantó—. Duncan, no te equivoques, que me haya casado no cambia nada.

Collen le dio la espalda y se alejó. Sin embargo, alcanzó a oír que su primo murmuraba… «eso es lo que tú dices». Furioso fue en busca de Douglas, que, junto con su primo, eran los únicos que le podían proporcionar una buena pelea. Y en ese momento la necesitaba. Era la forma de descargar su mal genio, que estaba en las nubes.

No muy lejos de ellos, Nerys había oído las palabras intercambiadas por los primos. Y le pareció que, detrás de las palabras de Duncan, había algo más que una burla. Tendría que tantear el terreno.

Aquella misma noche, se sentó junto a Duncan a la hora de cenar. Los hombres reían y comían mientras soltaban comentarios groseros. Ella hizo como que lo ignoraba y les seguía las bromas. Cuando terminó y se levantó, Duncan le arreó un cachete en el culo.

Nerys lo miró lanzándole dardos por los ojos y, al ver la ceja levantada del hombre, empezó a trazar un plan. Le sonrió y se alejó con una risita coqueta. Lo que él interpretó como una invitación y salió raudo detrás de ella. La cogió por la cintura antes de que ella llegara a la entrada y la guio hacia el exterior.

—¿Qué haces? —preguntó Nerys, mirándolo con sus claros ojos

azules e invitadores. Con un pestañeo presumido.

—Te acompaño.

—No voy a perderme.

—Yo me aseguraré de eso.

—Eres un bruto muy galante; será que se te están pegando los modales de tu primo.

Al oír esas palabras, él se tensó.

—Estás equivocada, princesa, yo nunca bailaré al son de ninguna mujer.

Ella, que había notado que lo había molestado con su comentario, pensó que lo tenía que aplacar.

—Así me gusta, los hombres… hombres.

Duncan se la quedó mirando. Mientras ella, que se había parado buscando sus ojos oscuros, le pasaba la mano por el pecho, acariciando los firmes músculos.

La audacia de la muchacha le gustó; la disfrutó unos segundos y luego, bajando la cabeza, la besó al mismo tiempo que sus rudas manos recorrían el cuerpo curvilíneo de Nerys. Ella lo dejó hacer, se colgó de su cuello y participó en aquel ataque sensual con gusto y ganas. De pronto, oyeron que otros guerreros bajaban por el camino, y ella se apresuró a apartarlo y corrió hacia su cabaña.

Beth disfrutó mucho de la visita de su familia y, cuando su padre empezó a hablar de volver a Londres, ella se entristeció. Y viendo lo bien que se lo pasaba el pequeño Edy allí, le dijo a su padre que lo podía dejar allí un tiempo. Collen estuvo de acuerdo. Le gustaba complacer a su esposa.

Que el niño se quedara allí extrañó a más de uno, que, viendo las horas que la señora le dedicaba, dio pie a que pensaran si verdaderamente sería su hermano o…

Capítulo 38

Desde el altercado en el patio de armas, Duncan se mostraba resentido con su primo. Los hombres que habían sido testigos de lo ocurrido se burlaban, diciéndole que nunca podría vencer con las armas al laird.

Él, que era muy orgulloso, empezó a tomarse aquellos comentarios como ofensas y su humor se volvió taciturno. Desafiaba a cualquiera que dudara de sus proezas con la espada.

Lo que siempre había sido un grupo de guerreros unido, con los mismos propósitos y el mismo amor por sus colores, dejó de serlo.

Collen se daba cuenta de que varios de sus hombres ya no se empleaban en el campo de entrenamiento como siempre, sino que se peleaban entre sí, como si la vida les fuera en ello, dejando baldado a más de uno.

Douglas también se percató de que algo estaba ocurriendo entre los soldados. Reunió en los establos a esos gallitos. Quería solucionar el problema sin que interviniera su jefe. En los últimos días se fijó en las miradas incendiarias de Collen hacia ellos; se temía que estaba perdiendo la paciencia.

Lo que el comandante no tuvo en cuenta fue que su señora estaba en un pesebre. Beth había ido con el pequeño Edy a jugar a los establos y el chiquitín se quedó dormido; entonces ella se dedicó a cepillar a la yegua que montaba asiduamente. Nadie reparó en su presencia.

Cuando todos estuvieron allí, Douglas cerró las puertas y miró a sus hombres con el ceño fruncido.

—Quiero saber lo que está ocurriendo.

Los unos se miraban a los otros, y a su comandante con furia.

—¿Por qué nos has reunido aquí, Douglas? —preguntó Duncan.

—Para proteger vuestros miserables pellejos.

La voz del comandante demostraba su enojo.

Beth, al oír a los hombres se quedó muy quieta; no parecía una charla amistosa de varios amigos que fueran a patrullar por los alrededores.

—¿Te crees que eres nuestra niñera? Nosotros nos protegemos solos —dijo Duncan.

—¿Qué es lo que pretendéis? ¿Quieres que tu primo te expulse del clan?

—¿Por qué iba a hacer eso Collen?

Los guerreros se miraban los unos a los otros incómodos.

—Porque en lugar de adiestramiento, lo que hacéis es apalearos entre vosotros. Hay varios hombres con contusiones. ¿Qué pasaría si nos atacan y tenemos a la mitad de la guarnición baldada?

—Nosotros nos bastamos y nos sobramos para proteger a los nuestros.

Douglas estaba perdiendo la paciencia ante aquel atajo de cretinos.

—¿Sabéis lo yo veo? A un grupo de pendencieros que se creen mejor que los otros; tendría que daros una paliza a todos. Estáis poniendo en peligro a todo el clan.

—Eso lo hace mi primo solito.

—¿De qué estás hablando? —tronó la voz de Douglas.

—Desde que se casó con esa inglesa ya no es el mismo —rugió Duncan—. Y encima pretende endosarnos al bastardo de su mujer.

Aquel comentario hizo que Beth ahogara un grito; varios hombres oyeron algo y se giraron, pero pensaron que había sido algún animal.

—Tú eres imbécil, ¿de dónde has sacado eso?

La discusión se estaba yendo de madre. Los únicos que gritaban eran Douglas y Duncan; los otros estaban pendientes de lo que decían cada uno.

—No hace falta ser un genio. Primero nos la trae a ella, luego

viene su suegro, trae al crío y lo deja aquí. ¿No la ves a ella pendiente continuamente del pequeño? Es su madre, maldita sea.

—Estás diciendo una sarta de estupideces. La señora Ferguson es muy joven para tener un hijo de esa edad.

—Mi hermana tiene un hijo y no es mayor que ella.

Ese «ella» lo dijo tan despectivamente que fue como si Beth hubiese recibido un puñetazo en el vientre. Se dobló en dos. Le costaba respirar; parecía que un puño le apretara el corazón. Eso es lo que pensaban de ella sus nuevos parientes.

Entonces, se desató un pandemonio; todos hablaban a la vez. Ella alcanzaba a entender algunas cosas, pero se sentía muy indispuesta, por lo que acababa de escuchar. Al fin oyó la voz del comandante, que, enfurecido le había pegado un puñetazo a Duncan que lo dejó inconsciente en el suelo.

—Si hay alguien más que desee una paliza, que lo diga ahora —rugió—. Si no es así, os quiero trabajando en la muralla norte hasta nueva orden.

Se cruzó de brazos y esperó que todos los hombres abandonaran los establos, llevándose a Duncan, que aún no había recobrado el sentido.

Al quedarse todo en silencio, Beth se derrumbó contra el suelo. Douglas oyó un ruido y fue a ver. Ella no era consciente de las lágrimas que corrían por su rostro. Él entró en el pesebre, la ayudó a levantarse; la iba a acompañar fuera, pero ella clavó los pies en el suelo. Necesitaba estar sola.

—Cuida de Edy —dijo Beth, señalando con la cabeza dónde estaba el niño.

No espero a que nadie ensillara su yegua, subió agarrándose a las crines y salió del establo como si todos los demonios del infierno le pisaran los talones.

Douglas sabía que debía proteger a su señora, pero ella le había ordenado cuidar del pequeño. Cogió al niño, lo entregó a la primera mujer que encontró en su camino y le dijo que lo llevara al castillo. Montó un caballo y salió galopando tras la mujer del laird.

Beth no veía nada; tenía los ojos cuajados de lágrimas. Otra vez la tachaban de ramera y, en esos momentos, era peor, pues quienes lo creían eran los parientes de su esposo. Y eso lo perjudicaba a él.

Cabalgaba ciegamente y no se dio cuenta de que se internaba en el bosque hasta que una rama le dio en la frente. Se mantuvo encima del caballo con precariedad. Detuvo el caballo a duras penas y, secándose la cara con la manga, hizo que fuera al paso. Reconoció el bosquecillo donde la había llevado su marido de picnic; recordó el riachuelo y se dirigió allí. Dejó que las lágrimas corrieran libremente por su rostro; no era una mujer llorona, pero reconocía que dejar salir su angustia de esa forma la ayudaría a calmarse.

Douglas vio el caballo pastando y buscó con la mirada a su señora; ella estaba inclinada a la orilla del riachuelo, arrodillada y mojándose la cara. Ella oyó que alguien se acercaba, miró por encima del hombro y, al verlo, le dijo que quería estar sola, que no se acercara.

Él se detuvo, no obstante, no iba a dejarla sola allí y en aquellas condiciones. Sabía que había escuchado toda la discusión en el establo y que debía estar muy ofendida. Lo que lo confundía eran aquellas lágrimas; cualquier otra mujer estaría despotricando contra todos los que la habían insultado.

Beth estuvo un buen rato allí. Debatía consigo misma si se lo contaba a su marido montaría el cólera; si se lo ocultaba y llegaba a enterarse, pasaría lo mismo. ¿Qué debía hacer? Si él descubría que ya lo sabía y no le había dicho nada, se enfadaría con ella. ¡Qué difícil era estar casada!

Sin saber qué haría, se dirigió a su caballo. Douglas la interceptó.

—¿Se encuentra mejor, señora?

Ella asintió con la cabeza. No quería hablar con ese hombre, pero sabía que este no tenía secretos con su marido. Seguro que antes de la cena, su esposo sabría todo lo ocurrido.

—¿Hay alguna probabilidad de que Collen no se entere de esto? —preguntó ella.

—Ninguna. —La negativa del soldado fue rotunda.

—Pero… ¿es que no te das cuenta de que se va a enfadar?

Douglas frunció el ceño.

—No se lo puedo ocultar y, aunque lo hiciera, se daría cuenta del castigo que les he impuesto a esos hombres. Su marido no es tonto, señora. Además, ¿cómo va a ocultarle ese chichón que tiene en la frente?

Beth se pasó los dedos por la hinchazón que le había salido. Se

puso roja.

—Le diré que iba distraída.

—¿Le va a mentir? —dijo él arrastrando las palabras.

Ella estaba perdiendo la paciencia. Ya tenía bastante con lo ocurrido para que, en ese momento, ese hombre pretendiera juzgarla.

—Tengo que hacerlo.

—¿Por qué?

Tenía que lograr que colaborara con ella. Collen le había hablado en Londres de cómo solucionaría su problema en sus tierras y no quería ser la causa de un conflicto entre los miembros del clan.

—Porque antes de casarnos corrían los mismos rumores sobre mí y me dijo cómo lo solucionaría aquí.

—Ah…, ¿sí?

Entonces entendió las lágrimas. No era la primera vez que le ocurría lo mismo.

—Lo único que puedo prometerle es que no diré nada si no me pregunta.

Ninguno de los dos creía en esa posibilidad.

Douglas vio cómo ella lo miraba lanzando chispas con los ojos. Beth pasó por su lado y se encaramó al caballo. Una sonrisa se le dibujó en los labios al comandante. Desde luego, su jefe había encontrado una rara joya, una mujer que anteponía el bienestar de los demás al suyo propio. Montó su caballo y la siguió en la distancia sin perderla de vista pensando en lo que ella le había dicho.

Beth llegó al castillo y se preocupó de su hermano. Cuando se aseguró de que estaba bien con Kate, su niñera, se fue a su alcoba. Tenía que hacer algo para ocultar el chichón que le había salido en la frente antes de la cena, que sería cuando vería a su marido. En su apresuramiento no vio a Nerys, que estaba esperándola. Se había enterado de la discusión en los establos y de que Duncan se había visto relegado a la reparación de la muralla. La señora casi se la lleva por delante al girar por un pasillo que llevaba a sus aposentos.

—Lo siento; iba distraída —dijo Beth, ante la mirada extrañada de la rubia.

—¿Qué le ha pasado en el pelo?

Se había soltado la trenza que solía llevar para que nadie viera la rojez y la hinchazón. En el poco tiempo que llevaba allí, sabía que los chismes corrían más que en Londres.

—Tengo que cortarme el pelo; ve a por unas tijeras.

Nerys vio la oportunidad que estaba esperando. La señora, antes de casarse, seguro que había tenido una doncella. Si lograba desempeñar ese trabajo para ella, podría introducirse en el dormitorio de los señores.

—Enseguida, señora.

Unos minutos más tarde, tocó a la puerta esperando que le diera permiso para entrar.

Beth estaba ante el espejo, poniéndose un paño frío sobre la hinchazón.

—¿Qué le ha pasado?

—Iba distraída.

—Ha tenido suerte de que no se le ha abierto la piel.

Tendió la mano para que le diera las tijeras.

—Me voy a cortar el pelo; no quiero que piensen que soy una atolondrada.

—Nadie osaría pensar eso de usted.

Nerys sabía que lo que pensaban era mucho peor, pero no le convenía decírselo.

—No voy a arriesgarme.

—Si quiere, yo tengo buena mano con las tijeras.

El suspiro de Beth le confirmó antes que sus palabras lo que ella había imaginado.

—Menos mal, la que siempre me ha cortado el pelo era mi doncella. Seguro que yo hubiese hecho un desastre.

—No se preocupe, señora, ya verá que bonito le va a quedar.

Era verdad que Nerys tenía buena mano. Le cortó el flequillo y le hizo una trenza a un lado que le caía sobre el hombro. Le favorecía mucho. Cuando terminó, Beth sonreía a su imagen en el espejo.

—Muchas gracias Nerys, me has hecho un gran favor. Si necesitas algo, solo tienes que decírmelo.

La rubia aprovechó para hablarle de lo de Duncan. Beth se sorprendió de que la abordara a ella con la petición de que hablara

con su marido sobre el comandante de las tropas; le dijo que le había cogido ojeriza al primo de su señor porque era más fuerte y capaz que él. Como que ella sabía la verdad sobre el castigo que se les había impuesto a esos hombres, no quería inmiscuirse en las decisiones del comandante. Sobre todo, porque lo había hecho defendiendo su honor. Le aseguró que ya vería lo que podía hacer. Desde luego no pensaba hablar con su marido de lo ocurrido aquella tarde.

Nerys sabía que, si ella cuestionaba los asuntos de los hombres, se ganaría una buena bronca o una zurra. A las mujeres no les estaba permitido interponerse en lo que ellos hacían o dejaban de hacer. Quería saber hasta donde la consentía su marido.

Collen, que cuando su mujer volvió, estaba en el patio inferior supervisando la construcción de un corral nuevo, no perdió detalle de su lamentable estado. Vio a su comandante que venía detrás y cómo este lo ignoraba a propósito y se dirigía a los establos. ¿Qué habría pasado?

Un rato más tarde, vio a Douglas que se dirigía al lago y fue tras él. Era normal que los dos hombres se bañaran antes de la cena. Y aprovechaban la oportunidad para ponerse al tanto de lo ocurrido durante el día.

El jefe oyó las explicaciones de su comandante. Este le contó a quien había mandado de patrulla por todas sus tierras y lo bien que iba la recuperación de algunos soldados que habían resultado heridos en las prácticas con la espada. Ferguson no era tonto, y se dio cuenta de que su hombre le contestaba las preguntas que solía hacerle antes de que las hiciera.

—He visto que has acompañado a mi mujer a cabalgar. Si me lo hubiese pedido a mí, la habría llevado.

—La señora salió intempestivamente; tuve que seguirla.

—Espero que no te diera ningún problema.

Su amigo evitaba mirarlo a los ojos.

—Ninguno. Ya sabes cómo es tu mujer; qué te voy a contar.

Esa respuesta le pareció un tanto extraña. Ya llegaría al meollo de la cuestión.

—¿Qué ha pasado que has mandado a un grupo de guerreros a la muralla norte?

Douglas se daba cuenta de que su jefe se estaba acercando demasiado a lo que su ama le había pedido que le ocultara. Pero no iba a mentirle.

—Últimamente se les están subiendo mucho los humos; solo trato de ponerlos en su lugar.

—Bien.

Iban caminando hacia el castillo cuando Collen volvió a la carga.

—¿Y dices que mi mujer salió de pronto a cabalgar sin escolta? Le tengo dicho que no lo haga sola; no quiero que se pierda. Aún no conoce bien estas tierras.

El jefe vio que Douglas apretaba la mandíbula. Era evidente que algo lo tenía molesto.

—¿Qué ha pasado con Beth?

Era una pregunta demasiado directa para que pudiera disfrazar la verdad. Douglas sabía que llegarían a eso. Había intentado evitar el interrogatorio. No obstante, la señora le gustaba y no quería que por su causa tuviera problemas con su esposo.

—Preferiría que le preguntaras a ella; me ha hecho prometer que no te diría nada.

Collen no dijo nada más. Le agradaba que su comandante fuera tan fiel a su esposa. Su mujercita le explicaría por qué había salido a cabalgar con tanta prisa.

Capítulo 39

Al entrar en el gran salón, Collen fue consciente de algunos cambios. Estos habían ido ocurriendo paulatinamente. Ya se había dado cuenta días atrás de que se iban formando dos grupos. Lo cual no era extraño, pues había dos grandes chimeneas, ante las cuales cenaban sus hombres, lo que no era normal, era que siempre hubiera los mismos en la derecha y en la izquierda. Los guerreros solían cenar en el primer banco vacío que encontraran. ¿Es que se estaban formando bandos?

Cuando vio a su esposa, se le olvidaron sus hombres. Estaba más bella que de costumbre. Lo esperaba sentada en la mesa hablando con su tío Kendrick, el padre de Duncan. Los dos reían por algo que el anciano le contaba.

Ella fue consciente de su presencia en cuanto él puso en pie en el salón. Era algo que la tenía desconcertada. Siempre pasaba. No podía estar en la misma estancia que su marido sin notar aquellas mariposas que le recorrían el cuerpo entero. Y esa noche, la sensación se sumaba a los nervios.

—Buenas noches a todos —Collen saludó a los presentes y se sentó junto a Beth.

Se inclinó sobre su oído.

—Cada día estás más bella, amor.

Vio con satisfacción que ella se ruborizaba.

Su tío se rio de que los dos jóvenes se miraran con aquel arrobo. Y

siguió contando batallitas de cuando era guerrero y las muchachas querían llamar su atención. Los criados empezaron a servir la cena y Collen dio buena cuenta de ella, dándose cuenta de que su mujer comía muy poco. La veía inquieta; le reía las gracias a su tío, pero lo miraba a él de reojo.

—¿No es de tu agrado la comida? —le preguntó.

Ella le sonrió.

—Sí, es solo que no puedo reír y comer al mismo tiempo.

Una excusa.

—Desde que estás aquí que lo has hecho —dijo él sonriendo como a ella tanto le gustaba.

—Tienes razón.

Beth se obligó a dejar de marear las verduras que tenía en el plato. Su esposo estaba pendiente de ella y, poco a poco, se forzó a terminarse la cena.

Douglas, viendo el apuro de su señora, hablaba con su marido. Ella se excusó tan pronto como terminó de cenar; arguyó que estaba muy cansada y se fue a acostar, rezando para que el comandante tuviera a su marido entretenido hasta que ella se hubiera dormido. Esto no ocurrió, pues estaba tan nerviosa que no podía pegar ojo. Él entró en sus aposentos un rato más tarde y la encontró en la cama. Beth se quedó muy quieta cuando oyó que se acercaba, los pasos de Collen eran inconfundibles. Se hizo la dormida; oyó cómo él se quitaba la ropa y en pocos minutos el colchón se hundió bajo su peso.

—¿Estás dormida, amor mío? —susurró atrayéndola hacia su cuerpo.

—Mmm…

—Sé que estás despierta.

Beth sabía que no tenía sentido hacerse la dormida, no podría hacerlo en toda la noche con los nervios que la ahogaban. Y él no tardaría en darse cuenta de que trataba de engañarlo.

Sin embargo, el tiempo que llevaba casada le había enseñado que había diferentes formas de distraer a un hombre, sobre todo al suyo. Se dio la vuelta hacia él, cuidando de que el pelo le tapara la hinchazón de la frente. Su boca buscó la masculina y lo besó con ardor, lo abrazó contra ella y se removió contra el duro cuerpo de su esposo que reaccionó al instante.

Un buen rato más tarde, cuando ella yacía bajo su marido, desmadejada, saciada y feliz; él levantó la cabeza y miró a su bella esposa con amor.

—Amor…

Al ver la frente de Beth, no terminó lo que iba a decir. Frunciendo el ceño, pasó la punta de sus dedos con toda la suavidad del mundo por la hinchazón.

—¿Qué te ha pasado?

Ella se espabiló en un segundo y movió la cabeza para cubrir lo que él ya había visto.

Collen le cogió la cara entre sus grandes manos y con los pulgares apartó el cabello.

—Me lo vas a contar. —No era una pregunta, era un hecho.

—Preferiría no hacerlo.

Collen puso la almohada apoyada contra el cabecero y, apoyándose, la atrajo entre sus brazos. Sabía que, si convertía sus palabras en una orden, ella se empecinaría más, incluso se enfadaría. Como era un hombre inteligente, conseguiría que ella se lo contara sin coaccionarla.

Le besó la hinchazón con tanta ternura que Beth sintió la caricia como si hubiese sido la de una pluma y no los labios de su esposo.

—Yo no soy tu padre, cielo. Ahora mismo me dirás lo que ha ocurrido. —Su tono de voz seguía siendo cariñoso.

—Iba despistada y me he dado un golpe; no es nada. Me lo he tapado con el pelo para que nadie pensara que era torpe.

Collen no se lo creía.

—¿Y eso ocurrió antes o después de que salieras a caballo intempestivamente sin escolta?

—Prométeme…

—No voy a prometer nada hasta saber qué te ha pasado. Yo no soy Douglas. A propósito de eso…, nunca más hagas que mi comandante me oculte algo.

Ella se giró para mirarlo a los ojos.

—¿No te ha dicho nada?

—Ha respetado la promesa que le arrancaste.

Ella tuvo ganas de sonreír al darse cuenta de que no todo el mundo la odiaba. Pero eso le dejaba a ella en la dura tesitura de

contarle lo ocurrido en el establo. Hizo una mueca.

Collen le dio un apretón, alentándola para que empezara a hablar. Cuando Beth terminó con el relato, su marido, que se había mantenido callado durante todo el tiempo, estaba furioso. Se repetía la historia. Lo mismo que había pasado en Londres en ese momento lo golpeaba con sus propios parientes. No dijo nada; la ira que sentía hacía que tuviera la mandíbula encajada. Respiró varias veces profundamente en un intento de calmarse.

Ella notaba la tensión que se había apoderado del cuerpo de su esposo y le acariciaba el pecho sin ser consciente de ello. Collen le cogió la mano.

—Yo solucionaré todo esto. Duérmete.

Beth tardó mucho en conciliar el sueño. En cuanto eso ocurrió, su marido se levantó de la cama y la cubrió con las mantas. Se sentó en el banco que había junto a la ventana; lo que el cuerpo le pedía era pasearse hasta encontrar la solución a su problema, pero despertaría a Beth, así que se obligó a quedarse quieto mirando la quietud del exterior.

Cuando volvió al lecho, había tomado varias decisiones. El calor del cuerpo de su esposa, el perfume inconfundible de ella y que se enroscara a su cuerpo en cuanto lo sintió a su lado hicieron que cayera en los brazos de Morfeo con un suspiro de satisfacción.

Capítulo 40

A la mañana siguiente, Collen, después de su práctica habitual en el patio de armas, se fue a inspeccionar las obras de mantenimiento de la muralla norte, donde sabía que encontraría a su primo y a los demás que estaban en contra de su matrimonio. Los hombres lo recibieron con gruñidos, frustrados por tener que estar haciendo aquel trabajo. El más osado fue Duncan cuando dijo…

—No sé cómo piensas defender al clan con esos guerreros que hasta un niño derribaría.

—¿Me estás diciendo que no puedo contar contigo para tal menester? Yo había pensado que lo tuyo eran las armas y no la conservación de las murallas.

Sus palabras mordaces hicieron fruncir el ceño a Duncan. Sabía que el comandante debía haber informado al jefe de la trifulca del día anterior. Debía ir con pies de plomo si no quería que su primo se enterara de lo que estaba planeando.

—Yo no he dicho eso; sabes que siempre nos hemos cubierto las espaldas el uno al otro. Y te garantizo también la lealtad de todos los que estamos arreglando este maldito muro.

Ferguson podía ver bajo la superficie que Duncan estaba tramando algo; la rápida capitulación con sus palabras le indicaba que estuviera alerta.

—Me gusta escuchar eso —dijo mirando a sus hombres, y viendo como más de uno no le sostenía la mirada.

Tenía motivos para preocuparse.

Nerys trataba de hacerse imprescindible para la señora. A Beth aún le costaba entender algunas palabras del gaélico y ella, presta siempre a ayudarla, le explicaba el significado.

Collen no había insistido en que Beth llevara el plaid que solían usar las mujeres de su clan; pensó que cuando ella se sintiera una de ellos, ya lo haría por voluntad propia.

Nerys le contó la importancia de lucir los colores de su marido. Cómo todos ellos se sentían orgullosos de pertenecer a esa gran familia y eso era el significado del plaid. Beth se quedó pensativa al escuchar aquello, ¿por qué su marido no se lo había explicado? Supuso que él esperaba que terminara de adaptarse a su nueva vida y a sus parientes. Decidió que le daría una sorpresa.

—Nerys, quiero hacerme un vestido con los colores del clan.

—Estaré encantada de ayudarla señora. —Pero ella no sabía confeccionar esa prenda, pensó rápido—. Estoy segura de que Isobel y Vika se lo pueden hacer en un par de días; son muy mañosas con la aguja.

—Gracias Nerys.

Los dos siguientes días, las cuatro mujeres se los pasaron en la alcoba de la señora, confeccionando un bonito y sencillo vestido. Beth no quería nada lujoso, deseaba algo sencillo, sin todos los adornos que había sufrido durante toda su vida en Londres. Además, quería que fuera como el que llevaban las mujeres del clan. Quería que la vieran como una más de ellas.

Por otro lado, Nerys se daba cuenta de que entre los hombres reinaba la desconfianza. Como los hombres mantenían a las mujeres en la más estricta ignorancia de sus asuntos, decidió poner fin a esa inopia. Duncan era su mejor baza. Al ser el primo de Ferguson, si las cosas se ponían feas y había algún enfrentamiento entre ellos, el que ocuparía

el lugar del jefe sería Duncan.

Empezó a arrimarse a él más de lo decoroso. Él no era ningún monje y que esa jovencita le pusiera ojitos alimentaba su vanidad. Nunca había tenido problemas para encontrar compañía femenina; las criadas de su primo no se le negaban cuando buscaba un buen revolcón. Por eso mismo, la compañía de esa muchacha que no trataba de ocultar sus intenciones lo alagaba.

Nerys jugaba a tres bandas: la primera con la señora, otra con Duncan y también estaba tanteando a las mujeres del clan. Se había pasado por las cabañas de sus vecinas, y como aquel que no quiere la cosa, les preguntó qué pensaban de la nueva señora. Había muchas a las que les gustaba Beth. Ella se había mostrado extremadamente amable con todo el mundo. Ella les decía que no terminaba de fiarse de tanta bondad viniendo de una inglesa y algunas de ellas le dijeron que mientras no les demostrara alguna falsedad, la apoyarían, pues hacía feliz a su jefe. Este se había mostrado más accesible desde que había vuelto casado.

Otras, tan envidiosas como la misma Nerys, estaban de acuerdo en que la nueva señora no podía ser tan perfecta, que seguro que ocultaba algo. Ella, que había oído los rumores de que el niño no era su hermano, sino que era su hijo, se lo decía como una confidencia, como algo que no estaba segura de que debieran creerse, pero así plantaba la duda.

Ese día, mientras Collen estaba supervisando la construcción del nuevo corral, uno de sus hombres se le acercó a galope; venía de una de sus patrullas que estaba en el límite este de sus tierras.

Reunió a varios de sus hombres y fue a solucionar el altercado con sus vecinos. Estos se habían internado en sus tierras. Sus guerreros los habían detenido y esperaban a su jefe. Cuando él llegó, los ánimos estaban bastante caldeados. Los dos grupos no paraban de increparse los unos a los otros.

Cuando Collen llegó, sus hombres le dijeron que habían encontrado ese grupo de Armstrong muy cerca de una de las granjas, que creían que querían robarles ganado. El cabecilla le dijo que eso no

era cierto, que se habían internado en sus tierras para acortar camino hacia las suyas. Ferguson le preguntó al granjero si le faltaba algún animal y este le contestó que no.

—Podría ser que hubiesen venido a inspeccionar el terreno para llevárselo más adelante —murmuró Douglas a su jefe.

Collen se dirigió al que había hablado anteriormente:

—Sabéis que no os quiero dentro de mis tierras. Si tenéis que dar un rodeo, lo hacéis. Y tened en cuenta que si me entero de que falta alguna cabeza de ganado ya sé dónde buscar. —La voz de Ferguson, potente y amenazadora, hizo que más de uno se revolviera inquieto.

—¿Y qué va a pasar si son otros los que se llevan su ganado? —dijo uno de los Armstrong con el ceño fruncido.

Collen se encogió de hombros y le lanzó una mirada que era suficiente respuesta.

—No puede culparnos a nosotros de lo que ocurra en sus tierras —gritó el forastero.

Ferguson acarició el mango de su claymore.

—Lo que sé es que podría encerraros en mi calabozo por invasión. ¿Es eso lo que queréis? Me estoy mostrando magnánimo al dejaros marchar sin derramar ni una sola gota de sangre. Así que aprovechar antes de que se me acabe la paciencia.

Todos montaron en sus caballos y se fueron de allí como si todos los demonios del infierno los persiguieran.

Sus hombres lo miraban como si no lo reconocieran. Él levantó una ceja como desafiándolos a que cuestionaran su decisión. Douglas fue el que aclaró el ambiente.

—Jefe, creo que te acabas de ganar a una patrulla para nuestros límites. —Soltó una carcajada—. Esos tipos vigilaran que nadie nos robe para que no los culpemos a ellos.

Los guerreros, que tenían ganas de una buena pelea, rezongaron.

Collen ordenó que siguieran con la patrulla y que tuvieran los ojos bien abiertos; no quería más sorpresas. Los acompañó durante un trecho; el aire en la cara, la visión de los altos montes, salpicados aquí y allá por las nieves perpetuas le encantaba. Los animales pastando, los granjeros ocupándose de sus tierras, sentir el animal que trotaba a la marcha que él le imponía…

Sus hombres, al mismo tiempo que vigilaban, no paraban de

bromear entre ellos, de contar anécdotas, algunas groseras que los hacían reír a todos. El buen ambiente que reinaba entre ellos hacía que disfrutara de la cabalgata.

Pasaron varias horas antes de que volvieran al castillo.

Beth estaba muy inquieta; sabía por Nerys que su marido había salido del castillo armado y con unos cuantos de sus más feroces guerreros. Estaba que la piel no le tocaba al cuerpo de lo nerviosa que se sentía. ¿Y si herían a Collen? Salió de las murallas; no quería que sus nuevos parientes la vieran en tal estado de ansiedad; creerían que no confiaba en su esposo. Caminó con paso decidido hasta llegar a la linde del bosque. Allí no la verían los guerreros que hacían guardia en las torretas. Allí se sentó apoyada contra el tronco de un árbol y empezó a rezar. Luego caminó por entre los árboles, retorciéndose las manos y preguntándose qué estaría haciendo su esposo. ¿Tendría problemas con alguno de los clanes vecinos? Agotada, volvió a recostarse contra el mismo árbol.

Sabía que su marido llevaba varias horas alejado del castillo; el sol ya casi terminaba su recorrido y seguía allí esperando que Collen volviera sano y salvo.

Cuando oyó un grupo de jinetes que se acercaba, se levantó. Vio a su esposo cabalgando al frente de sus hombres, al lado de Douglas. Parecía estar entero y, por la cara de satisfacción que vio, se lo debía haber pasado en grande. Agradeció al cielo que no le hubiese ocurrido nada.

Collen dejó el caballo al encargado de los establos y entró en el castillo; hacía demasiadas horas que no veía a Beth. Estaba contento y deseaba abrazarla y sentirla contra su cuerpo. Le preguntó a Ailsa por su mujer y esta le dijo que hacía horas que no sabía de ella. Como últimamente veía a Nerys junto a su esposa muy a menudo, le preguntó a ella y esta le contestó lo mismo. Empezó a inquietarse.

Salió al patio, y al preguntar a los guardias, uno le dijo que hacía horas que la había visto salir del castillo. Maldijo a gritos y varios de sus hombres que aún no habían dejado sus monturas estuvieron listos para volver a salir a buscar a su señora.

Collen montó el caballo que Evan le alcanzó y salió al galope. Solo pasaron unos minutos cuando la vio que caminaba hacia él. Levantó la mano y sus guerreros se detuvieron; les ordenó que volvieran al castillo y cabalgó hacia ella.

—¿Dónde estabas? —El tono que había empleado, enfureció a Beth.

Ella se había estado consumiendo de preocupación por él, y, cuando la veía, le gritaba.

—¿Dónde estabas tú? —le contestó ella con el mismo tono.

Collen bajó del caballo, se acercó a ella y vio la angustia en sus preciosos ojos violetas. Eso hizo que su temperamento se apaciguara un tanto.

—Arreglando unos asuntos en el límite este.

—¿Qué tipo de asuntos requieren que salgas con todas esas armas? —dijo ella señalando la claymore y el puñal que llevaba.

Collen sabía que tenía que tranquilizarla, pero también que debía acostumbrarse a su nuevo estilo de vida.

—¿Preferirías que saliera sin ellas y que no pudiera defenderme?

La imagen que se presentó en la imaginación de Beth hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Como no quería que su marido viera cómo la trastornaron sus palabras, pasó por su lado y, al dejarlo atrás, gritó…

—No.

Sin pararse, se encaminó hacia el castillo.

Él la alcanzó en unos segundos, la cogió por el brazo, pero ella no se volvió. Le daba la espalda. La giró y cogiéndole la cara entre sus grandes manos, le enjuagó la cara con sus dedos.

—No llores, amor.

Ella tenía la mirada gacha; el nudo que se le había instalado en el estómago la estaba ahogando.

—Cariño, sabes lo que soy. Toda nuestra gente depende de que mantenga la paz. Hoy no he tenido que guerrear, pero habrá días que quizás tenga que hacerlo.

Mientras hablaba, le rozaba los brazos; la sentía temblar. Al fin, la abrazó y le frotó la espalda. Ella le empapó la camisa con sus lágrimas; él esperó paciente a que se calmara y se le pasara la angustia. Cuando la oyó hipar:

—¿Te sientes mejor, amor?

—Lo siento, me estoy portando como una tonta.

Collen le puso un dedo bajo el mentón y empujó para que lo mirara. Besó sus ojos enrojecidos, la punta de su nariz y al fin los labios. Lo hizo con tanta ternura que Beth se aferró como si quisiera fusionarse con él.

Cuando la sintió relajada entre sus brazos, Collen la montó en el caballo y él lo hizo detrás. No hablaron durante el corto trayecto. Dejaron la montura en manos de Evan y Collen la cogió de la mano y la llevó a una puerta lateral que no se solía utilizar. Sabía que su mujer no querría que nadie la viera con aquel aspecto. La acompañó hasta su alcoba y le dijo que lo esperara allí.

Él se encargó de que les subieran un baño y la cena; esa noche la dedicaría a tranquilizar a su esposa.

Los Armstrong volvieron a sus tierras con las manos vacías. Su jefe les había ordenado a sus hombres que, aprovechando que Ferguson se había casado y según sus informadores había descuidado la vigilancia de sus tierras, se internaran en el territorio y que esperaran a que anocheciera. Entonces tenían que entrar en el castillo y raptar a un bebé. La tarea parecía sencilla, si no hubiese sido porque, por lo visto, Ferguson no había desatendido la seguridad.

Cuando Lionel Armstrong oyó el relato de sus hombres, maldijo. Hacía una semana que tenía una invitada que lo tentaba, que le prometía el paraíso. Pero le exigía que le trajera ese niño. Cuando le preguntó el motivo, ella se limitó a decirle que eso no era asunto suyo; que, si quería disfrutar de su cuerpo, lo que tenía que hacer era llevarle ese pequeño.

Capítulo 41

No era raro ver a Collen y a su esposa cabalgar a media tarde. Solían salir solos; eso les permitía una intimidad de la que no disfrutaban en el castillo. Cada día tomaban un camino distinto. Collen quería que ella se familiarizara con sus tierras.

Ese día volvían felices y satisfechos; habían disfrutado de su amor bajo la sombra de los abedules, junto a un río de aguas bravas. Montaban el mismo caballo; a él le gustaba cabalgar con ella en el regazo. Al salir de la espesura del bosquecillo desde donde se veía el castillo, Beth sintió una sacudida y cómo Collen contenía el aliento y se derrumbaba contra ella.

—Amor, me estás aplastando —dijo girando la cabeza.

Lo que vio le heló la sangre en las venas. Su marido estaba perdiendo el color del rostro y los ojos vidriosos los mantenía medio abiertos. Era evidente que no estaba bien. No le cupo ninguna duda cuando él aflojó el apretón con que la sostenía y se fue deslizando del caballo por un costado. Cayó al suelo y ella pudo ver la daga clavada en su ancha espalda. Se puso a chillar como una loca al mismo tiempo que ponía los pies en el suelo.

Sus gritos podían oírse desde el castillo, del que salieron varios hombres y se les acercaron a la carrera. Al ver a su jefe con aquel cuchillo en la espalda, Douglas saltó del caballo y le preguntó a Beth qué había ocurrido. Ella estaba inclinada sobre su marido, temiendo tocarlo. Su instinto le decía que le arrancara aquella arma, pero temía

que si lo hacía se desangraría. Las lágrimas corrían por su rostro, pero no era consciente de ellas.

El comandante dio órdenes a diestro y siniestro para que su jefe fuera llevado al castillo. Allí a campo abierto eran unos blancos fáciles para quien hubiera atacado a su jefe. Duncan apareció en aquel momento, le dijo que cogiera a un puñado de hombres armados y que buscaran al responsable; que recorrieran el bosque y que no volvieran sin el pellejo de quien había lanzado la daga.

Collen fue llevado a su recamara y una mujer entrada en años, con una vistosa trenza blanca, entró apresurada. Beth no la había visto nunca.

—Soy Shona, curaré al señor.

Se giró hacia los hombres que estaban como pasmarotes y fue dando órdenes a todo el mundo: que le trajeran toallas, vendas, whisky y mucha agua caliente. Se acercó al lecho donde estaba Ferguson bocabajo y miró el mango que estaba hundido hasta la empuñadura en la espalda del jefe, con una pequeña daga hizo jirones la camisa ensangrentada para ver mejor el alcance de la herida.

—Sanará —dijo con su voz cascada.

—¿Por qué no abre los ojos? —el terror se podía sentir en la voz de Beth.

Shona miró a la señora con sus profundos ojos marrones.

—Por el momento, es mejor que esté inconsciente.

Aquel críptico comentario le dio a entender de que su marido debía sufrir mucho.

Se puso a rebuscar en un saco que llevaba y sacó unos saquitos que derramó sobre la mesa. Cogió un cuenco y se puso a mezclar varias hierbas, añadió un chorro de whisky y lo dejó a un lado. Preparó varias vendas que también dejó a su alcance.

Los hombres ya habían llevado todo lo que les había pedido y seguían allí. La mujer los hizo salir a todos menos al comandante.

—Tendrás que ayudarme, Douglas; cuando yo saque el puñal, sangrará mucho, coge esas vendas y aprieta sobre la herida.

Beth se retorcía las manos llena de ansiedad.

—Señora, si va a desmayarse, mejor será que nos deje solos.

Ella pareció ofenderse por el comentario.

—No me moveré del lado de mi esposo.

La anciana hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Luego miró a Douglas y le dijo que lo sujetara para que no se moviera mientras ella sacaba la daga.

Collen se sacudió en la cama cuando Shona sacó el puñal de su espalda; su comandante había puesto una mano en cada hombro y lo sujetaba. Beth vio que Douglas no podía taponarle la herida mientras lo sujetaba. Cogió una de las vendas y la apretó contra el feo agujero que había dejado el arma. La sanadora se asombró de la fuerza de aquella muchacha. Cuando una venda estaba empapada cogía otra y repetía el proceso.

Beth sentía que la bilis le subía a la boca. Se estaba mareando. Pero debía ser fuerte por su marido. Ya vomitaría más tarde.

Llegó un momento que Collen dejó de debatirse, señal de que había perdido el conocimiento otra vez. Shona apartó a Beth y ella misma iba empapando las vendas hasta que el flujo de sangre menguó. Entonces le puso la mezcla del cuenco en la herida y la vendó con la ayuda de Douglas y una fuerza increíble en una mujer de su edad.

—Me quedaré con él —dijo la anciana—. Señora, puede ir a acostarse.

—Mi lugar está junto a mi marido.

Shona alzó los hombros con resignación.

—En cuanto despierte, dele whisky; le calmará el dolor —dijo la anciana a Beth mientras recogía los saquitos desperdigados por la mesa—. Mañana vendré a cambiarle el vendaje.

Cuando salió de la recamara, Beth le pidió al comandante que la ayudara a poner más cómodo a su marido. Este asintió; vio cómo ella cogía la daga de Collen y le desgarraba las ropas, para quitárselas sin apenas moverlo. Lo desnudó, lo lavó con un paño, quitando todo rastro de sangre y lo cubrió con las mantas.

—Gracias Douglas… ¿Puedo llamarte Douglas?

—Desde luego, señora.

—Quiero pedirte un favor.

—Lo que usted diga.

—Encuentra a quien ha intentado matar a mi marido.

—Puede estar segura de que no pararé hasta encontrarlo.

—Gracias.

Cuando quedó sola con su marido, Beth cogió un paño y le mojó

los labios con agua fresca. La sanadora le dijo que le diera whisky, pero cómo hacerlo con él inconsciente.

Una criada llamó a la puerta con suavidad. Le subía un tazón de caldo.

—Gracias, Clarine.

La chica le preguntó si necesitaba algo más y ella negó, tenía el estómago tan revuelto que se creía incapaz de comer nada.

La alcoba olía a sangre. Fue hacia la ventana, la abrió un poco y dejó que el aire entrara y refrescara el ambiente. Se envolvió en un chal y se sentó al lado de su marido.

A su mente acudió el recuerdo de la maravillosa tarde que habían disfrutado, y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. ¡Habían tratado de matar a Collen! ¿Por qué?

Douglas entró en el gran salón y vio a Duncan cenando con varios de sus amigos. Por lo visto y la algarabía que formaban, debían de haber cazado al autor que había lanzado la daga que había estado a punto de acabar con la vida de su primo. Se acercó a ellos y le preguntó si estaban celebrando algo.

—En el bosque no había nadie; lo hemos rastreado palmo a palmo.

Lo dijo con tal tranquilidad que Douglas frunció el ceño.

—¿Y no has pensado que debías buscar más? Esa daga no ha salido de la nada.

Su voz fue tal trueno que los que estaban junto a Duncan dejaron de comer y miraron el intercambio de ceños.

Al fin, el comandante, se dirigió al exterior; tenía que encontrar al cabrón que había tratado de matar a su jefe. Cuando llegó a las puertas, se dio cuenta de que la oscuridad era absoluta. La noche sin luna era una gran barrera para salir en pos de nadie. Maldijo y volvió sobre sus pasos. No le pasó desapercibido que, al acercarse a la mesa donde estaban los comensales, todos se callaban. ¿Qué estarían tramando?

Fue a la cocina y le dijo a Elsie que le sirviera algo ligero. Se sentó en un banco en la misma estancia. Se puso whisky en un vaso y se

tomó una sopa que le sirvió la misma cocinera. Esta le preguntó por el estado del señor.

Al terminar, buscó a algunos de sus guerreros y les dijo que estuvieran preparados al alba para salir a buscar posibles intrusos. A otros dos les ordenó que hicieran guardia en la alcoba del señor. Y, cuando se dirigía a su alojamiento, pasó cerca del salón y oyó que Duncan y sus hombres aún estaban de juerga. Iba a amonestarlos por armar tanto escándalo cuando oyó: «La inglesita lo tendrá muy fácil». A eso le siguió una risotada. Se preguntó de qué estarían hablando. Se quedó dónde estaba; «La han dejado sola con él», «no me extrañaría que mañana mi primo hubiese muerto». ¿Qué significaba eso?

Los pasos del comandante resonaron en el salón. La embriaguez ya estaba empezando a afectar a unos cuantos. Se encaró a Duncan, que era quien había hecho el último comentario.

—¿Qué está pasando aquí?

—Nada, Douglas.

—¿Qué has querido decir con eso de «que tu primo hubiese muerto mañana»?

Duncan se había excedido con la bebida. Soltó una risita.

—¿Es que no te das cuenta? En ese bosque no había nadie; sin embargo, mi primo acaba con una daga en la espalda… Quien lo ha apuñalado ha sido su esposa.

Douglas cogió al guerrero por el pescuezo, le levantó y se encaró con él.

—Estás borracho. No dices más que estupideces. Vete a dormir la mona.

Lo empujó y Duncan trastabilló y cayó de culo al suelo. Una risotada general apagó la blasfemia que soltó el comandante.

—Todos fuera de aquí. Al amanecer os quiero en el patio de armas listos para salir.

Se quedó viendo cómo, entre risas y maldiciones, todos se iban. ¡Qué atajo de imbéciles!

Antes de irse a acostar, pasó por la alcoba de Ferguson, llamó y oyó la voz de su señora que le daba paso. La vio sentada al lado de su marido, con un plaid sobre los hombros y los ojos enrojecidos. Le preguntó si había habido algún cambio y ella negó con la cabeza. Le dio las buenas noches y salió, cerrando tras de sí la puerta sin hacer

ruido.

Collen despertó a medianoche con un gruñido. Beth saltó de la silla donde estaba.

—No te muevas, voy a darte whisky.

—No quiero whisky; quiero agua, tengo la boca como si hubiese tragado paja.

—Es para que no te duela.

—Dolerá igual, dame agua.

Beth lo ayudó a beber unos sorbos y, al ver las muecas de dolor que él no podía evitar, se le partía el corazón.

Una vez con la garganta aliviada, Collen le preguntó qué hacía en una silla.

—No quería molestarte.

—Lo que me molesta es que estés ahí sentada. Ven aquí.

Beth no se lo hizo repetir; se quitó la ropa y se metió en la cama a pesar de que no quería dormir, por si su marido necesitaba algo; el calor del cuerpo de su esposo la hizo caer en el sopor casi al momento.

Despertó oyendo rezongar a Collen. Este intentaba ponerse en pie. Estaba a cuatro patas sobre la cama.

—¿Dónde vas? —Su voz soñolienta lo detuvo.

—Necesito aliviarme.

—Te acompaño.

—No soy ningún inválido.

Beth supuso que el dolor lo ponía de mal humor.

—Yo no he dicho eso.

—Nunca me he apoyado en nadie.

—Pues ahora tendrás que hacerlo.

Si terco era uno, el otro lo era más.

Se levantó; se puso el plaid por los hombros y lo ayudó a ponerse en pie. Él se apoyó sobre su esposa y aceptó su soporte. Cuando volvieron a la cama, era evidente el cansancio de Collen. Ella lo iba a acomodar, pero él negó, nunca había podido dormir bocabajo.

—Pero, te va a doler.

—Resistiré.

Beth le puso una almohada y él se acomodó. Ella trataba de mantenerse a distancia para no hacerle daño sin querer. Él, al sentirla tensa, alargó el brazo y la atrajo hacia su pecho.

—Duerme, amor.

No hizo falta que lo dijera dos veces, ella cayó en un profundo sueño.

El alba sorprendió a Beth con el estómago revuelto. Tuvo que correr para no vomitar allí mismo. Collen despertó por los extraños ruidos que hacía ella. La herida de la espalda le dolía horrores, pero se obligó a atender a su —suponía— embarazada esposa. Se levantó y le puso un paño mojado en la frente mientras ella sacaba las tripas. Cuando se sintió mejor, le lavó la cara con agua fresca y le dijo que volviera a la cama. Ella lucía una palidez extrema. Sin embargo, se negó. Sabía que muy pronto aparecería por allí Shona y no quería que la encontrara en la cama.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Collen.

—Podría hacerte la misma pregunta.

Beth culpó a los acontecimientos de las últimas horas su descomposición. Llamó a Clarine y le dijo que les trajera el desayuno. Collen miraba a su mujer, se lavó y se puso un cómodo vestido de lana. Se la imaginó redondeándose con un bebé en su vientre y sonrió.

Capítulo 42

Douglas salió al amanecer con una patrulla hacia el este; mandó a otras hacia los límites de la propiedad. Encontrarse con otros guerreros de los Armstrong lo enfureció, sobre todo porque ya les ha advertido. Sacó la espada y cabalgó hacia los seis caballos que se batieron en retirada. Él y sus hombres no tuvieron ningún problema para alcanzarlos y los derribaron de sus monturas. Los otros, viendo los ceños enfurecidos de los Ferguson, depusieron rápidamente las armas.

El comandante ordenó a sus hombres que registrasen a los Armstrong en busca de más armas. Los ataron y los condujeron al castillo. Quería interrogarlos. Una vez en las mazmorras, Douglas y dos de sus guerreros más fieros, se quedaron con ellos.

—Se os advirtió que no pusierais un pie en nuestras tierras, ¿qué estabais haciendo otra vez aquí?

La fila de guerreros Armstrong miraba al frente como si no lo hubiesen escuchado.

—¿Quién dirige esta patrulla?

Un hombre pelirrojo, con una barba que le cubría la mitad de la cara y unos anodinos ojos amarrones dio un paso al frente.

—Yo.

—¿Cómo te llamas?

—Broc.

Douglas les ordenó a sus hombres que encerraran a todos los

demás y le dijo a Broc que lo siguiera. Hacía muchos años que no habían tenido problemas con los Armstrong y quería saber a qué se debía aquel cambio. Y estaba seguro de que allí, delante de todos los hombres, ninguno de ellos diría nada. Una vez en el salón, se sentó en un banco de madera y le pidió whisky a una de las criadas. Se sirvió una generosa medida, y se lo bebió mirando a aquel sujeto que se lamía los labios.

—¿Tienes sed, Broc? —Este afirmó con un movimiento de cabeza.

—Dime lo que quiero saber y podrás acompañarme —dijo, llevándose la jarra a los labios—. Hace mucho tiempo que la paz reina entre nuestros clanes ¿a qué se debe este cambio?

El tipo se removió inquieto, frotó las botas por las esteras que cubrían el suelo de la estancia. No parecía dispuesto a hablar, pero a paciencia nadie le ganaba a Douglas. Llamó a una criada y le ordenó que le trajera algo para comer. Los ojos del prisionero se abrieron con desmesura y supo que estaba hambriento. De todos era sabido que el viejo Malcom Armstrong, el jefe de aquel infeliz, era un hombre sin consideración hacia sus subalternos. No se preocupaba si en su clan pasaban hambre, siempre y cuando, su mesa estuviera bien surtida. A menudo los soldados se veían en la necesidad de robar alguna cabeza de ganado a los granjeros para alimentarse. Pues él solo se preocupaba de llenar su propia despensa.

Y no era como en el clan Ferguson, que los guerreros comían en el salón, lo que les servían los criados y tenían su alojamiento dentro del castillo. Los soldados Armstrong comían y dormían en un pabellón aparte.

Douglas lo sabía porque en el pasado tenían muchas escaramuzas por el robo del ganado. Y en una ocasión en que uno de sus hombres más inexperto había resultado herido de gravedad, uno de los Armstrong, que había visto la lucha desigual, se detuvo a socorrer al joven. Puso su vida en peligro, para salvar a ese guerrero, pues los suyos se le echaron encima; sin embargo, los mantuvo a distancia mientras les contaba el porqué de sus robos. Ese mismo día, desertó de las filas Armstrong y pasó a ser un Ferguson. Desde entonces se ocupaba de los establos para no tener que matar a ninguno de sus antiguos parientes. No quiso saber nada más de armas. Ese era el viejo Evan.

A raíz de ese acontecimiento, hubo una lucha encarnizada, pues los Armstrong pensaron que habían secuestrado a uno de sus compañeros. Todo terminó con la claymore de Collen en el cuello de Malcom amenazando con hacerlo picadillo si volvían a molestarlo. Los Armstrong volvieron a sus tierras con el rabo entre las piernas y no volvieron a atacar… hasta ese momento.

Una criada trajo una fuente con cordero que había sobrado de la cena del día anterior. Douglas vio como la nuez de Adán de ese hombre se movía convulsivamente; estaba hambriento.

—Dime lo que quiero saber y podrás compartir mi almuerzo.

Broc se mantuvo en silencio. Douglas cogió un trozo de carne con su puñal y empezó a comer frente al soldado hambriento viendo como este no paraba de lamerse los labios.

Como que lo que les había ordenado su jefe no era de su agrado y estaba furioso por ello, no tardó mucho en decidirse a hablar.

—Tenemos una misión que cumplir.

—¿De qué se trataba? ¿De matar a mi laird?

—No —exclamó Broc con los ojos saliéndose de las órbitas—. ¿Ferguson está muerto?

—No…, pero ha sido atacado —dijo arrastrando las palabras.

Armstrong perdió el color de la cara.

—Te juro por todos mis muertos que ninguno de los míos haría nada contra Ferguson. Sabemos que es un jefe justo, y nunca…

—¿Cómo sabéis que es un jefe justo? —Lo interrumpió.

—Lo demostró cuando acogió a Evan. El mío lo habría matado por hacer lo que hizo.

—¿Por qué lo soportáis? Que yo sepa no se preocupa de sus parientes.

Broc bajó la vista al suelo, el hombre parecía avergonzado.

—Porque es un bruto muy inteligente. Hemos tratado de apartarlo de su cargo en varias ocasiones, pero no sé cómo siempre se entera y… ha matado a algunos de los nuestros por insubordinación.

—¿Y aun así no ha habido nadie que lo mate? ¿Es que sois unos niños de teta?

—No, señor.

—¿Por qué no os largáis y lo dejáis solo?

Broc se removió incómodo.

—¿Y dónde vamos?

—En cualquier clan acogerían a guerreros avezados.

—¿Vosotros lo haríais?

—Estoy seguro de que, si juráis lealtad a mi jefe, se lo pensará. Siempre que estéis dispuestos a trabajar. Aquí nadie vive de la sopa boba.

Broc pareció sopesar las posibilidades.

—Nos hemos apartado de lo que me interesa. ¿Qué estabais haciendo en las tierras de los Ferguson?

Armstrong no se lo pensó más.

—El jefe tiene una nueva puta; es una inglesa mal criada. Y se le ha metido entre ceja y ceja que le llevemos un niño de aquí.

—¿Qué? ¿Habéis venido a robar un niño?

El comandante se puso de pie de un salto.

—Sí…, pero no uno cualquiera; es uno que vive en el castillo.

Douglas lo miró pensativo con los ojos entrecerrados. ¿Le estaría diciendo la verdad? Mientras lo escrutaba, pensaba en que en el castillo no vivía ningún niño… Maldita fuera, sí que había un niño: el hermano de su señora. Y Broc le dijo que la puta de Armstrong era inglesa. ¿Qué estaba sucediendo allí? Tenía entre manos un intento de secuestro y uno de asesinato.

Mando a dos soldados con Broc a las mazmorras; luego ordenó en la cocina que dieran de comer y de beber a esos infelices. De momento, los mantendría encerrados hasta que su jefe diera una nueva orden.

Capítulo 43

Como Beth había supuesto, estaba masticando un trozo de pan para asentarse el estómago cuando apareció Shona. La anciana venía con el mismo saco que había llevado la noche anterior con sus hierbas. Refunfuñó cuando vio a su jefe bocarriba y este le dijo que dejara de regañarlo y que hiciera su trabajo. Cuando la mujer le puso las manos encima, notó que tenía fiebre. Miró a Beth con mala cara y le dijo si no era capaz de refrescarlo con paños fríos. Ella se adelantó y puso la mano en la frente de su esposo y notó que estaba más caliente de lo normal.

Collen se dio la vuelta para que la anciana curara su herida y por un instante las paredes parecieron moverse. Se sentía débil y supuso que se debía a la pérdida de sangre. No se lo dijo a las mujeres; sabía que, si se quejaba, lo mantendrían en cama y él pretendía salir ese mismo día en busca del que lo había intentado matar.

Shona le lavó la herida y vio que se había inflamado. Preparó un ungüento que olía muy mal y le puso la cataplasma. Lo volvió a vendar y le ordenó que se mantuviera en la cama. Él iba a protestar; se giró y todo pareció danzar a su alrededor. Cerró los ojos por la desagradable sensación.

—Señora, tiene que mantenerlo fresco. —Había visto la reacción de su jefe. Sabía que nunca se quejaría, pero su debilidad era visible en su mirada experta—. ¿Será capaz?

—Claro que sí. Dígale a Clarine que suba agua fresca; yo me

ocuparé de él.

La anciana salió rauda de la alcoba. Que esa jovencita le hubiese ordenado que mandara que subieran agua no le sentó nada bien. A ella no le mandaba una inglesa. No obstante, buscó a la criada y le dio las instrucciones.

Beth se pasó todo el día poniendo paños fríos en la frente y el cuerpo de su esposo. Este estaba irritado por el dolor y la sensación de mareo que no lo abandonaban. Se dormía a ratos y volvía a despertar con una maldición en la boca.

Cuando Shona entró por la puerta al anochecer, Beth estaba agotada. Collen no era un buen enfermo y tan pronto le agradecía sus cuidados como maldecía por tener que permanecer en la cama.

Douglas, que había acompañado a la anciana, vio la fatiga en el rostro de su señora. Le aconsejó que encargara a alguna de las criadas que se quedara son su marido y que ella se fuera a descansar, pero ella se negó.

Cuando Shona abandonó la estancia, Collen vio en los ojos de su comandante que tenía algo que decirle.

—¿Sabes ya quién trató de matarme? —preguntó Collen en cuanto se cerró la puerta.

—No, lo cual es extraño. Anoche mandé a Duncan en busca de forasteros y volvió con las manos vacías. Dijo que no habían encontrado ni huellas.

Los dos hombres se miraron significativamente.

Douglas esperaba hablar con su jefe a solas, lo que lo tenía preocupado no quería que ella lo oyera.

—Aparte…, hay otro problema, pero puede esperar a que estés más recuperado.

Por las miradas que se lanzaban los hombres, Beth supo que querían mantenerla al margen de lo que estuviera pasando. Era algo que no iba a consentir, por supuesto. Era su marido quien había resultado herido.

Douglas le hizo una imperceptible señal a Collen con la cabeza que este entendió a la perfección. Se despidió de sus señores y se fue.

Beth lo vio, pero no dijo nada. ¿Qué estarían tramando estos dos? No tuvo tiempo de pensar en el asunto. Clarine llegó con la cena para los dos. Ayudó a comer a su malhumorado esposo, que no quería que

ella lo cuidara tanto. Lo hacía sentir como un niño pequeño.

—No soy tu hermano —se quejó con malos modos, lo que a ella le dolió. Estaba física y anímicamente agotada. Le puso el tazón de caldo en las manos y se sentó en mesa para tomar sopa; también habían traído cordero estofado y fruta. Sin embargo, no tenía hambre.

Esperó que él terminara de comer; le puso la mano en la frente y la tenía más fresca. Se puso un camisón —nunca había usado uno desde que se había casado— y se acostó al lado de Collen, de espaldas a él. Se sentía dolida y no quería que le dirigiera la palabra.

Él la sentía tensa y se maldijo; sabía que lo único que ella quería era ayudarlo, pero la inactividad, la debilidad que lo invadía y el dolor de espalda lo tenían de mal humor. Se acomodó de lado, la cogió por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo. Ella no dijo nada, a pesar de que él sabía que estaba despierta.

—Perdóname, amor.

Beth no le contestó. Sintió que se le cerraba la garganta con unas terribles ganas de llorar. Si la daga se hubiese incrustado unos centímetros más abajo en la ancha espalda de su esposo, en esos momentos estaría preparando un funeral. Se durmió de puro agotamiento. No se sentía nada descansada cuando unas voces susurradas la despertaron. Collen la mantenía abrazada contra su pecho. Era su marido hablando con el comandante.

—Tenemos a seis Armstrong en las mazmorras.

—¿Cuánto ganado pretendían llevarse esta vez?

Douglas miró a Beth para asegurarse que estaba dormida. Ella no se movía; se la veía serena.

—Les ordenaron llevarse un niño.

—¿De qué hablas?

—Armstrong los envió para que raptaran al hermano de tu esposa.

Aquellas palabras hicieron que ella abriera los ojos como platos y contuviera el aliento. Los dos hombres la miraron y ella clavó sus ojos en los del comandante.

—¿Quién intenta hacerle daño a mi hermano? —chilló con la voz enronquecida por el sueño.

—Tranquila, amor, nada va a pasarle a Edy —dijo su marido tratando de serenarla.

—No se preocupe, señora, ahora estamos advertidos. Tendremos

al niño vigilado.

Douglas veía la agitación de Beth.

—¿Y fueron esos tipos los que hirieron a Collen?

—No.

—Entonces…, ¿quién fue?

—No lo sé.

Beth miró a Collen; él se veía tan tranquilo que le pareció que le estaban ocultando algo.

—Douglas, vete a descansar. Mañana seguiremos hablando —ordenó el jefe. Ya le había dicho lo que sospechaba y este se lo tomó con calma. Suponía que estaba furioso, pero que lo había ocultado para no preocupar a su esposa.

De camino a su recamara, Douglas pasó por el salón y oyó unos susurros apagados. Venían de debajo de las escaleras, donde tenían sus aposentos los soldados solteros. Los casados vivían en sus cabañas con sus esposas. Sin hacer ruido, se acercó allí donde estaban los que hablaban y se ocultó mientras escuchaba.

—Yo creía que eras el mejor lanzando cuchillos; menudo idiota, mira lo que has hecho.

—¿Qué he hecho?

—Fallaste. ¿Y tú quieres que los hombres te respeten y que te nombren el nuevo laird?

Las voces eran de una mujer y de un hombre, pero, al estar susurrando, no las identificó. Al oír lo que habían dicho, echó mano a su espada y, al dar la vuelta a la pared, ya se habían ido. El hombre debía haber entrado en los aposentos. Se dio la vuelta y la oscuridad le impidió ver nada. Abrió la puerta de los soldados y le fue imposible saber quién había entrado en aquel momento, todos estaban entretenidos; o bien jugando a los dados, o charlando en grupos, o burlándose los unos de los otros. No era prudente preguntar. Quien fuera sabría que lo había escuchado. Se fue a su propia recamara frustrado y sabiendo que tenían un traidor entre ellos.

Capítulo 44

Una semana más tarde, Collen estaba lo suficientemente repuesto para levantarse, dar breves paseos y sentarse en el salón a escuchar lo que a sus guerreros les preocupaba. Por el ambiente que reinaba, supo que Douglas tenía sus razones para estar alerta. Se habían formado dos grupos, los cuales se miraban retándose.

Él nunca había hecho distinciones entre los más diestros y los que no lo eran tanto. Lo que les faltaba era mucha disciplina y entrenamiento en el patio de armas, lo cual se había relajado durante su convalecencia.

Collen era observador por naturaleza y veía las miradas que algunos de sus hombres lanzaban a su mujer cuando aparecía por el salón. Tenía que recuperar las fuerzas y debía hacerlo ya; antes de que se viera obligado a expulsar a alguno de sus parientes por insubordinación. Se ponía enfermo cuando pensaba que alguien de sus propios parientes hubiera intentado matarlo.

Para alejar su mal humor, bajó a las mazmorras. Ya había dilatado bastante el momento de hacerlo.

Al verlo aparecer, Broc se puso en pie y ordenó a sus soldados hacer lo mismo, mostrando un respeto por el hombre que, aunque los tenía retenidos, los alimentaba. Algo que no podía decir de su propio jefe, que los hubiera dejado morir de hambre peor que a perros. La prueba la tenía en que no había mandado a nadie a buscarlos.

—¿Tú debes ser el que manda a estos guerreros? —fueron las

primeras palabras que dijo Ferguson al ver que lo miraba con respeto.

—Sí, señor.

Collen le dijo al guardián que lo dejara salir y le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. Lo guio hacía un cuartucho donde los soldados que custodiaban el calabozo usaban.

—Siéntate —dijo cuando hubo despachado a uno de los suyos que se levantó cuando vio entrar a su jefe—. Sé lo que le contaste a mi comandante. Tengo interés por saber quién es esa mujer. ¿Cómo ha terminado en vuestro clan? ¿Qué es lo que pretende?

—Se lo dije a vuestro hombre, señor. Nuestro jefe nos mandó aquí a raptar a un niño que según ella vive en el castillo.

—Esto no tiene sentido. ¿Desde cuándo os dedicáis a secuestrar muchachos?

—Nunca antes los hemos hecho, señor.

—Si es inglesa…, ¿Cómo llegó a las tierras de los Armstrong?

Collen observaba a ese hombre que no parecía temerle, cosa extraña. Le hablaba mirándolo a los ojos y, para él, eso era buena señal. Los que mentían no lo hacían con aquella franca mirada.

—Unos de nuestros hombres se trasladaron al sur para cazar. En aquellas tierras abunda más el ganado. Estamos hartos de tener que robar para mantener las despensas del señor llenas, y nosotros y nuestras familias pasando penurias.

Ferguson negaba con la cabeza. ¿Qué jefe permitía que algo así pasara?

—¿Es que no os permite cazar en sus montes?

—Todo lo que cazamos allí va directo a su despensa.

—No entiendo cómo aún le queda algún guerrero leal —murmuró.

—Señor, en estos días que hemos pasado en su mazmorra hemos engordado. No nos importaría jurarle fidelidad y servirlo a usted a cambio de comida.

Los dos hombres se miraron como evaluándose.

—Déjame que me lo piense… Nos hemos desviado del tema, ¿cómo llegó esa mujer a vuestro clan?

—Por el camino encontraron un carruaje, de esos ingleses que no están preparados para viajar por nuestras tierras. Tenía el eje roto y, por lo visto, el cochero había ido a buscar ayuda. Dentro de él viajaba una dama, que, al ver a los guerreros, empezó a gritar como una

condenada. Como no nos gustan los ingleses…

Collen pensó en la ignorancia que él también sufría antes de convivir entre los del país vecino y de casarse con una de ellos. Los ingleses eran como ellos, unos te gustaban y otros no.

—Cuando se disponían a alejarse y dejar a aquella mujer, ella les rogó que la llevaran con ellos. Que no la abandonaran como había hecho su cochero… Que, dicho sea de paso, entiendo muy bien que lo hiciera. Es una puta de mucho cuidado.

Las cejas de Ferguson se alzaron y Broc supuso lo que estaba pensando.

—Muchos de los Armstrong hablan inglés, así nos es más fácil ir a Newcastle y cambiar pieles por comida… Sin que el jefe se entere, claro.

—Claro —asintió Ferguson.

—La llevaron a nuestras tierras; no iban a abandonarla en medio de la nada. Ella les contó que había escapado de un marido que le pegaba y la encerraba en su habitación. Supongo que se lo tendría muy merecido, después de todo.

Aquello arrancó una carcajada a Ferguson.

—Es una arpía de mucho cuidado. Cuando la llevaron al castillo y Malcom la vio, se quedó prendado de su belleza, y la reclamó para él, a lo que ella accedió encantada.

—Por lo que dices, sí que debe ser una prostituta de cuidado. De toda Escocia es sabido que Malcom tiene unos gustos un tanto peculiares con las mujeres que mete en su cama.

Broc asintió con la cabeza. Su jefe nunca se había casado porque ninguna mujer lo soportaba en la cama. Era un bruto, un salvaje, y le gustaba que las mujeres que llevaba a su lecho estuvieran dispuestas a todo. Cosa que a su edad resultaba más bien cómico. En la vejez se había vuelto más exigente. Decía que si no se le levantaba era por culpa de ellas, que no sabían cómo complacer a un hombre.

Los dos hombres sonrieron al imaginar a ese viejo carcamal con una buena hembra en la cama.

—¿Y qué tiene esa mujer contra mi clan?

El hombre pareció pensárselo.

—Francamente, no lo sé. A todos extrañó que empezara a hacer preguntas sobre los Ferguson. Si nosotros ni siquiera sabíamos que en

el castillo había un niño. Cuando nuestro jefe nos ordenó raptarlo, le dijimos que tú te acababas de casar… Y, qué diablos…, a nadie le gustó esa orden. Una cosa es robar unas cabezas de ganado y la otra un niño.

Collen se quedó pensativo. Edy no había llegado allí con él y su esposa. ¿Cómo sabría esa mujer que el pequeño estaba allí? ¿Es que, aparte de la traición de alguno de sus hombres, debía añadir que estuvieran en contacto con los clanes rivales?

—Entonces, Bridgit se puso como loca…

—¿Has dicho «Bridgit»? —lo interrumpió Ferguson alzando la voz —. ¿Una belleza de piel de porcelana, rubia y con ojos azules, menuda y con el rostro en forma de corazón?

Broc frunció el ceño.

—Sí, así la habría descrito yo mismo.

Collen se levantó con tanto ímpetu que la herida le dio un sablazo y apretó los dientes.

—¡Será mala puta!

—¿La conoces?

—Es una arpía de cuidado; no me extraña que tenga a Malcom comiendo de su mano.

Ferguson empezó a pasearse por el poco espacio de aquel cuartucho con furia. Otra vez volvía a tropezarse con aquella mala pécora. Pero, a diferencia de cuando la había conocido, en ese momento estaban en su tierra. Si no los dejaba tranquilos, se las vería con él.

Capítulo 45

Collen sabía que debía decirle a su mujer de lo que se había enterado ese día. Cuando ese día se retiraron a su recamara, ella insistió en revisarle la herida. Era el primer día que se lo pasaba entero fuera de la cama y quería asegurarse de que todo iba bien. Shona le había dado un puñado de hierbas y le explicó cómo prepararlas. Se las debía poner si la herida enrojecía. Si veía que no se curaba en pocos días, debía mandarla a llamar, que ella se encargaría.

En los días que Collen había pasado en la cama, la anciana había visto que podía confiar en ella. Shona era muy suspicaz, muy observadora. Algunos decían que era una especie de bruja, que veía dentro de las personas. Lo único que pasaba era que con los años había aprendido a evaluar a las personas, y su instinto no le fallaba nunca.

Él se tumbó en la cama bocabajo. Su mujer lo trataba con infinito cuidado. Sus manos parecían las alas de una mariposa.

—Está curando muy bien, mi amor —dijo al tiempo que se inclinaba y le besaba el hombro.

El aroma de su esposa le caló hasta los huesos y lo excitó.

Beth lo vendó de nuevo y le dijo que ya podía ponerse cómodo. Él, con una sonrisa lobuna en los labios, se dio la vuelta y la cogió por la cintura, arrastrándola hacia su pecho desnudo. Cuando ella intentó protestar, él le cubrió la boca con la suya y se tragó lo que ella quería decir. La besó con hambre, con ardor y pasión.

Desde que lo habían herido que no habían hecho el amor y la deseaba con locura. Se lo demostró con unos besos que no dejaban lugar a dudas; y si las hubiera, lo que ella sentía presionando su vientre las habría disipado. Enlazó los brazos en la nuca de Collen y se dejó llevar por la pasión.

Sin embargo, cuando él empezó a tirar de su vestido, recuperó un poco el resuello y se dio cuenta de lo que estaban a punto de hacer.

—Creo que este tipo de ejercicio no le conviene a tu herida. Tendrás que esperar unos días más.

Él la miró con una sonrisa seductora en los labios sin dejar de desnudarla.

—Este es el mejor ejercicio, cariño.

Beth intentaba incorporarse para parar a su esposo.

—Eso es, cielo, así me será más fácil.

Le sacó el vestido por la cabeza, y volvió a capturarle la boca silenciando sus protestas. Con un movimiento fluido, se desprendió de sus propias ropas y, al notar el roce de la suave piel de su mujer, se le escapó un gemido de lo más profundo de la garganta.

—Esto es lo que he echado de menos. —Su voz enronquecida por la pasión—. ¿Tú no, cariño?

Beth se sentía en ebullición. Su sangre le latía en las sienes, pero temía por su marido.

—Sí, pero… —La protesta nunca llegó a salir de su boca cuando Collen le cubrió su feminidad con los dedos juguetones, haciéndole cosquillas y suaves pellizcos que la enloquecían.

—Debo estar haciéndolo muy mal si aún eres capaz de protestar —dijo al tiempo que un largo dedo se hundía en ella.

Sin ser consciente de ello, sus caderas se levantaron en busca de aquellos dedos que la estaban llevando al paraíso.

—Así me gusta, amor mío, ven a mí.

La visión de Beth consumida por la pasión era lo más erótico que él hubiese visto en su vida. Su pequeña mujer se volvía una auténtica fiera cuando él tocaba los puntos adecuados.

Los movimientos de ella eran de lo más sensuales; se ondulaba contra él buscando mayor contacto. Él no lo resistió más y se colocó entre los muslos cremosos de su mujer. Cuando ella lo notó en la entrada de su cuerpo, gritó apasionada. Y Collen empujó y entró con

absoluta fluidez. Una vez enterrado en lo más profundo de su esposa, los dos ahogaron un jadeo, se miraron intensamente a los ojos y su baile empezó con idas y venidas enloquecedoras. A ella se le escapaban pequeños gritos a cada embestida, lo que estaba llevando a la locura a Collen. Él hizo rotar las caderas y todo pareció desvanecerse alrededor de Beth. Apretó los ojos y se dejó llevar por un devastador orgasmo, al cual se unió su marido cuando ella había agotado todas las sensaciones.

En la alcoba solo se oía la respiración trabajosa de ambos.

Collen tiró de las pieles y los cubrió a los dos. La abrazó y cerró los ojos; se sentía débil. Ella lograba hacerlo sentir como un bebé cada vez que lo tomaba entre sus brazos… Y le encantaba.

A la mañana siguiente, Collen despertó con ella entre sus brazos. Recordó lo que quería decirle la noche anterior. Esperaría a que hubiese desayunado. En los últimos días ella había adelgazado. Suponía que era debido a su falta de sueño, debido a que había cuidado de él en todo momento.

Le vino a memoria el malestar de ella la mañana siguiente de que lo hirieran cuando él había pensado en un posible embarazo, pero había terminado descartándolo; no había vuelto a repetirse ningún episodio semejante.

Cuando Beth se despertó, se encontró con los ojos de su marido clavados en ella. Le sonrió.

—¿Pasa algo, cariño?

—No, quería que lo primero que vieras al despertar fuera a mí. —Los iris violetas le sonrieron—. Tus ojos me cautivan; podría olvidarme hasta de mi propio nombre cuando me miras así.

Beth le sonrió y se incorporó para capturarle los labios. Él, gustoso, la besó con ternura. Sus manos la acariciaban mientras su boca se la comía a besos.

—Tenemos que recuperar muchos días —dijo contra la piel sensible de su cuello mientras le daba pequeños mordiscos.

—Ah, ¿sí?

—Ya lo creo.

Cuando Collen se ponía juguetón, seducía por todos los poros de su piel. Beth rio, tal como a él le gustaba; pasó sus pequeñas manitas por los flancos de su marido y notó el estremecimiento que lo recorría.

Mucho más tarde, Collen abrió la puerta y dijo a uno de los guardias que estaban allí, desde que lo habían herido, que les subieran desayuno para los dos. Al girarse y ver la sonrisa con que lo miraba su mujer, deseo pasar el día entero en la cama con ella. Pero la razón se impuso y pensó, que cuando hubiera resuelto todos los problemas, ya habría días que podría disfrutar, quedándose en la cama todo el día.

Cuando terminaron de desayunar, le contó que Bridgit estaba en Escocia.

—¿Cómo es posible? Si estaba a punto de casarse con Saxon.

—No lo sé; les dijo a los hombres que había escapado de su esposo que la maltrataba y la encerraba en su habitación.

—Seguro que se lo merecía.

Beth era una persona compasiva, pero Bridgit le había hecho demasiado daño para sentir pena por ella.

—Mientras se mantenga alejada de nosotros…

Collen observaba su reacción. Le contó todo lo que le había dicho Broc y notó cómo ella perdía el color de la cara hasta que no lo resistió más y empezó a pasearse arriba y abajo.

—Tienes que enseñarme a usar la espada.

Su marido la miró como si se hubiese vuelto loca.

—Tengo que poder defenderme.

—Yo lo haré por ti.

—No estás siempre conmigo; tú tienes que dirigir a tus hombres. Además, a ti también te atacaron… No quiero tener miedo.

Collen vio que en aquel momento le temblaban las manos. Las mujeres de su clan eran tan capaces de usar el cuchillo como sus guerreros. No podía negarle a ella la oportunidad de defenderse si se encontraba en peligro.

—Te enseñaré a defenderte…, pero no con la espada.

—¿Por qué no?

—Porque te harías daño, pesa demasiado para ti.

—Soy más fuerte de lo que te crees.

Él encontró gracioso lo que decía. Cogió su claymore, que estaba apoyada al lado de la cama —siempre dormía con la espada a mano —, y se la tendió.

Beth notó el peso de aquella arma, pero, por el bien de su hermano, el suyo propio y de todos, tenía que aprender a usarla.

—No pesa tanto —dijo con aires chulescos.

—Muy bien; levántala sobre tu cabeza y descárgala en la silla.

Ella hizo un esfuerzo descomunal para levantarla con las dos manos. Collen veía el esfuerzo que estaba haciendo y se preparó para actuar. El peso del arma y el temblor de los brazos la desestabilizaron y habría caído cual larga era de espaldas si él no llegaba a sujetarla. La claymore cayó con un buen estruendo al suelo, cosa que hizo que los dos hombres que hacían guardia en la puerta entraran en la recamara, espada en mano.

—No pasa nada —aseguró Collen a sus hombres, tratando de no sonreír; no quería que Beth se sintiera ridícula.

Cuando se quedaron solos, ella soltó un resoplido de frustración.

—Tienes razón, no puedo con ella.

Entonces fue cuando él se permitió sonreír.

—No se te ocurra reírte de mí —exclamó ella, pero sus labios también se curvaban al imaginar el espectáculo que debía haber dado.

Collen estaba observando a sus hombres practicar en el patio de armas cuando se le acercó Douglas. Tenía el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—Duncan está cada día más insoportable.

Su primo siempre había envidiado a Collen; creía que él sería mejor jefe; quizás, por eso, en ese momento en que él no estaba en plenas facultades, quería demostrar su fuerza a los guerreros. Una idea le pasó por la cabeza al laird, pero la desechó por absurda.

Duncan se estaba empleando a fondo con un soldado muy joven, que aún no había desarrollado los músculos. Le estaba dando un mandoble tras otro. Douglas iba a intervenir, pero su jefe lo retuvo. Quería ver hasta dónde llegaba su primo. También se daba cuenta de

los que alentaban a Duncan a que siguiera. Parecía que sus hombres se estaban divirtiendo de lo lindo con el espectáculo.

Cuando el guerrero más joven cayó de espaldas, se oyeron las risotadas de todos los que habían formado un círculo a su alrededor. Entonces hubo algo que llamó la atención de Collen. Una de las muchachas que Beth había introducido en el castillo para que la ayudaran se acercó a Duncan y le dijo algo al oído. Este levantó la mirada y lo miró a él. Fue evidente que ella le había alertado de su presencia. Los ojos de su primo mostraban algo que no había visto antes: soberbia.

A Collen aquella mirada le dio tan mala espina que se propuso vigilar a Duncan, y a los hombres que le seguían. Era evidente que estaban tramando algo. Aun así, se negaba a creer que su primo estuviera detrás de su ataque.

Douglas vio que su jefe abría y cerraba los puños. No era de extrañar, hasta él mismo tenía ganas de acercarse a Duncan y desafiarlo a que peleara con él. No le resultaría tan fácil de derrotar como aquel jovenzuelo imberbe.

Nerys, que había estado pendiente del jefe mientras Duncan se pavoneaba ante los otros hombres, lo maldijo. Iba a echar a perder todos sus planes. Tenía que lograr que aquel bruto reaccionara, si no los descubrirían antes de lo previsto.

Después de avisarle, se fue a ayudar a la señora, que ese día no se había separado de su pequeño hermano. Beth le dijo que fuera a ayudar a Vika e Isobel con las cortinas que estaban tejiendo y ella puso mala cara, pero lo ocultó bien para que nadie se diera cuenta de que no era eso lo que quería. Y simplemente no lo hizo. Salió del castillo y se fue a una de las cabañas, donde sabía que encontraría a Blaire; ella la comprendía.

Blaire era tan mezquina como Nerys. Se había casado con uno de los guerreros del clan, Murdock, para escapar de la cabaña paterna, donde tenía que trabajar en el campo y en los corrales. No lo amaba, pero él le había proporcionado la vida que ella quería. El jefe les daba las provisiones y no tenía que ocuparse más que de su cabaña y un

pequeño huerto… y de satisfacer a su esposo en la cama.

Las dos habían hecho un frente común y estaban desacreditando a la nueva señora. A ellas ya se habían unido varias mujeres más; todas ellas envidiando la belleza de la esposa del laird.

—Hoy he visto a Murdock con Duncan.

—Lo he convencido de que nuestro jefe se deja manipular por su mujer; y está seguro de que no durará mucho.

—¿Qué quieres decir?

—El otro día alguien intentó matarlo… No creo que quien lo hizo vuelva a fallar.

—¿Sabes lo que pienso? —dijo Nerys.

Su amiga le prestó toda la atención, pues habló como si fuera a contarle un secreto.

—Creo que fue ella.

—¿Qué? —exclamó Blaire.

—No había nadie más por los alrededores. Duncan salió enseguida a seguir huellas y no halló ninguna.

—¿Cómo sabes eso?

Nerys la miró alzando las cejas de modo sugerente.

—Duncan me lo dijo.

Blaire comprendió lo que su amiga trataba de decirle.

—Serás zorra… ¿Te estás trabajando a Duncan? —preguntó con los ojos muy abiertos y una sonrisa torcida en la boca.

—Cuando la inglesa logre sus propósitos, Duncan será el nuevo laird.

Los ojos marrones de Blaire se entrecerraron mirando a Nerys.

—Eres más lista de lo que pensaba. ¿Cuándo se va a celebrar la boda: antes o después de que eso ocurra?

—Si de mí depende, antes. Después las mujeres se le echaran encima.

Por el brillo en los ojos de Nerys, Blaire, que la conocía bien, supo que ya estaba manos a la obra con su proyecto de cazar al guerrero.

Capítulo 46

Collen y Douglas se habían pasado la tarde hablando con los Armstrong. Estos estaban dispuestos a jurar fidelidad a Ferguson. Y este les anunció que lo harían esa misma noche delante de todo el clan. Aunque —les avisó de antemano— el primer trabajo que harían para él sería llevarle a Bridgit. Sabía que, si él, como el jefe de los Ferguson que era, entraba en las tierras Armstrong, estallaría una guerra entre ellos. No expondría a sus parientes a algo así. En cambio, esos hombres podían entrar en las tierras, sacar a Bridgit y hacer que pareciera que se había cansado de esperar que le trajeran al crío. Las fuerzas de Malcom se verían mermadas y no se arriesgaría a empezar una batalla que de antemano tendría perdida.

Ferguson era de los que pensaban que al enemigo había que tenerlo cerca. Allí Bridgit no daría un paso sin que lo supieran.

Cuando convocó a Ailsa para que se añadiera una mesa para los Armstrong, se enteró de que su mujer no había abandonado el castillo en todo el día. Le extrañó, pues ella disfrutaba del aire libre tanto o más que él. Pero lo comprendió más tarde cuando se reunió con ella en el salón y le dijo que había mandado a los guardias que custodiaban su recamara a la de Edy. Se maldijo por no haberlo pensado él. La tomó de las manos y mostró su conformidad con un cariñoso apretón.

Al sentarse en la mesa del señor, se sintió satisfecho. Ese día había solucionado varios problemas que lo tenían preocupado. También

habló con Douglas, y le ordenó que pusiera más guardia dentro del castillo que fueran de su total confianza. Quería enterarse hasta de quién levantaba las faldas a las sirvientas y también quién se las dejaba levantar.

Durante la cena observó que en la mesa donde estaba Duncan. Era la que más alboroto armaba y que miraban a los Armstrong con más desprecio. ¡Qué sorpresa les esperaba!

Estuvo pendiente de todo, de cómo su mujer hablaba con Douglas y con su tío Kendrick. Pero también buscaba su mirada o le cogía la mano sin importarle que estuvieran rodeados de gente. Eso le gustaba. Veía muchos ojos que no se apartaban de ellos y se preguntó a qué se debía.

Cuando terminaron de cenar y les dijo a sus parientes que los Armstrong se iban a sumar a su clan, hubo reacciones de todo tipo. La primera fue sorpresa; mirase por donde mirase, se encontraba con caras de asombro.

Duncan se levantó con tanto ímpetu que estuvo a punto de derribar a los otros que estaban sentados en el mismo banco. Se acercó a Collen y no fue nada sutil al decirle que se había vuelto loco si esperaba que confiaran en ellos.

—Primo, harás lo que se te ordene y dejaras de pavonearte delante de los hombres. Si quieres que ellos o, por el caso, otros te respeten, debes hacerlo tú primero. No llegarás a ningún lado si sigues comportándote como un jovenzuelo que pretende impresionar a las mujeres.

Vio a su tío Kendrick que asentía con la cabeza. El anciano también se había dado cuenta de lo fanfarrón que se había tornado su hijo.

—Ellos se ganarán nuestra confianza; tendrán las mismas oportunidades que todos los que quieren ser guerreros.

—Pero… si son la escoria de las Highland.

—Te precipitas en juzgar a la gente, Duncan. Dejaremos que demuestren lo que valen.

—Nos obligarás a todos a dormir con la daga bajo la almohada.

—Tú ya lo haces, ¿no? —El laird sabía que su primo lo hacía.

—Siempre.

Sacó el arma del cinto y la clavó en la mesa delante de Collen.

Su padre miró aquel cuchillo…

—Esta no es la daga que yo te regalé, hijo, ¿la has perdido?

Aquel comentario, hecho con toda la inocencia, cayó sobre Collen como una revelación. Cuando vio el arma que le habían sacado de la espalda, le había parecido conocida, pero no había logrado recordar dónde la había visto. En ese momento, se acordó de las veces que Duncan la había lucido al cinto. No era la que utilizaba para comer; decía que era demasiado valiosa para algo tan normal como alimentarse.

Los dos primos se miraron a los ojos sin perderse detalle de la reacción del otro.

—Me la robaron, padre —dijo sin apartar los ojos de Collen.

—Deberías tener más cuidado con esas cosas, Duncan; esa daga tenía mucho valor.

Beth veía la tensión que se había apoderado de la espalda de su esposo y se preocupó. Pero era evidente que no le agradecería que ella interviniera en ese momento. Miró al tío de su esposo con un interrogante en los ojos y este se encogió de hombros.

—No puedes pedirnos que pongamos nuestras vidas en manos de esos…

—Cuidado, primo, yo no pido nada.

Duncan se dio la vuelta y salió airado del salón. Los que hasta ese momento le habían seguido la corriente se quedaron con el ceño fruncido. Vieron cómo los Armstrong juraban lealtad a los Ferguson y luego se marcharon.

Collen supo que había aguijoneado lo suficiente a su primo como para que hiciera alguna locura. Por ese motivo, mandó a su mujer arriba y se quedó con Douglas hablando.

—¿Crees que Duncan fue quien lanzó la daga? —preguntó el comandante, que también había reconocido el arma.

—Eso me gustaría saber a mí también.

—¿Doblo la guardia? —quiso saber Douglas.

—No, pero quiero a varios hombres avezados con los ojos bien abiertos.

—¿Por los Armstrong?

—No, por mi primo y sus compinches.

—Ahora mismo.

Douglas se levantó y se marchó. Los sirvientes habían terminado sus tareas y él les dijo que se fueran a acostar. Se quedó allí pensando en los acontecimientos del día. La vela que tenía sobre la mesa se consumió y él seguía allí sentado. Se terminó el whisky que se estaba tomando y, cuando iba a levantarse, oyó la risita de una mujer. Se quedó allí, a oscuras, y reconoció a su primo que llegaba con una mujer a la zaga. Era una de las que ayudaban a Beth en el castillo. Duncan la arrinconó contra la pared, y ella se le colgó del cuello. Las risitas acabaron cuando empezaron a besarse con fervor. Collen se sentía como un intruso, como un espía en su propio salón. Sabía que, si en ese momento se movía, lo descubrirían y sería muy embarazoso. Se quedó muy quieto mientras aquellos dos se excitaban mutuamente. Veía cómo ella se dejaba manosear a conciencia y, cuando su primo en plena efervescencia de pasión iba a poseerla, ella se libró de sus brazos y le dijo: «No, sin un anillo en el dedo». Y salía de allí con premura. Su primo maldijo. Lo vio que apoyaba la cabeza contra el muro y respiraba varias bocanadas de aire para calmar su excitado cuerpo.

Lo primero que pensó Collen era en la integridad de la mujer, en el honor. Pero allí había algo que no le encajaba. ¿Por qué no lo había detenido antes?

A la mañana siguiente, tuvo una larga charla con Broc. Este volvería a las tierras de los Armstrong con sus hombres y convencería a Malcom de que los habían apresado.

Aprovecharían, aquellos que tenían familia, para sacarlos de allí. Y luego tenían que convencer a Bridgit de que los acompañara para no equivocarse de niño; debían ser convincentes. Si esta ponía alguna pega… Ya se les ocurriría algo; le había prometido a Ferguson. Cuando volvieran, lo harían con ella, aunque la tuvieran que llevar dentro de un saco por la fuerza.

Cuando partieron, Collen se fue al patio de armas. Ya se sentía repuesto y deseaba practicar con la espada. Su primo lo vio desde el otro lado del patio. Había visto partir a los Armstrong. Se le acercó.

—¿Has recuperado la sensatez y los has mandado de paseo?

—No. —La respuesta fue cortante; no iba a dar explicaciones a Duncan.

Collen llamó a Kerr, uno de los guerreros jóvenes de los que su primo se reía cuando lo vapuleaba. Le dijo que iba a practicar con él y el tipo pareció alegrarse. Los dos escucharon el bufido que lanzó Duncan antes de alejarse.

Ferguson luchó contra el novato. De vez en cuando le daba algún consejo y le señalaba cuando dejaba desprotegida alguna parte de su cuerpo. Después de un rato, el laird cambió de combatiente, no sin antes de decirle a Kerr que siguiera practicando que iba por buen camino. Este se enorgulleció de haber luchado con el jefe.

Uno tras otro iban luchando con Collen; él no paraba de darles consejos, de enseñarles a los puntos flacos que dejaban al descubierto.

Duncan no perdía de vista a su primo. Parecía repuesto del todo. Y supo que le costaría mucho más llevar adelante sus planes.

Beth había observado desde la ventana de la recamara donde jugaba Edy a su esposo en el patio de armas. Y supo que ya estaba recuperado y podía enseñarle a defenderse. Le dijo a Isobel que la avisara cuando su marido volviera al castillo.

Él pareció pensar lo mismo porque cuando entro en el salón llevaba en la mano dos espadas de madera, las que usaban los muchachos cuando empezaba su práctica de lucha. Mandó a Ailsa a buscar a su esposa. Como a aquellas horas el salón estaba vacío, pensó que era un buen lugar; tendrían espacio suficiente sin que los hombres los vieran y se rieran de ellos, lo que ofendería a Beth.

Cuando ella vio la espada de madera, pensó que su marido le tomaba el pelo. Rio mirándolo con sus preciosos ojos chispeantes.

—¿No pretenderás que juguemos como niños?

—Para empezar, sí.

Aquello la divirtió.

—Muy bien, jefe, ¿qué debo hacer? —dijo tomando una de las espadas.

Tenía el brazo caído al costado.

—Lo primero es no dejar todo tu cuerpo al descubierto para quien

quiera atacarte. —Pasó la punta de su espada de madera desde el cuello de Beth hasta el ombligo.

Al comprender, ella levantó la suya y apartó la otra de su cuerpo de un golpe de abajo arriba.

—Bien, pero debes ser más rápida. No te pares a pensar; un segundo puede representar la vida o la muerte.

Beth asintió con la cabeza.

—Vale, estoy preparada —dijo ella blandiendo la espada ante su cuerpo.

Parecía una pequeña valquiria, una que lo volvía loco. Aquella visión lo hizo sonreír. Le propinó varios golpes a uno y otro lado, y ella se defendió esquivando los ataques. Ella iba cogiendo confianza y dejó de retroceder; tomó la iniciativa y avanzó hacia él, quien refrenaba su ataque.

El ruido que hacían las espadas al chocar atrajo a varios sirvientes, incluso la cocinera abandonó la cocina y fue a ver qué pasaba. Todos se mantenían apartados para no molestar a sus señores. Lo que nadie esperaba era que entrara Duncan y malinterpretara lo que estaba pasando. Se lanzó a la trifulca, claymore en mano. De un mandoble, desarmó a Beth, quien cayó de culo; fue más por sorpresa que otra cosa.

Collen dejó escapar un rugido al ver que su primo atacaba a su mujer.

—¿Te has vuelto loco?

—Te estaba atacando.

Al acercarse, Duncan vio las dos espadas de madera.

Collen ayudó a Beth a levantarse.

—¿Estás bien, cariño?

—Mañana me dolerá el culo —susurró para que solo lo escuchara él.

—Lo siento, yo pensé… —Duncan se excusaba, pero aún miraba a Beth con un feroz ceño fruncido.

—Tú no pensaste. ¿Quién sería tan idiota para creer que mi esposa quiere atacarme? —lo encaró Collen.

—La mitad de los hombres lo piensa.

Duncan lo dijo en voz baja como si fuera un pensamiento que se le escapaba.

—¿Qué has dicho?

—Nada —dijo al ver la mirada tumultuosa de Collen, que había entendido perfectamente las palabras de su primo.

Capítulo 47

Duncan había convencido a varios aguerridos guerreros que su primo se dejaba manipular por su esposa. Que ya no era Ferguson, el vengativo, que desde que se había casado, se había vuelto blando. Les llenaba la cabeza de ideas de insurrección. Pues si todo seguía como hasta el momento…

—¿Quién os creéis que apuñaló al laird?

Los hombres lo miraban con incredulidad.

—¿Nos estás diciendo que fue ella la que le clavó la daga?

—Lo único que sé es que yo salí enseguida y no encontré ni huellas; nadie estuvo en ese bosque. Tú venías conmigo, Archie, no vimos nada.

—Tienes razón, pero nunca se me hubiera ocurrido pensar que ella…

—Tú no piensas —tronó la voz de Duncan.

Archie era un bruto de cuidado, con unos cabellos negros como el carbón, que parecían una masa de grasienta y unos ojos oscuros que intimidaban a más de uno.

—¿Me estás llamando idiota?

A Duncan no le convenía que sus compinches se creyeran que los ridiculizaba.

—No, solo te estoy diciendo que en ella solo ves una cara bonita. Las mujeres pueden ser unas verdaderas arpías cuando se lo proponen.

—Pero ¿qué gana ella matando a Collen? —dijo Gawen, otro de

los guerreros reunidos en una de las cabañas abandonadas fuera de las murallas—. Ciertamente no se va a poner a dirigir el clan.

Acabó lo dicho con una risotada al imaginarlo.

Gawen era otro bruto sin corazón, del que las mujeres trataban de huir, pues no respetaba ni a su madre. La trataba como si fuera su criada personal; ni siquiera la ayudaba en los campos, a pesar de que la mujer se deslomaba día tras día para que su hijo tuviera todo lo que les hacía falta.

—De momento ya nos ha endilgado un niño, quizás pretende que su padre ocupe el lugar del laird. Ya estuvo aquí unas semanas y se lo veía bastante cómodo.

—Como vea aparecer por aquí a ese estirado inglés, le rebano el pescuezo —dijo Bruce. Un guerrero que era como un toro y se gastaba muy malas pulgas.

—Aquí nadie va a rebanar nada; lo que tenemos que hacer es desafiar a nuestro laird —informó Duncan—. Yo, como primo suyo que soy, ocuparé su lugar y todo volverá a ser como antes, que nadie nos molestaba por temor a las represalias.

—Yo te apoyo —dijo Gideon, que desde que había secuestrado a Beth tantos meses atrás, aún estaba trabajando y haciendo guardias en las murallas. Y estaba resentido por eso y porque ella hubiese vuelto casada con el laird.

—¿Y cuándo piensas hacerlo? —preguntó Fletcher, un tipo retraído y tímido, pero con unas espaldas que parecía un muro.

—Tenemos que esperar el momento oportuno —indicó Duncan—. Ahora mismo, mi primo está en guardia. Debemos dejar que se relaje, que se confíe… Entonces será nuestro momento.

—¿Has tenido en cuenta que Collen aceptará tu desafío? —habló Calder, un guerrero que se había mantenido en silencio hasta el momento. Era brutal en la batalla; sin embargo, era muy observador y, antes de hacer cualquier cosa, lo analizaba y buscaba pros y contras —. No es un tipo que se deje amilanar, ahora tendrías la ventaja de que se está recuperando.

—¿Me estás diciendo que no soy capaz de vencer a mi primo? —tronó Duncan, poniéndose en pie y encarándolo con la mano en la empuñadura de su espada.

Calder sabía que Duncan, cuando le convenía era brutal, y que, en

el fragor de la batalla, no tenía amigos ni parientes; además, no le importaba luchar sucio.

—Yo no he dicho eso.

Si las miradas matasen, Calder habría perecido allí mismo.

Beth, ese día había decidido salir con su hermano a corretear por los campos adyacentes a las murallas del castillo. Edy era un muchachito muy travieso y le encantaba jugar y ensuciarse. Kate, la niñera del pequeño, los acompañaba. Y un poco más alejados, dos guardias de su esposo no les quitaban la vista de encima.

Corrieron, arrancaron hierbas con las que se hacían cosquillas, y tiraron piedras, a ver quién la arrojaba más lejos. Los tres terminaron agotados. Beth tentó al pequeño con las galletas de la cocinera y se encaminaron al castillo.

Después de bañar al niño, darle la cena y las prometidas galletas, Beth lo dejó con Kate y se fue a sus aposentos a tomar un baño. Como no era su hora habitual de bañarse, bajó a las cocinas para que le subieran el agua, nunca le había gustado dar órdenes cuando ella misma podía ir y pedir que se lo prepararan. Al volver por el corredor que daba al salón, oyó la voz de dos mujeres: «Yo estoy harta de servir a una mujer que es capaz de acuchillar a su esposo». Beth se detuvo en el acto. «No eres tú sola, la mayoría la aguanta porque es la mujer del jefe», «Los guerreros creen lo mismo», «No entienden cómo no le ha pegado una paliza por lo que le hizo». ¡Estaban hablando de ella! No se podía creer que dijeran eso de ella. Agudizó el oído para distinguir las voces. «¿Es que el laird se ha vuelto idiota y no ve a la mala víbora que tiene al lado?», «Cualquier día se irá a acostar y lo encontraran muerto por la mañana», «No creo, si lo hiciera, todos sabrían que ha sido ella. Es muy lista».

Beth estaba tan trastornada que se había quedado clavada al suelo. Sus piernas no le respondían. Quería gritar, entrar en la despensa de donde salían las voces y encararse con aquellas mujeres, pero no podía moverse. La voz de la cocinera llamando a Nerys para que encargara a los lacayos que subieran el baño a la señora la sacó de su aturdimiento. ¡Nerys!

Se aplastó contra el muro, y esta y una de las empleadas de la cocina salieron corriendo de aquel cuartucho. Beth reaccionó y salió corriendo de allí y se encerró en su recamara. Se sentía traicionada. Se sentó en el banco junto a la ventana desde donde veía a su marido impartiendo órdenes a varios soldados y luego hablando con el comandante. ¿Pensaría él lo mismo? ¿Le habría puesto los guardias para protegerla o para vigilarla? Los ojos le escocían con unas traicioneras lágrimas.

No pasó mucho rato, o eso le pareció a ella, cuando los lacayos subieron el agua y Nerys le preparaba el baño. No quería ni mirarla. Que la creyeran capaz de aquella atrocidad la ponía enferma. Cuando todo estuvo preparado y la sirvienta le llamó la atención, le dijo que la dejara sola. La otra no se lo hizo repetir.

Cuando se le escaparon las primeras lágrimas, se las enjuagó con las manos con furia y vio que el barro que llevaba se le habría corrido por la cara. Le picaba. Pero se le habían pasado las ganas de tomar el baño y de todo. Quería que el suelo se abriera bajo sus pies y desaparecer. ¿Cómo podían pensar eso de ella? ¿Tan mala había sido con aquellas personas?

El sol se ocultó en lo alto de las montañas y ella seguía con la vista en el exterior. Pero, en realidad, no veía nada. Su mente estaba rememorando los momentos con aquellas mujeres… y con su marido.

De pronto, la puerta se abrió sobresaltándola.

—¿Beth?

Era la voz de su esposo, que se dirigió a la chimenea y encendió las velas que estaban sobre la repisa. Sabía que estaba allí porque una de las muchachas se lo había dicho. Al darse la vuelta y verla, supo que algo no andaba bien. Se le acercó con rapidez.

—Mi amor ¿qué ha pasado?

Ella no le respondía; solo lo miraba, como si no lo conociera. Collen empezó a asustarse. La cogió por los hombros y notó que estaba temblando, no sabía si de frío.

—Beth, háblame.

—¿Tú también crees que fui yo quien te apuñaló? —Su voz rota por el dolor hizo que él le apretara los hombros con sus fuertes manos. No sabía de lo que hablaba, pero era evidente que estaba muy perturbada.

—Cariño, ¿qué te pasa?

—Contéstame —gritó Beth—. ¿Tú también crees que yo te apuñalé? —repitió.

La furia de Collen estaba subiendo. No entendía lo que a ella la trastornaba tanto.

—Dime qué te ha ocurrido.

—No, como te niegas a contestarme, doy por sentado que sí lo crees.

Mientras lo decía, se le rompía el corazón en mil pedazos. Su mano fue al pecho y sintió dolor, mucho dolor.

—No hace falta de que te preocupes más. Dormiré en la alcoba de Edy y mañana mismo me vuelvo a Londres. Mándame mis cosas a la casa de mi padre. Y, si no quieres, no lo hagas, ya me las apañaré sin ellas… De todas maneras, no las quiero; todo me recordaría…

No pudo seguir hablando. Se libró de las manos de su esposo y se giró para irse, pero Collen se lo impidió. La cogió por la cintura cuando casi había alcanzado la puerta. La miró a los ojos y los vio enrojecidos. Ella no le sostuvo la mirada. Las traicioneras lágrimas corrían por su rostro y ella no podía evitarlo. Se maldijo por eso.

Collen se sentía furioso. No sabía lo que le había pasado a Beth, pero que ella le dijera que se volvía a Londres hizo que la ira lo dominara.

—Quiero saber ahora mismo lo que ha ocurrido —tronó agarrándola por las mejillas y levantándole la cara.

—Yo no te apuñalé. —Su voz temblorosa y las malditas lágrimas la ponían enferma.

—Eso ya lo sé.

—Pues, pues, pues…

La levantó en brazos y se sentó en el banco de la ventana con ella sobre sus rodillas. La abrazó contra su pecho y esperó con paciencia a que ella se calmara. Beth le empapó la camisa mientras él le pasaba la mano por la espalda en una caricia tranquilizadora.

Collen se daba cuenta de que a los oídos de su esposa habían llegado los embustes que él ya había escuchado. Se enfureció consigo mismo, por no habérselo contado. A saber cómo se había enterado ella. Si alguien se había atrevido a acusarla podía darse por muerto.

Al fin, ella levantó la mirada y sus iris violetas irritados por el

llanto se clavaron en los suyos.

—Amor, sé que tú no fuiste. Yo estaba allí, ¿recuerdas?

Beth asintió con la cabeza.

El laird llamó a uno de los guardias que vigilaban la puerta y les ordenó que subieran agua caliente; sabía que esa sería una buena manera de relajar a su esposa.

Una vez que la desnudó y la puso dentro de la tina, él hizo lo mismo. La levantó cuando entró y la tendió encima de su pecho.

—Amor mío, hace días que sé lo que dicen por ahí. Lamento no habértelo dicho. Pero no quería que te disgustaras.

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Quién fue? —Su voz aún era temblorosa.

—No lo sé. Me temo que hay a quien no le gusta que me haya casado con una inglesa. —Al oír aquello Beth se puso tensa—. No quiero que te preocupes, amor, yo me ocuparé de ellos.

Le recorría la espalda y el trasero con suavidad y ternura, amorosamente.

—Yo te quiero, te adoro… y no permitiré que nada ni nadie se interponga entre nosotros —susurró él acercando su boca a la oreja de su esposa.

Aquella declaración le valió por un beso en el pecho. Beth deseaba perderse entre los brazos de su marido, pero algo le rondaba por la cabeza y no la dejaba tranquila.

—¿Y por eso intentan matarte? ¿O querían matarme a mí?

—Por eso; he puesto guardias de mi entera confianza que te siguen a todas partes, a ti y a Edy.

Los brazos de ella volaron hacía la nuca de Collen atrayéndolo hacia su boca y lo besó con todo el amor que sentía. Él no la dejó que tomara la delantera y la aprisionó contra él, haciéndole notar lo mucho que ella representaba para él. Demostrándole que su deseo era mucho más que eso.

Capítulo 48

Unos días más tarde, los Armstrong volvieron. Ferguson los recibió en el patio y reparó en la mujer que iba montada en un caballo. Se fijó que llevaba las manos atadas y las riendas las controlaba uno de los hombres. Todos pusieron pie al suelo y lo saludaron con respeto.

El jefe mandó a tres de los soldados a que les dijera las cabañas que podían ocupar con sus familias. Y que los ayudaran si era preciso. Luego le dijo a Broc que quería hablar con él. Este fue hacia una mujer, que debía ser su esposa, y la animó a acompañar a los soldados.

—Douglas, ocúpate de que esta mujer. —Ella lo miró con un interés lascivo—. Que se aloje en una de las alcobas de arriba, cerrada con llave y con un guardia en la puerta —le ordenó señalando a la inglesa.

Bridgit estalló.

—Ya sabía yo que eras un patán —gritó con desprecio—. Soy una dama.

—Eso de que eres una dama es discutible… y yo soy el que decide tu futuro, así que más vale que muestres respeto. Aún puedo cambiar de opinión y mandarte a las mazmorras.

Cuando se dio la vuelta para dirigirse al salón, la voz de su primo lo detuvo.

—Creía que te habías desecho de esta escoria —tronó con la mano en la empuñadura de su espada.

—Cuidado, primo, no estoy de humor para tus salidas de tono.

Duncan lo miraba con un ceño feroz.

—Pues yo no estoy de humor para que un puñado de sabandijas se instale junto a mi casa. ¿Cómo puedo estar seguro de que no es una treta para matarnos a todos mientras dormimos? ¿O que violen a nuestras mujeres cuando estemos de patrulla? ¿Estás seguro de que no es una sucia maniobra acordada con su jefe para hacerse con nuestras tierras?

Así que salían las palabras de su boca había ido subiendo el tono, con lo cual muchos de los miembros del clan habían acudido espada en mano a ver qué pasaba.

—¿Eso es lo que harías tú?

Que Collen pusiera en entredicho su honor con esa pregunta sacó a Duncan de sus casillas. Sacó la espada y se acercó al laird con fuego en los ojos. Este no se movió de donde estaba. Espero el próximo movimiento de su primo, aquel toro que se dirigía a él, con la espada en mano y destilando ira por todos los poros de su piel.

—Lo que yo habría es comportarme como un hombre. No como tú, que te has vuelto el títere de una inglesa —bramó con tanto desprecio que a Collen se le acabó la paciencia. No iba a permitir que le faltara al respeto a Beth.

—¿Qué te ha hecho mi esposa para que la desprecies tanto?

Al oír todo el alboroto en el patio, Beth se había asomado y estaba viendo a Duncan acercarse a su marido con malas intenciones. Ahogó un grito al pensar que, si Collen la escuchaba, lo podía distraer; se puso los puños sobre la boca para impedir que involuntariamente se le escapara. Estaba aterrorizada, sin poder apartar la mirada de los dos hombres que se miraban midiéndose. ¿Por qué su marido no sacaba la espada?, se preguntaba.

—A mí, nada. —Duncan había llegado frente a Collen—. A ti te ha vuelto imbécil. ¿No te das cuenta acaso que ya no eres el mismo que antes? ¿Dónde está Ferguson, el vengativo? ¿Te lo dejaste en Londres? No voy a seguir sirviendo a un jefe como tú. Ahora mismo lucharemos por el liderazgo de los Ferguson.

Se escucharon exclamaciones desde varios lados del patio. Aquello era una afrenta que Collen no podía pasar por alto. En décimas de segundo, su claymore lanzaba destellos sobre los allí reunidos.

—¿Así que quieres ser nuestro líder?

Duncan dio una rápida ojeada a sus supuestos seguidores.

—Sí —su respuesta fue rotunda.

Douglas, que había vuelto de encerrar a Bridgit en una de las recamaras del castillo, fue a situarse al lado de su jefe. Le protegería las espaldas, siempre lo habían hecho el uno con el otro. Y las miradas que varios de los guerreros le habían lanzado a Duncan le decían que aquello no sería un juego limpio.

—Ser laird conlleva muchas responsabilidades. ¿Estás seguro de querer serlo?

—Desde luego que sí. Yo al menos no descuidaré a mi gente.

Aquella fue la gota que colmó el vaso. Collen levantó su espada y, lanzando un mandoble tras otro, hizo retroceder a su primo.

—Nunca he descuidado a mi gente —gritó.

—Sí…, lo hiciste para irte a Londres a buscar una esposa, cuando aquí…

El jefe no le daba tregua y él iba encajando un golpe tras otro.

—¿Me dirás que no volví cuando me mandasteis un mensaje?

—Sí, pero…

Duncan se daba cuenta de que su primo, al que creía poco restablecido, estaba en plena forma.

—Pero ¿qué? Crees que tú serías mejor que yo.

—Sí.

Los guerreros que miraban se iban apartando para dejar espacio a los combatientes.

—¿Por eso intestaste matarme?

En aquel momento, Duncan luchaba por no perder el equilibrio bajo el duro ataque de Collen. Sin embargo, estaba bien entrenado y sabía que su primo lo provocaba a propósito para que dijera lo que él quería oír.

—Te habría sido más fácil hacerte cargo de mi puesto si hubiera muerto, ¿verdad?

Beth veía desde la ventana a su marido luchando con su primo. El terror que sentía por Collen no conocía límites. Pensó en bajar y poner fin a aquel despropósito, pero sabía que él se enfurecería si la veía en el patio. Empezó a rezar como no lo había hecho en su vida.

El laird dejaba que su primo se le acercara, para volver a repeler

su ataque, cosa que estaba enloqueciendo a Duncan. Después de un rato de rodar por el patio a golpe de espada, en el cual el jefe le había causado algunos rasguños, Duncan empezó a lanzar golpes a ciegas. Quería causar daño fuera como fuera.

Collen luchaba con la fuerza que daba la experiencia, su primo era varios años menor que él y no quería matarlo, aunque estaba seguro de la traición de este.

—¿No vas a contestarme primo? —Otro golpe—. ¿Fuiste tú quién lanzó la daga?

—Basta de cháchara —bramó el otro.

Otro mandoble, otra herida.

—No hasta que me digas lo que quiero saber: ¿fuiste tú u otro de tus amigos? ¿Qué les prometiste a cambio?

Por el rabillo del ojo, vio que algunos de los guerreros se miraban y sus manos iban a las espadas. En unos segundos, se desató un pandemonio. Los partidarios de Collen también sacaron las espadas y empezaron a luchar contra los de Duncan. Los Armstrong, al ver a los jóvenes que luchaban a favor del jefe contra los más curtidos que se habían aliado con aquel traidor, no dudaron en tomar las armas y luchar a su lado.

Douglas, que cuando se enfadaba era como un buey furioso, en una mano sostenía su daga y en la otra la claymore. Las descargaba sobre sus compañeros como si fueran sus peores enemigos. Hirió a unos cuantos que se retorcían por el suelo; otros lanzaban alaridos cuando alguno de los Armstrong los hería.

Beth estaba frenética viendo lo que estaba pasando a las puertas del castillo, sobre todo, porque entre todos no localizaba a su esposo.

Al oír los quejidos, las maldiciones y ver lo que estaba sucediendo a su alrededor, a Collen una neblina roja lo barrió de arriba abajo. Tenía que terminar con todo aquello de inmediato. Con renovado brío, atacó a Duncan hasta que este tropezó con otro guerrero y perdió el equilibrio. El insensato levantó la espada desde su precaria situación, y el jefe de un buen derechazo se la arrebató de las manos. Y al segundo siguiente, tenía la punta de la claymore del laird apoyada en el pecho.

—Termina de una vez —lo increpó Duncan—. Fui yo quien lanzó la daga; no iba dirigida a ti, pero no me importó haber errado.

El laird profirió su grito de guerra. Que esa sabandija hubiese intentado matar a su mujer lo ponía enfermo. Al oírlo, los guerreros se giraron todos hacia donde él estaba. Se hizo un silencio ensordecedor, como presagiando una muerte. Cogió la espada con las dos manos, lo que le pedía su cabeza era terminar con la vida de aquel en quien había puesto toda su confianza. Pero no lo haría; no cargaría en la conciencia la muerte de un miembro de su familia.

—Todos los que apoyen a Duncan que se sitúen a su lado, los que me sigan que se pongan detrás de mí.

La rotundidad de sus palabras puso en movimiento a los soldados. Varios de los más corpulentos se situaron detrás de Duncan, junto con otros más jóvenes con ganas de guerrear. Y el resto, detrás de Ferguson. Los Armstrong se unieron a los seguidores de Collen.

Entre los soldados había varios de heridos, con cortes de diversa gravedad. Beth sabía que era su deber ir a ordenar a las mujeres que prepararan vendas, pusieran agua a calentar para las curas y buscar a Shona para curar a los más graves. Pero era incapaz de apartar la mirada de lo que sucedía en el patio. En ese momento, veía a su marido con la espada en el pecho de su primo y el grupo de traidores con aires chulescos frente a él.

El tío Kendrick estaba en lo alto de las escaleras que daban paso al interior del castillo. Había presenciado la derrota de su hijo. Al anciano, que desde hacía algún tiempo veía que Duncan se había vuelto avaricioso y que envidiaba a Collen, no le sorprendía lo ocurrido. Reconocía que, si algo parecido le hubiese ocurrido a su hermano, el padre de Collen, mientras había sido el laird de los Ferguson, no se lo habría pensado tanto y habría terminado con la vida del traidor, por muy familia que fueran. Hasta su mismo sobrino lo hubiese hecho un año atrás, cuando era un hombre amargado de la vida y feroz. Desde que se había casado, Collen pensaba más sus actos. Como solía decirse, había sentado cabeza. Estaba orgulloso de él, no así de su hijo. ¿Cómo se le había ocurrido atacar la vida de la esposa del laird? Lo que había terminado con este herido de gravedad. Le dolía pensar en el futuro de Duncan.

La mayor parte de las mujeres del clan estaban junto a la muralla, apartadas del combate, mirando lo que ocurría con verdadero temor. Algunas empezaron a susurrar, y a hacer cábalas de lo que haría el jefe con los traidores. Entre ellas se encontraba Nerys y su amiga Blaire, que se retorcían las manos con nerviosismo, esperando la sentencia del laird.

De pronto, un movimiento detrás de Ferguson atrajo la atención de los guardias que lo veían todo desde lo alto de la muralla. Y una daga pasó silbando muy cerca de Collen. Este se dio la vuelta, justo para ver a uno de sus hombres que caía de espaldas con el proyectil clavado en el pecho y el brazo levantado con un cuchillo a punto de atacar. En medio de la confusión, el jefe se dio cuenta de que, si no hubiese sido por la rapidez de reacción del soldado, estaría muerto a manos de uno de sus hombres. Volvió la vista hacia su primo que seguía en el suelo.

—¿Habías trazado algún otro plan para matarme? —Su voz fue un bramido espeluznante, lo que todos sabían qué significaba. Ferguson, el vengativo, había vuelto.

—Termina de una vez —rugió Duncan, desafiando a Collen con la mirada.

—No ensuciaré mi espada con tu sangre. —Miró al comandante, y le ordenó—. Todos a las mazmorras.

Douglas empezó a impartir órdenes a diestro y siniestro. Los traidores fueron llevados a las entrañas del castillo a la espera de la decisión de Ferguson y los heridos fueron atendidos en el salón por Shona con la ayuda de varias mujeres. Entre ellas, Beth, que al darse cuenta de que miraba todo aquel espeluznante espectáculo con lágrimas de las que no era consciente corriéndole por las mejillas, se lavó el rostro y bajó a ayudar en lo que pudiera, a todos los heridos que habían luchado junto a su marido.

Unas horas más tarde, agotada, pero con mucho trabajo por hacer, sintió que alguien la sujetaba por la cintura. Al darse la vuelta, vio a su esposo y ya nada tuvo importancia para ella. Se lanzó a sus brazos y dejó que él la condujera a su recamara. Una vez dentro y notando la

tensión que lo embargaba, mandó a uno de los guardias de la puerta a que ordenaran un baño y, sin decir nada —no había palabras que borraran lo que ocurrido unas horas antes—, lo llevó hacía la ventana y lo sentó en el banco. De pie entre las gruesas piernas de Collen, lo abrazó contra su corazón.

No hablaron de lo sucedido; él la había visto en algún momento tras la ventana; y sin palabras le agradeció lo que estaba haciendo. No le importaba reconocer que la necesitaba. Y lo que su corazón herido por los acontecimientos del día no se atrevía a decir con palabras se lo dijo su cuerpo.

Beth, con sus tiernos cuidados y caricias, se dedicó a hacerle olvidar por un rato lo que había pasado. No lo recriminó por haber aceptado el desafío ni por haberse expuesto al peligro. Con su silencio, sus abrazos y su forma de amarlo, le estaba dando su apoyo. Y él se lo agradeció de igual forma: adorándola.

Cuando ella se quedó dormida, él se vistió y bajó al salón para interesarse por el estado de sus hombres. Se sentó en una de las mesas libres con su comandante Douglas y, ante un vaso de whisky, le ordenó que pusiera a sus hombres de confianza en alerta, por si alguno de los traidores andaba suelto entre ellos.

Capítulo 49

Al día siguiente, Ferguson buscó a Broc; quería saber lo que había ocurrido con el viejo Malcom Armstrong. ¿Cómo habían conseguido sacar a Bridgit de las tierras de los Armstrong?

Este le contó que su jefe se había puesto hecho una fiera. Cuando volvieron diciéndole que los habían apresado y que no había podido hacerse con el crío, Malcom se enfureció. Les dijo que eran unos inútiles que no servían para nada, que no quería volver a verlos. Estos se aferraron a sus palabras al vuelo. Le dijeron que se iban de aquellas tierras con sus familias. Y él, furibundo y rabioso, porque la mala puta que no paraba de excitarlo y no se dejaba tocar a menos que viera al crío, los dejó partir.

Broc que sabía de la lujuria y lascivia de Armstrong, le dijo que, si quería, le quitaría a la puta inglesa de las manos. Malcom ya hacía demasiados días que soportaba las insinuaciones y la coquetería de esa mujer para que luego se le negara con la excusa del mocoso. Vio el modo de sacársela de encima y volver a disfrutar de las sirvientas del castillo. Porque ella las alejaba de su lado cuando él las llamaba para darse un revolcón. Accedió a que lo libraran de esa irascible mujer. Ya estaba demasiado viejo para vérselas con una zorra semejante.

Más tarde, Ferguson en persona fue quien a interrogar a Bridgit. Cuando entró en la recamara, maldijo que su mujer se hubiese dado tanta prisa en convertir aquellas viejas alcobas en las estancias cómodas que eran en esos momentos. Esa bruja se merecía estar encerrada entre cuatro paredes con un jergón y poco más.

Ella lo recibió de malos modos, acusándolo de ser el salvaje que ella siempre había creído. Y, desde luego, los ojos que la miraban hacían que unos temblores la recorrieran de arriba abajo de puro terror.

—Si yo fuera ese salvaje del que me acusas ser, ahora mismo estarías ocupando una de las celdas de mis mazmorras. —La voz dura de Ferguson hizo que fuera recorrida por un estremecimiento.

La palidez invadió el rostro de Bridgit al ver lo precario de su situación.

—Y si no quieres ser uno de mis huéspedes en las entrañas del castillo, te aconsejo que respondas mis preguntas.

Ella lo miraba con terror en los ojos; él había sido muy claro en lo que le esperaba si no respondía lo que quería escuchar.

Ferguson se apoyó en la repisa de la chimenea con los brazos cruzados sobre el pecho en actitud reposada, pero ella podía ver a la bestia a punto de saltar que tenía delante.

—¿Qué interés tienes en el pequeño Edy?

—Ninguno —dijo deprisa, sin pensar.

—Entonces, ¿por qué te camelaste a Malcom para que mandara sus hombres a secuestrar al niño que vive en el castillo?

A Bridgit le sorprendió que él supiera lo que había hecho. Pero enseguida recordó la discusión de Armstrong con sus hombres al volver y decir que los habían descubierto, y la posterior salida de estos con sus familias. Era evidente que se habían ido de la lengua y le habían contado a Ferguson lo que los había llevado allí.

—Yo no me he camelado a nadie, y menos al viejo carcamal. Soy una dama.

Esas palabras arrancaron una carcajada al laird.

—Una dama que se acuesta con alguien que podría ser su abuelo para conseguir lo que quiere.

—Yo no me he acostado con ese…

—Claro. —Collen rio con ganas—. Por eso mandó a sus hombres.

Si te hubieras acostado con él, no lo habría hecho.

Su hilaridad ofendió a Bridgit, que se le acercó con los dedos engarfiados. Él, al verlo, la detuvo con unas palabras.

—Recuerda la mazmorra.

—Eres una persona nauseabunda, cruel, salvaje…

—Puedo ser lo que yo quiera y te recuerdo que no has contestado a mi pregunta. Y te advierto que seas convincente, porque, de lo contrario… Ahora que lo recuerdo, las celdas están ocupadas por hombres a los que no podrás manipular como hiciste con Armstrong.

La zorra lo miró entrecerrando los ojos.

—No serías capaz.

Otra carcajada sin humor resonó en la recamara.

—Puedo encerrarte con ellos y mañana hacerte la misma pregunta ¿Qué te parece, zorrita? ¿Serás capaz de satisfacer a los guerreros salvajes escoceses?

Ella apretó la boca queriendo darle a entender que no iba a soltar prenda.

—Muy bien, tú lo has querido.

Ferguson salió de la alcoba, y les dijo a los guardias que la llevaran a las mazmorras. Que la pusieran en una celda sola. Solo con estar cerca de los traidores, se le iba a soltar la lengua muy pronto.

Collen se debatía entre decirle a su mujer que Bridgit estaba allí o no. Sabía que se preocuparía. Sin embargo, se lo dijo porque no quería ocultarle nada. Beth reaccionó como si hubiese sido alcanzada por un rayo.

—¿Dónde está?

—En la mazmorra.

Su mujer lo miró con sorpresa en sus bellos ojos. Pero él vio que sus labios se estiraban como si le hiciera gracia.

—Habrás puesto algún guardia sordo, ¿verdad?

El comentario le hizo gracia y los dos terminaron riendo.

—Tienes una veta mezquina que yo no conocía.

—Río por no llorar… estoy muerta de miedo —dijo poniéndose seria. Él notó que se sujetaba las manos y supo que lo hacía para que

no viera cómo le temblaban. La encerró entre sus brazos y le besó los cabellos.

—No quiero que tengas miedo… Yo cuidaré de ti y de Edy.

—Tú tienes que poner orden entre tus hombres… Oh, Dios, todo sucede a la vez.

Se lamentó Beth.

Collen sabía que ella tenía razón, pero su prioridad era su esposa. Pensó en la manera de que los dos pudieran relajarse durante unas horas.

—Vamos, nos ira bien cabalgar un rato. —En los ojos violetas de su mujer vio temor, y supo el motivo—. No te preocupes, tu hermano está en las mejores manos. Los hombres que lo custodian no dejaran que le pase nada.

Salieron del castillo con sus monturas al trote y, cuando dejaron atrás la última cabaña, él dijo:

—Te echo una carrera hasta el río… —La miraba con una sonrisa socarrona—. El que llegue último tendrá que pagar una prenda.

Conocía lo suficiente a Beth para saber que no dejaría pasar el desafío. Ella espoleó a su caballo y salió como una flecha. Él dejó escapar una carcajada y la siguió. Evidentemente, el que llegó antes al río fue él. Se conocía aquellas tierras como la palma de su mano, al contrario que Beth. La esperaba de pie junto a su montura con un brazo sobre el lomo del animal.

Ella lo miró con una sonrisa pícara.

—¿Qué prenda habías pensado?

Collen vio sus intenciones de seguir cabalgando si no le gustaba lo que dijera. Se acercó y, cogiéndola de la cintura, la bajó a tierra.

—No vas a escaparte de pagar.

La risa cristalina de Beth resonó entre los árboles. Y él, arrobado por el sonido, la atrajo hacia su cuerpo y la besó con ansias y pasión. Los trinos de los pájaros acompañaban a los suspiros que a ellos se les escapaban. Collen la apartó con suavidad, cogió el plaid que llevaba en la montura y lo tendió en el suelo. Se dejó caer y tiró de ella. En un segundo estuvo a horcajadas encima de su esposa, se estiró sobre ella y arrancó una florecilla con la que le acarició el rostro con lentas pasadas. Ella sonreía con deleite y sus manos fueron al encuentro de la piel de su marido, cálida y aterciopelada.

Se amaron con suavidad y ternura, dando tanto amor el uno al otro como si el mundo fuese a acabar en cualquier momento. Como si quisieran grabarse en la piel del otro diciendo sin palabras lo que sus corazones sentían.

Después, Collen la abrazó y la mantuvo calentita hasta que empezó a levantarse una agradable brisa que llevaba hasta ellos el aroma de las flores que se mecían a su alrededor.

Capítulo 50

A la mañana siguiente, Ferguson bajó a las mazmorras y todas las miradas de despreció se posaron en él. Por un lado, la de los traidores y, por el otro, la de Bridgit. Los primeros se mantuvieron callados mientras le lanzaban dardos por los ojos. La zorra lo increpó nada más verlo.

—Eres un desgraciado, canalla…

—Deberías estar agradecida de que no te pusieran en la misma celda que ellos —dijo él con voz cortante—. Te recuerdo que, si no consigo las respuestas que busco, aún te pueden trasladar.

Los hombres que habían estado toda la noche increpándola soezmente, prestaron atención a lo que decía el laird hasta que alguno se atrevió a decir:

—No le digas lo que quiere escuchar, muñeca, nos lo vamos a pasar muy bien.

Ferguson vio como el rostro de la mujer se encendía por momentos, seguro de que se estaba mordiendo la lengua para no insultarlo.

—¿Vas a contestar hoy a mis preguntas?

En su enfermiza maldad, pensó en la manera de hacer sufrir a esos que la estaban tratando como a una cualquiera.

—Solo hablaré si Beth está delante.

Collen no quería poner a su mujer delante de aquella bruja, pero sabía que, si ella se enteraba de lo que había dicho y no era por él

mismo, se iba a enfurecer. Sin decir una palabra más, se dio la vuelta y subió las escaleras, dejando tras de sí una cacofonía de voces masculinas que le decían groserías a Bridgit.

Encontró a Beth en la alcoba de Edy. Desde lo ocurrido que no se atrevía a sacar al muchachito de allí. Le hizo un gesto para que lo siguiera; ella, al ver su cara tan seria, se temió que algo estaba ocurriendo. ¿Es que no podían encontrar un poco de paz?

—Bridgit me ha dicho que contestará a mis preguntas si tú estás presente —dijo cuando ella hubo salido al corredor.

Ella cogió aire convulsivamente, esperaba no tener que ver a aquella víbora nunca más.

—Si no quieres, no tienes por qué hacerlo, cariño. Hay otras formas de hacer hablar a la zorra.

Beth no era ninguna cobarde, si la otra pensaba encontrarse con una pusilánime, estaba muy equivocada.

—¿Cuándo?

—Cuando estés preparada. —Beth asintió con la cabeza, y su marido añadió—, No quiero que todo esto te trastorne.

—Soy más fuerte de lo que parezco, vamos. —Se cogió a la mano de su marido, como si, con aquel gesto, él pudiera traspasarle su valor.

Al bajar las escaleras, llegó hasta ella un tufo nauseabundo; notó que su estómago se encogía y no supo si era por los nervios de ver a su antigua amiga. Respiró despacio para calmar los calambres que su vientre. No quería ponerse en evidencia vomitando allí mismo.

Collen la guio al cuartucho que usaban los soldados de guardia y le dijo que esperara. No tardó mucho en volver precedido de Bridgit. Esta, al ver a Beth, la miró con odio, pero supo mantener la boca cerrada. Iba a menospreciar el vestido sencillo que llevaba Beth, pero se calló a tiempo al pensar en el aspecto que ella debía presentar después de haber pasado la noche tendida vestida en aquel camastro lleno de chinches.

Collen se situó tras la rubia, al lado de la puerta, apoyado en la pared, sin perder de vista a ninguna de las dos. Antes de que él pudiera preguntar, su mujer se le adelanto.

—¿Debo darte la enhorabuena por tu boda?

—Más te valdría darme el pésame —gruñó Bridgit.

—¿Dónde está tu esposo? ¿Sabe que estás aquí?

Bridgit soltó una risa falta de humor.

—Cuando nos casamos, le faltó tiempo para encerrarme en el campo. Me dijo que en sus planes no entraba una esposa como yo. —Beth se imaginó a Bridgit en el campo y casi se le escapa una sonrisa. Miró a Collen y este sonreía abiertamente pensando que, después de todo, había justicia en el mundo—. Ni en los míos entraba un esposo, ni él ni nadie —dijo con voz chillona al ver la hilaridad que habían causado sus palabras.

—¿No querías casarte? —preguntó Beth sorprendida.

—Nunca, jamás…

Eso confirmaba la opinión que Collen tenía de ella, era una mala zorra que disfrutaba poniendo en evidencia a los demás. Desbaratando planes, flirteando y excitando a los hombres frente a sus futuras esposas.

—Ya basta de cháchara. —La voz de Ferguson inundó la sala—. ¿Por qué querías que secuestraran al hermano de mi mujer?

Al pensar en el pequeño, el rostro de Bridgit adquirió un rojo subido y sus ojos desprendieron todo el odio que sentía.

—Tú tienes la culpa de todo. —Un dedo fino señaló a Beth.

Esta se quedó callada, esperando que se explicara.

—Si no hubieses rescatado al mocoso…

¿De qué estaba hablando?, se preguntaba Beth. Vio a Bridgit derrumbarse en la única silla que había allí. Se tapó la cara con las dos manos y vio que su espalda se sacudía como si estuviera llorando, cosa que dudaba, pues sabía actuar muy bien para impresionar a los que tuviera alrededor.

Bridgit estaba recordando la historia que le había contado su padre, de cómo la hija de Sebastián había encontrado y salvado a su hermano, quien hubiera muerto ahogado si no hubiera sido por ella.

Collen y Beth esperaban que se explicara, pero parecía que no tuviera ninguna prisa por hacerlo.

—¿De qué me estás hablando?

—Me han obligado a casarme en contra de mi voluntad. —Las lágrimas que corrían por su rostro eran tan falsas como ella misma—. Y encima me he quedado sin herencia.

Collen, al oír las incoherencias que decía esa mala víbora, pensó que se estaba volviendo loca. Le hizo un gesto a su mujer para sacarla

de allí. Su paciencia se había agotado.

—Cuando estés dispuesta a contarnos alguna verdad, te escucharemos. ¡Guardia! —llamó Ferguson.

—Os estoy diciendo la verdad… —aulló desesperada al ver que la iban a volver a encerrar.

—Pues explícate mejor; no entiendo nada —dijo Beth.

—Tu hermano es mi hermano —gritó.

A Beth le faltaba el aliento. Tenía problemas para respirar y la palidez de su rostro era extrema. Su marido lo vio y le dijo al guardia que se llevara a Bridgit. Cuando se quedaron solos, cogió a su esposa en brazos y la sacó de allí.

Una vez en su recámara, la dejó en el lecho con suavidad. Nunca habían hablado de la procedencia de Edy. Sabía que su suegro lo había adoptado y se imaginó que lo habría sacado al pequeño de un orfanato.

—¿Estás mejor, amor?

Ella negó con la cabeza. Sentía que su estómago iba a expulsar lo que había desayunado. Se puso las manos sobre el órgano acalambrado y Collen, al verlo, le alcanzó la bacinilla en la que ella se inclinó y vomitó.

Una vez que su marido le hubo refrescado la cara con un paño, ella se sintió mejor. Entonces, le explicó la historia de Edy. Él se negaba a creer en la casualidad de que Beth hubiese salvado precisamente al hermano de Bridgit. Seguro que era otra treta para hacer sufrir a su esposa. Le ordenó que se quedara en la cama, descansando, mientras él le sacaría la verdad a esa perra, aunque fuera a golpes.

Volvió a las mazmorras y le dijo a Bridgit que no le creía, que su esposa podía ser más crédula, pero que a él tendría que convencerle de que decía la verdad. Esta le contó la historia como la sabía de labios de su padre. Aun así, Collen seguía sin creerla. Ella podía verlo en su mirada de desprecio.

—Le dije a Armstrong que me trajera al niño para asegurarme.

—¿Asegurarte de qué?

—De que es mi hermano. Tengo una marca de nacimiento igual a una que tiene mi padre…

—¿Qué marca es esa?

Bridgit se arremangó la manga derecha del vestido y él vio en la parte interna de la muñeca una especie de ciruela enana de un tono rojizo subido.

—Mi padre la tiene igual y en el mismo brazo.

Collen había visto esa marca en el pequeño, pero no se lo diría a esa perra.

—¿Qué pensabas hacer con el pequeño si tenía la marca? Cosa que ya te digo que no tiene.

El silencio de Bridgit fue suficiente respuesta. El pequeño habría sufrido algún tipo de accidente mortal. Estaba seguro de ello. La mala zorra habría sido capaz de terminar con la vida de un ser inocente. Ferguson se ponía enfermo solo de pensar en lo que hubiese ocurrido con Edy si hubiesen llegado a capturarlo los hombres de Armstrong. Él le había cogido cariño al niño, pero su mujer se habría quedado destrozada.

Después de ordenar que volvieran a encerrar a Bridgit en la celda, Ferguson cogió su caballo y se alejó del castillo. Tenía que pensar y quería hacerlo solo. Sabía que tendría que haber subido a ver a su esposa; sin embargo, no lo había hecho. Ella vería que algo le preocupaba y terminaría sonsacándole la verdad.

Una vez lejos del castillo, supo lo que haría. Tenía que hablar con Duncan. Este lo había traicionado; no podía dejar que siguiera en sus tierras. En cualquier momento volvería a hacer lo mismo y no podía tolerar que ninguno de sus parientes corriera peligro. Cosa que ocurriría si no daba un castigo ejemplar a ese grupo de renegados. Y, al mismo tiempo, se desharía de Bridgit dejándola a cargo de su primo. Si él perdía la paciencia y en un ataque de ira le cortaba el cuello, se lo tendría bien merecido. ¡Cómo había podido conspirar para matar a un muchachito!

Cuando volvió al castillo, tenía las ideas claras. Sabía lo que debía hacer. Subió a ver a Beth, que estaba otra vez con el pequeño. Se la llevó a dar un paseo por las murallas. Le haría bien que le diera un poco el aire, aún estaba muy pálida.

—¿Te sientes mejor, cariño?

Ella, durante el tiempo que había estado sola, se había preguntado qué le estaría ocurriendo. Nunca había sido propensa a mareos y, últimamente, se sentía descompuesta. Claro que desde hacía unos días no ganaba para sustos. Se quedó dormida con este convencimiento. Soñó que estaba sentada en el plaid de Collen en el bosquecillo donde él solía llevarla para estar a solas. Al escuchar un ruido de una rama al partirse, se dio la vuelta y vio a su marido con un bebé en brazos que se dirigía hacia ella con una radiante sonrisa en los labios.

Abrió los ojos de golpe con la extraña sensación de que aquel sueño significaba algo. Sus manos fueron directas a su vientre chato y empezó a acariciarlo; al mismo tiempo que recordaba cuando había tenido su trastorno menstrual por última vez. Cuando se dio cuenta de que habían transcurrido tres meses, se le atascó el aliento: ¡estaba embarazada!

Un agradable calorcillo se instaló en su corazón, en sus entrañas crecía el hijo de Collen. Le dieron ganas de correr en buscar de su marido para darle la noticia, pero no lo hizo; quería disfrutar de su descubrimiento un poco más. Consciente de que una sonrisa tonta adornaba su cara.

Paseando por las murallas con su esposo, pensó que era el momento de decirle que sería padre. Cuando él le preguntó si se sentía bien, ella sonrió enigmáticamente.

—Por tu sonrisa presumida, yo diría que te sientes mucho mejor —dijo él contento por ella.

—Sí, aunque es posible que mi malestar dure un tiempo.

Collen se puso serio al escucharla.

—¿Qué quieres decir, amor? ¿Por qué tiene que durarte…?

Él entendió lo que su mujer trataba de decirle y una gran sonrisa le coronó los labios al mismo tiempo que se detenía y la miraba de arriba abajo. Le puso una mano amorosa en el vientre.

—¿Estás segura?

—Sí, señor mío. En unos meses serás padre.

Él se sintió tan eufórico que la tomó en sus brazos y dio un par de vueltas con ella hasta que ella se acurrucó en su hombro y le susurró

que se mareaba. Entonces se paró y la besó con tanto amor y ternura que a ella se le llenó el corazón de felicidad.

Capítulo 51

Lord Somerville se había trasladado a Newcastle. Quería que, cuando los tipos a los que había contratado para secuestrar a su hijo lo tuvieran en su poder, se lo entregasen sin pérdida de tiempo. Alquiló una casa y se instaló, esperando a que todo terminara lo antes posible y se pudiera llevar al muchachito de allí. Si era preciso, se iría a América. Lo primordial era que tenía un hijo, un heredero, y pensaba gozar con él de lo que no había podido con Bridgit.

Una y otra vez, recordaba la terrible discusión que había tenido con su amante, Anabel. Al día siguiente de que Bridgit se casara con Saxon, él, viéndose libre de la víbora de su hija, decidió rehacer su vida. Anabel, era la que siempre lo había comprendido, la que le daba consuelo cuando su hija lo estaba volviendo loco. La dulce Anabel.

Con lo que no contaba, y no entendía, era que ella en lugar de alegrarse ante la proposición de matrimonio, se pusiese a llorar y lo echara de su casa.

Esperó un par de días para que ella se calmara, le envió flores varias veces. Y, al anochecer del segundo día, se presentó otra vez en su casa. Necesitaba a aquella mujer que lo había ayudado a no caer en la locura —primero con una esposa promiscua y luego con una hija egocéntrica que al parecer había salido a su madre—.

Anabel lo estaba esperando. Sabía que tendría que darle una explicación por su comportamiento. Había barajado la opción de mentirle, de decirle que se había sentido abrumada por la proposición

y ocultarle su gran secreto. No obstante, no lo haría. Ella vivía con ese peso en el corazón desde que había tomado aquella terrible decisión. Y, si ese era el día en que tenía que pagar por su pecado, que así fuese.

Él llegó con un ramo de rosas blancas, que sabía que le gustaban. Ella le dijo que pasara al salón mientras iba a por un jarrón. Había dado la tarde libre a los sirvientes, anticipándose a lo que iba a ocurrir cuando él se enterara de lo que había hecho. Era muy consciente de que era muy probable que le diera una paliza hasta matarla. Después de todo, las rosas podrían adornar su féretro. Dejó las flores sobre una mesita al lado de la ventana y se sentó en una silla frente a él, que lo había hecho en un sillón.

Se sintió incómoda bajo su atenta mirada. Ese día no se había puesto sus mejores galas, como solía hacer. Se había vestido con un vestido sin adornos de un apagado verde musgo. Como si fuera al cadalso. Su pelo, de un tono castaño claro, estaba peinado en un rodete de lo menos favorecedor en su nuca. Y sabía que sus ojos marrones no lucían el brillo que él estaba acostumbrado. En el espejo había visto las marcas violetas que lucía, por no haber podido dormir las noches pasadas.

Como él no decía nada, optó por empezar ella y así terminaría con ese sinvivir que la atormentaba.

—Benton… —Ella siempre lo llamaba por su nombre de pila—. Sé que te debes preguntar qué ocurrió el otro día para que te despachara con cajas destempladas como lo hice.

Él asintió. La miraba y la veía nerviosa, ojerosa, y ese vestido le quedaba tan mal que cuando se lo quitara pensaba echarlo al fuego.

—Cariño, sé que te sorprendió mi proposición, pero no entiendo qué hice mal. Sé que fui muy insistente en lo de la boda…

—Los hombres no se casan con sus amantes —exclamó Anabel.

—Después de lo ocurrido con mi mujer y con mi hija, déjame decirte que me importa un bledo lo que hagan los demás. Yo quiero que nos casemos, quiero instalarte en mi casa… Y, si la alta sociedad se escandaliza por mis actos, no me importa. Al diablo con todos ellos. No necesito a ninguno de ellos, ni sus fiestas, ni sus hipócritas creencias, normas y reglas. Solo te necesito a ti.

Anabel sabía que la amaba y, si no lo hubiera sabido, aquellas palabras se lo habrían confirmado. Se le llenaron los ojos de lágrimas

y se tiró a sus pies.

—No llores, amor —dijo él tratando de auparla, pero ella se sujetaba con tanta fuerza a sus piernas que temió hacerle daño.

Anabel lloró largo rato y él la dejó que se desahogara. Cuando empezó a hipar, se puso de rodillas ante él.

—Tengo que confesarte un terrible secreto. Sé que te voy a hacer daño, pero tienes que saberlo.

Él asintió; no sabía de lo que se trataba, pero no podía ser tan malo.

—¿Recuerdas que hace cosa de un par de años que te dije que tenía que ir a cuidar a mi tía enferma?

—Sí.

El momento había llegado y en el salón estaba lleno de un silencio ensordecedor.

—No tuve ninguna tía enferma…

Benton se incorporó; ¿le había mentido?

—Me fui al campo; estaba embarazada.

La mandíbula del hombre se desencajó.

—¿Tuviste un hijo mío? —Su voz fue un murmullo ahogado.

Ella asintió sin sostenerle la mirada.

—¿Dónde está?

Anabel se cubrió la cara con sus manos; sus sollozos no presagiaban nada bueno.

—¿Qué le pasó?

—Yo no podía tener un bebé aquí conmigo.

Benton empezó a fruncir el ceño.

—¿Dónde lo dejaste? Voy a sacarlo ahora mismo de…

Ella negaba con la cabeza.

—Pagaré si es preciso. Dime dónde está.

La voz de Benton, el apremio en su tono, le destrozaban el corazón a Anabel. En ese momento se daba cuenta de que, si le hubiese dicho lo de su embarazo, él se habría sentido feliz. Pero cómo saberlo dos años atrás cuando él estaba de permanente mal humor por la estúpida de su hija.

—Le procuré un futuro.

—¿Qué hiciste?

—Le di una pequeña fortuna a mi doncella y le dije que se lo

llevara lejos.

A Benton parecía que iba a cogerle un ataque. Se puso de color púrpura. Aquellos ojos que siempre la miraban con adoración en ese momento lo hacían con odio. No lo pudo resistir y nuevas lágrimas anegaron sus ojos.

Cuando reaccionó de lo que Anabel había dicho, él, que hacía rato tenía los puños apretados, descargó un potente golpe en la mejilla de ella, lo que la dejó inconsciente. La rabia apenas lo dejaba respirar. Tenía un hijo y este había sido entregado a una don nadie para que lo criara.

Empezó a pasearse por el salón. Anabel seguía sin sentido en el suelo, pero en esos momentos no sentía más que ira. Fue a la mesita de los licores y se sirvió una buena cantidad de whisky, se lo tomó de un trago y volvió a llenarse el vaso.

Como ella tardaba mucho en volver en sí y él quería respuestas, cogió un vaso de agua y se lo tiró en la cara. Anabel abrió los ojos con un terrible dolor de cabeza y muchas ganas de vomitar. Lo hizo allí mismo.

—¿Dónde se han llevado a mi hijo? —rugió Benton.

Anabel se levantó a duras penas y se encaró a él.

—No hace mucho que vi a mi doncella; está sirviendo en la casa de un aristócrata… Le pregunté por el niño y me dijo que se lo habían robado. Que un día salió de donde vivía a comprar y cuando volvió el pequeño había desaparecido.

—¿Dónde fue eso?

—No lo sé.

—¿En qué casa trabaja esa mujer?

—No lo sé —repitió

—¿Dónde puedo encontrarlo?

Ella negó con la cabeza.

—Maldita seas, mujer…, debería matarte por eso —gritó.

—Hazlo, así terminaran mis días de miseria. ¿Te crees que no he sufrido por mi hijo?

—¡¿Qué has sufrido… serás mala puta?!

—Ya salió el santurrón, al que su mujer engañaba y su hija es el hazmerreír de Londres.

A esas alturas, ya ninguno de ellos pensaba lo que decía.

—Podrías habérmelo dicho. Yo me habría hecho cargo de él. Sabías muy bien que yo anhelaba tener un hijo.

Los gritos llenaban la casa.

—Me arrepentí mil veces de haberlo separado de mi lado. Tendría que haberme ido de Londres con él.

—Cualquier mujer lo habría hecho. Pero solo pensaste en tu bienestar sin importarte tú hijo. Eres una mala zorra. Yo que había creído que eras diferente. ¡Qué idiota he sido! ¿Qué mal habré hecho en alguna vida anterior para estar siempre rodeado de malas pécoras?

La miró con asco, con unas terribles ganas de estrangularla. Arrasó con el brazo la mesita de los licores y salió de allí. Necesitaba alejarse y respirar. Le parecía que se estaba ahogando.

Se fue directamente a su casa; necesitaba estar solo. Se encerró en su estudió y se dispuso a ahogar sus penas en alcohol.

Al cabo de una semana, en la que estuvo más tiempo ebrio que lucido, su mayordomo se negó a darle más whisky. Su patrón se estaba matando y él estaba dispuesto a evitarlo.

Dos días más tarde, obligó a su señor a bañarse y a vestirse como mandaban los cánones. Somerville se fue a su club y pidió al camarero una botella de whisky. Al tenerla en la mesa, miró el fondo del vaso y se dijo que no estaba ayudando a nadie. Si quería encontrar a su hijo, y se prometió que lo haría, debía estar bien lucido. Se quedó mirando al infinito hasta que una voz lo sacó de su estado de trance.

—¿Cómo va todo, Somerville? —La voz de Sebastián Cherry hizo que un estremecimiento lo recorriera de arriba abajo.

Recordó que cuando había visto al pequeño que este había adoptado, había visto un extraño parecido con Bridgit. ¿Sería posible que ese fuera su hijo? Conocía lo suficiente a Sebastián como para saber que él no habría robado a ningún bebé. Quizás le había salvado la vida. Tendría que preguntarle a su amigo, pero…

—Sebastián, ¿podemos hablar? —Tenía que hacerlo en ese momento; si se lo pensaba, no encontraría las palabras.

—Claro que sí.

—Estoy pensando en la suerte que tienes con ese pequeñín. ¿De dónde lo sacaste?

Sebastián sabía que la gente se preguntaba lo mismo. Sin embargo, conocía a ese hombre; tenían negocios juntos y sabía que

podía confiar en él.

—Fue una especie de milagro para él y para nosotros.

—Me tienes intrigado, amigo —dijo Somerville, sirviéndole un vaso de whisky.

—Beth lo encontró flotando en un río dentro de una cesta destartalada. Si no lo hubiera sacado del agua, habría muerto ahogado.

Somerville sintió como si una garra le estrujara el corazón. ¿La maldita doncella de Anabel había tratado de matar a su hijo? ¿O por el contrario la historia de que se lo habían robado era cierta?

Al ver el interés de su amigo, Sebastián se explayó contándole que el pequeño llevaba de cabeza a todo el personal doméstico de su casa. Que todos lo adoraban y en esos momentos lo añoraban, porque lo había dejado en Escocia con su hija.

Somerville se excusó con su amigo y volvió a la casa de su examante. Anabel estaba preparando los baúles para partir. A él no le interesaba dónde; suponía que ella habría llegado a la conclusión acertada de que, con lo que había hecho, su relación se acabó. Le preguntó cómo se llamaba la doncella a la que había entregado al bebé. Aunque fuese lo último que hiciera en esta vida, iba a encontrarlo. Contrató a un investigador de Bow Street para que localizara a la doncella. Luego él ya se encargaría de sonsacarle la verdad.

Unos días más tarde, el agente se presentó en su casa y le dio la dirección dónde ella trabajaba; le pagó sus honorarios y se apresuró a ir a verla. Esta acudió rauda a la llamada de su señora y, al entrar en el saloncito de recibo y ver a ese hombre que había sido el amante de su anterior patrona, palideció.

Lady Gallagher, que siempre había sido considerada y amable con el servicio, la miraba como si le hubiesen salido dos cabezas. Su cara descompuesta le hizo saber que estaba metida en un buen lío.

—¿Qué hiciste con el hijo de Anabel? —preguntó Somerville de sopetón; ya estaba cansado de vérselas con mujeres falsas e interesadas.

Ya sabía ella que ese asunto le iba a traer problemas.

—Me lo robaron —dijo con un hilo de voz.

—No te creo, ¿dónde lo dejaste? ¿Qué hiciste con él?

Emily empezó a sollozar.

—Señora, tiene que creerme me quedé dormida y cuando desperté… ya no estaba.

Estaba claro que estaba mintiendo; la historia no encajaba con la que había contado Anabel.

—Mientes —tronó Somerville—. Dime la verdad o te la sacaré a golpes.

Él se puso de pie, y ella vio como abría y cerraba los puños. No dudaba de que le pegaría una paliza.

La doncella empezó a temblar; su señora la miraba con el ceño fruncido. Estaba claro que su trabajo en aquella casa había terminado. Trató de adornar la verdad para que dejaran de mirarla como si fuera un monstruo.

—Yo no podía hacerme cargo del bebé…

—¿Y el dinero que Anabel te dio?

—Se estaba acabando rápidamente —exclamó con las mejillas cuajadas de lágrimas.

—Dime qué hiciste con el niño.

—Recordé una historia que me contaba mi abuela. Decía que una madre ante el peligro que corría su hijo, lo puso en un canasto y lo dejó en la corriente de un río. Para que quien lo encontrara le diera una vida mejor.

Somerville se le acercó en un par de zancadas, la cogió con fuerza por los brazos y le escupió en la cara…

—Arrojaste a mi hijo a una muerte segura, perra.

Cuando la soltó, su puño se estrelló contra la sien de la mujer, lo que la dejó sin sentido.

En ese momento, supo que el hijo de Sebastián era «su hijo». Se despidió de lady Gallagher y salió de la casa como alma que lleva el diablo. ¿Qué podía hacer? Si se presentaba ante su amigo y le decía que el pequeño era su hijo, era muy probable que no lo creyera. Sabía que, tanto el padre como la hija se habían encariñado tanto con el muchachito que hasta lo habían adoptado.

Llegó a su casa hecho una furia y su hija lo estaba esperando.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó de malas maneras—. ¿Es que tu marido ya se ha cansado de tu lengua viperina?

—He venido a buscar algunas cosas que me dejé.

—Y claro, tu maridito mantiene la bolsa bien cerrada para que no despilfarres su dinero.

—Tú me has empujado hacia ese matrimonio que yo no deseaba.

—No fui yo al que encontraron en una posición comprometida.

Su hija lo miraba con odio y él que no estaba por tonterías. Le dijo que ella solita se lo había buscado, que a partir de ese momento él disfrutaría con un hijo que había tenido con su amante.

Bridgit se desmayó de la impresión. Cuando volvió en sí, supo que su padre no le hubiese dicho algo así si no fuera verdad. Maldita fuera, tenía un hermano. Y eso representaba que se había quedado sin herencia.

Somerville pensaba en esos acontecimientos mientras miraba por las anchas ventanas de la casa que había alquilado en Newcastle. ¡Cómo había cambiado su vida!

Al fin, había justicia en su vida. Recordó cómo había disfrutado contándole a su hija la historia de su hermano. La cara que había puesto esta cuando le había dicho que Sebastián había adoptado al pequeño y que estaba en Escocia con su hermana.

Lo que no le había contado era que tenía previsto recuperar a su hijo, aunque Bridgit no era tonta y seguro que imaginaba que haría lo que hiciera falta para recuperar al pequeño.

Capítulo 52

Nerys estaba de muy mal humor y lo pagaba con cualquiera que se le cruzara. En más de una ocasión, la cocinera, que era su madre, la había reprendido ante otras sirvientas del castillo por sus malos modos. A su rabia por el chasco que había resultado ser la insurrección de Duncan, se sumaban las broncas de su madre. ¿Cómo había podido perder ese inepto con su primo que estaba recuperándose de su herida en la espalda? Ella que aspiraba a ser la señora del castillo y a tener sus propias doncellas, en ese momento se encontraba en un nivel muy bajo. Pues las que habían sido sus amigas: Iona, Isobel y Vika se habían ganado su posición al ayudar a la señora.

Blaire también le había dado la espalda, pues su esposo Murdock le había dado una paliza cuando se había enterado de que simpatizaba con Nerys para traicionar al laird.

Para no tener que servir a Beth se pasaba horas fuera del castillo. Y su resentimiento estaba llegando a cotas de locura. Pensó que tenía que hacer algo para que la inglesa abandonara aquellas tierras que pertenecían a sus familiares. Algo drástico.

Una tarde que estaba paseando por el bosque, reconoció unas flores que su madre siempre le había impedido coger, diciéndole que eran venenosas. De niña había aprendido a reconocerlas y en ese momento se le ocurrió la idea. Cogió unas cuantas y se las metió en el bolsillo.

Habían pasado unos días desde que Bridgit y los traidores estaban en las mazmorras. Collen disfrutó de ellos con su esposa. De momento decidieron no decir a nadie que ella estaba esperando un bebé. Se regocijaban con su pequeño secreto. Cuando cada noche se metían en la cama, él se pasaba un rato acariciando la tripa de Beth, donde estaba creciendo su hijo. Y luego le hacía el amor con tanta ternura que ella se sentía amada y dichosa, por haber encontrado a ese hombre fuerte y cariñoso que la adoraba.

Ferguson se despertó y pensó que ya había pospuesto demasiado su decisión. Bajó a las mazmorras con Douglas, a quien tenía al día de lo que pensaba hacer.

Se encaró a su primo Duncan.

—Sabes que debería matarte por lo que hiciste, ¿no?

Este soltó un gruñido a la vez que asentía con la cabeza.

—No voy a hacerlo; no por ti, respeto demasiado a tu padre para que te vea morir a mis manos.

—Entonces, ¿piensas mantenernos en las mazmorras hasta que nos matemos entre nosotros?

—No es una mala idea…, pero no. Os destierro de nuestras tierras. A partir de ahora no volveréis a usa los colores Ferguson. Os iréis lejos y no quiero volver a ver vuestras caras. Recordar que, si os veo merodeando o dentro de la propiedad, no tendré estos escrúpulos y terminaréis bajo el filo de mi espada.

—¿Es una amenaza, primo?

—No, una promesa. —La voz de Ferguson era tan suave como la seda, cosa que alarmó a más de uno. Todos sabían que su jefe no amenazaba si no pensaba llevarlo a cabo hasta las últimas consecuencias.

Todos empezaron a maldecir su suerte. Se desató un auténtico pandemonio; todos acusaban a Duncan de haberlos llevado a ese destino de parias sin tierras.

Antes de dejarlos discutiendo, Collen se puso dos dedos en la boca y soltó un agudo silbido.

—Si queréis mataros, hacedlo mañana cuando hayáis salido de

mis tierras. Ah…, otra cosa, para que os entretengáis, os la llevaréis también a ella —dijo señalando a Bridgit.

Ella se lanzó hacia los barrotes que los separaban y seguro que, si lo hubiese alcanzado, le habría sacado los ojos.

—No te preocupes, zorra, estoy seguro de que estarás muy entretenida con ellos.

Ferguson se dio la vuelta para salir de allí.

—Kerr, mañana al amanecer los quiero listos para partir —ordenó al soldado que estaba de guardia.

Abandonó las entrañas del castillo con la satisfacción de haber hecho lo que debía. Estuvo hablando con Douglas para que tuviera a un buen grupo de guerreros preparados al amanecer para acompañar y asegurarse de que los traidores se iban de sus tierras.

Nerys volvía de recoger huevos, donde la había mandado su madre. La noticia de que al amanecer los traidores abandonarían las tierras Ferguson corría de boca en boca. La mayoría de las mujeres con las que se cruzó estaban contentas de que todo terminara sin derramamiento de sangre; después de todo, el laird mostraba compasión por su primo y por los otros soldados que en el pasado habían luchado a su lado.

Tenía que actuar con premura si quería detener aquel despropósito. Fue a la despensa y buscó dónde había escondido las flores. Cogió unas pocas; no sabía la cantidad que debía usar. Supuso que ya serían suficientes para lo que planeaba. En esos momentos, en las cocinas, no había más que algunas sirvientas limpiando y otras empezando a pelar verduras para la cena. Buscó una pequeña marmita y puso las flores con un poco de leche. Una de las criadas le preguntó si quería que la ayudara y ella se negó, diciéndole que no se sentía bien, que se lo tomaría y se iría a acostar.

Subió al piso de arriba, entró en la recamara de Edy y le dijo a Beth:

—Señora, he traído un poco de leche para el pequeño; se me ocurrió que podía apetecerle.

—Gracias, Nerys.

Edy estaba dormido; había estado jugando y Beth dejó que durmiera hasta la hora de la cena. Ella estaba tejiendo una alfombra con la ayuda de Vika y de Isobel. Se levantó al oír barullo en el patio y, al mirar por la ventana, vio a su marido y a Douglas practicando con la espada. Le parecía imposible que los hombres manejaran aquellas armas como si fueran de madera cuando ella sabía muy bien lo que pesaban. Se quedó un momento viendo el hábil manejo de los dos hombres. Y sonrió al quedarse embobada con la piel que su esposo lucía en todo su esplendor; ese día no se había puesto la camisa que solía llevar y se le marcaban los músculos que a ella tanto le gustaba mordisquear.

Al volver al asiento que había estado ocupando, vio el vaso de leche que había subido Nerys y se lo bebió a pequeños sorbos.

No tardó mucho en empezar a sentirse mal. Las puntadas que daba en el tapiz las veía dobles, se le nublaba la vista. Isobel se dio cuenta de que su señora no paraba de tocarse los ojos y vio que sus manos temblaban y que una fina capa de sudor le cubría el rostro.

—¿Se encuentra bien, señora?

—No, parece que las paredes se muevan a mi alrededor, y no veo bien…

—Debería descansar un rato.

Beth aún no había perdido la lucidez para pensar y le extrañó aquel mareo que la aturdía en pocos segundos. No era como los que sufría de vez en cuando debido al embarazo. Se asustó y le dijo a muchacha que fuera a buscar a su marido. Fue lo último que hizo antes de poner los ojos en blanco y desvanecerse.

Collen escuchó lo que le decía la sirvienta y subió raudo a ver qué le sucedía a su esposa. Era raro que se sintiera mal a esas horas de la tarde. Cuando la vio sin sentido y desmadejada en el suelo, se asustó. No era propensa a los desmayos. La cogió en brazos y la llevó a su alcoba, y le dijo a Isobel que fuera en busca de Shona.

Mientras esperaba, al ver el sudor que cubría su frente, la refrescó con paños húmedos, pero ella seguía sin volver en sí.

La anciana sanadora entró en el aposento sin llamar seguida de

Isobel y, al ver la extrema palidez en el rostro de la señora, y la traspiración que no cesaba, le dijo al jefe que debían desnudarla, que las dejara a solas, cosa a la que él se negó. Collen se hizo cargo enseguida de la labor. Pensó en dejarla con su fina camisola, pero estaba empapada y se la quitó.

Shona puso sus huesudos dedos en la base del cuello de Beth y notó su pulso irregular, y no le pasó desapercibido el tono azulado que estaban tomando sus labios.

—Isobel trae la bacinilla; la han envenenado. Tengo que hacerla vomitar.

—¿Qué? —rugió el laird.

—Será mejor que se vaya, señor —dijo la anciana.

—Yo no me muevo de aquí.

Collen oyó que murmuraba: «Son tal para cual». Pero no dijo nada mientras la sanadora cogía a Beth y le metía los dedos en la garganta. Isobel sostenía a bacinilla, y el cuerpo menudo de su esposa fue recorrido por convulsiones que parecía que fuera a sacar las tripas.

Mientras Collen las veía en la labor de vaciar el estómago de su mujer, no podía dejar de preguntarse quién habría sido el desalmado de intentar matarla. Beth pareció que volvía en sí con las fuertes sacudidas que sufría su cuerpo cada vez que Shona le metía los dedos en la garganta, pero se quedaba tan inerte como si la vida la hubiera abandonado.

Cuando ya no vomitó nada más, la anciana la tendió en la cama de nuevo y le lavó todo el cuerpo con agua fría. Luego la cubrió con las pieles y se puso a mezclar unas hierbas que sacó de la bolsa que siempre llevaba consigo. Les añadió un poco de agua y le ordenó a Collen que incorporara a su esposa para obligarla a bebérselas. Él la incorporó y la apoyó contra su pecho. Shona le iba poniendo en la boca pequeños sorbos del brebaje y le tapaba la nariz para que tragara. Cuando terminó, Beth seguía tan inerte como al principio.

—¿Se pondrá bien? —preguntó con voz temblorosa.

—Está en manos de Dios; yo no puedo hacer nada más por ella. No sé de qué clase de veneno se trata —dijo la anciana. Y vio por primera vez en su vida como el laird se derrumbaba.

Shona e Isobel estaban trastornadas al ver a aquel guerrero curtido en mil batallas descompuesto por el miedo a perder a su

esposa.

En la alcoba reinó el silencio durante unos interminables minutos.

—¿Quién ha podido ser el artífice…? ¿Qué ha comido? ¿Qué le han dado?

Esas preguntas no iban dirigidas a nadie en particular. Era como si Collen estuviera expresando sus pensamientos en voz alta y las dos lo sabían; sin embargo, Isobel le contestó.

—Hemos comido lo mismo y yo me encuentro bien.

Él desvió la mirada de su mujer y miró a la que habló.

Entonces vio cómo Isobel iba perdiendo el color de la cara al recordar el vaso de leche que iba dirigido al pequeño. No podía ser que Nerys hubiera intentado matar al niño, ¿o sí? Sabía que su amiga se daba aires, que había esperado que el laird se casara con ella. Siempre les había prometido a sus amigas que cuando ella fuera la señora del lugar, las colocaría en el castillo como doncellas y que vivirían mejor. En su caso, Isobel estaba contenta con la oportunidad que le había dado su nueva ama.

Ferguson esperaba que dijera algo; había visto su palidez y estaba seguro de que tenía alguna sospecha.

—Habla, mujer —ordenó.

Isobel estaba indecisa entre delatar a su amiga o no. Cierto era que en esos momentos su ama se había ganado su lealtad, la trataba bien y no le exigía nada que ella misma no fuera a hacer.

—La señora se ha bebido un vaso de leche…

—Eso no lo hace la leche agria, niña —dijo Shona exasperada.

El laird tenía la impresión de que la anciana había interrumpido alguna confesión. Miró a Isobel y esta se deshizo en lágrimas ante la amenazante mirada.

—Estábamos en la recamara del pequeño tejiendo… y Nerys trajo un vaso de leche para el niño.

Los ojos de Ferguson se convirtieron en dos rendijas. ¿Qué tenía Nerys contra Edy para querer matarlo?

—¿Y mi mujer se bebió la leche?

Isabel asintió con la cabeza.

En mala hora decidió que el chiquitín se quedara con ellos. Allí corría más peligro que en Inglaterra con su padre, pensó Collen.

Shona le dijo a Isobel que fuera en busca del vaso. Si quedaban

posos sabría qué veneno había ingerido la señora. En cuanto vio un pétalo que había quedado en el fondo, supo de qué veneno se trataba. Y, como le había dicho al señor, no podía hacer nada más por su esposa. Solo esperar que hubiese vomitado la mayor parte.

El laird tenía el corazón dividido; por un lado, quería buscar a Nerys y hacerle beber del mismo veneno. Por otro, deseaba quedarse junto a Beth por si ella despertaba, estar a su lado. La furia que lo envolvía era tal que le dijo a Shona que se quedara con su esposa y salió de la alcoba como si todos los demonios del infierno le mordieran los talones.

Encontró a Douglas en el salón. Al verlo, este supo que algo iba terriblemente mal.

—Quiero que encuentres a Nerys y me la traigas aquí.

Sabía que, si la encontraba él, iba a matarla con sus propias manos. Se tomó un whisky, pero no logró que le enfriara la sangre. Cuando su comandante entró en el salón con Nerys cogida del brazo, su primer instinto fue coger la daga que siempre llevaba al cinto. A ella se la veía nerviosa. Y hacía bien en estarlo.

Al llegar a su altura, el comandante soltó el brazo de la mujer.

—¿Qué te ha hecho ese niño?

—No sé de qué me habla, laird. —Hasta ella se maldijo por lo insegura que sonaba su propia voz.

—No te hagas la ingenua, Nerys. No estoy por tonterías.

Ella se mantuvo callada, pero su mirada era puro terror.

—Haces bien en tener miedo. —El color en la cara de la mujer iba desapareciendo—. Si ella muere, tú correrás la misma suerte y te puedo asegurar que no será nada agradable.

—¿Ella? —musitó Nerys.

—Mi esposa se bebió la leche envenenada.

En un arranque de rebeldía exclamó:

—No sé de qué me habla.

Collen tenía ganas de pegarle un puñetazo en aquella boca mentirosa.

—Para que hagas memoria, ahora mismo te encerraran en las

mazmorras. Douglas, ocúpate de ella.

Dicho eso, volvió al lado de su esposa. Shona le estaba refrescando el cuerpo con paños de agua fría. Él le tocó la marfileña piel y notó que estaba algo caliente.

—Déjame, yo lo haré.

Esta vez, Shona no claudicó; no dejaría a la señora hasta estar segura de que sobreviviría. Collen no insistió, si su mujer empeoraba, Shona sabría qué hacer mejor que él.

Unas horas más tarde, Beth empezó a removerse en el lecho. Al fin abrió los ojos.

—¿Cómo te sientes, amor?

—Me duele la tripa. —Su voz ronca delataba que tenía la garganta en llamas.

Collen vio que la mano rugosa de la anciana le tendía un vaso de agua.

—Bebe, cariño.

La incorporó con un brazo y le dio de beber.

—Despacio, amor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella al ver la cara de preocupación de su marido. Era evidente que había perdido el sentido. Lo último que recordaba era estar en la recamara de Edy.

—Voy a buscar una taza de sopa —dijo Shona tratando de darles un poco de intimidad.

—Descansa, cielo, mañana hablamos.

Beth vio que su marido le ocultaba algo.

—Supongo que se debe al embarazo; nunca he sido de esas mujeres que se desmayan.

—No hables, cariño, por tu voz diría que tienes dolor de garganta.

—Sí.

Collen se sentó a su lado y le cogió las manos amorosamente, besando una y otra. Había pasado tanto miedo a perderla que no paraba de tocarla y mirarla con adoración.

Cuando volvió Shona, chasqueó la lengua al verlos y ocultó una sonrisa.

—Hoy no podrás dedicarte a hacer bebés. —La anciana había dejado el trato de respeto con el laird hacía mucho. La edad le daba ese privilegio—. Deja que se tome la sopa y descanse.

El laird sonrió, tomó el tazón de las huesudas manos y ella puso una almohada en la espalda de la señora para que le fuera más cómodo comerse la sopa.

—La verdad es que no tengo hambre; me duele la tripa y me siento agotada —dijo Beth en un susurro. No quería que la anciana pensara que era una desagradecida.

—Un poquito, cielo —la tentó su marido—. Huele muy bien.

En cuanto se hubo comido unas cuantas cucharadas, se negó a más. Sentía la garganta en carne viva y se le cerraban los ojos.

—Descansa, amor.

Collen le quitó la almohada de la espalda y la cubrió con las pieles. Le dio un suave beso en los labios.

—Nunca he visto que por un desmayo se desnude a las mujeres —Beth lo dijo sonriendo coqueta y con picardía.

Él le devolvió la sonrisa y se acarició el pelo que estaba encrespado. Ella se durmió casi en el acto.

Collen cogió uno de los sillones de delante del hogar y lo traslado al lado de la cama. Quería estar cerca si su mujer lo necesitaba.

Shona antes de sentarse a descansar en el otro de los sillones que había ante la chimenea, se le acercó y le puso la mano en la frente. Asintió satisfecha cuando la encontró fresca.

Era noche cerrada; el silencio reinaba en todo el castillo cuando Beth despertó con un fuerte calambre en el vientre. Soltó un gemido ahogado que despertó a Collen.

—¿Qué pasa, amor? —preguntó inclinándose sobre ella, que se había hecho un ovillo.

Ella estaba sin aliento y con la mandíbula y los ojos fuertemente apretados.

—Me duele mucho —sollozó con los brazos cruzados sobre el vientre.

Shona ya estaba a su lado cuando ella habló.

—Está embarazada —dijo Collen cuando la anciana trató de apartarle los brazos.

Collen oyó murmurar a la anciana al mismo tiempo que apartaba

las pieles y veían la sangre que manchaba el cobertor.

—Ya no —sentenció la sanadora.

Aquellas dos palabras fueron como si el castillo se derrumbara sobre su cabeza. Se sentían tan felices con la llegada del bebé; habían hecho tantos planes para su futuro hijo…

Él miró a Beth para ver si ella había entendido lo que había dicho Shona, pero ella estaba tan concentrada en coger aire que no lo había escuchado.

La sanadora le dijo al laird que llamara a una de las mujeres, que no era tarea de hombres atender un aborto. Él no quiso escuchar excusas. Era su mujer, era su hijo y él estaría allí.

Shona salió y le dijo a uno de los guardias que estaban en la puerta que llamara a Elsie, la cocinera, y que subieran varios baldes de agua. Ella misma puso a calentar agua en la chimenea de la alcoba. Collen se dedicó a tranquilizar a Beth mientras las mujeres se ocupaban de todo. Cuando terminaron, Beth estaba aturdida y dolorida. Se acurrucó en los fuertes brazos de Collen, que estaba sentado contra el cabecero de la cama, y lloró hasta quedarse dormida.

Capítulo 53

Empezó a despuntar el día; sería gris y nublado, como el ánimo de Collen. No había dormido nada. En su mente solo tenía a Nerys y sus ganas de retorcerle el pescuezo. No fue a por ella por no dejar sola a Beth. Sin embargo, ya había esperado suficiente. Tenía que hacer limpieza de su propio hogar… Y lo haría antes de que su mujer despertara.

Abrió la puerta, iba a pedirle a uno de los guardias que llamara a Shona, pero las palabras murieron en su garganta, al encontrar a Elsie sentada en una silla en el corredor, frente a los soldados. La mujer tenía marcas de haber llorado y unos círculos violáceos bajo los ojos, lo que indicaban que no había dormido tampoco. Le preguntó qué hacía allí y ella le contestó que se había enterado de la fechoría de su hija y que se sentía culpable. Que debería haber puesto a Nerys en vereda hacía mucho tiempo. Con lágrimas corriéndole por las mejillas, le preguntó qué pensaba hacer con ella; a lo que el laird le contestó que, aunque se merecía que la matara, como ella había hecho con su hijo nonato y que casi lo había conseguido con su esposa. La cocinera asintió. Lo que haría sería expulsarla de sus tierras como a los demás traidores.

Elsie sabía que había malcriado a su hija, que la había consentido en demasía, lo que la había llevado al lío en el que estaba metida. En ese momento, se dio cuenta de que la nueva señora había cambiado al laird. Con su dulzura y su amor, había conseguido que Ferguson, el

vengativo, se volviera más humano y les diera una segunda oportunidad a quienes lo habían traicionado. No sería allí, pero lejos de esas tierras podías forjarse un nuevo futuro.

—Iba a llamar a Shona para que se quedara con mi mujer —dijo el laird al ver la congoja y la culpa en la cara de la cocinera—. ¿Puede ir a buscarla?

—Si me permite, yo puedo quedarme con ella.

Los dos se miraron a los ojos; los azules de la mujer rogaban que la dejara purgar la culpa que sentía.

—Gracias, Elsie.

—Yo la cuidaré, jefe.

Collen se marchó tranquilo. Sabía de la bondad de esa mujer y que haría lo que fuera necesario para la comodidad de Beth.

Douglas estaba desayunando en el salón cuando Ferguson bajó la escalera, Le preguntó a su jefe si le apetecía acompañarlo, pero Collen tenía el estómago cerrado.

—Vamos —ordenó y su mirada recayó en un cuenco con leche, lo cogió y bajaron a las mazmorras mientras el comandante le decía que los hombres estaban esperándolos en el patio.

Al llegar donde estaban los presos, le tendió el cuenco a Nerys. Lo que debería hacer era atravesarla con su espada, pero los Ferguson no mataban mujeres, por mucho que esta se lo mereciera.

—Bebe —le ordenó —. Te dije que correrías la misma suerte que ella.

El color abandonó el rostro de la muchacha. Se puso a temblar tanto que la leche se iba derramando entre sus dedos. Ferguson, que quería darle un buen escarmiento, pensó que la certidumbre de saber que iba a morir la haría sufrir unas horas. No se sentía compasivo en absoluto. Le arrebató el cuenco de las manos y, cogiéndola por la mandíbula, derramó la leche entre los labios blancos y temblorosos de esa arpía y la obligó a tragar.

Los guerreros sacaron a todos los presos al patio, los hicieron montar en los caballos y emprendieron la marcha, bajo la estrecha vigilancia de Douglas y de Ferguson. A media mañana, llegaron al

límite de sus tierras. Se detuvieron.

El laird los miró uno por uno. Bridgit le devolvió la mirada con una sonrisita de desprecio. Nerys tenía el rostro verdoso, como si fuera a desmayarse de un momento a otro. Y los hombres no levantaban las miradas de sus monturas.

Ferguson sacó la espada de su funda al oír el sonido de metal contra metal, que parecía una llamada a la muerte todos lo miraron. Él mantuvo el arma en alto.

—A partir de este momento, ya no sois Ferguson; sois parias. Y, como tales, si a alguno de vosotros se os ocurre asomar su fea cara en mis tierras, no seré tan misericordioso y morirá bajo el filo de mi espada. O con otra espada Ferguson. ¡Fuera!

Los que hasta el momento habían sido prisioneros se miraron los unos a los otros. La verdad era que esperaban que Ferguson los atacara. Al ver que no era así, se quedaron noqueados sin saber qué hacer. Duncan fue el primero en reaccionar; miró a su primo con odio y espoleó a su caballo, que salió al galope. Los demás, Bridgit y Nerys lo siguieron.

Douglas empezó a formar patrullas para que vigilaran el linde de las tierras y a otros para que rastrearan a los parias para asegurarse que se alejaban de allí.

Los hombres que había contratado Somerville para que secuestraran a su hijo, volvieron a Newcastle con las manos vacías. Él se puso hecho una fiera. Sabía que el niño estaba en Escocia con el clan Ferguson. Se negó a pagarles por su falta de resultados, y los hombres amenazaron con matarlo allí mismo. Él, que sabía con quién se relacionaba, era consciente de que no hablaban en vano. Se prestó a ir con ellos en busca del muchachito. Y en esos momentos estaba cabalgando por los caminos encrespados que lo llevarían donde estaba su hijo. Solo con ver las grandes espadas que llevaban esos salvajes, un estremecimiento le recorría toda la espalda.

Un grupo de guerreros del clan de los Campell estaban compitiendo en campo abierto. Eran unos brutos que, mientras vigilaban los límites sur de sus tierras, aprovechaban para prácticas de espada. Uno de ellos que observaba a sus compañeros, oyó que un grupo se acercaba al galope y soltó un silbido para que todos estuvieran alerta. Vieron que los jinetes venían atravesando sus tierras y se dispusieron a detenerlos. Claymore en mano, dieron el alto a los intrusos. No llevaban los colores de ningún clan, por lo que supusieron que eran renegados. Estos derribaron a dos de ellos que se cruzaron en su camino con una fuerte patada en el pecho y siguieron la marcha. Fue lo que enfureció a los Campell, que subieron de un salto a sus caballos y persiguieron a aquellos pendencieros. Somerville no podía creer lo que acababa de ver. Realmente había contratado a unos salvajes. Entonces, la cabalgata se hizo infernal. Varios de ellos miraban por encima de sus hombros a los que los perseguían. Él no se atrevía a hacerlo por la dificultad del camino.

Duncan estaba furioso por cómo lo había despachado su primo y había salido con una cabalgata furiosa. No sabía dónde ir y espoleaba a su caballo ciegamente. Los demás lo seguían a duras penas y hacía rato que no veía a las mujeres. De repente, al salir de un bosque, vio que se le acercaban un grupo que como ellos no lucía los colores de ningún clan. Venían hacia ellos como si todos los demonios del infierno los persiguieran. Aminoró el paso del caballo y vio que los perseguían los Campell. Con el humor que tenía, le iría bien una buena pelea. Podría descargar su mal genio con aquellos incautos que se habían cruzado en su camino. Sacó la espada y espoleó a su caballo. Sus compañeros hicieron lo mismo y en pocos minutos atacaban al primero de los grupos que llegó hasta ellos. Los Campell también les dieron alcance y se desató un pandemonio. Estos últimos estaban mucho mejor preparados que los otros y bajo sus espadas iban cayendo los renegados que se habían atrevido a entrar en sus tierras.

Somerville veía caer a sus hombres bajo las espadas de aquellos brutos e intentó huir, pero su retirada se vio interrumpida por uno de los guerreros que llevaba el kilt de sus perseguidores. Sacó su espada,

que al lado de la claymore parecía de juguete, y el tipo se rio. A él no le hizo gracia y sacó de su bolsillo la pequeña pistola que llevaba y disparó. Le temblaban tanto las manos que no supo si lo había alcanzado hasta que lo vio caer del caballo. Al oír el estruendo de la pistola, varias cabezas se giraron hacia Somerville y, al ver a su compañero yacer en el suelo con un agujero en las tripas, uno de ellos clavó los pies en el flanco del caballo. Al llegar a la altura de ese tipo que había matado a uno de los suyos, lo atravesó limpiamente de lado a lado.

Somerville, al ver a ese tipo cabalgar hacia él con la muerte pintada en la mirada, supo que su momento había llegado. Sintió el frío metal penetrar en sus carnes y el sabor metálico de la sangre le llenó la boca. Cayó del caballo con una maldición en los labios y los ojos inyectados en sangre. El frio suelo recibió su cuerpo sin vida.

Bridgit, Nerys y Archie que se habían quedado atrás; llegaron al claro en medio de la contienda. El guerrero les dijo a las mujeres que se mantuvieran atrás mientras iba a ayudar a los suyos. Vio varios muertos a los que no reconocía y se preguntó quiénes serían. Pero no tuvo tiempo de pensar más en ellos, pues cuando un Campell se le acercó, se empleó con todas sus fuerzas y maldijo al ver que su oponente jugaba con él. No quería matarlo de inmediato, sino que iba infligiéndole una herida tras otra hasta que le dio el golpe de gracia, que lo mandó al suelo con una herida mortal.

Duncan veía caer uno tras otro a sus camaradas y la furia lo dominaba. Los mandobles del clan Campell caían sobre él con la fuerza de mazazos. Notó cómo su cuerpo se iba resintiendo de los días que llevaba en las mazmorras comiendo poco y nada. Lo que lo mantenía sobre el caballo era la ira que lo invadía. Un corte en un brazo, otro en la pierna, una herida en el pecho; muy tarde se dio cuenta de que había sido un estúpido al ir en busca de aquella pelea. Estaban condenados a morir y se encontró rezando para que aquel Campell acabara pronto con su vida. Lo que sucedió tras un mandoble en el hombro que lo partió en dos.

Nerys le dijo a Bridgit que debían irse antes de que repararan en ellas y eso fue su perdición. Cuando creían que ya estaban a salvo, escucharon que alguien cabalgaba a sus espaldas. Las dos rogaban porque fuera uno de los suyos, pero no tuvieron esa suerte. Un bruto

se hizo con las riendas del caballo de Nerys. Ella sacó el pequeño puñal que usaba para comer y atacó las manos que sujetaban los correajes. El hombre, al recibir aquellas puñaladas, lo que hizo fue lanzarse sobre ella. Los dos cayeron del caballo y él no tuvo miramientos en pegarle una paliza por las heridas infligidas, sin darse cuenta de que al caer ella se había golpeado la cabeza y ya no sentía nada; no volvería a sentirlo jamás. Bridgit, al ver que atacaba a la única que podía sacarla de allí, saltó del caballo y se colgó de la espalda de ese salvaje y le pegó con los puños. Al ver que él parecía no notarlo, sacó las uñas y empezó a arañarlo con toda la fuerza que le daba el miedo que la consumía. El tipo se dio cuenta de la sangre que salía de una brecha en la cabeza de la mujer y supo que no volvería a levantarse. Entonces prestó atención a la que le estaba arañando, colgada de su espalda. La cogió por los pelos y se la sacó de encima. Bridgit cayó de pie y empezó a correr, pero en unos segundos notó la mano de ese hombre como un grillete en su brazo derecho cuando se giró para encararlo, este le dio un puñetazo en la mejilla que la mandó al suelo aturdida. A tientas cogió una piedra para defenderse de aquel tipo; él vio la maniobra y le aplastó la mano bajo su bota, contra el arma puntiaguda que ella pretendía usar. El grito de dolor de Bridgit fue el detonante para que los otros Campell se les acercaran. Ella giró la cabeza y la visión de aquella escena macabra en la que se había convertido el claro plagado de cadáveres la aterrorizó. Las miradas iracundas, lascivas y lujuriosas de aquellos hombres le dieron una pista de como terminaría y, en un último deseo de frustrarlos, cogió la daga de la bota que le aplastaba la mano y se la clavó en el estómago. Ante la visión de aquella zorra agonizante, los Campell se alejaron de ella, dejándola con su agonía.

Recogieron el cadáver de su compañero y volvieron a su casa para darle la sepultura debida.

Los muertos que dejaban en aquel campo serían pasto de los carroñeros.

Ferguson escuchó la explicación de sus hombres, que se encontraron con aquella escena dantesca. No se arrepentía de lo que había hecho,

lo reconocía. Pero no esperaba que terminaran de esa manera, por lo menos, no tan pronto. Sabía que su primo iba a buscar camorra, que la furia que vio en sus ojos no le traería nada bueno, pero… ¿De quién serían todos los cuerpos que sus hombres habían encontrado? No lo sabía y tampoco le importaba. Había puesto orden en su clan, y eso era lo único que pretendía. A partir de ese momento podía dormir tranquilo.

Capítulo 54

Collen volvió junto a Beth. Esta estaba despierta, pero no mostró la alegría con la que siempre lo recibía. Lo entendía perfectamente. Se sentó en la cama a su lado y le acarició el cabello. Ella lo miró a los ojos y él se perdió en las profundidades violetas que lo tenían cautivo, pero que en ese momento mostraban una profunda tristeza.

—Tranquila, amor, tendremos más hijos.

Ella sintió la pena en la voz de su marido y supo que él también estaba sufriendo. Que ilusa había sido al pensar que solo ella sentía la congoja. Elsie y Shona también se habían mostrado afligidas durante todas las horas que habían pasado con ella.

En ese momento, se dio cuenta de que formaba parte de aquella gran familia y que sus pesares eran también de los otros miembros.

Asintió con la cabeza. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se acurrucó en el pecho de Collen, quien la recibió con los brazos abiertos y la acunó contra él. Unos minutos más tarde y viendo la cara de cansancio de Collen, le susurró:

—Túmbate a mi lado.

Él no se lo hizo repetir. Se acomodó en la cama y la envolvió en un abrazo lleno de cariño. Al notarla más tranquila, él se permitió cerrar los ojos un momento y se quedó dormido.

Beth se recuperó muy pronto. No soportaba las horas en la cama sin hacer nada. Isobel le llevaba a Edy y, cuando la veía que se cansaba, la dejaba sola.

Ella empezó a moverse por el castillo, viendo los trabajos que Vika, Iona e Isobel hacían para mejorar las alcobas de los pisos superiores. Se quedaba algunos ratos ayudándolas y poco a poco sentía que la debilidad y el desánimo que la había invadido se esfumaban. Su marido le decía que se lo tomara en calma, pero lo mejor para ella era estar ocupada, así no pensaba en lo ocurrido.

El día que bajó a cenar en el salón, todos los Ferguson se mostraron contentos de verla y con alegría le dedicaron elogios y sus buenos deseos. A partir de entonces, todo volvió a la normalidad.

La intimidad entre marido y mujer se basaba en abrazos, caricias y besos. Y ella echaba de menos que Collen le hiciera el amor y supuso que él esperaba que ella diera el primer paso o que diera señales de estar receptiva a las atenciones de su esposo. Eso debía terminar.

Esa noche, mientras cenaban, ella se había puesto el vestido con los colores del clan, lo que sorprendió gratamente a Collen. La veía distinta y se preguntaba qué se proponía su mujer. Ella se había sentado más cerca de él, lo rozaba con intención cuando iba a coger la copa del vino o le cogía la mano sin que él lo esperase. Una risotada en una de las mesas de los guerreros le dio la excusa que necesitaba y se agarró al brazo de su esposo, como si se hubiese asustado, lo que a él le extrañó, pues sabía que ella disfrutaba del buen ambiente en el salón. La miró y vio que ella coqueteaba con él. Una sonrisa hechicera se dibujó en sus labios. Parecía que sus días de celibato habían tocado a su fin. Le pasó el brazo por la espalda y la atrajo más hacia su cuerpo.

Durante la cena, los dos fueron excitándose con miradas atrevidas, guiños y caricias que pretendían ser casuales. Pero que los dos sabían muy bien dónde terminarían. El hambre de comida los abandonó por otra que les apetecía más. Collen esperó prudentemente; sabía que, si se cargaba su esposa al hombro y la llevaba a la cama, que era donde quería tenerla, la avergonzaría.

Cuando vio que ella empezaba a marear la comida, ya no esperó más. La cogió por la cintura y la levantó con él. Los comensales de la

mesa los miraron y, al ver el color que cubría las mejillas de su señora, volvieron la vista a sus platos y esperaron a que la pareja hubiese desaparecido para sonreír con complicidad.

En cuanto llegaron al pie de la escalera, Collen se cargó a su esposa en brazos y subió los peldaños de dos en dos.

—Parece que tienes prisa —susurró ella junto a su oído, dejando que su aliento caliente le bañara la piel y le mordisqueó el lóbulo con sensualidad.

—Espera a que lleguemos a nuestra recamara y te lo mostraré —dijo antes de besarle la frente.

Collen entró y cerró la puerta con el pie, se apoyó en la madera con Beth en brazos. Ella sabía que se estaba comportando como una descarada, pero no le importaba. Estaba entre los brazos de su marido y todo estaba permitido.

La mirada de Collen estaba clavada en los ojos amatista de su mujer. Fue bajando la cabeza hasta que capturó los jugosos labios y los besó con auténtica reverencia como hacía muchos días que no la besaba. Ella se colgó de su cuello y él trasladó sus manos a las nalgas redondeadas y la apretó contra su creciente excitación. Beth, al sentirlo, se removió contra aquella carne que deseaba y lo besó con ardor. Esto hizo poner en movimiento a Collen, que en unas pocas zancadas estaba al lado de la cama. Puso a su mujer de pie sobre la cama y empezó a desnudarla, besando los retazos de piel que iba dejando al descubierto.

Las manos de su esposa desprendieron el kilt y buscaron su masculinidad, lo que le hizo soltar un jadeo y lo volvieron loco. Cayeron en la cama en un enredo de brazos y piernas. El placer los envolvió como un manto dulce y ardiente. Elevándolos a límites que nunca antes habían alcanzado.

Cuando un rato más tarde yacían saciados y felices, ella le dijo:

—Te amo —susurró Beth.

Él la puso sobre su pecho y su boca le acarició todo el rostro.

—Amo tu mirada picara y coqueta, tu nariz salpicada de pecas, tu boca amorosa, tu cabello que parece tener vida propia, tus adorables hoyuelos —decía mientras iba repartiendo besos por toda su cara—. También amo tu terquedad, tu valentía y tu coraje.

Los ojos emocionados de Beth lo miraban con tanto amor que se

sentía afortunado de haberla encontrado, por haberla convencido de que se casara con él.

Tres meses más tarde, hacía unos días que Beth sentía calambres en el bajo vientre y por las mañanas se sentía descompuesta. Sospechaba que estaba embarazada, pero no quería decirle nada a su esposo. No quería que se hiciera ilusiones… ¿y si era una falsa alarma, un retraso sin importancia? No quería volver a ver en sus ojos aquella expresión de pena.

Aquella tarde recibieron una visita que no esperaban: Sebastián llegó con un carruaje.

Cuando Ailsa avisó a su señora de que su padre estaba allí, Beth salió corriendo a darle un abrazo.

—Veo que me has echado de menos —dijo Sebastián con una carcajada a la que ella se sumó.

—Lo siento, papá, pero no he tenido tiempo.

—¿Tanto te hace trabajar tu marido que no tienes tiempo de añorarme?

En ese momento, Collen se unió a ellos y escuchó la pregunta.

—A mí no me mire. Ella es la señora; es la que manda. —Los dos rieron.

Isobel y Kate salieron con el pequeño Edy. A Sebastián le sorprendió lo que había crecido el pequeño. Lo cogió en brazos y el pequeño chilló y le tiró de las orejas.

Todos acabaron riendo.

Más tarde, Collen se llevó a su suegro a cabalgar por sus tierras y le contó todo lo ocurrido con el pequeño Edy y con Beth. Sebastián se mostró trastornado, y entendió por qué Somerville lo había interrogado acerca del pequeño en el club. Al enterarse de la muerte de Bridgit, entendió su desaparición, pues Saxon había hecho correr por Londres que su esposa se había fugado como la furcia que era.

Nadie habló de la muerte de Somerville, porque todos los que sabían que quería recuperar a su hijo habían muerto con él.

Después de una semana, Sebastián volvió a Londres con su hijo. Dejando a la parejita para que se dedicara a hacer bebés. Los veía muy enamorados y no dudaba de la felicidad de ambos.

A esas alturas, Beth ya no tenía dudas de que estaba embarazada. Una noche después de que su marido le hiciera el amor, cuando yacía debajo de ella con el corazón bombeándole a mil…

—Vamos a tener un hijo —susurró con la mejilla apoyada en el pecho velludo.

Él reaccionó como si hubiese sido alcanzado por un rayo. La tumbó de espaldas y mirándola a los ojos, le preguntó si estaba segura con un hilo de voz.

Beth sonrió satisfecha; le cogió la mano que él había apoyado al lado de su cuerpo y la puso sobre su vientre plano.

—Sí, mi amor. —Alargó el cuello y le robo un beso en los labios —. Dentro de unos meses serás papá.

Collen reaccionó adorando su cuerpo a besos. No se dejó ni un rincón por venerar.

Nota de la autora

Quien me haya seguido, sabrá que siempre he escrito romántica contemporánea. Esta es mi primera incursión en la romántica histórica. Espero y deseo que disfrutéis de ella de la misma manera que yo lo he hecho escribiéndola.

Y me gustaría recordaros que lo que nos pone las pilas a los escritores es que nos hagáis saber vuestra opinión. La podéis dejar en vuestra plataforma digital preferida.

Si deseáis poneros en contacto conmigo, lo podéis hacer en Facebook, en mi perfil o página de autora.

https://www.facebook.com/marianarpa.escritora/

En Twitter:

https://twitter.com/MarianArpa15

En Instagram:

@marian_arpa

En la página de autora de Megustaleer:

https://www.megustaleer.com/autor/marian-arpa/0000956225/

GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS…

Agradecimientos

Mis agradecimientos van dirigidos a mi «hada de los sueños», que tiene nombre y apellidos. Ella es Lola Gude. Sin su apoyo nunca habría llegado hasta aquí. Y también a todas las que estáis leyendo esta novela, las que le estáis dando una oportunidad. Nunca me cansaré de daros las gracias por ello.

Si te ha gustado

Cautivo de tu mirada

te recomendamos comenzar a leer

Algo más que nuestras promesas

de *Natalia Sánchez Diana*



1. Cinema Zenith

—Has heredado una ruina —Donna hizo un mohín de desagrado —. Y encima estás contenta. ¿Debo darte la enhorabuena?

Lionetta se mordió el labio inferior y alzó la cara, tratando de abarcar con la vista la fachada de su nueva propiedad. Algo que resultaba casi imposible, porque ocupaba cuatro alturas y se extendía más de treinta metros a lo largo. Al fin y al cabo, durante años, fue el primer cine que abrió dentro de las murallas defensivas de Perugia.

Lo que su abuelo Carlo le había dejado, junto con una promesa y un secreto.

Un *pequeño mundo* que honrar.

—Soy emprendedora. Como Chiara Ferragni.

—¡Claro! —Donna puso los ojos en blanco—. Salvo por los modelitos, Instagram, el *glamour* y…

—Seguro que ella tiene mejores amigas que yo —refunfuñó Lionetta.

—Todas esas famosas tienen un «*squad*». Tú nos tienes a Marco y a mí. Considérate afortunada—. Donna acompañó la frase con un gesto despectivo de la mano.

A pesar de los nervios y de las palabras de su amiga, Lionetta sonrió. Los tenía a ellos, era cierto. Dos amigos inseparables que la habían acompañado desde su niñez, sin importar lo dura que se había vuelto la vida. ¡Y cómo de cruel y despiadada había sido los últimos meses! Respiró hondo y tragó saliva, como si así pudiera engullir también los recuerdos que tanto daño le hacían y que la habían llevado a aquel lugar.

El edificio se alzaba, majestuoso e imponente, en el corazón del casco antiguo. Con las grandes piedras que formaban la fachada, todas irregulares, una muestra de cómo se hacían las cosas en el pasado, ese que Perugia exhibía en sus monumentos centenarios, en sus calles estrechas y empinadas, repletas de escaleras debajo de los arcos que conectaban las casonas y los palacios que se erigían en tonos parduzcos o grises.

El *Cinema* Zenith pasaba desapercibido ante los turistas que llenaban de vida la ciudad, porque estaba integrado en la arquitectura antigua. Un tesoro escondido en la ciudad cuyo oro era el chocolate.

—Venga, entremos de una vez.

El portón de madera maciza también había acusado el paso de los

años y se había cuarteado en algunas zonas. El dintel era circular y tenía una pequeña ventana cuyos cristales estaban rotos.

Lionetta deseó que eso no fuera la tónica general de lo que se iba a encontrar en el interior. Siempre había tenido esperanza. Afrontar con ella la vida era mejor que ver el lado negativo. E incluso cuando las cosas malas sucedían (siempre lo hacían) quedaba la posibilidad de aferrarse a la esperanza hasta que se extinguía. Al igual que durante esos segundos en los que una vela tardaba en apagarse. «Una fracción de esperanza», como la llamaba su abuelo, y que era su momento preferido de los cumpleaños. Más que los regalos, la gente, las fiestas. Prefería esos instantes en los que pedía un deseo, porque siempre mantenía la esperanza de que, pidiera lo que pidiera, podría cumplirse.

Y Lionetta no podía evitar preguntarse qué era lo que su abuelo había deseado tanto durante tantos años y que no había podido llegar a ver cumplido. Cuando la enfermedad empeoró y la mente de su abuelo regresó al pasado narrando una y otra vez anécdotas en aquel cine con su «alguien especial» como él le llamaba, Lionetta tuvo la certeza de que el sueño de su abuelo era haber podido rehabilitar aquel lugar y el pequeño restaurante del interior.

Ella estaba dispuesta a cumplirlo. Aunque su abuelo ya no pudiera apagar más velas. Aunque se hubiera llevado con él gran parte de la esperanza.

Sin darse cuenta, suspiró y Donna notó la tristeza en ella. Se había empeñado en ocultarla, pero a veces se le escapaba.

—No nos lo perderíamos por nada del mundo —Marco la sorprendió. No sabía cuánto rato llevaba detrás de ella. Giró el rostro y lo vio. Con el pelo rizado muy oscuro y los ojos negros—. Porque somos tus amigos y no hay locura lo bastante grande para apartarnos de ti.

—Sabes que eso es así, ¿verdad, Lionetta? —Su amiga, que sonreía con ternura y un ligero toque de compasión, rodeó sus hombros y la estrechó contra ella—. Juntos incluso al interior de un cine encantado.

—¿Quién dice que esté encantado?

—Tengo la firme teoría de que todo lo que tiene más de cincuenta años está encantado.

Lionetta rio y sacó la pesada llave de hierro que abría el candado,

tan cubierto por el óxido que las yemas de los dedos se tiñeron de rojizo al tocarlo. Cuando la introdujo y la giró, tenía el corazón acelerado dentro del pecho.

Abrió el candado y entre los tres empujaron la puerta, que se quejó con un crujido de su edad y desuso. Enseguida percibieron el olor a humedad, a polvo acumulado, a moho, en una mezcla rancia que necesitaría de lejía, sol y mucho desinfectante para desaparecer del todo.

—No hay luz, así que encendemos las linternas de los móviles y vamos iluminando, ¿de acuerdo?

Sus amigos asintieron, aunque no parecían demasiado convencidos al apreciar tanta incuria. Lionetta, sin embargo, se fijó en el pasillo que se extendía ante ella. Levantó el móvil y la linterna iluminó sus pasos. Recorrió unos veinte metros. Al fondo distinguió la taquilla, donde se vendían las entradas. Se asomó. Todo parecía congelado en el tiempo: la mesa, la silla, la caja registradora, los carteles de películas del último año que aquel lugar había estado abierto.

Giró a la derecha. Localizó unas pesadas cortinas de terciopelo que estaban tan cubiertas de polvo que, al moverlas a un lado, notó cómo una capa espesa cayó sobre ella. Estornudó.

—Vamos a salir con alergia de aquí —Escuchó a Donna a sus espaldas, pero ella no hizo caso. Cuando levantó de nuevo la linterna y vio lo que había ante ella, sintió que la emoción llenaba su pecho.

Habían llegado al alma de aquel lugar: a la sala de cine.

Las filas de asientos estaban colocadas haciendo una ligera pendiente hacia un escenario cubierto por unas cortinas oscuras. Lionetta recorrió el pasillo mientras con la mano tocaba el respaldo de los asientos sin importarle que los dedos se le llenaran de suciedad y polvo.

¿Cuántas historias escondía aquel lugar? ¿Cuántas citas de amantes? ¿Cuántas lágrimas al ver una película? ¿Cuántas caricias furtivas? ¿Cuántos secretos?

Al avanzar más, descubrió que había un pasillo que partía la sala en dos y que conducía hacia la izquierda.

—Eso debe ser el pequeño restaurante del que hablaba mi abuelo —dijo, dirigiéndose hacia allí.

Pero para su sorpresa, estaba prácticamente vacío. Solo quedaba la barra. Aun así, pudo imaginar la disposición de las mesas. Después de todo, su abuelo se lo había detallado, como si no hubieran pasado más de cuarenta años desde que había estado allí. Vio dos puertas más. Una daba a la pequeña cocina, con una ventana enorme desde la que podía verse el patio interior. La otra puerta daba a unas escaleras. Lionetta alzó el móvil y localizó un cartel en el que podía leerle «SCATOLA».

—¡Oh, el palco! ¿Vamos a subir?

—Espera, Lionetta —habló Marco—. A lo mejor las escaleras no están en condiciones.

—¿Qué quieres decir?

—Que huele mucho a humedad. Y a lo mejor la madera se ha podrido o vete tú a saber.

—Bueno, pues subo yo.

—Lionetta...

—¿Es que aún no sabes que a cabezona no la gana nadie? —argumentó Donna—. Déjala. Nosotros vamos al patio interior a verlo.

—Pero... —Marco trató de añadir algo más, aunque no pudo hacerlo porque Donna tiró de él.

Una vez que se quedó sola, Lionetta comenzó a subir las escaleras. Marco tenía razón. No estaban en buen estado. La madera era quebradiza y se hundía en determinadas zonas. Pero ella quería ver la parte de arriba porque sabía qué encontraría. Además, era pequeñita y poquita cosa. ¿Tan deterioradas iban a estar las escaleras para no aguantar su peso? No había ascendido ni dos metros cuando se apoyó en la barandilla mientras iluminaba los carteles que aún permanecían enmarcados en la pared.

Pero, entonces, la barandilla cedió. Notó cada segundo, como si fuera una película a cámara lenta, en que su cuerpo se vencía hacia atrás. Cerró los ojos cuando notó el golpe contra la cabeza y la espalda.

El dolor se extendió fuerte y rápido, aturdiéndola.

Abrió un poco los ojos y vio a alguien que se agachaba junto a ella. La voz masculina le llegó lejos, amortiguada, como si estuviera dentro de un túnel.

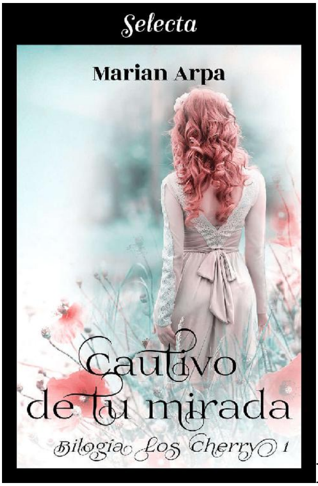
—¿Estás bien?

La luz de su móvil, que había caído con ella, irradiaba desde un lado, por eso pudo ver la silueta del hombre que se había puesto de rodillas. Se fijó en cómo el polvo revoloteaba a su alrededor, miles de partículas en suspensión que de repente parecían haberse congelado.

Y luego estaba él. Ancho de hombros, fuerte, con una voz grave y masculina que sonaba preocupada.

—¿Quién eres? —preguntó ella, antes de perder la consciencia.

¿Logrará Ferguson olvidar aquellos ojos violetas que le quitan el sueño?
¿Cambiará Beth las comodidades de Londres por las Highlands?



Beth es una muchacha voluntariosa, huérfana de madre y el ojito derecho de su padre, Sebastián Cherry. Él es hermano del vizconde de Sheffield y, al ser el menor, se gana la vida comerciando con las colonias, actividad criticada por buena parte de la alta clase social.

Cuando llega la hora de presentar a su hija en sociedad, esta lo convence para atrasarlo un año y pasar una larga temporada en una de las propiedades de la familia en Newcastle. Cuando Beth se dirige allí, el carruaje tiene un percance y mientras espera a que se solucione da un paseo por la orilla de un riachuelo cercano… y encuentra una cesta destartalada con un bebé dentro.

Durante los meses que pasa en Newcastle, Beth es raptada por un escocés, pero cuando el jefe del clan Ferguson se entera del secuestro, le obliga a que la devuelve a su casa. Sin embargo, queda cautivado por el coraje de aquella muchacha de ojos violetas que le habla como ninguna otra mujer lo había hecho hasta el momento.

Ferguson ha vivido la muerte de sus padres traumáticamente y se niega a tomar esposa. No quiere que la historia de sus progenitores se repita, no quiere que nadie sufra por él.

Una tía suya lo convence para que lleve a su hermana a Londres, para presentarla en sociedad y encontrarle un marido.
Al volver a encontrarse con Beth todos sus planes de futuro se trastocan.

¿Conseguirá el amor que Ferguson, el Vengativo, deje aflorar la ternura que enterró en lo más profundo de su ser? ¿Será capaz de conquistar a la menuda Beth?

Marian Arpa es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.

Edición en formato digital: febrero de 2020

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN: 978-84-17610-21-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice